UNA HISTORIA DE ROBERT HUNTER

CHRIS CARTER

«Hay un toque de Patricia Cornwell en esta trama de Chris Carter.»
MAIL ON SUNDAY

UNA MENTE PERVERSA



SI ESTÁ PENSANDO EN TI..., ESTÁS MUERTO

Tras un extraño accidente en la Wyoming rural, el sheriff de la localidad detiene a un hombre sospechoso de haber asesinado a dos mujeres. Las investigaciones, sin embargo, conducen a descubrimientos mucho más horripilantes: un asesino en serie ha estado secuestrando, torturando y mutilando víctimas por todo el territorio de los Estados Unidos. Y lo ha estado haciendo durante, al menos, veinticinco años.

El sospechoso alega que no es más que un peón en un gigantesco laberinto de mentiras y artificios, pero ¿se le puede creer?

El caso es llevado de inmediato al FBI, aunque, esta vez, la agencia se ha visto obligada a pedir ayuda del exterior. El psicólogo especialista en comportamiento criminal y, ahora, primer detective de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos de la Policía de Los Ángeles, ha sido llamado para interrogar al detenido.

Las entrevistas empiezan a revelar secretos terribles que nadie podría haber previsto, incluyendo la verdadera identidad del homicida. Un asesino, por cierto, tan esquivo que ni siquiera el FBI tenía la menor idea de su existencia. Hasta hoy…

Chris Carter

Una mente perversa

Robert Hunter: 06

Título original: *An Evil Mind*
Chris Carter, 2014
Traducción: Aldo Giacometti

Índice

Primera parte

- Uno
- Dos
- Tres
- Cuatro
- Cinco
- Seis
- Siete
- Ocho
- Nueve
- Diez
- Once
- Doce
- Trece
- Catorce
- Quince
- Dieciséis
- Diecisiete
- Dieciocho
- Diecinueve
- Veinte
- Veintiuno
- Veintidós
- Veintitrés
- Veinticuatro

Segunda parte

- Veinticinco
- Veintiséis

Veintisiete
Veintiocho
Veintinueve
Treinta
Treinta y uno
Treinta y dos
Treinta y tres
Treinta y cuatro
Treinta y cinco
Treinta y seis
Treinta y siete
Treinta y ocho
Treinta y nueve
Cuarenta
Cuarenta y uno
Cuarenta y dos
Cuarenta y tres
Cuarenta y cuatro
Cuarenta y cinco
Cuarenta y seis
Cuarenta y siete
Cuarenta y ocho
Cuarenta y nueve
Cincuenta
Cincuenta y uno
Cincuenta y dos
Cincuenta y tres
Cincuenta y cuatro
Cincuenta y cinco
Cincuenta y seis
Cincuenta y siete
Cincuenta y ocho
Cincuenta y nueve
Sesenta
Sesenta y uno
Sesenta y dos

Sesenta y tres
Sesenta y cuatro
Sesenta y cinco
Sesenta y seis
Sesenta y siete
Sesenta y ocho
Sesenta y nueve

Tercera parte

Setenta
Setenta y uno
Setenta y dos
Setenta y tres
Setenta y cuatro
Setenta y cinco
Setenta y seis
Setenta y siete
Setenta y ocho
Setenta y nueve
Ochenta
Ochenta y uno
Ochenta y dos
Ochenta y tres
Ochenta y cuatro
Ochenta y cinco
Ochenta y seis
Ochenta y siete
Ochenta y ocho
Ochenta y nueve
Noventa
Noventa y uno
Noventa y dos
Noventa y tres
Noventa y cuatro
Noventa y cinco
Noventa y seis

Noventa y siete
Noventa y ocho
Noventa y nueve
Cien
Ciento uno
Ciento dos
Ciento tres
Ciento cuatro
Ciento cinco
Ciento seis
Ciento siete
Ciento ocho
Ciento nueve
Ciento diez
Ciento once
Ciento doce
Ciento trece
Agradecimientos

Sobre el autor

Esta novela difiere inmensamente de todos mis libros anteriores, principalmente porque es el primer *thriller* que escribo en el que la mayor parte de la trama y los personajes se basan en hechos reales y en personas que conocí durante mis días de psicología del comportamiento criminal. Los nombres han sido cambiados por razones obvias.

Esta novela está dedicada a todos los lectores que compitieron para convertirse en personajes de este libro, especialmente a la ganadora, Karen Simpson, que vive en el sur de Gales y que ha sido una gran concursante.

Espero que la disfruten.

Primera parte

El hombre que no era

Uno

—Buenos días, sheriff. Buenos días, Bobby —dijo desde detrás del mostrador la camarera trigueña y regordeta con un pequeño tatuaje de corazón en la muñeca izquierda. No tuvo que consultar, a su derecha, el reloj de pared, para saber que apenas pasaban de las seis de la mañana.

Cada miércoles, sin faltar, el sheriff Walton y su ayudante, Bobby Dale, entraban en Nora's Diner, la cafetería para camioneros que estaba justo a la salida de Wheatland, en el sureste de Wyoming, a recibir su dosis de tartas dulces: una receta diferente para cada día de la semana. Los miércoles eran días de manzana con canela, la tarta favorita del sheriff Walton. Él sabía perfectamente bien que la primera tanda siempre salía del horno a las seis en punto, y el sabor de una tarta recién horneada era simplemente insuperable.

—Buenas, Beth —respondió Bobby mientras se sacudía agua de lluvia del abrigo y los pantalones—. Que sepas que allá fuera se acaban de abrir las puertas del infierno —añadió, y zarandeó una pierna como si se hubiera meado encima.

Ahí, en el sureste de Wyoming, los chubascos veraniegos eran cosa de todos los días, pero en toda la temporada no habían visto nada peor que esta tormenta matutina.

—Buenas, Beth —replicó el sheriff Walton, quitándose el sombrero, secándose la cara y la frente con el pañuelo y echando un rápido vistazo por toda la cafetería. A esas horas de la mañana, y con una lluvia así de torrencial allá fuera, el lugar estaba mucho menos concurrido que lo acostumbrado. Había comensales en solo tres de las quince mesas.

Un hombre y una mujer de veintitantos años estaban sentados al lado de la puerta, desayunando pancakes. El sheriff supuso que eran

los dueños del destartalado Volkswagen Golf color plata aparcado allá fuera.

La siguiente mesa la ocupaba un hombre corpulento, sudoroso y de cabeza afeitada que pesaba no menos de ciento sesenta kilos. La cantidad de comida que tenía enfrente habría servido para alimentar, con toda facilidad, a dos tíos muy hambrientos, si no es que a tres.

En la última, junto a la ventana, estaba un hombre alto y canoso, de nariz torcida y tupido bigote en herradura. Tenía los brazos cubiertos de tatuajes descoloridos. Había terminado de desayunar y estaba apoyado en el respaldo de la silla, jugueteando con un paquete de cigarrillos y mirando meditabundo, como quien tiene que tomar una decisión muy difícil.

En la mente del sheriff Walton no cabía ninguna duda de que los dos camiones grandes de allá fuera pertenecían a estos dos individuos.

En un extremo de la barra, con un café negro y una rosquilla bañada en chocolate, estaba un hombre bien vestido que parecía tener unos cuarenta y tantos años. Llevaba el cabello corto y bien cuidado, la barba elegante y meticulosamente recortada. Hojeaba el periódico matutino. Según las conclusiones del sheriff Walton, el suyo tendría que ser el Ford Taurus azul oscuro aparcado a un lado de la cafetería.

—Llega en buen momento —dijo Beth, guiñando un ojo al sheriff —. Acaban de salir del horno. Como si no lo supiera —añadió con un leve encogimiento de hombros.

El aroma dulzón de la tarta de manzana recién horneada, con toques de canela, ya colmaba el recinto.

El sheriff Walton sonrió.

—Lo de siempre, Beth —dijo, y se sentó a la barra.

—Enseguida —respondió Beth antes de desaparecer por la puerta de la cocina. Segundos más tarde, estaba de vuelta con dos porciones de tarta extragrandes y humeantes, rociadas de nata dulce. Sobre el plato eran la imagen misma de la perfección.

—Vaya… —dijo el hombre que estaba sentado en el extremo de la barra. Tenía un dedo tímidamente levantado, como un niño que pide permiso a su maestro para hablar—. ¿Queda algo de esa tarta?

—Desde luego —respondió Beth, sonriéndole.

—En ese caso, ¿me da una porción, por favor?

—Sí, y también a mí —gritó desde su mesa el camionero grande, con la mano levantada. Ya se estaba relamiendo.

—Y yo —dijo el hombre del bigote de herradura mientras se guardaba el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la chaqueta—. Esa tarta huele que alimenta.

—Y sabe muy bien, también —añadió Beth.

—Lo de «bien» ni siquiera se acerca —dijo el sheriff Dalton, volviéndose hacia las otras mesas—. Están a punto de ser transportados al paraíso de las tartas. —De pronto, sus ojos se abrieron de par en par—. Mierda —expresó mientras saltaba de su asiento.

Esa reacción hizo a Bobby Dale girar el cuerpo con toda rapidez y seguir la mirada del sheriff. A través de la gran ventana, justo más allá de donde estaba sentada la pareja de los veintitantos años, distinguió los faros delanteros de una camioneta que venía directamente hacia ellos. El coche parecía correr completamente fuera de control.

—¿Qué coño? —dijo Bobby, poniéndose de pie.

En el café, los comensales se volvieron hacia la ventana. La de todos era una sola mirada de estupor. El vehículo se dirigía contra ellos como un misil teledirigido y no mostraba signos de desviarse ni reducir la velocidad. Les quedaban dos o, cuando mucho, tres segundos antes del impacto.

—¡Todos a cubierto! —gritó el sheriff Walton, pero estaba de más. Por reflejo, los comensales se habían puesto de pie y ya se revolvían para apartarse del camino. A esa velocidad, la camioneta se incrustaría en el café y no se detendría, quizás, hasta llegar a la cocina, allá, en el fondo, destruyendo todo a su paso, matando a todo el que estuviera en medio.

Una caótica oleada de gritos y movimientos desesperados recorrió el restaurante. Todos sabían que no les quedaba tiempo para apartarse del camino.

¡Cataplán, buuuum!

El ruido, ensordecedor como una explosión, hizo que la tierra temblara bajo los pies de todos.

El primero en levantar la mirada fue el sheriff Walton. Tardó unos cuantos segundos en darse cuenta de que, por alguna providencia, el coche no se había estrellado contra la fachada del edificio.

Al ceño fruncido siguió la confusión.

—¿Están bien todos? —gritó finalmente, mirando frenético a uno y otro lado.

De todos los rincones de la habitación llegaron confirmaciones atenuadas.

El sheriff y su ayudante se pusieron de pie inmediatamente y salieron corriendo. Los demás los siguieron un instante después. La lluvia había arreciado en los últimos minutos. Ahora caía en gruesas capas que disminuían gravemente la visibilidad.

Por pura suerte, la camioneta había caído en un bache profundo, a pocos metros del café, y había virado drásticamente hacia la izquierda, hasta dar a poco más de medio metro del local. Al desviarse, se había enganchado con la parte trasera del Ford Taurus aparcado ahí fuera, para, después, estrellarse de frente en un edificio que consistía en no más que un par de baños y un almacén. Lo había destruido por completo. La suerte quiso que no hubiera nadie dentro de los aseos ni en el almacén.

—¡Mierda! —exhaló el sheriff Dalton, con la sensación de que el corazón se le salía del pecho. El choque había dejado la camioneta totalmente destrozada, y el edificio, convertido en las ruinas de una demolición.

Saltando sobre los escombros, el sheriff fue el primero en llegar al vehículo. No había otro ocupante que el conductor, un hombre de cabello cano que parecía tener cerca de sesenta años, aunque eso era difícil de precisar. El sheriff Dalton no pudo reconocerlo, pero

tenía la certeza de que ya había visto esa camioneta en las inmediaciones de Wheatland. Era una vieja y oxidada Chevy 1500 de principios de los noventa, sin airbags; y, aunque el conductor llevaba puesto el cinturón de seguridad, el impacto había sido demasiado violento. El frente de la camioneta, con todo y el motor, estaba incrustado en la cabina. El salpicadero y el volante aplastaban contra el asiento el pecho del conductor. El hombre tenía la cara cubierta de sangre, desgarrada por los fragmentos de cristal del parabrisas. Uno de estos fragmentos le había cercenado la garganta.

—¡Maldita sea! —dijo el sheriff Walton con los dientes apretados, a un lado de la puerta del conductor. No tuvo que buscar el pulso del hombre para saber que no había sobrevivido.

—¡Ay, Dios mío! —oyó que Beth exclamaba con voz trémula pocos pasos atrás. De inmediato se volvió a ella y levantó las manos en señal de alto.

—Beth, no te acerques —le ordenó con voz firme—. Vuelve allá dentro y quédate allí. —Pasó la mirada por el resto de los comensales, que venían de prisa hacia la camioneta—. Todos ustedes, regresen a la cafetería. Es una orden. A partir de este momento, esta área está fuera de sus límites, ¿oyen?

Dejaron de moverse, pero no regresaron al interior.

El sheriff movió los ojos hasta dar con su ayudante. Lo encontró situado atrás de la gente, junto al Ford Taurus. Su rostro era una mezcla de conmoción y miedo.

—Bobby —gritó el sheriff Walton—, pide una ambulancia y llama a los bomberos. Ahora. —Bobby no se movió—. Bobby, espabila, maldita sea. ¿Oyes? Necesito que vayas a la radio y pidas una ambulancia y llames a los bomberos. Ahora mismo.

Bobby seguía quieto. Daba la impresión de estar a punto de vomitar. Solo entonces el sheriff se dio cuenta de que su ayudante no lo veía a él, ni siquiera a la camioneta destruida. Tenía los ojos fijos en el Ford Taurus. Antes de chocar con el edificio, la camioneta había golpeado la parte trasera izquierda del Taurus con tanta fuerza que había liberado la tapa del maletero.

De repente, Bobby salió del trance y sacó la pistola.

—Que nadie se mueva —vociferó. Su mano temblorosa saltaba de una persona a otra—. Sheriff —gritó con voz vacilante—, será mejor que venga a echar un vistazo.

Dos

Cinco días después.
Huntington Park (Los Ángeles, California).

La cajera, menuda y morena, pasó el último artículo y miró al joven que tenía enfrente, en la caja registradora.

—Son 34,62, por favor —le dijo con toda naturalidad.

El muchacho terminó de empacar sus comestibles en bolsas de plástico antes de entregarle la tarjeta de crédito. No podía tener más de veintiún años.

La cajera deslizó la tarjeta por la máquina, aguardó unos segundos, se mordió el labio inferior y, con ojos vacilantes, miró al hombre.

—Lo lamento, señor, pero ha sido rechazada —dijo, y se la ofreció de vuelta.

El joven la miró como si ella le estuviera hablando en otro idioma.

—¿Qué? —Pasó la mirada por la tarjeta, hizo una pausa y se dirigió otra vez a la cajera—. Debe de haber algún error. Estoy seguro de que me queda crédito en esta cuenta. ¿Puede volver a intentarlo, por favor?

La cajera se encogió de hombros levemente y deslizó la tarjeta por la máquina una vez más.

Transcurrieron dos largos y tensos segundos.

—Qué pena, señor, pero me la han vuelto a rechazar —dijo ella, devolviéndole la tarjeta—. ¿Quiere probar con otra?

Avergonzado, él cogió la tarjeta y negó débilmente con la cabeza.

—No tengo otra —dijo tímidamente.

—¿Cupones de comida? —preguntó ella.

Otro triste movimiento de cabeza.

Mientras la chica esperaba, el hombre comenzó a hurgar en sus bolsillos en busca de cualquier dinero que pudiera aparecer. Se las arregló para sacar un par de billetes de un dólar y unas cuantas monedas de veinticinco y diez centavos. Después de contar rápidamente todo el cambio, se detuvo y miró a la cajera como disculpándose.

—Lo lamento. Me faltan como veintiséis dólares. Tendré que dejar algunas cosas.

La mayoría de sus compras eran cosas para bebés: pañales, un par de botes de comida, una lata de leche en polvo, una bolsa de toallitas sanitarias, un tubito de pomada para la dermatitis causada por los pañales. El resto eran productos básicos: pan, leche, huevos, algunas verduras, unas cuantas frutas y una lata de sopa. Puras mercancías de marcas económicas. No tocó nada de las cosas del bebé, pero devolvió todo lo demás.

—¿Puede calcular a cuánto asciende esto ahora, por favor? —pidió a la cajera.

—Vale, vale —dijo el hombre que seguía en la fila de la caja. Era alto, de constitución atlética y ojos amables en un rostro de rasgos afilados, cincelados y atractivos. Le dio a la chica dos billetes de veinte dólares. Ella alzó la mirada hacia él y frunció el ceño—. Yo me hago cargo —dijo él, haciendo hacia a la cajera una señal de asentimiento antes de dirigirse al joven—. Puede volver a poner sus comestibles en las bolsas. Yo invito. —El joven lo miró, confundido, sin saber qué decir—. Está bien —volvió a decir el hombre, y le dedicó una sonrisa tranquilizadora—. No se preocupe.

Sin salir de su aturdimiento, el muchacho miró primero a la cajera, y después, al hombre alto.

—Muchas gracias, señor —dijo finalmente, y le ofreció la mano. Tenía la voz entrecortada, los ojos un poco vidriosos.

El hombre le estrechó la mano y le regaló un tranquilizador gesto de asentimiento.

—Ha sido el mayor gesto de generosidad que he visto aquí —dijo la cajera después de que el joven recogiera sus mercancías y se marchara. También ella tenía los ojos inundados de lágrimas. El hombre simplemente le sonrió—. Se lo digo en serio —reiteró ella—. He trabajado de cajera en este supermercado por casi tres años. He visto a montones de personas quedarse cortas de dinero, a montones de personas que han tenido que devolver cosas, pero nunca a nadie que hiciera lo que usted ha hecho.

—Todo el mundo necesita un poco de ayuda de vez en cuando —respondió él—. No hay nada de qué avergonzarse. Hoy me tocó ayudar a este chico; quizás mañana a él le toque ayudar a alguien más.

La chica sonrió mientras sus ojos volvían a llenarse de lágrimas.

—Es cierto que todos necesitamos un poco de apoyo alguna vez, pero el problema es que no hay mucha gente que esté dispuesta a ayudar. Especialmente cuando esa ayuda consiste en meterse las manos en los bolsillos. —En silencio, el hombre le dio la razón—. Ya lo he visto por aquí —dijo, mientras registraba los escasos artículos que el hombre traía consigo: un total de 9,49 dólares.

—Vivo en el barrio —dijo mientras le entregaba un billete de diez dólares.

Ella hizo una breve pausa y lo miró fijamente.

—Me llamo Linda —dijo, señalando con el mentón la placa que la identificaba. Extendió la mano.

—Robert —contestó él, estrechándole la mano—. Es un gusto conocerla.

—Mire —dijo ella, devolviéndole el cambio—, me pregunto si… Mi turno termina hoy a las seis. Ya que usted vive en el vecindario, ¿quizás podríamos ir por ahí a tomar un café?

Él dudó por un instante.

—Estaría muy bien —dijo por fin—. Pero, lamentablemente, esta noche saldré de viaje. Serán mis primeras vacaciones en… —Hizo una pausa y entrecerró los ojos por un instante—. No recuerdo cuándo fue la última vez que salí de vacaciones.

—Conozco ese sentimiento —dijo ella, y su voz reflejaba cierta decepción.

El hombre recogió su compra y se volvió a mirar a la cajera.

—¿Qué tal si te llamo cuando regrese, dentro de unos diez días? Tal vez podríamos salir a tomar un café.

Ella le devolvió la mirada y sus labios se abrieron en una fina sonrisa.

—Me gustaría —respondió, y escribió rápidamente su número de teléfono.

En cuanto el hombre puso un pie fuera del supermercado, su móvil comenzó a sonar dentro de la chaqueta.

—Detective Robert Hunter, Agencia Especial de Homicidios —contestó.

—Robert, ¿todavía estás en Los Ángeles?

Era Barbara Blake, capitana de la División de Robos y Homicidios de LAPD, el Departamento de Policía de Los Ángeles. Un par de días antes, ella misma había dado órdenes a Hunter y a su compañero, el detective Carlos García, de tomarse un par de semanas de descanso tras una investigación muy exigente y agotadora relacionada con un asesino en serie.

—Ahora mismo, sí —respondió Hunter, escéptico—. Mi vuelo sale esta noche, capitana, ¿por qué?

—De verdad que me fastidia hacerte esto, Rober —dijo la capitana, y se oía genuinamente avergonzada—, pero necesito que vengas a mi despacho.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

Tres

A la hora del almuerzo, Hunter recorrió los doce kilómetros de Huntington Park a la sede de LAPD en poco más de cuarenta y cinco minutos.

La División de Robos y Homicidios, localizada en el famoso Edificio Administrativo de la Policía, en West 1st Street, era un área sencilla, grande y abierta, repleta de escritorios de detectives y sin endebles Mamparas ni estúpidas líneas en el suelo que separaran o delimitaran los espacios. El lugar tenía el aspecto y los sonidos de un mercado callejero, una mañana de domingo cualquiera, con movimientos enérgicos, murmullos y gritos que surgían de cada rincón.

El despacho de la capitana Blake se encontraba en un extremo de la planta principal de detectives. La puerta estaba cerrada, algo nada inusual, dado el ruido, pero también lo estaban las persianas de la enorme ventana interna que daba al piso. Y eso sí, sin duda alguna, era mala señal.

Lentamente, Hunter avanzó zigzagueando entre gente y escritorios.

—Oye, ¿qué diablos haces aquí, Robert? —preguntó el detective Pérez, que había levantado la mirada desde detrás de la pantalla de su ordenador, mientras Hunter se escurría entre su escritorio y el de Henderson—. ¿No se suponía que estabas de vacaciones?

Hunter asintió.

—Estoy. Mi vuelo sale esta noche. Pero antes tendré una breve charla con la capitana.

—¿Vuelo? —Pérez lo miró sorprendido—. Eso es cosa de ricos. ¿A dónde vas?

—A Hawái. Por primera vez.

Pérez asintió.

—Qué bien. A mí también me vendría estupendamente ir a Hawái ahora mismo.

—¿Quieres que te traiga un collar lei o una camiseta hawaiana?

Pérez hizo una mueca.

—No, pero si pudieras arreglártelas para meter una o dos de esas bailarinas hawaianas en tu maleta, me las quedaría. Podrían bailar el hula en mi cama todas las malditas noches, ¿me entiendes? —y asentía como si dijera en serio cada una de esas palabras.

—Todos tenemos derecho a soñar —contestó Hunter, divertido con la forma tan vigorosa en que Pérez asentía.

—Hombre, pues diviértete mucho.

—Así será, estoy seguro —dijo Hunter antes de seguir adelante. Se detuvo un momento frente a la puerta de la capitana, y el instinto y la curiosidad lo hicieron inclinar un poco la cabeza y revisar la ventana. Nada. No podía ver nada a través de las persianas. Llamó dos veces.

—Entra —escuchó decir a la capitana Blake desde el otro lado, con voz firme, como de costumbre.

Hunter empujó la puerta y entró.

El despacho de Barbara Blake era un lugar amplio, bien iluminado e impecablemente ordenado. La pared sur estaba cubierta de estanterías repletas de libros encuadernados con tapas de colores coordinados. La del norte, tapizada de fotografías enmarcadas, condecoraciones y premios, todo acomodado simétricamente. La del este era una ventana panorámica, de suelo al techo, que daba a South Main Street. Justo delante del escritorio de doble pedestal de la capitana había dos sillones tapizados de cuero.

La capitana Blake estaba de pie junto a la ventana panorámica. Llevaba el largo pelo azabache elegantemente peinado en un moño, sujeto con un par de palillos de madera. Vestía una blusa blanca de seda metida en una exquisita falda lápiz azul marino. Junto a ella, con una taza de café humeante en la mano y portando un traje negro muy conservador, estaba una mujer delgada y muy atractiva a

quien Hunter nunca había visto. Tendría un poco más de treinta años. De ojos de un azul profundo y larga cabellera rubia y lacia, parecía alguien que normalmente se sentiría completamente a gusto en cualquier situación, pero había algo ligeramente aprensivo en la postura de su cabeza.

Después de que Hunter entrara en el despacho y cerrara la puerta, un hombre delgado y alto, que estaba sentado en uno de los sillones, también vestido en un sobrio traje negro, se volvió hacia él.

Tendría unos cincuenta y tantos años, pero las pesadas bolsas bajo sus ojos y las mejillas carnosas y flácidas —que también le daban cierto aspecto de sabueso— lo hacían ver diez años más viejo. El fino mechón de pelo gris que le quedaba en la cabeza estaba pulcramente peinado hacia atrás, por encima de las orejas.

Sorprendido, Hunter se detuvo y entrecerró los ojos.

—Hola, Robert —dijo el hombre, poniéndose de pie. Su voz, naturalmente ronca, empeorada por los años de fumar, parecía sorprendentemente firme en una persona que daba la impresión de no haber dormido en días.

Hunter se lo quedó mirando un par de segundos. Luego se volvió a la rubia y, finalmente, a la capitana Blake.

—Perdona esto, Robert —dijo ella con una ligera inclinación de la cabeza antes de que su mirada se volviera como una roca y se centrara en el hombre frente a Hunter—. Simplemente llegaron, así, sin anunciarse, hace como una hora. Ni siquiera una maldita llamada de cortesía —explicó.

—Me disculpo otra vez —dijo el hombre en un tono calmo pero autoritario. Definitivamente, era alguien acostumbrado a dar órdenes y a ser obedecido—. Luces bien —dijo, dirigiéndose a Hunter—. Pero siempre luces bien, Robert.

—Tú también, Adrian —respondió Hunter, poco convencido, y dio un paso hacia el hombre para estrechar su mano.

Adrian Kennedy era el director del Centro Nacional del FBI para el Estudio de los Crímenes Violentos (NCAVC), así como de su Unidad de Análisis del Comportamiento. Se trataba de un departamento del

FBI especializado en ayudar a los organismos policiales nacional e internacionales implicados en la investigación de crímenes violentos, fueran asesinatos en serie o inusuales.

Hunter era muy consciente de que, a menos de que fuera absolutamente ineludible, Adrian Kennedy nunca viajaba a ningún lado. Coordinaba la mayoría de las operaciones del NCAVC desde su enorme despacho en Washington, pero no era ningún burócrata de carrera. Había comenzado muy joven su relación con el FBI, donde, rápidamente, había exhibido tremendas aptitudes de liderazgo. Era también un motivador natural. Nunca pasaba inadvertido, y, apenas al comienzo de su carrera, había sido asignado al prestigioso destacamento de protección del presidente de los Estados Unidos. Dos años después, tras frustrar un atentado contra la vida del presidente al lanzarse frente a una bala que estaba destinada al hombre más poderoso del planeta, recibió una alta condecoración y una carta de agradecimiento del propio presidente. Pocos años más tarde, en junio de 1984, se fundó el Centro Nacional para el Estudio de los Crímenes Violentos. Necesitaban un director, un líder natural. El nombre de Adrian Kennedy encabezaba la lista.

—Te presento a la agente especial Courtney Taylor —dijo Kennedy, señalando con el rostro a la rubia.

Ella se acercó y estrechó la mano de Hunter.

—Me da mucho gusto conocerlo, detective Hunter. He oído hablar mucho de usted.

La voz de Taylor sonaba increíblemente seductora, combinando una suerte de tono suave y aniñado con un grado de seguridad en sí misma que desarmaba a cualquiera. A pesar de lo delicado de sus manos, su apretón era firme y significativo, como el de una mujer emprendedora que acabara de cerrar un gran negocio.

Hunter no contestó. En vez de eso, se volvió a Kennedy.

—Me alegro de que hayamos podido alcanzarte antes de que te fueras de vacaciones, Robert —dijo Kennedy. Hunter no replicó nada —. ¿Será algo fantástico?

Hunter sostuvo la mirada de Kennedy.

—Esto tiene que ser muy malo —dijo finalmente—, porque sé que no eres de los que se andan con gentilezas. También sé que nada podría importarte menos que el lugar donde voy a pasar mis vacaciones. Así que ¿qué tal si nos dejamos de mierdas? ¿De qué se trata todo esto, Adrian?

Kennedy se tomó un momento, como si sopesara cuidadosamente la respuesta antes de, finalmente, decir:

—De ti, Robert. Esto se trata de ti.

Cuatro

Por un breve instante, Hunter puso su atención en la capitana Blake. Cuando sus miradas se cruzaron, ella se encogió de hombros, como disculpándose.

—No me han dicho casi nada, Robert, pero, por lo poco que sé, no te gustará escuchar esto, me parece. —Volvió a su escritorio—. Será mejor que ellos te lo expliquen.

Hunter miró a Kennedy y esperó.

—¿Qué tal si te sientas, Robert? —dijo Kennedy, y le ofreció uno de los sillones.

Hunter no se movió.

—Estoy bien.

—¿Café? —preguntó Kennedy señalando el rincón, donde estaba la máquina de café expreso de la capitana Blake.

La mirada de Hunter se endureció.

—Vale, muy bien. —Kennedy levantó ambas manos en un gesto de rendición, mientras, al mismo tiempo, hacía a la agente especial Taylor una seña casi imperceptible—. Vayamos al grano. —Regresó a su asiento.

Taylor dejó la taza de café y dio un paso al frente. Se detuvo justo a un lado del sillón de Kennedy.

—Vale —comenzó—. Hace cinco días, alrededor de las seis de la mañana, mientras conducía hacia el sur por la Ruta 87, un tal John Garner sufrió un ataque al corazón. Se encontraba justo a las afueras de una pequeña población llamada Wheatland, en el sureste de Wyoming. Ni qué decir que perdió el control de su camioneta.

—Esa mañana llovía copiosamente y en el coche no iba más que el señor Garner —añadió Kennedy antes de hacer una señal a Taylor para que siguiera adelante.

—Probablemente ya sepas esto —prosiguió Taylor—, pero la Ruta 87 recorre todo el trayecto desde Montana hasta el sur de Texas. Como la mayoría de las autopistas, a menos de que el tramo en cuestión atraviese lo que se considera una zona mínimamente poblada o de alto riesgo de accidentes, no hay quitamiedos, muros, bordillos altos, islas centrales elevadas… Nada que evite que un vehículo se salga de la autopista y se aventure en una multitud de direcciones.

—El tramo del que estamos hablando no cae en la categoría de zona mínimamente poblada ni de alto riesgo de accidentes —comentó Kennedy.

—Por pura suerte —continuó Taylor—, o por falta de suerte, como quieras verlo, el señor Garner sufrió el ataque justo cuando iba pasando frente a un pequeño parador llamado Nora's Diner. Con el tipo inconsciente al volante, el vehículo se salió de la carretera y atravesó una franja de hierba baja, directamente hacia la cafetería. Según los testigos, la camioneta del señor Garner iba a chocar con el frente del parador.

»A esas horas de la mañana, y debido a la lluvia torrencial que estaba cayendo, solo había diez personas dentro de la cafetería: siete comensales y tres empleados. El sheriff local y uno de sus ayudantes eran dos de esos clientes. —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Algo tuvo que haber sucedido en el último segundo, porque la camioneta del señor Garner cambió de rumbo drásticamente y, por menos de un metro, no se estrelló en el local. Los técnicos forenses de carreteras suponen que el coche cayó en un bache grande y profundo pocos metros antes de golpear la cafetería, provocando que la dirección girara bruscamente hacia la izquierda».

—La camioneta se estrelló en el edificio adyacente, el de los aseos —dijo Kennedy—. Aunque el ataque no hubiera matado al señor Garner, el choque habría sido suficiente.

—Ahora —dijo Taylor, levantando el índice derecho—, he aquí el primer giro. Al desviarse de su trayecto hacia la cafetería y dirigirse

al edificio de los aseos, la camioneta golpeó la parte trasera de un Ford Taurus que estaba aparcado justo ahí fuera. El coche pertenecía a uno de los clientes.

Taylor hizo una pausa y alcanzó un portafolio que estaba sobre el escritorio de la capitana Blake.

—La camioneta del señor Garner golpeó el Taurus con tanta fuerza que le abrió el maletero —dijo Kennedy.

—El sheriff no se dio cuenta de eso —Taylor volvió a tomar la palabra—, porque, en su salida precipitada, su principal preocupación eran el conductor y los pasajeros, en caso de haberlos. —Abrió el portafolio y sacó una fotografía a color del tamaño de una hoja de papel—. Pero el caso del ayudante fue distinto —anunció—. Al salir, algo que estaba dentro del Taurus llamó su atención.

Hunter aguardaba.

Taylor dio un paso adelante y le entregó la fotografía.

—Esto es lo que encontró dentro del maletero.

Cinco

Academia Nacional de Adiestramiento del FBI (Quantico, Virginia).
A 4236 km de distancia.

Durante los últimos diez minutos, el agente especial Edwin Newman había estado de pie en la sala de control de las celdas de detención, en el sótano de uno de los diversos edificios que constituían el núcleo central de la academia del FBI. A pesar de los numerosos monitories de circuito cerrado montados en la pared este, toda su atención estaba puesta específicamente en uno.

Newman no era uno de los cadetes de la academia. De hecho, era un agente consumado y muy experimentado de la Unidad de Análisis del Comportamiento, alguien que había completado su adiestramiento hacía más de veinte años. Tenía su sede en Washington. Cuatro días antes, había viajado a Virginia específicamente para entrevistar al nuevo prisionero.

—¿Ha hecho algún movimiento en la última hora? —preguntó Newman al operador de la sala. El tipo estaba sentado ante una gran consola de control frente a la pared de los monitores.

El operador negó con un movimiento de cabeza.

—No, y no se moverá hasta que apaguemos las luces. Ya te lo he dicho: este tipo es como una máquina. Nunca he visto nada igual. Desde que lo trajeron, hace cuatro noches, no ha roto la rutina. Duerme de espaldas, mirando al techo, con las manos entrelazadas sobre el vientre. Como un cadáver en un ataúd. Una vez que cierra los ojos, no se mueve. No se sacude, no se vuelve, no parece inquieto, no se rasca, no ronca, no se levanta a medianoche para ir a mear, nada de nada. Por supuesto, a veces tiene cara de asustado, como si no tuviera ni puta idea de dónde está, pero la mayor parte

del tiempo duerme como alguien que no tuviera la menor preocupación, alguien que estuviera tumbado en la cama más cómoda del mundo. Y te diré algo —apuntó hacia la pantalla—: Esa cama no lo es. Es un maldito e incómodo trozo de madera que tiene encima un colchón delgado como un papel.

Newman se rascó la nariz torcida, pero no dijo nada.

El operador siguió hablando:

—El reloj interno de este tipo está ajustado con precisión suiza. No es coña, puedes ajustar tu reloj con él.

—¿A qué te refieres? —preguntó Newman.

El operador soltó una risita nasal.

—Cada mañana, exactamente a las 5:45, abre los ojos. Sin alarmas, sin ruidos, sin que le enciendan las luces, sin que lo llamemos y sin que ningún agente irrumpa en su habitación para despertarlo. Se levanta solo. Justo a las seis menos cuarto, tilín, está despierto.

Newman sabía que el prisionero había sido despojado de todas sus posesiones. No tenía reloj ni ninguna clase de aparato para llevar el tiempo.

—Al abrir los ojos —continuó el operador—, mira el techo durante noventa y cinco segundos, exactamente. Ni uno más ni uno menos. Si quieres, puedes revisar las grabaciones de los últimos tres días y cronometrarlas. —Newman no reaccionó—. Después de esos noventa y cinco segundos —siguió hablando el operador—, se levanta de la cama y va a la letrina. Después se echa al suelo y comienza a hacer flexiones, seguidas de abdominales. Diez repeticiones de cada cosa. Si no se lo interrumpe, hace cincuenta series con descansos mínimos entre ellas. No gruñe, no se queja ni hace gestos; es pura determinación. Le traen el desayuno en algún momento entre las 6:30 y las 7:00. Si no ha terminado con sus series, sigue hasta concluir. Solo entonces se sienta y desayuna tranquilamente. Y se come todo, sin la menor queja. No importa qué mierda insípida le pongamos en la bandeja. Después de eso, se lo

llevan a interrogar. —Se volvió a ver a Newman—. Supongo que eso te toca a ti.

Newman no contestó, no asintió ni tampoco movió la cabeza. Simplemente siguió mirando el monitor.

El operador se encogió de hombros y siguió con su relato.

—Cuando lo traen de vuelta a la celda, no importa la hora, comienza con una segunda batería de su rutina de ejercicios. Otras cincuenta series de flexiones y abdominales. —Rio—. Por si has perdido la cuenta, son mil diarias. Cuando ha terminado, si no se lo llevan para más interrogatorios, hace exactamente lo que ves en la pantalla en este momento. Se sienta en la cama, cruza las piernas, mira la pared blanca que tiene enfrente y, supongo, medita, ora o lo que sea. Pero nunca cierra los ojos. Y déjame decirte algo: la forma en que mira la pared es una puta locura.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó Newman.

—Eso depende —contestó el operador—. Tiene permiso de ir a las duchas una vez al día, pero la hora del baño de los prisioneros cambia a diario. Ya sabes cómo es esto. Si vamos a por él mientras está mirando la pared, simplemente rompe el trance y se baja de la cama, le ponemos los grilletes y va a las duchas. No se queja, no se resiste, no pelea. Cuando regresa, vuelve directamente a sentarse en la cama y se pone a mirar la pared. Si no se lo interrumpe, sigue en esa postura hasta que se apagan las luces, a las nueve y media. —Newman asintió—. Pero ayer —añadió el operador—, solo por curiosidad, le dejaron las luces encendidas otros cinco minutos.

—Déjame adivinar —dijo Newman—. No hubo la menor diferencia. A las nueve y media, exactamente, se acostó, volvió a su posición de ataúd y se durmió, con luces o sin luces.

—Así es —concedió el operador—. Ya te lo dije: es como una máquina con un reloj interno de precisión suiza. —Hizo una pausa y se volvió hacia Newman—. Aquí yo no soy el experto, pero, por lo que he estado mirando estas cuatro noches y estos cuatro días, este tipo, mentalmente, es una puta fortaleza. —Newman no dijo nada.

»No quisiera pasarme de la raya, pero… ¿ha dicho alguna cosa durante los interrogatorios? —Newman se quedó pensando en esa pregunta por un largo rato—. Si pregunto es porque conozco el procedimiento. Cuando un prisionero especial, como este, no ha dicho nada después de tres días de interrogatorios, comienza el tratamiento VIP, y todos sabemos lo duro que es. —Por instinto, el operador consultó su reloj—. En fin, que han pasado tres días, y si el tratamiento VIP estuviera a punto de comenzar, ya me habrían puesto sobre aviso. Así que, por lo que parece, ha dicho algo.

Newman observó la pantalla unos cuantos segundos más antes de asentir con un solo movimiento de cabeza.

—Anoche habló por primera vez. —Finalmente, apartó la mirada del monitor y la dirigió al operador de la sala—. Dijo cinco palabras.

Seis

Mientras Hunter estudiaba la fotografía que la agente especial Courtney Taylor le había dado, empezó a sentir, dentro del pecho, que los latidos de su corazón se aceleraban y que un ramalazo de adrenalina le recorría el cuerpo. Transcurrieron varios segundos silenciosos antes de que se diera permiso de apartar la mirada. Finalmente, sus ojos abandonaron la fotografía y se dirigieron a la capitana Blake.

—¿Ya la has mirado? —le preguntó.

Ella asintió.

Los ojos de Hunter regresaron a la fotografía.

—Está claro —dijo Kennedy, de nuevo poniéndose de pie—, que la camioneta del señor Garner golpeó la parte trasera del Ford Taurus lo suficientemente fuerte no solo como para soltar la tapa del maletero, sino como para volcar ese contendor de hielo.

La fotografía mostraba una nevera de playa de tamaño familiar volcada de lado dentro del maletero del Taurus. Había grandes trozos de hielo esparcidos por todos lados. La mayoría de los cubos estaban manchados de color carmesí con algo que no podía ser otra cosa que sangre. Pero eso era lo de menos. Toda la atención de Hunter estaba en algo más: las dos cabezas cortadas que, sin duda, se habían conservado en el interior de la nevera hasta que el accidente alteró el orden de las cosas. Ambas cabezas eran de mujer: una rubia, de cabello largo; una de cabello oscuro, peinado a lo pixie. Las dos habían sido separadas a la altura de la base del cuello. Según lo que Hunter alcanzaba a distinguir, eran cortes limpios, hechos por alguien experimentado.

La cabeza de la rubia descansaba sobre su mejilla izquierda, con el largo cabello cubriéndole la mayor parte del rostro. La de la mujer

de cabello oscuro, en cambio, había rodado fuera del contenedor y, gracias a varios cubos de hielo, se había acomodado de tal modo que descansaba sobre la nuca en el suelo del maletero, con los rasgos claramente expuestos. Y eso es lo que hizo que Hunter perdiera el aliento. Las heridas en el rostro eran más impresionantes que la propia decapitación.

Tres pequeños candados de metal cerraban cruda y salvajemente los labios a intervalos irregulares. Mantenían la boca cerrada, pero sin sellarla del todo. En apariencia, los delicados labios, costrosos de sangre, seguían hinchados, lo que indicaba que esos candados habían atravesado las carnes cuando la mujer estaba viva. Le habían arrancado los ojos; tenía las cuencas vacías: solo dos huecos negros llenos de sangre apelmazada y seca que había corrido también por las mejillas, trazando una especie de loco rayo de color rojo oscuro.

No tenía la piel de una vieja, pero era casi imposible deducir su edad únicamente con la fotografía.

—Esta foto la tomó el sheriff Walton a los pocos minutos del accidente —explicó Kennedy, mientras deambulaba hasta detenerse a un lado de Hunter—. Como dijo antes la agente Taylor, esa mañana estaban desayunando en la cafetería. Nadie tocó nada. El sheriff actuó de inmediato, porque la lluvia amenazaba con destruir las pruebas rápidamente.

Taylor abrió otra vez el portafolio y sacó una nueva fotografía. Se la dio a Hunter.

—Esta fue tomada por el equipo forense —le explicó—. Tuvieron que viajar desde Cheyenne, que está apenas a una hora de distancia, pero, si añades los retrasos y el tiempo que les tomó reunir al equipo y ponerse en marcha, digamos que solo tardaron cuatro horas en llegar al lugar del accidente.

En esta fotografía, las cabezas estaban una al lado de la otra, mirando hacia arriba, aún dentro del maletero del Taurus. El rostro de la rubia mostraba exactamente las mismas lesiones que el de la otra mujer. Una vez más, resultaba imposible calcular la edad.

—¿Los ojos estaban dentro del contenedor? —preguntó Hunter sin dejar de prestar atención a la imagen.

—No —respondió Taylor—. No había nada más en la nevera portátil. —La mujer miró a Kennedy y, enseguida, otra vez a Hunter —. Y no tenemos ni idea de dónde podrían estar los cuerpos.

—Y eso no es todo —dijo Kennedy. Los ojos de Hunter se apartaron de la fotografía para posarse en el hombre del FBI—. Cuando les quitaron los candados de los labios —explicó, asintiendo hacia la fotografía—, se reveló que a las dos mujeres les habían extraído todos los dientes. —Hizo una pausa efectista—. Y también la lengua.

Hunter no dijo nada.

—Dado que no tenemos los cuerpos —dijo Taylor, retomando la explicación— y, por lo tanto, tampoco hay huellas dactilares, se podría argumentar que el asesino les quitó los dientes, y, posiblemente, también los ojos, para evitar su identificación, pero eso no está claro.

Por un breve instante, pareció que Taylor dudara. Hunter captó visos de preocupación en ella y en la expresión de Kennedy. Hizo una lenta aspiración.

—Y, dada la pura brutalidad de las heridas infligidas a ambas víctimas, vosotros creéis que esto podría ser puro placer sádico, y no una artimaña para impedir la identificación.

Kennedy no se sorprendió de que Hunter hubiera leído sus pensamientos con tal rapidez. Aunque no formaba parte del Centro Nacional del FBI para el Estudio de los Crímenes Violentos ni de la Unidad de Análisis del Comportamiento, Robert Hunter era uno de los mejores criminólogos que Kennedy había conocido. Ya hacía muchos años que había tratado de reclutarlo para el FBI, cuando leyó su tesis doctoral titulada Un estudio psicológico avanzado de la conducta criminal. En ese momento, Hunter tenía solo veintitrés años.

El documento había impresionado tanto a Kennedy y al entonces director del FBI, que lo habían convertido en lectura obligatoria en el

NCAVC; y seguía siéndolo. Desde entonces, y a lo largo de esos años, Kennedy había hecho varios intentos por incorporar a Hunter a su equipo. No entendía por qué este hombre prefería ser un detective de la Agencia Especial de Homicidios de la policía de Los Ángeles, en lugar de unirse a la fuerza policíaca de rastreo de asesinos en serie más adelantada de los Estados Unidos y, posiblemente, del mundo. Cierto era que Hunter —Kennedy bien lo sabía— era el principal detective de la Unidad de Crímenes Ultraviolentos, un equipo especial del LAPD para la investigación de asesinatos y homicidios en serie en los que el perpetrador había actuado con una brutalidad o un sadismo abrumadores. Y Hunter era el mejor en lo que hacía. Su historial de detenciones lo demostraba, pero, de todos modos, el FBI podía ofrecerle mucho más que la policía de Los Ángeles. Hunter, sin embargo, nunca había mostrado el menor interés en convertirse en agente federal y había rechazado todas las ofertas que le habían hecho Kennedy y sus superiores.

—Es un caso interesante —dijo Hunter, y le devolvió las fotografías a Taylor—, pero el FBI y el NCAVC han investigado una tonelada de casos como este… Algunos incluso más perturbadores. Este no es, precisamente, algo nuevo. —Ni Kennedy ni Taylor le discutieron eso—. Doy por hecho que no saben quién es ninguna de las dos víctimas —dijo.

—Así es —respondió Kennedy.

—¿Y dices que las cabezas aparecieron en Wyoming?

—Eso también es correcto.

—Seguramente ya sabes cuál será mi siguiente pregunta, ¿no es así? —dijo Hunter.

Un segundo de vacilación.

—Si no sabemos quiénes son las víctimas —dijo Taylor, haciéndole una señal de asentimiento— y las cabezas fueron encontradas en Wyoming, ¿qué estamos haciendo en Los Ángeles?

—¿Y qué hago yo aquí? —añadió Hunter, consultando rápidamente su reloj—. Tengo que coger un vuelo en unas cuantas

horas y aún no he hecho la maleta.

—Nosotros estamos aquí, tú estás aquí, porque el gobierno federal de los Estados Unidos necesita tu ayuda —respondió Taylor.

—Ay, por favor —dijo la capitana Blake, con una sonrisa en los labios—. ¿Ahora nos vais a venir con vuestro discurso patriótico de mierda? ¿De verdad? —Se puso de pie—. Mis detectives arriesgan su vida en la ciudad de Los Ángeles un día sí y otro también. Haceos un favor y no os metáis por ahí, cariño. —Clavó en Taylor una mirada como para fundir metales—. ¿Es cierto que estas gilipolleces funcionan con la gente?

Pareció que Taylor iba a responder, pero Hunter se le adelantó por un segundo.

—¿Que me necesitáis? ¿Por qué? —Se dirigió a Kennedy—. No soy un agente del FBI y vosotros tenéis más investigadores de los que podéis contar, por no mencionar un escuadrón de criminólogos.

—Ninguno es tan bueno como tú —dijo Kennedy.

—La adulación no os llevará a ningún lado —dijo la capitana Blake.

—Yo no soy un criminólogo, Adrian —dijo Hunter—, y tú lo sabes.

—En realidad, no es para eso que te necesitamos, Robert —replicó Kennedy. Hizo una breve pausa y una señal de asentimiento hacia Taylor—. Dile.

Siete

El tono de Kennedy hizo que la ceja derecha de Hunter se torciera un poquito. El detective giró hacia la agente Taylor y aguardó.

Antes de comenzar, Taylor, con la punta de los dedos, se acomodó detrás de las orejas el cabello suelto.

—El Ford Taurus pertenece a uno de los clientes que estaban desayunando esa mañana en la cafetería. Según el carné de conducir, se llama Liam Shaw, nacido el 13 de febrero de 1968 en Madison, en Tennessee. —Hizo una pausa y observó a Hunter por un segundo, tratando de captar cualquier signo de que hubiera reconocido el nombre. No hubo tal.

—¿Según el carné de conducir? —preguntó Hunter, mirando de Taylor a Kennedy como en un juego de tenis de mesa—. ¿Así que tenéis dudas? —Era más una afirmación que una pregunta.

—El nombre es correcto —dijo Kennedy—. Todo parece estar bien.

—Pero, de todos modos, tenéis dudas —presionó Hunter.

—El problema es… —Ahora hablaba Taylor—. Todo parece estar bien si nos remontamos a un máximo de catorce años. Más allá… —agitó apenas la cabeza—, no hemos podido encontrar nada relacionado con Liam Shaw, nacido el 13 de febrero de 1968 en Madison, en el estado de Tennessee. Es como si no hubiera existido.

—Y, a juzgar por la forma en que me veías cuando mencionaste su nombre —dijo Hunter—, buscabas señales de reconocimiento. ¿Por qué?

Taylor estaba impresionada. Siempre se había sentido muy orgullosa de su cara de póquer, de la forma en que podía estudiar a la gente sin que esta se enterara, pero Hunter la estaba leyendo como un libro.

Kennedy sonrió.

—Te dije que era bueno.

Taylor no pareció tomar en cuenta el comentario.

—El señor Shaw fue detenido en el acto por el sheriff Dalton y su ayudante —dijo—, pero, de inmediato, el comisario se dio cuenta de que se estaba topando con algo que él y su pequeño departamento simplemente no podrían manejar. La matrícula del Taurus era de Montana, y eso generaba una situación interestatal. Por lo tanto, a la comisaría de Wyoming no le quedó más remedio que traérnoslo. —Hizo otra pausa y hurgó entre el contenido de su portafolio en busca de un nuevo documento—. Ahora viene el segundo giro de esta historia —dijo al retomar el relato—. El Taurus no está registrado a nombre del señor Shaw, sino de un tal John Williams, de la ciudad de Nueva York.

Le entregó el documento a Hunter.

Este apenas echó un vistazo a la hoja de papel que le acababan de dar.

—Sorpresa, sorpresa —dijo Kennedy—. No hay ningún John Williams en la dirección en que el coche está registrado.

—John Williams es un nombre muy común —dijo Hunter.

—Demasiado común —convino Taylor—. Hay unos mil quinientos solo en la ciudad de Nueva York.

—Pero tenéis al señor Shaw bajo custodia, ¿no es así? —preguntó Hunter.

—Así es —confirmó Taylor.

Hunter miró a la capitana Blake, todavía un tanto confundido.

—Así que tenéis al señor Shaw, quien aparentemente viene de Tennessee; las cabezas de dos mujeres sin identificar; un coche con matrícula de Montana, que está a nombre de un señor Williams de la ciudad de Nueva York. —Se encogió de hombros—. Mi pregunta sigue en pie: ¿qué hacéis en Los Ángeles? ¿Y por qué estoy aquí y no en mi casa, haciendo las maletas? —Consultó su reloj una vez más.

—Porque el señor Shaw no ha hablado —respondió Taylor, todavía con calma.

Hunter la miró por un par de segundos.

—Y eso ¿cómo responde a mi pregunta?

—La afirmación de la agente Taylor no es ciento por ciento exacta —interrumpió Kennedy—. Hemos tenido al señor Shaw bajo nuestra custodia por cuatro días. Nos lo entregaron al día siguiente de su detención. Está retenido en Quantico. Puse a los agentes Taylor y Newman a cargo del caso. —Los ojos de Hunter se dirigieron a Taylor por un segundo—. Pero, como ha dicho la agente Taylor —continuó Kennedy—, el señor Shaw ha rehusado hablar.

—¿Y qué? —interrumpió la capitana Blake, un poco divertida—. ¿Desde cuándo eso ha impedido que el FBI le saque información a cualquiera?

Kennedy no se inmutó por el comentario agraviante.

—Durante el interrogatorio de anoche —continuó—, el señor Shaw dijo algo por primera vez. —Hizo una pausa y caminó hacia el gran ventanal del lado este—. Solo dijo cinco palabras. —Hunter seguía a la espera.

»Dijo: «Solo hablaré con Robert Hunter».

Ocho

Hunter no se movió. Ni siquiera se inmutó. Su expresión facial permaneció inalterada. Si las palabras de Kennedy lo afectaron en modo alguno, no dio ninguna muestra de ello.

—Estoy seguro de que no soy el único Robert Hunter de los Estados Unidos —dijo finalmente.

—Yo también —concedió Kennedy—, pero, del mismo modo, estamos seguros de que el señor Shaw hablaba de ti, de nadie más.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Por su tono de voz —respondió Kennedy—. Y por su postura, la confianza en sí mismo, su actitud… Todo lo que tiene que ver con él, en realidad. Hemos analizado las grabaciones innumerables veces. Sabes que eso es lo que hacemos, Robert. Sabes que tengo gente entrenada para leer señales reveladoras, por mínimas que sean; para reconocer minúsculos cambios en la entonación de la voz; para identificar los signos del lenguaje corporal. El tipo estaba seguro. No vaciló, no tembló, nada. Tenía la certeza de que nosotros sabríamos a quién se refería.

—Puedes ver la grabación, si lo deseas —le propuso Taylor—. Aquí tengo una copia. —Señaló con un gesto el portafolio.

Hunter permaneció en silencio.

—Por eso creímos que tal vez reconocerías el nombre —dijo Kennedy—. Pero, de todos modos, teníamos nuestras sospechas de que Liam Shaw era un nombre falso.

—¿Habéis probado en Tennessee, de donde se supone que es este señor Liam Shaw? —preguntó la capitana Blake—. Podría haber un Robert Hunter por ahí.

—No, no lo hemos hecho —respondió Taylor—. No hay ninguna necesidad. Como dijo el director Kennedy, el señor Shaw tiene

mucha confianza en sí mismo. Sabía que no tardaríamos en averiguar exactamente a quién se refería.

Kennedy tomó el relevo:

—En cuanto oí el nombre, sabía que solo podía estar hablando de una persona: de ti, Robert.

—¿Tenéis la grabación? —preguntó Hunter.

—La tengo —respondió Taylor—. Y también una fotografía del señor Shaw. —Sacó una última foto del portafolio y se la entregó a Hunter.

El detective se quedó mirando la imagen por un largo y silencioso rato. Una vez más, ni su expresión facial ni su lenguaje corporal revelaron la menor cosa. Hasta que respiró hondo y sus ojos se encontraron con los de Kennedy.

—Tenéis que estar de coña.

Nueve

El hombre que se hacía llamar Liam Shaw estaba sentado en la cama de una pequeña celda situada en el subsuelo: el nivel subterráneo cinco de un edificio no especificado dentro del complejo de Quantico, la academia del FBI, en Virginia. Tenía las piernas cruzadas bajo el cuerpo. Sus manos juntas, sin apretar, descansaban en su regazo. Sus ojos permanecían abiertos, pero inmóviles; había solo una mirada muerta, un tanto asustada, un tanto incierta, dirigida al frente, a la pared vacía que el hombre tenía delante. De hecho, nada se movía en él. No sacudía la cabeza, no torcía los dedos, no acomodaba en absoluto las piernas, no cambiaba de posición el cuerpo ni lo mecía ni nada, con excepción de la inevitable reacción motriz del parpadeo.

Había estado en esa postura por una hora, tan solo mirando la pared, como si contemplarla durante bastante tiempo pudiera trasladarlo mágicamente a otro lugar. A estas alturas, debería tener las piernas acalambradas; debería sentir en los pies un hormigueo de miles de clavos y agujas. Su cuello tendría que estar rígido por la falta de movimiento, pero daba la impresión de estar tan cómodo y libre de tensión como un hombre que estuviera sentado en la comodidad de su lujosa sala de estar.

Años atrás, el hombre se había enseñado a sí mismo esa técnica. Le había costado años dominarla, pero ahora era capaz de casi vaciar la mente de la mayoría de los pensamientos. Podía aislarse con facilidad de los sonidos y cegarse a lo que ocurría a su alrededor, incluso con los ojos abiertos. Era una especie de trance de meditación que elevaba su mente a un nivel casi sobrenatural; pero, más que nada, servía para mantenerla fuerte. Y él sabía que eso era, exactamente, lo que en ese momento necesitaba.

Desde anoche, los agentes habían dejado de molestarlo. Pero sabía que volverían. Querían hacerlo hablar, solo que él no sabía qué decir. Conocía las tácticas policiales lo suficientemente bien como para saber que, dijera lo que dijera, nunca sería suficiente, aunque fuera la verdad. A los ojos de aquellos, ya era culpable, sin importar lo que hubiera dicho ni lo que hubiera callado. También entendía que el hecho de que no lo tuvieran detenido en una comisaría común y corriente, sino que lo hubieran entregado al FBI, complicaba las cosas descomunalmente.

Sabía que muy pronto debía darles algo, porque los métodos de los interrogatorios estaban a punto de cambiar. Podía sentirlo. Podía sentirlo en el tono de voz de sus dos interrogadores.

La rubia atractiva que se hacía llamar Agente Taylor hablaba con voz suave, encantadora y llena de consideración, mientras que el tipo grande de la nariz torcida, quien se hacía llamar Agente Newman, era mucho más agresivo y temperamental. El típico juego del policía bueno y el policía malo. Pero empezaba a notarse la frustración de esos dos ante el compromiso total de guardar silencio. El encanto y la diplomacia estaban a punto de llegar a su fin. Eso había quedado en evidencia durante el último interrogatorio.

Y, entonces, la idea le vino a la cabeza, y, con ella, un nombre:

Robert Hunter.

Diez

Finalmente, Hunter había vuelto a su apartamento a hacer las maletas, pero el vuelo que tomaría un par de horas más tarde no era el que había reservado para ir a Hawái.

Después de que el reactor privado Hawker rodara un rato por la pista, la torre de control del aeropuerto Van Nuys finalmente le dio la orden de despegar.

Hunter estaba sentado en la parte trasera del avión, con una gran taza de café entre las manos. Su trabajo no le daba verdaderas oportunidades de viajar y, cuando lo hacía, era conduciendo un coche, a ser posible. Ya había tomado algunos vuelos comerciales, pero esta era su primera vez dentro de un avión privado, y debía admitir que estaba impresionado. El interior del avión era tan lujoso como práctico.

La cabina tenía unos siete metros de largo por un poco más de dos metros de ancho. Había ocho asientos muy cómodos, de cuero color crema, acomodados de dos en dos: cuatro a cada lado del pasillo, cada uno con su propia toma de corriente y sistema multimedia. Los ocho asientos podían girar trescientos sesenta grados. Las luces superiores de led de baja intensidad daban a la cabina una sensación de agradable luminosidad.

La agente Taylor estaba sentada frente a Hunter, tecleando algo en el ordenador portátil que tenía sobre una mesilla plegable. Adrian Kennedy estaba a la derecha del detective, al otro lado del pasillo. Desde su salida del despacho de la capitana Blake, parecía no haber dejado de hablar por el móvil.

El avión despegó con suavidad y ascendió rápidamente a una altitud de crucero de treinta mil pies. Hunter se quedó mirando por

la ventanilla el cielo azul sin una sola nube, luchando con una multitud de pensamientos.

—Bien —dijo Kennedy, que finalmente había colgado el teléfono y lo había guardado otra vez en el bolsillo de su chaqueta. Giró el asiento para quedar de frente a Hunter—. Háblame otra vez de este tipo, Robert, ¿quién es?

Taylor dejó de teclear y lentamente giró su asiento para mirar a ambos hombres.

Hunter siguió contemplando el cielo azul por un rato.

—Es una de las personas más inteligentes que he conocido —dijo por fin—. Alguien con una extraordinaria disciplina y control de sí mismo.

Kennedy y Taylor se quedaron esperando.

—Se llama Lucien, Lucien Folter —siguió Hunter—. O ese es, por lo menos, el nombre con el que lo conocí. Eso fue en mi primer día en la universidad de Stanford. Yo tenía dieciséis años.

Hunter había crecido en Compton, un barrio desfavorecido del sur de Los Ángeles, como hijo único de unos padres de la clase trabajadora. Su madre había perdido la batalla contra el cáncer cuando él tenía solo siete años. Su padre, que nunca volvió a casarse, tuvo que aceptar dos empleos para hacer frente a las exigencias de criar un hijo sin la ayuda de nadie.

Hunter siempre fue distinto a los demás. Incluso durante la infancia, su cerebro parecía resolver los problemas más rápido que el de ningún otro. Para él, el colegio significaba frustración y aburrimiento. Terminó el sexto grado en menos de dos meses y, solo por tener algo que hacer, leyó todos los módulos de lo que le quedaba de enseñanza básica. Después le preguntó al director del colegio si le daría permiso de presentar los exámenes finales de séptimo y octavo. Curioso e intrigado, el director se lo concedió. Hunter aprobó todos con las mejores calificaciones. Fue entonces cuando el director decidió ponerse en contacto con el Consejo de Educación de Los Ángeles. Tras otra batería de exámenes y pruebas,

y con solo doce años, fue aceptado en el Colegio Mirman para Superdotados.

Pero ni siquiera el plan de estudios de un colegio especial fue suficiente para moderar sus avances.

A los catorce años, ya había superado los programas de preparatoria de Mirman en inglés, historia, matemáticas, biología y química. Cuatro años de educación media condensados en dos. Se graduó con honores a los quince. Recomendado por todos sus maestros, Hunter fue admitido «en circunstancias especiales» para estudiar en la universidad de Stanford.

A los diecinueve, ya se había licenciado con honores en Psicología, y a los veintitrés, tenía el doctorado en Análisis del Comportamiento Criminal y Biopsicología.

—¿Dices que compartisteis la habitación? —preguntó Taylor.

Hunter asintió.

—Desde el primer día. En cuanto llegué a la universidad, me asignaron un dormitorio. —Se encogió de hombros—. El mismo en que pusieron a Lucien.

—¿Cuántos dormían en esa misma habitación?

—Nosotros dos. Nadie más. Eran habitaciones pequeñas.

—¿Él también era estudiante de Psicología?

—Así es. —La mirada de Hunter regresó al cielo, al otro lado de la ventanilla, mientras su memoria comenzaba a llevarlo mucho tiempo atrás—. Era un buen tipo. Nunca pensé que sería tan amistoso conmigo.

Taylor frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Hunter se encogió de hombros.

—Yo era mucho más joven que cualquiera de los que nos rodeaban; y, en realidad, nunca me había interesado gran cosa por los deportes, por acudir al gimnasio ni por ninguna clase de actividad física. Era muy delgado, y torpe. Llevaba el cabello largo y, en aquellos tiempos, no me vestía como los demás. En realidad, era un imán para los matones. Lucien tenía casi diecinueve años, le

encantaban los deportes y hacía ejercicio con regularidad. Era de la clase de chicos para quien alguien como yo sería un blanco apetecible.

Por el aspecto físico y mental de Hunter, nadie se lo habría imaginado como un niño delgado y torpe. Parecía el típico atleta del instituto; el capitán del equipo de fútbol americano, tal vez, o del equipo de lucha libre.

—Pero no lo hizo —prosiguió Hunter—. De hecho, gracias a él, no tragué tanta mierda como me habría tocado. Nos hicimos mejores amigos. Cuando comencé a ir al gimnasio, me ayudaba con los ejercicios, la dieta y todo eso.

—¿Y cómo era en el día a día?

Hunter sabía que Taylor le preguntaba por los rasgos del carácter de Folter.

—No era un chico violento, si a eso te refieres. Siempre mantenía la calma. Siempre estaba bajo control. Y eso era algo muy bueno, porque de verdad sabía pelear.

—Pero acabas de decir que no era violento —dijo Taylor.

—Es cierto.

—Aunque estás insinuando, también, que lo has visto pelear.

Un leve asentimiento.

—Y lo he visto. —Los ojos de Taylor y una torsión de sus labios formulaban una pregunta en silencio—. Hay situaciones de las que, sin importar cuán tranquilo y fácil seas, simplemente no puedes escapar —replicó Hunter.

—¿Por ejemplo? —insistió Taylor.

—Recuerdo haberlo visto pelear una sola vez —explicó Hunter—. Y, de verdad, hizo todo lo posible por no llegar a los puños, pero no le funcionó.

—¿Cómo?

Hunter se encogió de hombros.

—Un fin de semana, Lucien conoció a una chica en un bar y se pasó toda la noche charlando con ella. Que yo sepa, eso fue todo. No hubo sexo, nada de besos, nada malo, en realidad; solo unos

cuantos tragos, mucho coqueteo y montones de risas. El lunes siguiente, veníamos saliendo de una tardía sesión de estudio en la biblioteca cuando nos acorralaron cuatro tipos, todos bastante grandes. Uno de ellos era el muy cabreado exnovio. Aparentemente, hacía poco que había terminado con su novia. Ahora bien, la cosa con Lucien es que siempre ha sido muy bueno para hablar. Como dice el dicho, es capaz de venderles hielo a los esquimales. Trató de esquivar el lío con razonamientos. Dijo que lo lamentaba, que no sabía que la chica tenía novio ni que acababa de romper. Dijo que, de haberlo sabido, nunca se le habría acercado y tal. Pero los tipos no querían saber nada de nada. Dijeron que no habían venido por disculpas, sino que estaban ahí para joderlo y punto.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Taylor.

—No gran cosa. Hasta ese momento, yo nunca había presenciado nada parecido. Yo, aún con lo escuálido que estaba, no me iba a quedar ahí sentado mirando cómo cuatro neandertales le daban una paliza a mi mejor amigo, pero apenas pude moverme. Todo terminó en diez… quince segundos, a lo sumo. No puedo decirte qué sucedió, en realidad, pero Lucien se movió muy rápido… Demasiado rápido, de hecho. En un instante, los cuatro estaban en el suelo: dos con la nariz rota, uno con tres dedos fracturados. Al cuarto le había puesto, de una patada, las pelotas detrás de la garganta. Cuando nos fuimos de ahí, le pregunté dónde había aprendido a hacer eso.

—¿Y qué te dijo?

—Me dio una respuesta de mierda. Me dijo que había visto muchas pelis de artes marciales. Y si algo había aprendido de Lucien era que no tenía sentido presionarlo para sacarle una respuesta que no quería darte. Así que ahí lo dejé.

—Dijiste que era un gran conversador —comentó Taylor con un ligero tono cantarín en la voz—. Bueno, no hemos conversado gran cosa en estos días.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste? —preguntó Kennedy.

—El día en que me doctoré —explicó Hunter—. Salí de la universidad un año antes que él.

Por el currículo de Hunter, Taylor sabía que había acelerado también los años universitarios, haciendo los cuatro en tres.

—Pero me quedé en Stanford —dijo Hunter—. Me ofrecieron una segunda beca para continuar mis estudios y hacer un doctorado. Así que acepté. Lucien y yo seguimos compartiendo la habitación un año más, hasta que él se graduó. Después de eso, se fue de Stanford.

—¿Seguisteis en contacto?

—Sí, pero no por mucho tiempo —confirmó Hunter—. Se tomó algunos meses de vacaciones después de graduarse. Viajó por algún tiempo, hasta que decidió que quería regresar a la universidad. También él tenía intenciones de hacer un doctorado.

—¿Regresó a Stanford?

—No. Fue a Yale.

—¿Connecticut? —Taylor estaba sorprendida—. Eso está al otro lado, en la cota este. ¿Por qué tan lejos, cuando tienes Stanford, Berkley, Caltech y UCLA aquí mismo, en California? Cuatro de las mejores universidades del país.

—Yale también es una gran universidad —replicó Hunter.

—Lo sé. Pero sabes a qué me refiero. Connecticut está en el quinto infierno, con respecto a California. Supongo que, después de vivir aquí tantos años, probablemente tenía montones de amigos y cierta clase de vida en Los Ángeles. ¿Por qué un cambio tan repentino? ¿Su familia es de ahí, de Connecticut?

Hunter se quedó callado por un instante, tratando de recordar.

—No sé de dónde es su familia —dijo—. Nunca hablamos de eso.

La mirada de Taylor fue lentamente a Kennedy y, después, de vuelta a Hunter.

—¿No te parece un poco extraño? —preguntó—. Durante años compartisteis el dormitorio. Tal como lo dijiste, os convertisteis en mejores amigos. ¿Nunca dijo nada de su familia?

Hunter se encogió de hombros como si nada.

—No, y no me parece extraño, en absoluto. Yo tampoco hablé de mi familia; ni con él ni con nadie, ya que estamos. Algunas personas son más reservadas.

—Así que la última vez que os visteis fue cuando te dieron el diploma del doctorado —dijo Kennedy.

Hunter asintió.

—Viajó para asistir a la ceremonia de graduación, se quedó ese día y voló de regreso a la mañana siguiente. Desde entonces, no he vuelto a saber nada de él.

—¿Simplemente voló a Connecticut y desapareció? —Era Taylor quien hablaba de nuevo—. Creí que erais mejores amigos.

—Quizás fui yo quien desapareció —replicó Hunter.

Taylor vaciló por un instante.

—¿Por qué? ¿Hizo algún intento de comunicarse contigo?

—No, que yo sepa —respondió Hunter—, pero yo tampoco lo intenté. —Hizo una pausa y apartó la mirada—. Después de mi graduación, no me puse en contacto con nadie.

Once

El avión privado Hawker aterrizó en la pista del aeropuerto Turner de Quantico, en Virginia, casi cinco horas exactas después de haber despegado del aeropuerto Van Nuys, en Los Ángeles.

Tras la conversación con Kennedy y Taylor acerca de lo que Hunter podía recordar de su viejo mejor amigo, los tres permanecieron en silencio durante el resto del vuelo. Kennedy se quedó dormido un par de horas, mientras que Hunter y Taylor permanecieron despiertos durante todo el recorrido, cada uno inmerso en sus propios pensamientos. Por alguna razón, la memoria llevó a Taylor a los tiempos en que era una niña, en la forma en que, desde muy temprano, se había visto obligada a cuidar de sí misma.

Su padre, aparentemente sano, había muerto de un inesperado ataque al corazón provocado por un aneurisma coronario. Taylor solo tenía catorce años. Se tomó esa muerte muy mal, y lo mismo le pasó a su joven madre. Los siguientes dos años se convirtieron en una terrible batalla, tanto emocional como financiera, mientras la madre —que había sido una ama de casa durante los últimos quince años— se enfrentaba a una serie de trabajos ocasionales, con las presiones de ser una viuda reciente y, en consecuencia, una madre soltera.

La madre de Taylor era una mujer de gran ternura y alma caritativa, pero, también, una de esas personas que simplemente no soportan estar solas. Lo que siguió fue una cadena de novios cantamañanas; algunos de ellos, abusivos. Taylor estaba a punto de graduarse del instituto cuando su madre volvió a quedarse embarazada. El novio del momento le dijo que no quería cargar con ese tipo de responsabilidades, que no estaba listo para convertirse en padre y tener una familia, que tampoco tenía ninguna intención

de convertirse en el padre de una hija ajena; una chica que no podía importarle menos. Cuando la madre de Taylor se negó a acudir a la cita que él había concertado para ella en la clínica de abortos, el tipo simplemente la abandonó y se largó de la ciudad al día siguiente. Nunca volvieron a saber nada de él.

Con la madre en un avanzado estado de gestación, incapaz de currar, Taylor renunció a la idea de acudir a la universidad y comenzó a trabajar de tiempo completo en un centro comercial de la localidad. Un mes más tarde, la madre dio a luz a un niño, Adam. Desafortunadamente, Adam nació con una anomalía en el cromosoma dieciocho, lo que se reflejaba como un retraso mental moderado, atrofia muscular, malformaciones craneofaciales y enormes dificultades en la coordinación motriz. En vez de traerle alegrías, el nacimiento de Adam sumió a la madre de Taylor en una espiral de depresión. Sin saber cómo afrontarla, encontraba consuelo en los somníferos, los antidepresivos y el alcohol. A los diecisiete años, Taylor tuvo que convertirse en la «hija mayor», la «hermana mayor» y el «hombre de la casa».

El subsidio gubernamental no le alcanzaba, ni mucho menos, así que, durante los siguientes tres años, Taylor trabajó en lo que pudo, mientras se hacía cargo de su hermanito y su madre; pero, a pesar de todas las ayudas médicas, la salud de Adam no dejaba de deteriorarse. El niño murió dos meses antes de su cumpleaños número tres. La depresión de la madre empeoró considerablemente, pero, sin seguro médico, era casi imposible conseguir ayuda profesional.

Una noche lluviosa, ya muy tarde, cuando Taylor regresó de su turno como camarera nocturna en un restaurante del centro, encontró sobre la mesa de la cocina una nota de su madre:

> Cariño, siento mucho no haber sido una buena madre para ti ni para Adam. Perdóname por todos mis errores. Eres la mejor hija que una madre podría esperar. Te amo con todo mi corazón. Solo espero que algún día me perdones por haber sido tan débil, tan estúpida, por toda la carga que puse encima de ti. Por favor, cariño, sé feliz. Te lo mereces.

La lectura de la nota llenó a Taylor de un pavor que le paralizó el corazón. Corrió al dormitorio de su madre…, pero demasiado tarde. Sobre la mesita de noche había tres botellas vacías: una de somníferos, una de antidepresivos y una de vodka. Taylor seguía teniendo pesadillas de aquella noche.

Cuando aterrizaron, en la pista los esperaba un SUV General Motors negro, de ventanillas tintadas, muy al estilo del FBI.

Hunter bajó del avión y estiró su metro ochenta bajo la brisa de la madrugada. Se sentía bien al volver a respirar aire puro, salir por fin de un espacio tan reducido. Por muy lujosa que fuera la cabina de pasajeros del avión, después de cinco horas se sentía como una prisión en el cielo.

Hunter consultó su reloj. El sol no saldría hasta dentro de dos horas, pero, para su sorpresa, el aire nocturno en Virginia, a esa hora, se sentía casi tan cálido como el de Los Ángeles.

—Todos deberíamos hacer el intento de dormir un poco —dijo Kennedy, que acababa de soltar el móvil, y los tres abordaron el SUV — y de desayunar algo decente un poco después. Tu habitación está lista —dijo dirigiéndose a Hunter—. Espero que no te importe quedarte en uno de los dormitorios para reclutas de la academia. —Hunter respondió con un leve movimiento de cabeza—. La agente Taylor vendrá a buscarte a las diez de la mañana. —Kennedy consultó su reloj—. Eso nos dará a todos un descanso de unas seis horas. Dormid un poco.

—¿Podríamos hacerlo más temprano? —preguntó Hunter—. ¿Ahora, por ejemplo? Ya estoy aquí, no veo la necesidad de retrasar esto por más tiempo.

Kennedy lo miró directamente a los ojos.

—Todos necesitamos un poco de descanso, Robert. Ha sido un largo día; un vuelo muy largo, también. Sé que no necesitas dormir mucho para trabajar, pero eso no significa que tu cerebro no se

canse como los de todos los demás. Necesito que estés muy alerta cuando entres ahí a hablar con tu viejo amigo.

Hunter no dijo nada. Simplemente se quedó mirando las farolas pasar mientras avanzaba el SUV.

Doce

La agente especial Courtney Taylor llamó a la puerta del dormitorio de Hunter a las diez en punto. Se las había arreglado para dormir cinco horas y ducharse. Llevaba puesto un traje negro de raya diplomática, ejecutivo pero elegante. Se había recogido el pelo en una cola de caballo muy aplanada.

Hunter abrió la puerta, consultó su reloj y sonrió.

—Vaya, supongo que calculaste tu llegada con absoluta perfección.

Aún tenía el cabello mojado. Vestía unos vaqueros negros, botas del mismo color, y una camiseta azul oscura bajo su acostumbrada chaqueta delgada de cuero negro.

De forma intermitente, entrando y saliendo del sueño, había logrado dormir un total de dos horas y media.

—¿Estás listo, detective Hunter? —preguntó Taylor.

—Lo estoy —contestó él, y cerró la puerta.

—Confío en que habrás desayunado bien, ¿vale? —dijo ella mientras comenzaban a caminar por el pasillo hacia las escaleras.

A la nueve en punto de la mañana de la mañana, un cadete del FBI había llamado a su puerta. Le traía un saludable desayuno de fruta, cereal, yogurt, huevos revueltos, café, leche y tostadas.

—Así fue —dijo Hunter con una sonrisa cuestionadora—, pero no sabía que el FBI tenía servicio a domicilio.

—No lo hacemos, esto fue algo único. Puedes darle las gracias al director Kennedy.

Hunter asintió una sola vez.

—Me aseguraré de hacerlo.

Escaleras abajo, otro SUV los esperaba para llevarlos de un lado al otro del recinto. Hunter se sentó silenciosamente en la parte de

atrás, mientras que Taylor tomaba el asiento junto al conductor.

La academia del FBI estaba situada en un terreno de doscientas veinte hectáreas, dentro de una base de la marina, setenta kilómetros al sur de la ciudad de Washington. Su centro neural era un conglomerado de edificios interconectados que parecían más una corporación sobredimensionada que un centro de formación perteneciente al gobierno. Los reclutas, vestidos de chándal azul oscuro, con la insignia de la agencia estampada en el pecho y las letras FBI a la espalda, en grandes caracteres dorados, estaban por todas partes. Había marines armados con rifles de alto poder en todas las intersecciones y en la entrada de cada edificio. El sonido de las aspas de los helicópteros rompiendo el aire parecía algo constante. No había modo de escapar a la ostensible sensación de secretismo y misión que empapaba el lugar.

Después de un recorrido que pareció eterno, el SUV llegó finalmente al otro lado del complejo y se detuvo ante las puertas extremadamente vigiladas de lo que solo podría describirse como un complejo dentro de otro, completamente separado de la red principal de edificios. Tras pasar el control de seguridad, el SUV entró y aparcó frente a un edificio de ladrillo de tres plantas. Las ventanas, a prueba de balas, estaban entintadas en un color muy oscuro.

Hunter y Taylor se bajaron del coche. Ella lo acompañó hasta la entrada, a través de la guardia de marines armados, y entraron juntos al edificio. Ya dentro, pasaron dos conjuntos de puertas de seguridad y llegaron al ascensor que los llevaría tres pisos más abajo, hasta la Unidad de Ciencias del Comportamiento, o BSU, por sus siglas en inglés. El ascensor daba paso a un pasillo de madera largo y muy bien iluminado. En las paredes se alineaban retratos con marcos dorados.

Un hombre corpulento, de cara redonda y nariz torcida, apareció ante las puertas abiertas del ascensor.

—Detective Robert Hunter —dijo en una voz áspera que resultaba un poco antipática—, soy el agente Edwin Newman.

Bienvenido al BSU del FBI.

Hunter salió de la cabina y le estrechó la mano.

Newman tenía poco más de cincuenta años. Llevaba el cabello entrecano peinado hacia atrás y tenía unos ojos verdes muy brillantes. Lucía un traje negro con una impoluta camisa blanca y corbata roja de seda. Sonrió, mostrando unos dientes blancos y brillantes.

—Creo que podríamos tener una breve charla en la sala de reuniones antes de que te llevemos a ver a… —Newman hizo una pausa y miró a Taylor— tu viejo amigo, según tengo entendido.

Hunter simplemente asintió y siguió a Newman y a Taylor hasta el otro extremo del pasillo.

La sala de reuniones era grande y estaba climatizada a una temperatura muy agradable. El centro de la habitación lo ocupaba una larga y muy pulida mesa de caoba. En la pared del fondo brillaba una gran pantalla con un mapa de los Estados Unidos.

Newman se sentó en un extremo de la mesa y, con un movimiento de cabeza, pidió a Hunter que se sentara junto a él.

—Sé que estás completamente al tanto de lo delicado de esta situación —comenzó a decir en cuanto Hunter se hubo sentado.

El detective asintió con un movimiento de cabeza.

Newman abrió la carpeta que tenía enfrente, encima de la mesa.

—Según lo que le dijiste al director Kennedy y a la agente Taylor, el verdadero nombre de la persona que tenemos bajo custodia es Lucien Folter, y no Liam Shaw, que es lo que figura en su carné de conducir.

—Ese es el nombre con el que lo conocí —confirmó Hunter.

Newman mostró su aquiescencia con un gesto de la cabeza.

—¿Así que crees que Lucien Folter también podría ser un nombre falso?

—Eso no es lo que he dicho —replicó Hunter con calma. Newman esperó—. No veo ninguna razón para que usara un nombre falso en la universidad —dijo, tratando de dejar las cosas en claro—. Tenéis

que recordar que estamos hablando de Stanford y de alguien que, a la sazón, tenía diecinueve años.

Newman frunció el ceño sutilmente, sin concordar del todo con las ideas del detective. Hunter leyó ese gesto y le dio una explicación:

—Eso habría implicado que un chico de diecinueve años falsificara varios documentos como un experto para ser aceptado en una universidad de gran prestigio, en una era en que los ordenadores personales no existían. —Movió la cabeza de un lado al otro.

—Una tarea nada fácil, nada —accedió Newman—, pero posible. —Hunter no dijo nada—. Solo te lo pregunto por el significado oculto de su nombre.

—¿Significado oculto? —Hunter miró al agente con curiosidad.

Este asintió.

—¿Sabías que la palabra Folter significa «tortura» en alemán?

Hunter accedió con un movimiento de cabeza.

—Sí, Lucien me lo dijo.

Newman seguía mirándolo. Hunter no parecía demasiado impresionado.

—¿A eso te refieres con lo del significado oculto? —Miró a Taylor y después a Newman—. ¿Sabes también que el nombre de Lucien viene del francés y significa «luz», «iluminación»? También es un pueblo de Polonia y el nombre de un santo cristiano. La mayoría de los nombres tienen una historia detrás, agente especial Newman. Mi apellido significa «cazador»; a pesar de eso, mi padre nunca fue un cazador en ninguna de las formas. Por coincidencia, un gran número de apellidos estadounidenses significará algo en otro idioma. Eso no constituye, en realidad, ningún nombre oculto.

Newman no respondió.

Después de un momento, Hunter dejó que su mirada se dirigiera a la carpeta que estaba encima de la mesa.

Newman captó la insinuación y comenzó a leer.

—Vale. Lucien Folter nació el 25 de octubre de 1966 en Monte Vista, en el estado de Colorado. Sus padres, Charles Folter y Mary-Ann Folter, están muertos. Se graduó del instituto de Monte Vista en 1985 con muy buenas notas. No tiene antecedentes juveniles de ningún tipo. Nunca se metió en problemas con la policía. Después del instituto, fue rápidamente aceptado en la universidad de Stanford. —Newman hizo una pausa y miró a Hunter —. Supongo que sabes todo lo que ocurrió durante unos cuantos años a partir de eso. —Hunter seguía en silencio.

»Tras haber obtenido el título de Psicología en la universidad de Stanford —continuó Newman—, Lucien Folter solicitó su ingreso en Yale, en Connecticut, para estudiar un doctorado en Psicología Criminal. Lo aceptaron, cursó los tres años de estudios y, después, simplemente desapareció. Nunca completó su doctorado. —Hunter seguía con los ojos fijos en Newman. Ignoraba que su viejo amigo no había terminado el doctorado.

»Y cuando digo que despareció —dijo Newman— quiero decir que desapareció. No hay nada más acerca de Lucien Folter después de su tercer año en Yale. No hay registros laborales, pasaportes, tarjetas de crédito, domicilios, facturas… Nada de nada. Es como si Lucien Folter hubiera dejado de existir. —Newman cerró la carpeta —. Es todo lo que tenemos de él».

—Quizás fue entonces cuando decidió adoptar una nueva identidad —sugirió Taylor. Estaba sentada enfrente de Hunter—. Tal vez fue en ese momento cuando se cansó de seguir siendo Lucien Folter y se convirtió en alguien más. Pudo haber sido Liam Shaw o incluso alguien completamente diferente de quien no sabemos nada.

El silencio cayó en la sala por unos segundos, hasta que Newman lo rompió.

—La verdad es que, quienquiera que este tipo sea en la vida real, respira y es un misterio andante. Quizás lleva una vida entera mintiéndole a todo el mundo. —Hunter se tomó un momento para digerir eso.

»Quería que entendieras todo esto antes de hablar con él —añadió Newman—, porque sé que las cosas pueden ponerse un poco emotivas cuando tratamos con gente de nuestro pasado. No estoy tratando de decirte lo que tienes que hacer. He leído tu expediente y Un estudio psicológico avanzado de la conducta criminal, tu tesis. Todos los de la BSU la hemos leído, es lectura obligatoria, y por eso soy consciente de que sabes, mejor que la mayoría, lo que tienes que hacer. Pero eres humano y, por lo tanto, tienes emociones. Sin importar cuán consciente sea una persona, las emociones pueden obnubilar sus mejores juicios y opiniones. Y lo harán. Ten eso en cuenta cuando entres ahí».

Hunter permaneció inmóvil.

Enseguida, Newman comenzó a explicarle a Hunter cuán poco convencional y misterioso les había parecido Lucien Folter desde su llegada a Quantico: el silencio extremo, el control del reloj interno al segundo, las largas sesiones de ejercicio, las miradas a la pared, la extraordinaria fuerza mental, todo.

Por lo que sabía de su viejo amigo, Hunter no estaba sorprendido de que Lucien pudiera concentrarse a ese grado.

—Nos espera —dijo Newman por fin—. Supongo que lo mejor será ponernos en marcha.

Trece

Newman y Taylor se llevaron a Hunter fuera de la sala de reuniones, de vuelta al pasillo y al ascensor, que descendió otro par de plantas hasta el sótano cinco. Este nivel no se parecía en nada al de la Unidad de Ciencias del Comportamiento. No había un pasillo luminoso, nada de detalles lujosos en las paredes ni sensaciones agradables.

El ascensor se abrió a una pequeña antesala con suelo de hormigón. A la derecha, tras una gran ventana de seguridad, Hunter pudo observar la que debía ser una sala de control, con monitores montados en la pared y un guardia sentado ante una gran consola.

—Bienvenido a la planta de celdas de la BSU —dijo Taylor.

—¿Por qué lo tienen aquí? —preguntó Hunter.

—En realidad, por un par de razones —respondió Taylor—. La primera, como te dijimos antes, es que el sheriff de Wheatland no tenía ni idea de cómo manejar un asunto de esta magnitud, y la segunda, porque todo indica que este es un caso interestatal de doble homicidio. Así que, mientras no seamos capaces de establecer dónde debería estar tu viejo amigo, lo mantendremos en este lugar.

—Y también porque la posible psicopatía de tu amigo ha activado varias alarmas en la unidad de comportamiento —añadió Newman—. En especial, su increíble fortaleza mental y la forma en que es capaz de mantenerse firme bajo presión. Nadie en la unidad se había topado nunca con alguien como él. A juzgar por la brutalidad con que fueron tratadas las dos cabezas que encontramos, si este es de verdad el asesino, quizás nos hemos tropezado con una caja de Pandora.

Taylor hizo una seña al guardia de la sala de control, quien, a control remoto, abrió la puerta que estaba justo frente a ellos. El

marine que estaba de pie a un lado de la entrada se apartó para dejarlos pasar.

La puerta daba a un largo pasillo flanqueado por paredes de bloque de hormigón. En el aire había un inconfundible aroma a desinfectante que hacía cosquillas dentro de la nariz, como el que uno esperaría encontrar en un hospital, aunque no tan fuerte. El pasillo llevaba a otra pesada puerta de metal a prueba de fugas y asaltos. Mientras avanzaban, Taylor y Newman alzaron la mirada a la cámara de seguridad que estaba en el techo, muy arriba de la puerta. Un segundo más tarde, esta se abrió con un zumbido. Caminaron en zigzag por otros dos pasillos cortos y atravesaron otro par de puertas de seguridad a prueba de todo, hasta, finalmente, llegar a la sala de interrogatorios, a la mitad de un nuevo y anodino pasillo.

Esta habitación no era más que un espacio cuadrado de cinco metros de lado, con paredes de bloques de hormigón claros y suelo de linóleo blanco. El centro lo ocupaban una mesa y dos sillas de metal enfrentadas. La mesa estaba firmemente atornillada al suelo. También estaba atornillada al suelo, a un lado de cada silla, un asa de metal muy gruesa. Desde el techo, justo por encima de la mesa, dos tubos de neón encerrados en cajas metálicas bañaban de luz brillante la habitación. Hunter también contó cuatro cámaras de circuito cerrado, una en cada esquina del techo. En una de las paredes había un dispensador de agua fría. Toda la pared norte estaba ocupada por un enorme espejo de dos caras.

—Siéntate —dijo Taylor a Hunter—. Ponte cómodo. Tu amigo viene en camino. —Hizo un gesto con la cabeza—. Estaremos aquí, al lado, pero tendremos los ojos y los oídos en esta habitación.

Sin decir nada más, Taylor y Newman salieron de la sala de interrogatorios y cerraron tras ellos la pesada puerta de metal, dejando a Hunter solo en esa caja cuadrada y claustrofóbica. No había tirador por dentro.

Hunter respiró hondo y se apoyó en la mesa de metal, con la mirada fija en la pared. Había estado en salas de interrogatorios en

innumerables ocasiones. En muchas de ellas, frente a frente con personas que resultaron ser asesinos muy violentos, brutales y sádicos. Algunos de ellos, homicidas en serie. Pero ni siquiera en sus primeros interrogatorios había sentido el asfixiante cosquilleo de nerviosismo que empezaba a estrangularlo. Y no le gustaba esa sensación. Ni un poco, siquiera.

Entonces la puerta volvió a abrirse con un zumbido.

Catorce

Para su sorpresa, Hunter se descubrió a sí mismo conteniendo la respiración mientras la puerta se abría.

La primera persona en entrar fue un marine alto y muy fornido que llevaba consigo una escopeta de combate cuerpo a cuerpo. Dio dos pasos dentro de la habitación, hizo una pausa y dio otro paso a su izquierda para dejar libre la entrada.

Hunter se tensó entero y se puso de pie.

La segunda persona en entrar era unos dos o tres centímetros más alto que Hunter. Tenía el cabello castaño y corto. Vestía un mono estándar de prisionero. Sus manos estaban esposadas y unidas a una barra de metal de unos treinta centímetros. La cadena que estaba conectada a esa barra de metal le daba la vuelta por la cintura y bajaba hasta los pies, donde se enganchaba a unos gruesos y pesados grilletes que restringían los movimientos del prisionero y lo obligaban a arrastrar los pies al caminar, como una geisha.

Llevaba la cabeza baja, con la barbilla casi tocándole el pecho, la mirada fija en el suelo. Hunter no podía verle el rostro con claridad; aun así, reconoció a su viejo amigo.

Directamente detrás del prisionero seguía un segundo marine, con un arma idéntica a la del primero.

Hunter dio un paso a su derecha, pero no dijo nada.

Ambos guardias llevaron al prisionero a la mesa de metal y a una de las sillas. Mientras lo sentaban, el segundo marine rápidamente enganchó la cadena de los grilletes al asa de metal. El prisionero no levantó la cabeza; siguió mirando el suelo durante todo el proceso. Cuando todo estuvo listo, ambos guardias salieron de la habitación

sin pronunciar una sola palabra, sin siquiera mirar a Hunter. La puerta se cerró con un pesado estruendo.

Los segundos de tenso silencio que siguieron parecieron durar una eternidad, hasta que el prisionero finalmente levantó el rostro.

Hunter estaba del otro lado de la mesa de metal, inmóvil…, paralizado. Los ojos de los dos hombres se encontraron y, por un momento, ambos tan solo se miraron fijamente. Los labios del prisionero, entonces, se estiraron en una fina y nerviosa sonrisa.

—Hola, Robert —dijo finalmente con voz llena de emoción.

Lucien había aumentado un poco de peso desde que Hunter lo vio por última vez, pero, por lo visto, todo era músculos. Su rostro lucía más viejo, aunque más magro. Seguía teniendo el mismo tono de piel, inconfundiblemente saludable, de aquellos años, pero la mirada en sus ojos marrones había cambiado. Ahora parecían poseer esa cualidad de impenetrables que a menudo se asocia con la grandeza, con un mirar concentrado lleno de propósito. Con esos labios llenos y firmes, pómulos altos y mandíbula cuadrada, a Hunter no le quedó duda de que las mujeres seguirían refiriéndose a él como un tío guapo. La cicatriz diagonal de dos centímetros y medio en la mejilla izquierda, debajo del ojo, le daba un duro aspecto de «chico malo» que, Hunter podía asegurarlo, resultaría encantador para muchas personas.

—Lucien —dijo Hunter, como si no pudiera creer lo que veían sus ojos.

Siguieron mirándose por varios segundos.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Lucien, bajando los ojos a sus manos encadenadas—. Si pudiera, te daría un abrazo. Te he echado de menos, Robert.

Hunter seguía callado, simplemente porque, en realidad, no sabía qué decir. Siempre había deseado reencontrarse algún día con su viejo compañero de la universidad, pero nunca se imaginó que eso ocurriría en las circunstancias en que se encontraban en ese momento.

—Te ves bien, amigo mío —dijo Lucien, sonriendo de nuevo, mientras estudiaba a Hunter con la mirada—. Se nota que nunca dejaste de hacer ejercicio. Pareces… —hizo una pausa, en busca de las palabras correctas— un boxeador de peso ligero que estuviera listo para una pelea de campeonato. Y no has envejecido casi nada. Por lo visto, la vida te ha tratado bien.

Hunter finalmente sacudió la cabeza, apenas con un movimiento sutil, como despertando de un trance.

—Lucien, ¿qué coño está pasando? —Su voz revelaba serenidad y compostura, pero sus ojos seguían mostrando sorpresa.

Lucien respiró hondo y Hunter observó que su cuerpo se tensaba incómodo.

—No estoy seguro, Robert —dijo. Su voz surgió un poco más débil.

—¿No estás seguro?

Los ojos de Lucien volvieron a las manos esposadas. El hombre se revolvió en su asiento, buscando una postura más cómoda, clara señal de que luchaba con sus propios pensamientos.

—Cuéntame —dijo, sin hacer contacto visual—. ¿Has tenido noticias de Susan? —Por un momento, pareció sorprendido con su propia pregunta.

Hunter frunció el ceño.

—¿Qué?

—Susan. La recuerdas, ¿o no? ¿Susan Richards?

En la cabeza de Hunter estalló la memoria. La recordaba muy bien. ¿Cómo no? Los tres habían sido casi inseparables durante sus años universitarios. Susan también había sido estudiante de psicología, y una muy brillante.

Después de que la aceptaran en Stanford, se había mudado de Nevada a California. Susan Richards era una de esas chicas alegres, siempre sonrientes, siempre positivas frente a todo; muy pocas cosas la perturbaban. También era muy atractiva: alta y delgada, cabello castaño, hermosos ojos color de avellana con forma de almendra, nariz pequeña, labios carnosos. Susan había heredado la

mayoría de los rasgos de su madre, una india americana. Todos solían decir que parecía más una estrella de Hollywood que una estudiante de psicología.

—Sí, claro que recuerdo a Susan —dijo Hunter.

—¿Has sabido algo de ella en todos estos años? —preguntó Lucien.

El entrenamiento de Hunter en psicología se impuso y, finalmente, el detective se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Los mecanismos de defensa y temor de Lucien se habían activado. A veces, cuando una persona tiene miedo o está demasiado nerviosa como para hablar de un asunto delicado, puede, casi inconscientemente, intentar apartar la conversación del asunto más frágil, tratar de evitarlo; al menos, por un breve tiempo, hasta que los nervios se tranquilizan. Eso era, exactamente, lo que Lucien estaba haciendo.

Como psicólogo, Hunter sabía que la mejor forma de lidiar con eso era simplemente seguir la corriente. Los nervios terminarían por asentarse.

—No —contestó—. Después de la graduación, nunca volví a saber nada de ella, ¿y tú?

Lucien negó con la cabeza.

—Igual. Ni siquiera una breve nota.

—Recuerdo que quería viajar, ir a Europa o algo así, eso decía. Tal vez lo hizo y decidió quedarse ahí por algún motivo. Tal vez conoció a alguien, se casó o encontró alguna oportunidad profesional.

—Sí, recuerdo que hablaba de viajar, y tal vez lo hizo —accedió Lucien—. Pero, de todos modos, Robert, estábamos juntos casi todo el tiempo. Éramos amigos…, buenos amigos.

—Así pasa, Lucien —dijo Hunter—. Tú y yo éramos mejores amigos y perdimos el contacto después de la universidad.

Lucien alzó la mirada hacia Hunter.

—Eso no es del todo cierto, Robert. Seguimos en contacto por algún tiempo. Unos cuantos años, de hecho. Hasta que terminaste

tu doctorado. Yo asistí a la ceremonia, ¿te acuerdas? —Hunter movió la cabeza de arriba abajo—. Pensé que Susan seguía en contacto contigo. —Lucien se encogió de hombros—. Todo el mundo sabía que tú le gustabas.

Hunter no dijo nada.

Lucien le sonrió amistosamente.

—Sé que nunca la buscaste porque a mí me gustaba mucho. Eso fue fantástico. Muy… considerado de tu parte, pero no creo que me habría importado. Pudisteis haber sido una gran pareja.

Los ojos de Lucien evitaron los de Hunter por un segundo.

—¿Recuerdas cuando fuimos con ella a un salón de tatuajes porque quería ponerse esa cosa espantosa en un brazo? —preguntó.

Hunter lo recordaba. Susan había decidido tatuarse una rosa roja cuyo tallo, lleno de espinas, envolvía un corazón sangrante, como si lo estuviera estrangulando.

—Vaya que lo recuerdo —dijo Hunter con una sonrisa melancólica.

—¿Qué diablos era eso? ¿Una rosa estrangulando un corazón?

—A mí me gustaba ese tatuaje —dijo Hunter—. Era diferente, y estoy seguro de que para ella significaba algo. Creo que lucía muy bien en su brazo. El artista hizo un gran trabajo.

Lucien torció el gesto.

—La verdad es que no me gustan los tatuajes. Nunca me han gustado. —Hizo una pausa y sus ojos se movieron a un punto al azar en la pared de bloques de hormigón—. La echo de menos. Siempre podía hacernos reír, incluso en los peores momentos.

—Sí, yo también la echo de menos —dijo Hunter.

El silencio llenó la habitación por varios segundos. Hunter puso agua en un vaso de papel y lo dejó sobre la mesa, enfrente de Lucien.

—Gracias —dijo, y tomó un sorbo. Hunter también fue a servirse agua.

—Tienen al tío equivocado, Robert —dijo Lucien finalmente.

Hunter hizo una pausa y volvió la mirada hacia su viejo amigo. Al parecer, los nervios de Lucien finalmente empezaban a tranquilizarse. Estaba listo para hablar. Hunter lo cuestionó con los ojos.

—Yo no fui —dijo Lucien, otra vez con la voz colmada de emoción —. Yo no hice lo que dicen que hice. Tienes que creerme, Robert. No soy un monstruo. No hago esa clase de cosas. —Hunter guardó silencio—. Pero sé quién fue.

Quince

A un lado, dentro de la sala de observación, detrás del gran espejo de Gesell, los agentes especiales Taylor y Newman observaban atentamente cada movimiento de Lucien Folter y escuchaban lo que decía. También estaba presente el doctor Patrick Lambert, psiquiatra forense de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI.

Sobre una mesa, en la pared este, dos monitores del circuito cerrado de televisión mostraban imágenes muy detalladas de Lucien tomadas desde diversos ángulos. El doctor Lambert examinaba con toda paciencia cada movimiento facial y escudriñaba cada inflexión de la voz del prisionero, pero eso no era todo. Ambos monitores estaban conectados a un ordenador equipado con un avanzadísimo programa de análisis facial capaz de leer y evaluar los más tenues movimientos faciales y oculares; todos esos que no pueden ser controlados por el entrevistado, que son activados subconscientemente mientras se pasa del nerviosismo a la ansiedad, a la irritación, a la ira o a cualquier otro estado. Dentro de la sala de observación, tenían la certeza de que, en caso de que Lucien Folter dijera la menor de las mentiras, se enterarían.

Ni el doctor Lambert ni los agentes especiales Taylor y Newman necesitaban el programa de análisis facial para captar toda la ansiedad y el nerviosismo en el tono de voz, los movimientos oculares y las expresiones faciales de Lucien. Era algo que ya se esperaban. Después de todo, estaba hablando por primera vez después de haber sido detenido por un brutal doble homicidio. Había que añadir el hecho de que ahora se encontraba frente a frente con un amigo a quien no veía desde sus días universitarios, así que era inevitable que Lucien se comportara nervioso y ansioso. Se trataba de una reacción psicológica muy común. Lo mismo que la evasión

inicial del tema. Hablar de algo común para él y su viejo amigo era una manera segura de tranquilizar los nervios, de calmar la inquietud. Todos seguían a la espera, a sabiendas de que el detective Hunter pronto empezaría a dirigir a Lucien lentamente hacia la conversación, pero Hunter ni siquiera tuvo necesidad de hacerlo. Lucien regresó al tema por su propia iniciativa. Aunque sus últimas palabras pillaron a todos por sorpresa.

—Tienen al tío equivocado, Robert.

La tensión dentro de la sala de observación subió un punto y, por instinto, todos acercaron la cabeza a los monitories, como si eso pudiera hacerlos mirar y escuchar mejor.

—Yo no fui. Yo no hice lo que dicen que hice. Tienes que creerme…

—Por supuesto que él no fue —dijo Newman con una risita, mirando a Taylor—. Ellos nunca son. Nuestro sistema penitenciario está lleno de gente inocente, ¿no es así?

Taylor no dijo nada. Seguía observando cuidadosamente las pantallas, al igual que el doctor Lambert.

«Pero sé quién fue».

Ninguno esperaba esas últimas cuatro palabras, porque, en realidad, eran toda una admisión de complicidad. Aunque no hubiera sido Lucien Folter quien asesinara y decapitara a esas mujeres, al admitir que sabía quién lo había hecho, al no haberlo denunciado a la policía, al haber sido detenido mientras transportaba las cabezas de las mujeres de un estado a otro… Todo eso lo convertía en cómplice de asesinato con, al menos, un par de agravantes. Y, en Wyoming, donde lo habían arrestado y donde la pena de muerte seguía en vigor, el fiscal de distrito no dudaría en exigirla.

Dieciséis

A pesar de la sorpresa, Hunter hizo su mejor esfuerzo por permanecer en calma y relajado. Estaba seguro de que esas últimas cuatro palabras de Lucien eran suficientes para elevar varios grados la tensión dentro de la sala de observadores, pero, ahora que los nervios de Lucien parecían haberse tranquilizado lo suficiente para que comenzara a hablar, Hunter sabía que debía conservar la conversación tan fluida como le fuera posible. Simplemente debía dirigirla en la dirección correcta y dejar hablar a su viejo amigo.

Hunter arrastró una silla y se sentó frente a Lucien.

—¿Sabes quién lo hizo? —preguntó en el tono tranquilo de quien pregunta la hora.

Por lo general, los interrogadores se quedan de pie, en una posición más autoritaria, mientras mantienen al interrogado en una situación de inferioridad. La teoría dice que eso funciona como una técnica de intimidación. La persona que hace las preguntas está en un nivel superior, hablando de arriba abajo a quien le debe responder. Se escenifica un recuerdo de la infancia, se apela a él; algo que probablemente tienen la mayoría de las personas, donde el padre los reprende porque se han portado mal. Pero lo último que Hunter quería en ese momento era que Lucien se sintiera más intimidado de lo que ya estaba. Al sentarse directamente frente a su amigo, eliminaba la posición autoritaria y se ponía a su nivel. En el plano psicológico, el acto del detective tendría, con suerte, el efecto de disminuir la sensación amenazante y minimizar la tensión.

—Bueno —dijo Lucien, inclinándose hacia delante y apoyando los codos sobre la mesa—, en realidad, no sé con «exactitud» quién lo hizo, pero es una conclusión lógica. Tendría que ser o bien la persona a quien se suponía que yo debía entregarle el coche, o bien,

la que me lo entregó a mí. Si no fue directamente ninguno de los dos, ellos han de saber quién lo hizo. Es a ellos a quienes debíais perseguir. —Lucien hizo una pausa y dejó escapar un profundo y sentido suspiro—. Tienes que ayudarme, Robert. No es a mí a quien quiere el FBI. Yo no lo hice. Soy un simple repartidor.

Por primera vez, Hunter notó un leve estremecimiento emocional en la voz de Lucien. Sabía que el coche no estaba registrado a su nombre. El FBI se lo había dicho, pero esta era la primera vez que oía que Lucien estaba haciendo el papel de mensajero.

—¿Le llevabas ese Ford Taurus azul a alguien más? —preguntó Hunter.

Lucien desvió los ojos una vez más. Cuando por fin habló, su tono volvía a ser calmado y bajo control, solo que esta vez arrastraba una pizca de rabia.

—La verdad es que la vida no nos trata a todos por igual, amigo mío. Bien lo sabes, estoy seguro.

En realidad, Hunter no sabía de qué le estaba hablando, así que esperó.

La mirada de Lucien pasó rápidamente por las cámaras del techo y, después, por el gran espejo bidireccional que Hunter tenía detrás. Sabía que lo estaban grabando. Sabía que nada de lo que dijera se quedaría entre ellos y, por un breve instante, pareció avergonzarse.

Hunter captó la repentina incomodidad de su amigo. Siguió su mirada, pero no había nada que pudiera hacer para evitar que los demás escucharan. Esta función era del FBI, no suya. Le dio un momento a Lucien.

—Cuando salí de Stanford, cometí algunos errores —dijo Lucien. Hizo una pausa. Repensó sus palabras—. En realidad, cometí bastantes errores; algunos de ellos, muy malos. —Finalmente volvió a mirar a Hunter—. Creo que debería empezar desde el principio.

Diecisiete

Por alguna razón, las palabras de Lucien tuvieron un efecto escalofriante en la atmósfera, como si, de repente, alguien hubiera encendido un aparato de aire acondicionado dentro de la habitación.

Hunter sintió el incómodo escalofrío que le recorría el cuello y bajaba por la columna vertebral, pero se mantuvo firme.

Lucien tomó otro sorbo de agua y, mientras lo hacía, sus ojos se volvían melancólicos.

—Conocí a una mujer durante mi segundo año en Yale —comenzó—. Se llamaba Karen. Era inglesa, de un lugar que se llama Gravesend, en el sureste de Inglaterra. ¿Has oído hablar de ese lugar? —Hunter asintió—. Yo nunca lo había oído mencionar —dijo Lucien—. Tuve que buscarlo. De cualquier manera, Karen era… —se quedó pensando qué decir— diferente a la mayoría de lo que las personas esperan de un estudiante de doctorado en Yale… O de su aspecto.

—¿Diferente? —preguntó Hunter.

—En todo. Era un espíritu libre, si crees que la gente puede ser así. ¿Recuerdas el tipo de chicas que me gustaban, verdad?

Hunter asintió otra vez, pero no dijo nada, para que su amigo continuara sin interrupciones.

—Karen no se parecía en nada a ellas. —Entre los labios del prisionero apareció una sonrisa tímida—. Cuando nos conocimos, tenía cuarenta y dos años. Yo tenía veinticinco. —Hunter comenzó a tomar notas mentales—. Medía uno cincuenta y cinco, unos buenos treinta centímetros menos que yo… Y usaba tallas grandes.

Hunter recordaba que Lucien solía sentirse atraído solo por mujeres altas y delgadas, de uno ochenta para arriba, con ágiles cuerpos de bailarinas.

—Y también tenía unos cuantos tatuajes —continuó Lucien—. Un *piercing* en el labio y otro en la nariz. Se había estirado la oreja izquierda todo un centímetro y llevaba el flequillo como el de Betty Page.

Esta vez, a Hunter le costó mucho trabajo que no se le notara la sorpresa.

—Creí que no te gustaban los tatuajes.

—Y no me gustan. Ni tampoco las perforaciones en la cara, ya que estamos. Pero Karen tenía algo; algo que, en realidad, no puedo explicar, algo que me agarró y no me soltó. —Otro sorbo de agua—. Empezamos a salir pocos meses después de habernos conocido. Tiene gracia que la vida esté siempre llena de sorpresas, ¿no? Karen no se parecía en nada a las chicas que solían gustarme; ni siquiera actuaba como ellas, pero, de cualquier manera, ella fue con quien me enrollé. —Lucien hizo una pausa y desvió la mirada—. Puedo decir, supongo, que estaba verdaderamente enamorado.

Hunter notó la flexión de un músculo en la quijada de su amigo.

—Era una mujer verdaderamente encantadora —dijo Lucien—. Y nos llevábamos estupendamente. Todo lo hacíamos juntos. Íbamos juntos a todos lados. Pasábamos cada segundo juntos. Se convirtió en mi refugio, en mi cielo, en mi corazón. Yo estaba viviendo en un sueño, pero había un problema. —Hunter aguardó—. Karen se estaba involucrando con gente verdaderamente mala.

—¿Mala de qué tipo? —preguntó Hunter.

—Drogas malas —dijo Lucien—. El tipo de maldad con el que no quieres involucrarte, a menos de que estés cansado de esta vida y tengas deseos de irte de alguna manera muy violenta. —Se terminó el agua en tres largos tragos antes de aplastar el vaso con la mano derecha.

Hunter tomó nota del silencioso arrebato de ira de su amigo. Se puso de pie, le sirvió otro vaso de agua y lo colocó sobre la mesa.

—Gracias. —Se quedó mirando el vaso—. Me apena mucho decir que no fui lo suficientemente fuerte, Robert —continuó Lucien—. No estoy seguro de si fue porque estaba muy enamorado o si fue el

momento que, simplemente, me tragó, pero, en vez de sacarla de ahí, terminé uniéndome a ella, probando algunas de las cosas que usaba.

Hubo una pausa para el dolor y la vergüenza.

Hunter siguió observando a su amigo.

—El problema —continuó él—, estoy seguro de que lo sabes bien, es que algunas de estas cosas no se pueden simplemente probar. —Bajó la mirada a sus manos—. Así que me enganché.

—¿De qué clase de drogas estamos hablando?

Lucien se encogió de hombros.

—De las pesadas. Porquerías que te enganchan de inmediato… Y alcohol. Empecé a beber un montón.

Hunter había conocido a tantos tipos fuertes que habían caído víctimas de ese tipo de drogas, que había perdido la cuenta.

—Desde entonces, todo vino cuesta abajo, y de prisa. El dinero que tenía lo destinamos a abastecer el hábito de Karen y el mío. Me comí mis ahorros más pronto de lo que puedes imaginarte. Toda mi vida empezó a fastidiarse. Dejé Yale en el tercer año. Hacía cualquier cosa por conseguir mi dosis diaria. Me empecé a endeudar por todos lados, a liarme con la gente que no debía, la gente que Karen me había presentado. Malos de verdad.

—¿No había nadie a quien pudieras pedir ayuda? —preguntó Hunter—. No estoy hablando de dinero. Alguien que pudiera ayudarte a deshacerte del vicio, a restablecerte.

La mirada de Lucien se encontró con la de Hunter. Rio con sorna.

—Me conoces, Robert. Nunca he tenido muchos amigos. Ya había roto el contacto con los pocos que tenía.

Hunter encajó la indirecta.

—Pudiste haberme buscado, Lucien. Sabías dónde estaba. Éramos mejores amigos. Yo te habría ayudado. —Hunter hizo una pausa y su mirada se endureció cuando se dio cuenta del error—. Mierda, ya estabas enganchado cuando volaste a mi graduación del doctorado, ¿o no? Por eso te quedaste en Los Ángeles menos de

veinticuatro horas. Pero yo estaba tan absorto con el momento que ni siquiera me di cuenta. Fuiste a pedirme ayuda.

Lucien desvió la mirada.

Hunter sintió que una puñalada de culpa le desgarraba la carne.

—Tenías que haberme dicho algo. Yo te habría ayudado. Sabes que lo habría hecho. Lamento mucho no haberme dado cuenta.

—Quizás tenía que haberlo hecho. Ese fue, probablemente, otro de mis grandes errores. Pero no voy a ponerme a llorar por cosas que ocurrieron hace mucho, Robert. Esas cosas no se pueden cambiar. Todo lo que me sucedió fue obra mía, culpa mía, de nadie más. Y lo sé. Y lo acepto. Y, sí, sé que todos necesitamos un poco de ayuda de vez en cuando; solo que no supe pedirla.

Fue el turno de Hunter de tomar un sorbo de agua.

—¿Seguías con Karen cuando fuiste a Los Ángeles? —preguntó.

Lucien asintió.

—Ella también abandonó Yale, e hizo algunas cosas… muy estúpidas para conseguir dinero. —Vaciló, respiró hondo, y sus ojos se entristecieron—. Estuvimos juntos tres años. Hasta que se le pasó la mano. —Una larga pausa—. Murió en mis brazos de una sobredosis.

Lucien apartó la mirada mientras su fortaleza comenzaba a exhibir grietas.

Las lágrimas empezaron a aparecer en sus ojos, pero resistió.

Un silencio se asentó en la habitación por un largo rato.

—Me apena mucho —dijo finalmente Hunter.

Lucien asintió y se frotó el rostro con las manos encadenadas.

—¿Qué sucedió entonces? —preguntó Hunter.

—Ahí fue cuando, de verdad, caí en el infierno. Y lo hice paso a paso. Perdí el rumbo, a lo grande. Me sumergí en la depresión con todas mis fuerzas y a toda velocidad. En vez de aprender la lección de lo que le había sucedido a Karen y dejar el hábito, me metí más hondo. —Lucien echó otro vistazo al espejo—. Hoy tendría que estar muerto, y, en muchos sentidos, desearía estarlo. La lucha fue muy larga, muy lenta y terriblemente dolorosa. Me llevó muchos años

poner mi adicción bajo control; unos cuantos más, deshacerme de ella. Mientras tanto, me endeudé más y más, me involucré con la peor clase de personajes que la sociedad puede ofrecer.

Las pruebas de sangre que le había hecho el FBI mostraban que Lucien Folter estaba limpio. Hunter lo sabía.

—¿Y cuándo lo dejaste, finalmente? —preguntó.

—Hace varios años —dijo Lucien, dando una respuesta deliberadamente vaga—. Para entonces, había perdido todas las esperanzas de hacer una carrera en la psicología o en alguna cosa decente, de verdad. Pasé por una serie de trabajos extraños; terribles, la mayoría, y algunos no del todo legales. Al final, detestaba en lo que me había convertido. Aunque estaba limpio, ya no era la persona que solía ser. Ya no era Lucien Folter. Me había convertido en alguien completamente distinto, un alma perdida. Alguien a quien ya no era capaz de reconocer. Alguien irreconocible para todos. Alguien que no me gustaba en absoluto.

Hunter podía adivinar lo que vendría enseguida.

—Así que decidiste cambiar de identidad —dijo.

Lucien lo miró directamente y asintió.

—Así es —accedió—. Ya sabes, ser un drogadicto, vivir como una escoria tanto tiempo como lo hice te pone en contacto con algunos tipos variopintos; gente que es capaz de conseguirte todo lo que quieras… Si puedes pagar el precio, claro. Conseguir una nueva identidad fue tan fácil como comprar el periódico.

Hunter sabía que Lucien no mentía, porque comprendía la realidad del mundo en que vivían. Todo lo que se necesita para obtener cierto documento con un nombre distinto es conocer a la persona adecuada; o a la persona equivocada, dependiendo de por dónde se vea. Y esa gente ni siquiera es difícil de encontrar.

—En cuanto me convertí en Liam Shaw —dijo Lucien—, me concentré en restablecer mi salud. Me tomó un buen tiempo restaurar el peso… recuperar la concentración. Con tanta droga, tenía el cuerpo de un anoréxico. El estómago se me había encogido, mi boca estaba llena de úlceras. Mi salud se había deteriorado hasta

ponerme al borde de la muerte. Tuve que obligarme a comer. —Hizo otra pausa y se miró los brazos y el torso—. Por fuera, voy fetén, pero tengo el interior verdaderamente jodido, Robert. Le he provocado muchísimo daño a mi cuerpo. Y mucho de ese daño es irreversible. La mayoría de mis órganos internos están tan dañados, que ni siquiera sé cómo siguen funcionando.

A pesar de esas palabras, Hunter no captó ninguna autocompasión en el tono de voz de Lucien, ni tampoco en sus ojos. El hombre aceptaba lo que se había hecho a sí mismo. Había reconocido sus errores y parecía estar de acuerdo con pagar el precio.

—Háblame de la entrega de este coche —dijo Hunter.

Dieciocho

Mientras Lucien miraba a su viejo amigo, sus cejas subieron y bajaron una vez.

—El problema de involucrarse con gente como con la que yo me involucré, es que, desde el principio, te clavan las garras muy hondo. Y, una vez que lo hacen, no te sueltan. Se vuelven dueños de tu vida. Estoy seguro de que entiendes que estas personas, si se lo proponen, pueden ser muy persuasivas. —Hunter no dijo nada.

»Comencé hace como un año y medio —continuó—. Así es como ocurre todo, mira: me llaman al móvil para decirme dónde tengo que recoger el coche. Me dan una dirección de entrega y un plazo. Nada de nombres. Cuando llego, siempre hay alguien esperando para recibir el coche. Yo se lo doy y él me da suficiente dinero para el billete de vuelta. Quizás un poco más, y eso es todo. Hasta la siguiente llamada».

—Adivino que nunca entregas los coches en el mismo sitio —dijo Hunter.

—No, hasta ahora —confirmó Lucien—. Cada vez me dan una dirección y una hora diferente. —Hizo una pausa y miró a Hunter—. Pero la persona que lo recibe es siempre la misma.

Eso fue una sorpresa.

—¿Puedes describirlo? —preguntó Hunter.

Lucien hizo un gesto.

—Es un tipo de alrededor de uno ochenta y de buena constitución, pero las entregas se hacen de noche y en campos oscuros. La persona que recibe el coche viste siempre un abrigo largo con el cuello levantado, gorra de béisbol y gafas oscuras. —Se encogió de hombros—. Esa es la mejor descripción que puedo dar.

—¿Y cómo sabes que se trata de la misma persona?

—La voz, la postura, los ademanes. —Lucien se apoyó en el respaldo de la silla—. ¿Recuerdas ese juego que solíamos jugar en la universidad?

Durante sus años en Stanford, Hunter, Lucien y Susan salían a restaurantes, bares, clubes, parques, lugares como esos, y se turnaban en elegir a un sujeto de entre la multitud y a observarlo por unos cuantos minutos, tratando de trazar el perfil más exacto posible a partir, simplemente, de la forma en que se movía y hablaba. Era un juego divertido, además de un excelente ejercicio de psicología conductiva.

—Lo recuerdo —dijo Hunter.

Bueno, todavía sé cómo jugar a eso. De hecho, no creo haber dejado de hacerlo, nunca. Te lo digo, Robert, siempre es la misma persona.

Hunter no vio ningún motivo para dudar de Lucien.

—¿Qué me dices de quien te entrega el coche? —preguntó.

—Te lo acabo de contar: las instrucciones me llegan por teléfono. El coche está en un aparcamiento. Me dejan las llaves, el tique y la dirección de entrega dentro de un sobre, en un lugar seguro, donde pueda recogerlo. Sin contacto humano.

—¿Y no tienes ni idea de lo que transportas? —preguntó Hunter —. Es decir, ¿no sabías lo que había en el maletero?

Lucien negó con la cabeza.

—Eso siempre es parte de las instrucciones: nunca ver lo que hay en el maletero.

Hunter ponderó eso por uno o dos segundos, pero Lucien se adelantó a la siguiente pregunta, incluso antes de que Hunter pudiera formularla.

—Sí, he tenido curiosidad. Sí, he pensado en echar un rápido vistazo, muchas veces, pero, como te dije, esta no es la clase de sujetos con los que se jode. Si hubiera abierto ese maletero, estoy seguro de que se las habrían arreglado para enterarse. Curiosidad o no, ese era un error estúpido que yo no estaba dispuesto a cometer.

Hunter dio un rápido sorbo a su agua.

—¿Dijiste que todo empezó hace como un año y medio?

Lucien asintió.

—¿Cuántas entregas ha habido?

—Se suponía que esta era mi quinta entrega de coches.

Hunter se quedó inmóvil, pero las alarmas comenzaron a sonar por toda su cabeza. Cinco entregas. Si Lucien estaba diciendo la verdad y había estado entregando la misma carga en cada ocasión, todo este asunto se convertiría en una investigación por asesinato en serie. Y, a juzgar por lo que habían visto, sería una muy brutal y sádica.

Lucien hizo una pausa y miró a Hunter de forma diferente, como un jugador novato a quien le acabara de salir una mano estupenda y no fuera capaz de disimular.

—Mi carta ganadora es esta: sé quién es la persona que está detrás del teléfono.

Hunter enarcó las cejas.

Lucien se tomó un momento antes de volver a hablar.

—Por ahora, me he guardado esa información, junto con todos los lugares donde he hecho entregas. —Hunter frunció el ceño; esa declaración lo cogió completamente desprevenido.

»Sé que tú no diriges este espectáculo, Robert —explicó Lucien —. Aquí, el FBI es quien mueve los hilos. La única explicación de que estés conmigo es que yo pedí que vinieras. Sé que probablemente te dijeron que estás aquí como un invitado…, como un oyente. No tienes ninguna autoridad. No puedes garantizarme nada, porque aquí no tienes poderes de negociación. Por otra parte, mi único poder para negociar es la información».

—Lo entiendo —accedió Hunter—, pero no sé en qué podría beneficiarte no soltar esa información, Lucien. Si eres inocente, tienes que ayudar al FBI a demostrarlo y no ponerte a jugar con ellos.

—Y lo haré, Robert, pero tengo miedo. Incluso un niño podría ver que las pruebas contra mí son abrumadoras. Sé que me estoy enfrentando al corredor de la muerte, y estoy petrificado. Sí, admito

que la paranoia ya está instalada aquí. —Lucien levantó los puños esposados y se golpeó la frente con ellos tres veces antes de mirar a Hunter a los ojos—. Si no les dije nada es porque pensé que no me creerían.

Era fácil ver cómo la paranoia y el miedo podían distorsionar la visión que Lucien tenía de la realidad. Hunter necesitaba tranquilizarlo.

—Así no es como funcionan las cosas, Lucien. ¿Por qué no habrían de creerte? No están aquí para mandarte a prisión; ni a ti ni a nadie más. Lo que quieren es encontrar al responsable de esos asesinatos, y, si pudieras ayudarlos, por supuesto que te escucharían. Sin duda alguna, irían a donde tú les dijeras.

—Vale, quizás sea así, pero tengo pánico. —Respiró hondo—. Luego pensé en ti. No tengo familia, Robert, todos se han ido. En este mundo no hay nadie que se preocupe siquiera de si vivo o muero. He conocido un montón de gente, pero tú eres el único amigo que he tenido; y, además, eres policía. Así que pensé que tal vez… —La voz de Lucien se volvió a llenar de emoción. Su dureza volvió a resquebrajarse—. Yo no hice eso, Robert. Tienes que creerme.

En los tiempos de la universidad, Hunter podía darse cuenta de que Lucien estaba mintiendo por una señal muy sutil. La había identificado durante su segundo semestre en Stanford. Cuando decía una mentira, endurecía la mirada, veía con más determinación, como si confiara, de algún modo, que la rudeza de sus ojos era capaz de hipnotizarte hasta lograr que le creyeras. Enseguida, y solo por una fracción de segundo, su párpado inferior izquierdo se tensaba, lo que producía no exactamente una contracción nerviosa, sino un movimiento muy delicado. Lucien no podía evitarlo, porque no sabía lo que estaba haciendo. Pero esta vez no había habido endurecimiento en la mirada; ni el menor movimiento del párpado inferior izquierdo, por sutil que fuera.

—¿Recuerdas cuando te dije que no sabía cómo pedir ayuda?, ¿tu ayuda? —Lucien hizo una pausa para respirar—. Bueno, pues

ahora lo estoy haciendo. Por favor, ayúdame, Robert.

Hunter sintió la puñalada de la culpa atravesarlo por segunda vez.

—¿Cómo, Lucien? —preguntó—. Lo acabas de decir hace un momento: aquí no soy más que un oyente. No tengo ninguna autoridad sobre nada. Ni siquiera soy un agente del FBI. Soy un detective de la policía de Los Ángeles.

Lucien clavó sus ojos en los de Hunter por un largo rato y, de repente, su mirada se suavizó.

—Para serte brutalmente franco, Robert, creo que ya no me importa seguir viviendo o morir. La cagué hace mucho tiempo. Cometí demasiados errores y, desde entonces, no tengo por delante más que una vida de segunda. Perdí todo, incluyendo mi dignidad y a la única persona que de verdad amé. Podría afirmar, creo, que me avergüenzo de la mayor parte de mi vida, pero no soy un asesino. Sé que esto podrá parecer una gilipollez, pero ya no me importa lo que los demás opinen de mí, con excepción de ti, Robert. Sin importar lo que ocurra conmigo, quiero que sepas que no soy un monstruo. —Hunter estuvo a punto de decir algo, pero Lucien lo interrumpió.

»Por favor, no digas que ya lo sabes, no digas que no crees que yo sea un monstruo, porque no quiero tu compasión, Robert. Quiero que sepas. Que lo sepas de verdad. Por eso te diré lo que te voy a decir, porque sé que vas a verificar todo lo que te diga, con o sin el FBI».

Aún no había señales reveladoras de Lucien.

Hunter sabía que su amigo tenía razón. No podía salir de esa habitación y olvidarse de todo lo que Lucien estaba por contarle, sin importar la clase de presión a la que el FBI intentara someterlo.

—Así que ¿qué es lo que me quieres contar? —le preguntó—. ¿Qué es lo que quieres que verifique?

Lucien se miró las manos antes de cruzar la mirada con la de Hunter… Y entonces comenzó a hablar de nuevo.

Diecinueve

Los agentes especiales Taylor y Newman, junto con el doctor Lambert, entraron a la sala de interrogatorios a los treinta segundos de que se llevaran a Lucien de vuelta a su celda. Hunter estaba apoyado sobre la mesa de metal, de cara a la pared vacía y con una mirada pensativa.

—Detective Hunter —dijo Taylor, para llamar su atención—. Le presento al doctor Patrick Lambert. Es un psiquiatra forense del BSU. Él también presenció todo el interrogatorio desde la sala de observadores.

—Es un gusto conocerlo, detective Hunter —dijo el doctor Lambert, estrechándole la mano—. Qué trabajo tan impresionante. —Hunter frunció el ceño sutilmente—. Su tesis. Es un trabajo impresionante. Y pensar que usted la escribió cuando era tan joven.

Hunter aceptó el cumplido con un simple movimiento de cabeza.

—Para alguien que había dicho solo siete palabras en cinco días, de verdad que lo hiciste hablar —dijo Taylor.

Hunter la miró, pero no dijo nada.

—No encontramos nada relevante —anunció Newman mientras se servía un vaso de agua del dispensador.

—¿A qué te refieres? —preguntó Hunter.

Newman le habló del programa de análisis facial que usaban en la sala de observadores.

—Hubo algunos movimientos nerviosos de ojos, cabeza y manos —dijo el doctor Lambert—. Unos cuantos detalles emocionales en su voz, aquí y allá, pero nada que indicara exceso de nerviosismo ni ansiedad. La conclusión es que no tenemos ninguna evidencia de que hubiera mentido en nada de lo que dijo. —Hizo una pausa

retórica—. Pero tampoco tenemos ningún indicio de que esté diciendo la verdad de nada.

«Vaya con el costoso programa de análisis facial», pensó Hunter.

—Y eso incluye todo lo que dijo en los últimos minutos del interrogatorio —añadió el doctor Lambert.

Lucien había tratado de hablar en voz baja, más baja que durante el resto de la sesión, pero el poderoso micrófono multidireccional situado en el techo, encima de la mesa de metal, había captado todas y cada una de las palabras que había dicho a Hunter.

—Te voy a poner un acertijo, Robert, un acertijo del que solo tú sabrás la respuesta. —Lucien había apoyado ambos codos sobre la mesa, se había inclinado hacia delante, y puesto la mirada sobre los hombros de Hunter en el espejo de dos caras que este tenía detrás —. No me fío de esos hijos de puta. —Su voz había salido casi como un suspiro.

»Durante los últimos años, he estado viviendo, o escondiéndome, si prefieres, en Carolina del Norte. La casa es alquilada y pago en efectivo y por adelantado a una pareja de ancianos, así que el lugar no sirve para rastrearme. —Una pausa, seguida de un sorbo de agua —. En nuestro dormitorio, en Stanford, solía tener varios carteles pegados a la pared, junto a mi cama. Había uno que a ti también te gustaba…, el del atardecer. Si piensas en él, podrás recordarlo. El condado de Carolina del Norte se llama igual que la figura de ese cartel. —La expresión de Hunter se volvió pensativa.

»Estoy seguro de que también recuerdas al profesor Salsa Picante. —El borde derecho de la boca de Lucien se levantó en una sonrisa medio tortuosa—. ¿El reto de Susan?, ¿la noche de brujas? —Esperó un solo segundo hasta notar la aquiescencia en el rostro de Hunter—. Por pura coincidencia, la ciudad donde he estado viviendo comparte su nombre. —Hunter no dijo nada.

»Después de la llamada en que me pedían que hiciera la primera entrega de un coche, algo en mi cabeza me dijo que esto podía terminar muy mal. Así que, por precaución, comencé a llevar un

diario, digamos. En realidad, era más como un cuaderno de notas. Y escribía todo lo que podía: fecha, hora y duración de las llamadas, detalles de las conversaciones, horarios y lugares de recogida, tipo de coche y matrícula, paradas en el camino, el nombre de la persona al otro lado de la línea… Todo. El cuaderno está en mi casa, en el sótano».

Hunter había captado un nuevo brillo en los ojos de su viejo amigo.

Algo que no estaba ahí antes.

—La casa está al final del margen del bosque. Las llaves se encuentran en el bolsillo de mi chaqueta, que, supongo, se habrá incautado el FBI. Tienes mi permiso para usarlas y entrar en la casa, Robert. Ahí encontrarás un montón de cosas, cosas que te ayudarán a aclarar este lío.

Y eso era todo lo que había dicho.

—Entonces —dijo Newman a Hunter—, ¿tienes las respuestas a esta mierda que te lanzó al final?

Hunter no dijo nada, pero, en su actitud, Newman pareció leer una respuesta positiva.

—Estupendo. Así que, si nos dices el nombre del condado y de la ciudad de Carolina del Norte donde está la casa, tu trabajo aquí habrá terminado. —Apuró su agua—. Tengo entendido que estabas a punto de viajar a Hawái a disfrutar de unas vacaciones que te deben desde hace mucho. —Por ningún motivo en particular, Newman consultó su reloj—. Has perdido un día, solamente. Podrías estar allá mañana por la mañana.

La mirada de Hunter se detuvo en Newman por unos pocos segundos antes de pasar por Taylor, y después, de regreso a Newman.

—Esa es, exactamente, la razón por la que Lucien convirtió la ubicación de su casa en un acertijo que solo yo puedo resolver — dijo, poniéndose de pie y ajustándose el cuello de su chaqueta de cuero—. Porque la única forma de que cualquiera de vosotros dos llegue ahí es que yo os lleve.

Veinte

Ni Newman ni Taylor tenían la autoridad para tomar una decisión de ese tipo. Lo único que sabían era que el hombre bajo su custodia se había negado a hablar, alegando que solo lo haría con el detective Robert Hunter, de la policía de Los Ángeles. Habían traído a Hunter, pero, hasta donde ellos sabían, el papel del detective era el de oyente, nada más. Su labor consistía en hacer hablar a Lucien Folter. No se suponía que terminara envuelto en la investigación y, sin duda alguna, no era parte del equipo. Este no era un trabajo conjunto entre la policía de Los Ángeles y el FBI.

—Pensé que no veías la hora de irte de vacaciones, Robert —dijo Adrian Kennedy, mirando fijamente la cámara web.

Hunter, Taylor y Newman habían regresado a la planta del BSU y ahora estaban sentados en un amplio despacho, frente a un enorme monitor de pantalla plana montado en la pared oeste. En la parte superior del aparato, una luz verde del tamaño de un punto indicaba que la cámara incorporada estaba encendida.

Aunque estaba a menos de una hora de distancia, la sobrecargada agenda impedía al director Adrian Kennedy hacer el viaje de vuelta a Quantico. Hablaba con todo el mundo a través de enlaces de vídeo, desde su despacho, en la ciudad de Washington.

—Bueno, el plan se estropeó ayer, cuando te apareciste por Los Ángeles, Adrian —dijo Hunter, como si tal cosa.

—Estoy seguro de que podemos arreglarlo, Robert —respondió Kennedy—. Si les das a los agentes Taylor y Newman la información que necesitan para seguir adelante, puedo hacer arreglos para que un avión te lleve a Hawái esta misma noche.

Hunter parecía impresionado.

—¿De verdad el presupuesto del FBI es tan holgado como para que un avión me lleve de Virginia a Hawái? Maldita sea, y en el LAPD ni siquiera tenemos dinero para abastecernos de suficientes chalecos a prueba de balas.

—Robert, lo digo en serio. De verdad que necesitamos esa información.

—Y yo también, Adrian. —La voz de Hunter se volvió grave de pronto, su mirada se endureció—. Yo no pedí esto. ¿Vosotros vinisteis a por mí, recuerdas? Vosotros me arrojasteis dentro de todo esto. Ahora soy parte de la mezcla, os guste o no. Si crees que simplemente os voy a dar la información y largarme de aquí como un chiquillo obediente, entonces no me conoces en absoluto.

—La verdad es que nadie te conoce, Robert —replicó Kennedy, todavía calmado—. Siempre has sido un enigma críptico, desde que te conozco. Pero este es un juego muy arriesgado. ¿Entiendes que lo que estás haciendo es ocultar información relacionada con una investigación federal por homicidio? Podría freírte el culo por eso.

Hunter seguía imperturbable.

—Si así quieres jugar… —respondió en tono neutro—. Nunca le he dicho a nadie, explícitamente, que entiendo el significado del acertijo de Lucien. No puedo ocultar información que no tengo, Adrian, porque no recuerdo haber visto carteles en mi viejo dormitorio, además de que no me acuerdo de ningún profesor Salsa Picante. —Hunter hizo una pausa y, por el rabillo del ojo, alcanzó a ver que la frustración coloreaba el rostro del agente Newman—. No eres el único que sabe jugar rudo, Adrian, y no soy una de tus marionetas.

Kennedy no pareció enfadado ni ofendido. De hecho, no esperaba que Hunter reaccionara de ninguna otra manera, no después de haber visto las grabaciones de la sala de interrogatorios. A Hunter le pedían ayuda, por un lado, el FBI, y por el otro, su viejo mejor amigo.

—Siento interrumpir, director Kennedy —dijo Newman, inclinándose hacia delante en su asiento—, pero aún tenemos bajo custodia al sujeto. Si el detective Hunter se niega a cooperar, pues qué pena, pero a la mierda con él. Envíelo de vuelta a Los Ángeles. —Se volvió a Hunter—. Sin ánimos de ofender, colega. —No consiguió la menor reacción por parte de Hunter—. Todavía podemos sacar la información directamente del prisionero —continuó Newman—. Solo deme unas cuantas sesiones más con él.

—Por supuesto que podemos —dijo Kennedy, porque, hasta el momento, eso ha funcionado de maravilla, ¿no es así, agente Newman?

Newman estaba a punto de decir algo más, pero Kennedy levantó un dedo en señal de que había oído lo suficiente. La mirada del hombre era un claro indicio de que en su cabeza ya se estaban barajando algunas posibilidades.

—Vale, Robert —dijo Kennedy, después de varios segundos de silencio—. Voy a jugar limpio y tú vas a jugar limpio. Tú y la agente Taylor irán a revisar esa vivienda en Carolina del Norte. Agente Newman, lo necesito de vuelta en Washington… Hoy mismo. Tengo otra cosa que pedirle. —Newman tenía el aspecto de quien acaba de recibir una bofetada. Medio abrió la boca para decir algo, pero Kennedy lo cortó de nuevo—. Hoy, agente, ¿ha entendido?

Newman respiró hondo.

—Sí, señor.

Kennedy volvió a dirigirse a Hunter.

—Robert, basta de juegos. Sabes lo que este personaje, Lucien, estaba queriendo decir con ese acertijo, ¿no es así? ¿Conoces las respuestas a esas preguntas? —Hunter asintió una sola vez—. Vale. —Kennedy consultó su reloj—. Tenemos suerte. Carolina del Norte está cerca y podemos movernos de prisa. Agente Taylor, organice todo. Los quiero a usted y a Robert ahí esta noche, a más tardar. Incautémonos de ese diario, cuaderno o lo que sea y comencemos a resolver todo este lío. Llámeme cuando tengan noticias; al instante, sin importar la hora. ¿Ha entendido?

—Sí, señor —respondió Taylor mientras miraba a Hunter.
Kennedy cortó la comunicación.

Veintiuno

—Vale —dijo la agente Taylor, y, mediante un teclado inalámbrico, escribió un nuevo comando en el ordenador de escritorio.

Taylor y Hunter habían vuelto a la sala de reuniones donde estuvieron antes, la del gran monitor que mostraba un mapa detallado de los Estados Unidos en la pared más lejana. Cuando pulsó la tecla «intro», el mapa cambió a una versión detallada de todo el estado de Carolina del Norte.

—¿Qué decía, entonces, ese cartel que Lucien Foster tenía en la pared? —preguntó Taylor—. ¿El que te gustaba? ¿El del atardecer?

Hunter se encogió apenas de hombros, se acercó al mapa y dejó que sus ojos lo estudiaran detenidamente.

—Era una imagen de las montañas —dijo—. El sol estaba a punto de ponerse detrás. El cielo había adquirido un llamativo color púrpura rojizo. Y eso era lo que de verdad me gustaba de ese cartel: el color del cielo. También había una hoguera.

—¿Una hoguera?

—Así es —accedió Hunter.

—¿Eso era todo? —preguntó Taylor.

—No, había una figura solitaria sentada junto al fuego, mirando el atardecer.

—¿Qué clase de figura?

Hunter dejó de examinar el mapa.

—Un anciano.

Taylor frunció el ceño.

—¿Un anciano? —dijo, y se acercó a contemplar el mapa junto a Hunter—. Así que ¿qué estamos buscando aquí?, ¿el condado de Oldman?, ¿el condado de Granddad? ¿O este viejo tenía un nombre?

Lucien Folter dijo que el condado se llamaba igual que la figura del cartel.

—No había nombres —aclaró Hunter—, pero el viejo era un nativo americano. Más precisamente, un… —Apuntó a un condado en el lado izquierdo del mapa. El condado de Cherokee.

El estado de Carolina del Norte está dividido en tres regiones: La Este, Piedmont y la Oeste. Comparte frontera con Georgia y Tennessee.

—Un indio cheroqui —dijo Taylor con un ritmo diferente en la voz —. Que me parta un rayo.

Hunter hizo una pausa y la miró. La expresión en su rostro era la propia pregunta. Taylor inclinó la cabeza hacia un lado.

—Mi exesposo era medio cheroqui. Acabamos de pasar por un duro divorcio.

Es una extraña coincidencia, nada más. Hunter asintió.

La atención de Taylor volvió al mapa mientras la mujer analizaba la posición del condado en relación con el lugar donde se encontraban.

—Maldita sea —dijo, y regresó al ordenador—. Será un viaje muy largo. Por lo menos, ocho horas de ida y otras ocho de vuelta.

Hunter estuvo de acuerdo.

Taylor escribió una nueva instrucción. En el mapa se trazó, de inmediato, una ruta entre la academia del FBI en Quantico y el límite oriental del condado de Cherokee. Del lado izquierdo se desplegó un desglose, detallado paso a paso, del itinerario completo. Según esto, sin paradas, el viaje de 861 kilómetros les llevaría, aproximadamente, ocho horas con veinticinco minutos.

Hunter consultó su reloj. Eran las 12:52. No estaba de humor, definitivamente, para un viaje de diecisiete horas, entre ida y vuelta.

—¿Podemos ir en avión?

Taylor hizo una mueca.

—No estoy autorizada para pedir un avión —dijo.

—Pero Adrian sí —añadió Hunter.

Taylor asintió.

—El director Kennedy puede autorizar lo que quiera.

—Así que hagamos que nos dé el permiso —dijo Hunter—. Hace apenas unos minutos estuvo a punto de mandarme de vacaciones a Hawái en un avión, y yo ni siquiera pertenezco al FBI.

Taylor no tenía ningún argumento en contra.

—Vale, lo llamaré. Así que, ¿a dónde vamos?

Hunter la miró.

—La segunda parte del acertijo —aclaró ella—. ¿El nombre de la ciudad? ¿Quién era este profesor Salsa Picante? ¿El reto de Susan?, ¿la noche de brujas?

Hunter no estaba listo para dejar caer todas sus cartas; al menos, no mientras estuvieran dentro de la academia del FBI. Consultó su reloj.

—Paso a paso, agente Taylor. Primero que nada, pongámonos en marcha. Ya te lo diré cuando estemos en el aire.

Taylor lo estudió por un instante.

—¿Qué diferencia hay?

—A eso me refiero, justamente. No hay ninguna diferencia. Por lo tanto, te lo puedo decir ahora o más tarde. Lo haré más tarde. Tenemos que ponernos en marcha.

Taylor alzó ambas manos en señal de que se daba por vencida.

—Vale, lo haremos a tu manera. Llamaré al director Kennedy.

Veintidós

La conversación telefónica de Taylor con el director Adrian Kennedy duró menos de tres minutos. No hizo falta mucho para convencerlo.

Lucien Folter había sido detenido seis días antes. El FBI tenía en las manos dos mujeres mutiladas y decapitadas, sin cuerpos, sin identidad. Las preguntas se iban apilando como platos sucios y, por lo pronto, no tenían nada. Kennedy quería respuestas, y las quería de inmediato, costara lo que costara.

En noventa minutos, todo estaba arreglado. Un jet ligero Phenom 100 esperaba a Hunter y a Taylor en la pista de aterrizaje del aeropuerto Turner. Este avión tenía la mitad del tamaño del que los había llevado de Los Ángeles a Quantico, pero los interiores eran igual de lujosos.

Las luces de la cabina bajaron de intensidad momentáneamente mientras el avión despegaba con rapidez. Hunter se sentó a degustar una gran taza de café negro muy cargado, mientras su cerebro, con todo cuidado, trataba de repasar cada una de las palabras que esa mañana le habían dicho en la sala de interrogatorios.

Taylor estaba sentada en una silla giratoria de cuero negro, directamente delante de Hunter. Tenía el ordenador portátil descansando sobre el regazo. La pantalla mostraba un mapa detallado del condado de Cherokee, con todas sus ciudades y pueblos.

—Vale, ya estamos en el aire, así que ¿a dónde nos dirigimos, exactamente? ¿Quién es el profesor Salsa Picante?

Hunter sonrió al recordarlo.

—Lucien, Susan y yo fuimos a una fiesta de Halloween en un bar irlandés, en Los Altos. Ahí nos topamos con nuestro profesor de

neuropsicología. Tipo agradable, gran profesor; le encantaba el trago. Esa noche todos tomamos un poco, pero, entonces, de la nada, él decidió desafiarnos a una competencia de chupitos. Lucien y yo nos negamos, pero, para nuestra sorpresa, Susan aceptó el reto.

—¿Por qué se sorprendieron?

—Susan no era tan buena bebedora —dijo Hunter, con un ligero meneo de cabeza—. Cuatro, cinco chupitos y Susan estaba fuera. Lo que no sabíamos era que tenía un truco bajo la manga.

El interés iluminó el rostro de Taylor.

—¿Qué truco?

—Los abuelos de Susan eran letones y, por lo tanto, ella sabía unas cuantas palabras en letón, incluyendo agua, ūdens. El trato consistía en turnarse para tomar un trago de su bebida favorita. Susan conocía al barman, quien, de hecho, era letón. El profesor estaba bebiendo tequila, en tanto que Susan siempre ordenaba ūdens al barman. Catorce chupitos más tarde, el profesor arrojó la toalla. Su castigo fue tomarse una botella entera de sesenta mililitros de salsa picante. Y lo hizo. Estuvo tres días sin ir a clases. Desde entonces, nosotros tres nos referíamos a él como el profesor Salsa Picante.

—De modo que ¿quién era tu profesor de neuropsicología? —preguntó Taylor.

Hunter señaló la pantalla.

—Se llamaba Steward Murphy.

La ciudad de Murphy era la más grande del condado de Cherokee, situada en la confluencia de los ríos Hiwassee y Valley.

—No parece haber aeropuertos en Murphy —dijo Taylor, que analizaba el mapa. Escribió una nueva instrucción. Un segundo más tarde, ya tenía la respuesta—. Vale, el aeropuerto más cercano a Murphy es el Regional del Oeste de Carolina. Está a unos veintidós kilómetros.

—Eso está bien —dijo Hunter—. Puedes decirle al piloto que allá es a donde nos dirigimos.

Taylor usó un telefonillo que tenía a la izquierda, adosado a la pared, para darle las instrucciones al piloto.

—Estaremos ahí en una hora y diez minutos, más o menos —le dijo a Hunter.

—Mucho mejor que ocho horas y media conduciendo —comentó él.

—¿Tienes inconveniente en que te pregunte algo, detective Hunter?

Hunter apartó los ojos de la ventanilla llena de cielo azul y la miró.

—Lo tendré si insistes en llamarme «detective Hunter». Por favor, llámame Robert.

Taylor pareció dudarlo un instante.

—Vale, Robert, siempre y cuando me llames Courtney.

—Hecho. Así que ¿cuál era tu pregunta, Courtney?

—Te sientes culpable, ¿no? —Esperó un par de segundos y decidió aclarar—. Cuando Lucien te habló de su problema con las drogas y de cómo se involucró en todo eso. —Hunter guardó silencio —. Mientras todos en la sala de observadores tenían la atención concentrada en Lucien, yo te observaba a ti. Te sentiste mal. Sentiste como si hubiera sido tu culpa.

—No como si hubiera sido mi culpa —dijo Hunter finalmente—. Pero sé que pude haberlo ayudado. Debí haberme dado cuenta de que estaba enganchado cuando vino a verme a Los Ángeles aquella última vez. Ni siquiera sé cómo no me di cuenta.

Taylor se mordió el labio inferior y apartó la mirada, debatiéndose, claramente, entre decir lo que estaba pensando o no. Decidió que no había ningún motivo para ser tímida.

—Sé que era tu amigo, y me apena mucho decir esto, pero los drogatas no me caen bien. He trabajado en muchos casos donde alguno, totalmente colocado con alguna baratija o tratando de conseguir efectivo para comprar alguna porquería, comete el asesinato más atroz; o asesinatos. —Tomó aliento—. Él podría estar mintiendo, ¿sabes? Quizás siga enganchado a alguna cosa; tal vez él

fue quien mató a esas mujeres mientras estaba bajo los efectos de alguna droga.

Hunter percibió algo diferente soterrado en el tono de Taylor. Ira oculta, quizás.

—Vuestras pruebas de laboratorio mostraron que estaba limpio —dijo él.

—Algunas drogas salen del sistema en cuestión de horas, lo sabes bien —replicó Taylor—. Además, esas cabezas han estado no sé cuánto tiempo conservadas en contenedores de hielo. Esas dos mujeres pudieron haber sido asesinadas hace meses.

—Es cierto. —Hunter no supo cómo rebatir ese argumento—. Sí, ciertas drogas salen de tu sistema en cuestión de horas, pero ya has visto drogatas, ¿no? No pueden alejarse de las sustancias por mucho tiempo. Exhiben las típicas señales psicológicas y físicas de dependencia: la piel, los ojos, el cabello, los labios…; paranoia, ansiedad…; ya sabes qué buscar. Lucien no mostraba nada de eso. —Hunter negó con la cabeza—. Ya no está enganchado.

Esta vez, fue Taylor quien no pudo refutar los argumentos de Hunter. De verdad, Lucien ya no mostraba signos de dependencia física o psicológica. Pero ella no estaba dispuesta a dejar el asunto en paz.

—Vale, estoy de acuerdo, tal parece que está limpio, pero, de todos modos, sigue sin avivar mi compasión. De acuerdo con lo que te dijo, nadie lo obligó a consumir. Decidió hacerlo por su propia cuenta. Pudo haberse apartado con la misma facilidad. A las personas de todo el mundo, sin importar su edad, les ofrecen drogas cada día. Lo sabes mejor que la mayoría, Robert. Algunos caen, otros no. Es una elección. En este caso, fue su elección, de nadie más. Lucien es el único que debe sentirse culpable de haberse convertido en un drogata.

Hunter no dijo nada por un largo rato. El avión había entrado en una zona de turbulencias. Aguardó hasta que estuviera despejado antes de volver a hablar.

—No es tan fácil, Courtney.

—¿No?

—No. —Hunter se apoyó en el respaldo.

—Me ofrecieron drogas montones de veces —dijo Taylor—. En el colegio, en la universidad, en las calles, en el vecindario, en fiestas, de vacaciones… En realidad, en todas partes, y, de cualquier modo, me las arreglé para mantenerme alejada de ellas.

—Y eso es fantástico, pero apuesto a que también conoces gente que no fue tan fuerte como tú, ¿o no? Gente que no logró mantenerse al margen. ¿Gente que se quedó enganchada?

Algo pareció cambiar en los ojos de Taylor.

—Sí, así es —dijo ella. Hunter podía adivinar que la mujer luchaba por mantener un tono sereno—. Pero eso no me hace sentir culpable.

Por algún motivo, eso sonó como una mentira.

—Todos somos diferentes, Courtney, y por eso reaccionamos de forma distinta ante cualquier acontecimiento —dijo Hunter—. Nuestras reacciones dependen directamente de las circunstancias que rodean el suceso y de nuestro estado psicológico en ese momento específico.

Taylor lo sabía. Ya lo había visto: alguien se siente feliz y las cosas marchan bien en casa y en el trabajo. Le ofrecen una droga muy adictiva en una fiesta o en otro lado. Esa persona dice que no, porque no la necesita en absoluto. En ese preciso momento, la persona se siente feliz; está «colocada» de manera natural. Pero el mismo individuo, al día siguiente, es despedido o tiene una mala discusión en casa o cualquier cosa que deprima un poco su estado de ánimo. Le ofrecen la misma droga altamente adictiva. Entonces dice que sí, porque su estado de ánimo ha cambiado, porque las circunstancias han cambiado, y, justo en ese preciso momento, se encuentra en una condición psicológicamente —físicamente, incluso — muy vulnerable. Los traficantes de drogas tienen una especie de sexto sentido a la hora de seleccionar gente de entre la multitud. Y saben, de verdad, cómo engatusar a las personas para hacerlas creer que, si toman la droga en cuestión, todos los problemas

desaparecerán en un destello. El paraíso a la espera. —Taylor empezó a morderse el labio inferior.

»¿Sabes que hay muchas drogas por ahí a las que les basta una sola dosis, no es así? —continuó Hunter—. Como dijo Lucien, «enganche instantáneo». Incluso la gente muy fuerte no puede ser muy fuerte todo el tiempo, Courtney. Es un hecho. Todo lo que hace falta es que se te acerquen cuando, por alguna razón, no estás tan firme mentalmente: te sientes solo o deprimido o rechazado o algo, y estás a su merced. No conocemos los hechos. Y tampoco sabemos cuántas veces Lucien dijo que no antes de caer finalmente.

—Admito —dijo Taylor— que tienes buenos argumentos a favor de los drogadictos.

—Mi intención no es defender a los drogatas, Courtney —dijo Hunter con calma—. Lo que trato de decir es que una gran cantidad de adictos de los que hay por ahí saben que cometieron un error, y no desean otra cosa que hallar la fortaleza para deshacerse del vicio. La mayoría de ellos no parecen capaces de encontrarla por su propia cuenta, necesitan ayuda… Una ayuda que, en la mayoría de los casos, no está muy disponible, que digamos. Probablemente porque hay muchos que comparten tus mismas ideas.

Los ojos azules de Taylor se clavaron intensamente en Hunter antes de desviarse.

—Así que ¿crees que pudiste haberlo ayudado? —preguntó—. ¿Qué habrías hecho?

—Todo lo posible —respondió Hunter sin dejar pasar ni un instante—. Habría hecho todo lo posible. Era mi amigo.

Veintitrés

Una hora y ocho minutos después del despegue, el Phenom 100 aterrizó en el aeropuerto Regional del Oeste de Carolina. Fuera, el tiempo había comenzado a cambiar. Varias nubes grandes acechaban ahora desde el cielo, evitando que el sol colara sus rayos y bajando la temperatura unos cuantos grados. A pesar de la falta de sol, Taylor se puso las gafas oscuras en cuanto se bajó del avión. Era parte del entrenamiento básico: en público, siempre hay que ocultar los ojos.

Fuera del aeropuerto, Hunter y Taylor se encontraron con el representante de una compañía local de renta de coches con quien ella había hablado por teléfono. El hombre les entregó un sedán Lincoln negro de alta gama.

—Vale —dijo Taylor, abriendo el ordenador portátil en cuanto Hunter y ella estuvieron sentados dentro. Tomó el asiento del conductor. El coche tenía el aspecto y el aroma de uno nuevo, como si hubiese sido comprado esa misma mañana solo para ellos—. Averigüemos a dónde ir.

Con el panel táctil, Taylor activó un programa de vista por satelite. En un instante, tenía en su pantalla una imagen fotográfica a vuelo de pájaro de la ciudad de Murphy.

—Lucien dijo que la casa estaba en el límite de un bosque —continuó ella, acomodando el ordenador portátil de modo que Hunter pudiera mirarlo.

Ambos estudiaron la pantalla por un largo rato, y, mientras Taylor usaba el panel táctil para mover la imagen de izquierda a derecha y de arriba abajo, su humor cambió.

—¿Estaba bromeando? —dijo finalmente. Su voz seguía siendo tranquila, pero había en ella una pizca de molestia. Se subió las

gafas de sol y se las puso en la cabeza antes de clavarle a Hunter una mirada de preocupación—. Este lugar está rodeado de bosques. Está por todos lados, dentro y fuera de la ciudad. Mira esto.

Su mirada volvió a la pantalla mientras, con el panel táctil, hacía un alejamiento del mapa. No estaba bromeando. La ciudad de Murphy parecía haber sido construida justo en el centro de un gran bosque lleno de colinas. Daba la impresión de que había más terreno boscoso que edificios.

—¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Encontrar una casa en el límite de cada tramo de bosque con que nos topemos y probar las llaves, a ver si funcionan?

Hunter no dijo nada. Seguía mirando la pantalla, tratando de entenderlo todo.

—¿Nos estaba jodiendo, o no? —Taylor dijo esas palabras en medio de una risa—. Aunque la casa existiera, cosa que ahora pongo en duda, nos tomaría un par de días encontrarla, tal vez más. Nos mandó a buscar un fénix, Robert; está jugando. —Se tomó un momento para pensarlo—. Estoy segura de que ya ha estado aquí. Quizás incluso vivió en este lugar por un tiempo. Sabe que Murphy está rodeada de bosque. Por eso nos envió a este sitio con ese loco acertijo. Podríamos pasar días en este lugar sin encontrar nunca esa… casa de la fantasía. —Hunter no respondió.

»Maldita sea. Metí la pata —dijo Taylor, decepcionada consigo misma—. Debí haberlo comprobado antes de salir de Quantico. Maldito error de colegial. Tan solo quería poner en marcha esta investigación, así que confié ciegamente en lo que él te dijo. Es probable que, en este momento, Lucien esté en su celda partiéndose de risa».

Hunter dedicó otros segundos a analizar el mapa antes de negar con la cabeza.

—No, esto está mal. Esto no es lo que él quiso decir.

Taylor arqueó las cejas.

—¿A qué te refieres? Eso es lo que dijo, ni más ni menos: «La casa está al final del margen del bosque». A menos que hayas

resuelto mal el acertijo y hayamos venido al lugar equivocado.

—No es así —le aseguró Hunter—. Hemos venido al lugar correcto.

—Vale, así que Lucien está jugando. Solo echa un vistazo al mapa, Robert. —Señaló el ordenador con la cabeza—. «La casa está al final del margen del bosque» —repitió—. Esas fueron sus palabras exactas. Aquí tengo la grabación, por si quieres escucharla.

—No lo necesito —respondió Hunter, girando el ordenador para mirarlo de frente—, porque eso no fue lo que dijo, exactamente.

—¿Perdona?

—Dijo que la casa está al final del margen del bosque, no en el borde del bosque. Y hay una gran diferencia. ¿Puedes poner un mapa de Murphy donde podamos buscar localizaciones, nombres de calles y cosas como esas?

—Claro, desde luego. —Unas cuantas pulsaciones más tarde, la vista a ojo de pájaro fue sustituida por un mapa callejero por satelite de la ciudad de Murphy—. Aquí lo tienes —dijo, y le pasó el ordenador a Hunter, quien rápidamente escribió algo en la casilla de búsqueda. El mapa se desplazó a un lado, giró a la izquierda y se centró en un estrecho camino de tierra ubicado entre dos colinas de bosque al sur de la ciudad. El nombre de la calle era Margen del Bosque.

Incluso Hunter se sintió un poco azorado. Esperaba que, tal vez, alguna de las áreas boscosas o, incluso, algún parque, llevaran el nombre de Margen del Bosque, pero no un camino.

—Mujer de poca fe —dijo.

—Que me entierren —exhaló Taylor.

El camino parecía continuar unos ochocientos metros. No había nada a ninguno de los lados, excepto bosque, hasta el final, donde se alzaba una casa sola. La casa al final de Margen del Bosque.

Veinticuatro

Taylor se puso al volante. El trayecto del aeropuerto al sur de Murphy les llevó algo menos de veinticinco minutos. Fue un recorrido salpicado de colinas, campos y bosque. Cuando se acercaban a la ciudad de Murphy, aparecieron unos cuantos ranchos pequeños al lado de la carretera, con caballos y vacas que se movían perezosamente por los terrenos. El aire estaba impregnado del típico olor a estiércol de granja, pero ni Hunter ni Taylor se quejaron. Hunter, por su parte, no recordaba haber estado en ningún lugar en que todos los parajes estuvieran pintados de árboles y campos verdes. Era un escenario impactante, los dos tenían que admitirlo.

Cuando Taylor salió de Camino del Arroyo para doblar a la derecha en Margen del Bosque, el suelo empezó a descomponerse metro a metro, obligando a la agente a bajar el paso casi hasta velocidad de caracol.

—Madre santa, aquí no hay absolutamente nada —dijo, mirando alrededor—. ¿Te has dado cuenta de que no hemos visto una farola en casi dos kilómetros?

Hunter asintió.

—Me alegro de que aún tengamos luz de día para guiarnos —comentó Taylor—. No hay duda de que Lucien se escondía de algo o alguien. ¿Quién en su sano juicio querría vivir aquí?

Hacía su mejor esfuerzo por evitar los baches más grandes, pero, sin importar cuán cuidadosos fueran sus virajes ni cuán lentamente condujera, aquello se sentía como si estuvieran atravesando una zona de guerra.

—Esto es como un campo minado —dijo—. Los fabricantes de coches deberían traer aquí sus vehículos para poner a prueba la suspensión.

Un par de lentos y muy movidos minutos después, por fin llegaron a la casa al final de Margen del Bosque.

El lugar parecía una casa de rancho de una sola planta, pero a una escala mucho menor. El frente estaba rodeado por una valla de madera de poca altura que pedía desesperadamente pintura y reparaciones. Detrás de la valla, el césped parecía no haber sido podado en meses. La mayoría de las baldosas de cemento que formaban una retorcida senda entre el portón y la casa estaban agrietadas. La hierba crecía entre las hendeduras y alrededor de cada baldosa. Una vieja bandera de las barras y las estrellas, llena de agujeros, flotaba a la derecha, colgada de un asta oxidada. La casa, en algún tiempo, tuvo la fachada blanca, con las ventanas y las puertas en azul claro, pero la pintura se había decolorado drásticamente y se desprendía por todos lados. El tejado a cuatro aguas daba la impresión de necesitar unas cuantas tejas nuevas.

Hunter y Taylor salieron del coche. Una brisa fría comenzó a soplar desde el oeste, trayendo consigo el aroma de la tierra húmeda. Hunter alzó la mirada y vio un par de nubes negras que empezaban a acercarse.

—Sin duda, no era muy cuidadoso con este lugar —dijo Taylor mientras cerraba la puerta del coche—. Hay que decir que no es el mejor de los inquilinos.

Hunter examinó el camino de tierra alrededor hasta la valla de madera. No había más huellas que las suyas. La casa no tenía cochera, así que el detective buscó un lugar junto a la finca donde pudiera guardarse un coche. En lugares como este, la gente tiende a aparcar siempre en el mismo sitio. Sin duda alguna, eso tendría que dejar alguna impresión duradera en el suelo; tal vez, marcas de aceite o residuos, inclusive. No había nada. Si Lucien Folter de verdad vivía aquí, no parecía tener un coche.

Hunter también comprobó el buzón, junto a la valla. Estaba vacío.

Mientras caminaban hacia la casa, el detective se detuvo un segundo para dejar que Taylor tomara la delantera. Ya le habían

dicho más de una vez que esta investigación no era suya.

El único escalón de madera del porche crujió bajo los pies de Taylor como una señal de advertencia. Hunter, que estaba justo detrás de ella, decidió no pisarlo. Saltó directamente al porche.

Revisaron las ventanas a ambos lados de la puerta principal. Estaban cerradas, y las cortinas, también. La pesada puerta de madera que, a la derecha de la casa, llevaba al patio trasero, también estaba asegurada. Sobre ella, la pared era lo suficientemente alta como para disuadir a cualquiera que estuviera pensando en escalarla.

—Vale, probemos con esto —dijo Taylor.

El llavero de Lucien podía haber sido el de un supervisor de edificios: un solo aro de metal, grueso, cargado de llaves, todas parecidas entre sí. Eran diecisiete.

Taylor tiró del mosquitero y probó la primera llave. Ni siquiera entró en la cerradura. La segunda, la tercera, la cuarta y la quinta se deslizaron sin dificultad, pero ninguna giró. Taylor siguió probándolas con calma.

El olor a tierra húmeda se hacía cada vez más intenso; el aire, cada vez más frío. Empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Taylor hizo una breve pausa y alzó la mirada, preguntándose cuántos hoyos se revelarían en el techo del porche en cuanto la lluvia arreciara.

Las llaves seis y siete fueron una repetición de la primera: ni siquiera entraron. La ocho, por su parte, se deslizó dentro de la cerradura con toda facilidad. Cuando Taylor le dio la vuelta, el pasador se plegó con un sonido sordo.

—Bingo —dijo—. Me pregunto para qué son las otras llaves.

Hunter no dijo nada.

Taylor giró el picaporte y empujó la puerta. Para su sorpresa, no hubo crujidos ni chirridos, como si las bisagras hubieran sido engrasadas recientemente.

Incluso antes de dar un paso dentro de la casa, recibieron de golpe el olor a desinfectante y naftalina que provenía del interior.

Instintivamente, Taylor se llevó la mano a la nariz.

El olor no molestó a Hunter.

Taylor encontró un interruptor en la pared interior, a la derecha de la entrada, y lo encendió.

La puerta principal daba a una antesala muy pequeña de paredes blancas. Estaba completamente vacía. Rápidamente pasaron a la siguiente habitación: la sala de estar.

Una vez más, Taylor encontró el interruptor junto a la puerta y lo activó, encendiendo una única bombilla que colgaba del centro del techo. La gruesa pantalla roja y negra de que estaba rodeada atenuaba considerablemente su de por sí escasa potencia, de modo que el espacio estaba en penumbra.

No era el más espacioso de los salones, pero, sin muebles, tampoco provocaba angustia. El olor a desinfectante y naftalina era mucho más intenso en esta habitación. Taylor se encogió, como si estuviera a punto de vomitar.

—¿Estás bien? —preguntó Hunter.

Taylor asintió sin convicción.

—Detesto el olor de la naftalina. Me revuelve el estómago.

Hunter le dio algunos segundos mientras recorría con los ojos la habitación. Nada indicaba que este fuera el hogar de nadie. No había fotografías, cuadros en las paredes ni objetos decorativos por ningún lado; no había toques personales, nada. Era como si Lucien viviera escondido hasta de sí mismo.

La puerta abierta en la pared oeste daba a una oscura cocina. En el lado opuesto de donde entraron al salón, un pasillo llevaba al fondo de la casa.

—¿Quieres echarle un vistazo a la cocina? —preguntó Hunter con un movimiento de cabeza.

—No especialmente —dijo Taylor—. Solo quiero encontrar ese diario y respirar un poco de aire puro.

Hunter asintió.

Después de atravesar el salón, entraron al pasillo que estaba del otro lado. La luz aquí era tan débil como en el lugar de donde

venían.

—Supongo que le gustaba que la iluminación reflejara el humor —comentó Taylor.

Había cuatro puertas en el pasillo, dos a la izquierda, una a la derecha y otra al fondo. Las dos de la izquierda y la del fondo estaban completamente abiertas. Incluso con las luces apagadas, Hunter y Taylor podían ver que conducían a dos dormitorios y un baño. La gruesa y pesada puerta a la derecha del pasillo, por otra parte, estaba bien cerrada con un gran candado.

—Esta tiene que ser la puerta del sótano —dijo Taylor.

Hunter hizo una señal de que estaba de acuerdo mientras comprobaba el candado. Se quedó sorprendido.

Era un candado de tipo militar, manufacturado por Sargent y Greenleaf, capaz, supuestamente, de resistir cualquier ataque, incluyendo uno de nitrógeno líquido. Definitivamente, Lucien no quería que nadie bajara al sótano sin invitación.

—Y aquí vamos de nuevo, con la ruleta de las llaves —dijo Taylor, sacando el llavero una vez más.

Mientras iba pasando las llaves, Hunter echó un rápido vistazo a la habitación de la izquierda: el baño. Era pequeño, totalmente alicatado en blanco, y despedía un fuerte olor a moho y humedad.

Ahí no había nada interesante.

Clic.

Hunter oyó un sonido metálico que provenía del pasillo y salió del baño.

—La tengo —dijo Taylor, que dejaba caer el candado en el suelo —. Esta vez fueron doce intentos. Giró el pomo y abrió la puerta.

Del otro lado de la entrada, había un cable colgando del techo. Taylor activó el interruptor. Una lámpara fluorescente de luz amarillenta parpadeó un par de veces antes de estabilizarse, dejando a la vista una estrecha escalera de cemento que, al llegar al fondo, doblaba a la derecha.

—¿Quieres ir por delante? —preguntó Taylor, que había retrocedido un paso.

Hunter se encogió de hombros.

—Claro.

Bajaron los peldaños lenta y cuidadosamente. Al llegar abajo, otro par de lámparas amarillentas les iluminaron un espacio que era más o menos del mismo tamaño que el salón. El suelo era de cemento tosco, y las paredes, de un blanco cansado. En cuanto a los muebles, este lugar podía compararse con la apenas decorada sala de estar. Una alta estantería de madera, rebosante de libros, abrazaba la pared norte. En el centro del espacio había una gran alfombra y un sofá de flores, y, enfrente del sofá, una cómoda de madera de haya con un viejo televisor de tubos encima. A la izquierda de la cómoda, un cofre con cajones y una pequeña nevera. La habitación estaba adornada con unos cuantos dibujos enmarcados. Todo estaba cubierto con una capa de polvo.

—El diario debe de estar ahí —dijo Taylor, señalando con el rostro la estantería.

Hunter seguía mirando la habitación, asimilando todo.

Taylor dio un paso hacia la estantería. Se detuvo ante ella y pasó la mirada por todos los títulos. Muchos parecían de psicología; algunos, de ingeniería; unos cuantos, de cocina; otros pocos, de mecánica. También había varias novelas de bolsillo de temas policíacos, así como de automotivación y de cómo superar la adversidad. En un rincón había una pequeña colección de volúmenes distintos a los demás. La diferencia principal era que… no tenían título. No eran libros impresos, sino cuadernos de tapa dura, de los que uno encuentra fácilmente en cualquier papelería.

—Al parecer, aquí tenemos más de un diario —anunció Taylor, y cogió el primer libro.

No recibió ninguna respuesta de Hunter.

Sin mirar al detective, la agente abrió el libro y, mientras lo hojeaba, frunció el ceño. No había nada escrito en ninguna de las páginas. Todas estaban cubiertas de dibujos y bocetos.

—Robert, ven a ver esto. —Hunter seguía sin responder—. Robert, ¿me oyes? —Finalmente, Taylor se volvió hacia él.

Hunter estaba en medio de la habitación, sin moverse, mirando la pared que tenía enfrente. Su semblante se había convertido en algo que Taylor no podía reconocer.

—Robert, ¿qué pasa?

Silencio.

Siguió la mirada de su compañero hacia uno de los dibujos enmarcados.

—Espera —dijo ella, entrecerrando los ojos ante el cuadro y acercándose un poco. Le tomó varios segundos entender lo que estaba mirando, y, cuando finalmente cayó en la cuenta, toda la piel se le puso de gallina.

—Madre santa —susurró—. ¿Eso es… piel humana?

Por fin, Hunter asintió con lentitud.

Taylor exhaló, retrocedió un paso y volvió a mirar toda la habitación.

—Dios mío… —La garganta se le había secado por completo. Sintió como si un par de manos invisibles la estuvieran asfixiando.

Había cinco cuadros adornando las paredes.

Hunter estaba inmóvil. Su mirada seguía clavada en el marco que tenía justo enfrente. Pero el hecho de que lo que parecían dibujos enmarcados fueran, en realidad, piel humana, no era lo que más lo impresionaba. Si algo lo tenía congelado en ese lugar era el dibujo que estaba contemplando. Un tatuaje muy singular. Uno que Hunter recordaba bien, porque había estado presente mientras lo hacían. Lo mismo que Lucien. Un tatuaje de una rosa roja cuyo tallo espinoso envolvía un corazón sangrante, como si lo estuviera estrangulando.

El tatuaje de Susan.

Segunda parte

El hombre que sí era

Veinticinco

Esta vez, Lucien Folter ya esperaba sentado a la mesa de metal, dentro de la sala de interrogatorios, cuando la puerta hizo un zumbido y Hunter y Taylor entraron. Al igual que la otra vez, las manos del prisionero estaban esposadas y unidas por una barra de metal. También estaban los grilletes de los tobillos, con la cadena de los pies ya enganchada al asa de metal a un lado de la silla. De pie, justo detrás de él, había dos marines armados. Ambos saludaron con la cabeza a Hunter y Taylor antes de salir de la habitación sin decir una sola palabra.

Lucien estaba inclinado hacia delante en su silla. Sus manos descansaban sobre la mesa, con los dedos entrelazados. Golpeaba lenta y tranquilamente un pulgar con el otro a un ritmo constante, como siguiendo el compás de alguna canción que solo él podía escuchar. Tenía la cabeza y los ojos bajos, la mirada fija en las manos.

Deliberadamente, Taylor dejó que la puerta se cerrara de golpe, pero el estampido no pareció llegar a los oídos de Lucien. No se inmutó, no alzó la mirada, no dejó de marcar el ritmo con los pulgares. Era como si estuviera en su propio mundo.

Hunter avanzó y se detuvo frente a él, al otro lado de la mesa, con los brazos sueltos y laxos a los costados. No se sentó. No dijo nada. Simplemente se quedó esperando.

Taylor se situó junto a la puerta, con la furia quemándole los ojos. En el viaje de regreso a Quantico, se había prometido no permitir que esa ira se manifestara, se había prometido ser pragmática…, profesional…, desapegada. Pero, al ver a Lucien una vez más, sentado en esa sala, aparentemente imperturbable, la sangre volvió a bullir en sus venas.

—Enfermo hijo de puta —explotó finalmente—. ¿A cuántas has matado, realmente? —Lucien se limitaba a mirarse los pulgares, siguiendo ese ritmo que nadie más podía escuchar—. ¿Las has desollado a todas? —siguió Taylor. No hubo respuesta—. ¿Hiciste uno de esos asquerosos trofeos de cada víctima?

Aun así, no hubo respuesta, pero, ahora, Lucien dejó de golpearse los pulgares, alzó la cabeza lentamente y miró a Hunter a los ojos. Ninguno de los dos dijo nada por un largo rato. Simplemente se estudiaron el uno al otro, como dos completos desconocidos que estuvieran a punto de entrar en combate. Lo primero que Hunter notó fue el radical cambio de comportamiento de Lucien con respecto a la entrevista anterior. El Lucien emotivo, el que parecía temer que una enorme injusticia se cebara con él, el que necesitaba ayuda… Ese Lucien ya no estaba ahí. El nuevo Lucien, el que estaba enfrente de Hunter, ahora parecía más fuerte, más seguro de sí mismo, sin miedo. Incluso su semblante era más rudo, como el de un luchador que no estuviera dispuesto a eludir ningún tipo de enfrentamiento, alguien preparado para soportar lo que fuera. Y había otra cosa muy diferente en sus ojos marrón oscuros; algo frío y distante, sin ninguna emoción. Era una mirada vacía que Hunter ya había visto muchas veces, pero nunca en los ojos de Lucien. Era la mirada de un psicópata.

Lucien exhaló.

—Por tu mirada, Robert, estoy seguro de que reconociste el tatuaje en uno de los marcos de mi pared.

En ese momento, Hunter se dio cuenta de que ese era el verdadero motivo por el que Lucien había mencionado el tatuaje de Susan. No porque estuviera tratando de apartar la conversación de los temas frágiles hasta tranquilizar sus nervios, sino porque quería, antes de enviar a Hunter a su casa, asegurarse por completo de que lo recordaría.

Hunter no estaba seguro de qué decir, de modo que guardó silencio.

—Esa pieza es, por mucho, mi favorita —continuó Lucien—. ¿Sabes por qué, Robert?

No hubo respuesta.

Lucien le dedicó una sonrisa de complacencia, como si los recuerdos llenaran su corazón de alegría.

—Susan fue la primera.

—Enfermo hijo de puta —dijo otra vez Taylor, dando un paso adelante, como si estuviera a punto de lanzarse contra Lucien, pero la sensatez pareció imponerse en el último momento. Hizo una pausa junto a la mesa de metal.

La gélida mirada de Lucien se dirigió lentamente hacia ella.

—Por favor, deja de repetirte, agente Taylor. Ya me habías llamado «enfermo hijo de puta». —Su voz era plana. Sin emociones. Sin calidez—. Quizás lo sea, pero soltar tacos no te pega, de verdad. —Se humedeció los labios con la lengua—. Los insultos son para los débiles, para la gente que carece del intelecto necesario para discutir de manera inteligente. ¿Crees que te falta inteligencia, agente Taylor? Porque, si eso es lo que crees, no tienes nada que hacer como agente del FBI.

Taylor respiró hondo para tranquilizarse. Aunque sus ojos seguían ardiendo de ira, se daba cuenta de que Lucien estaba tratando de sacarla de quicio.

—Entiendo que en este momento estás conmocionada por lo que habéis descubierto en mi casa —continuó Lucien—. Así que tus emociones están un poco intensas. —Se encogió de hombros, despreocupado—. Pero entiendo que ese pequeño exabrupto tuyo no es lo que se espera de un veterano agente del FBI, ¿o sí? Apostaría que hasta tú misma estás sorprendida, porque podría jurar que te hiciste la promesa de no perder el control. Te prometiste a ti misma que permanecerías en calma, como una profesional, ¿no es así, agente Taylor? —Lucien no le dio tiempo de responder—. Sin embargo, ser capaz de controlar las emociones propias es algo muy complicado. Incluso, aunque tengas la mejor intención, las emociones fácilmente pueden hervir dentro de ti. Se necesita mucho

entrenamiento para ser capaz de controlarlas adecuadamente. —Otra vez se encogió de hombros—. Pero estoy seguro de que lo lograrás algún día.

Taylor se esforzó por no dejar ir la lengua. Para ella, era obvio que Lucien contaba con otro arrebato, pero no le dio el gusto.

—¿Cuántas han sido, Lucien? —preguntó Hunter con voz tranquila, rompiendo por fin su silencio—. Dijiste que Susan fue la primera. ¿Cuántas víctimas ha habido?

Lucien se apoyó en el respaldo de la silla y sonrió con una sonrisa que parecía ensayada.

—Esa es una buena pregunta, Robert. —Pareció meditar por un largo rato—. En realidad, no estoy seguro. Perdí la cuenta después de un tiempo. —Taylor volvió a sentir la piel de gallina—. Pero tengo todo escrito —dijo Lucien mientras movía la cabeza de arriba abajo —. Sí, el diario existe, Robert. De hecho, hay más de uno, y todo está documentado: lugares donde he estado, gente a la que he secuestrado, los métodos…

—¿Y dónde están? —preguntó Taylor.

Lucien rio moviendo las manos y provocando que las cadenas cascabelearan en la mesa de metal.

—Paciencia, agente Taylor, paciencia. ¿Nunca has oído ese dicho que dice que las cosas buenas llegan a quien espera?

Aunque las palabras de Lucien estaban destinadas a Taylor, toda la atención del prisionero estaba en Hunter.

—Sé que, en este momento, ese cerebro tuyo lo rondan mil preguntas acerca de nosotros, Robert. Sé que lo único que quieres es entender los porqués y el cómo… Y, obviamente, dado que eres un policía, deseas identificar a las víctimas. —Lucien giró el cuello de un lado al otro, como si intentara liberar un poco de tensión—. Eso tomará algo de tiempo. Pero, créeme, Robert, de verdad que me gustaría que entendieras los porqués y el cómo. Esa es la verdadera razón por la que te he hecho venir.

Lucien miró más allá de Hunter, al espejo de doble cara que el detective tenía detrás. Ya no hablaba con él ni con Taylor. Sabía que,

después de los descubrimientos en Carolina del Norte, del otro lado del cristal habría un agente del FBI más veterano. Alguien con suficiente autoridad para tomar todas las decisiones.

—Sé que también vosotros queréis saber los porqués y el cómo —dijo en un tono escalofriante mientras contemplaba su propio reflejo—. Después de todo, sois la famosa Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI. Vivís de estudiar las mentes de personas como yo. Y, creedme, nunca os habéis encontrado con alguien como yo. —Lucien prácticamente podía sentir la tensión que crecía al otro lado del cristal—. Más que eso —continuó—: tendréis que identificar a las víctimas. Es vuestro deber. Pero ¿os digo algo?: nunca lo conseguiréis sin mi cooperación.

Hunter notó cómo Taylor, intranquila, pasaba su peso de un pie al otro.

—La buena noticia es que estoy dispuesto a hacerlo —dijo Lucien —, pero yo pondré las condiciones, así que escuchad. —Su voz pareció volverse aún más misteriosa—. Solo hablaré con Robert, con nadie más. Sé que él no es del FBI, pero también sé que eso puede remediarse fácilmente. —Hizo una pausa y miró alrededor—. Las entrevistas ya no serán en esta sala. Aquí no me siento cómodo, y… —alzó las manos y las movió, haciendo que las cadenas de sus muñecas cascabelearan otra vez contra la mesa de metal—. De verdad, no me gusta estar encadenado. Esto me pone en un estado de ánimo muy malo. Eso no es bueno ni para mí ni para vosotros. También quisiera poder desplazarme cuando hablo. Me ayuda a pensar. Así que, a partir de ahora, Robert podrá venir a mi celda. Ahí charlaremos. —Echó una mirada furtiva a Taylor—. La agente Taylor también podrá asistir a los interrogatorios, si ella quiere. Me gusta. Pero tendrá que aprender a controlar su temperamento.

—No hay negociación que valga —dijo Taylor, con la voz lo más calmada que pudo.

—Yo creo que sí, agente Taylor. Porque doy por hecho que, a estas alturas, tenéis a un equipo de agentes revisando cada centímetro de mi casa en Murphy. Y, si son mínimamente

competentes, tendrían que descubrir lo que tú y Robert visteis ahí antes. —Lucien hizo una pausa y él y Hunter volvieron a encontrarse con la mirada—. Vale… Eso, para empezar.

Veintiséis

Lucien tenía razón. Ya se había desplegado un equipo especializado del FBI para escudriñar cada centímetro de la casa de Murphy.

El agente especial Stefano López estaba a cargo del experimentado equipo de búsqueda compuesto por ocho personas. Ese grupo en particular había sido reclutado hacía ocho años por el propio director Adrian Kennedy, quien confiaba muy poco en los especialistas forenses. Desde hacía unos cuantos años, la mayoría de los forenses de todo el país eran empleados de empresas privadas que los ofrecían para subcontratar. Esos agentes sobrepagados, si se puede decir así, alimentados, sin duda alguna, por el creciente número de series televisivas que, relacionadas con investigaciones forenses, habían llenado las ondas en el último decenio, se creían estrellas, de verdad, y así actuaban.

El equipo de Kennedy había sido altamente entrenado en la recolección y análisis de pruebas forenses, y los ocho miembros tenían alguna licenciatura en química, biología o en ambas ciencias. Tres de los agentes, incluyendo a López, el líder, también habían sido estudiantes de medicina antes de unirse al FBI. Todos tenían las más altas calificaciones, además de que llevaban consigo suficiente equipo de laboratorio y artilugios para realizar pruebas básicas *in situ*.

Para agilizar la búsqueda, el agente López había compartimentado la casa y dividido el grupo en cuatro parejas. El equipo A, los agentes Suárez y Farley, estaría a cargo de examinar todo lo que encontraran en la sala de estar y en la cocina; el B, los agentes Reyna y Goldstein, se encargaría de los dos dormitorios y el pasillo, además del pequeño baño; el C, los agentes López y Fuller,

iría abajo, al sótano, y el D, los agentes Villegas y Carver, estaría fuera de la casa, explorando los terrenos de la finca.

El equipo C ya había fotografiado la totalidad del sótano en su estado original y ahora estaba en el proceso de tamizar cada cosa según la iba recogiendo. Los agentes etiquetaban todo y lo iban colocando en bolsas de pruebas para analizarlo más tarde. Retiraron, primero que nada, las piezas de piel humana enmarcadas.

Cuando los agentes López y Fuller descolgaron cuidadosamente el primer cuadro de la pared este, se dieron cuenta de que los marcos eran objetos sencillos, aunque hechos en casa ingeniosamente. En primer lugar, la piel humana había sido empapada o rociada con una sustancia conservante, como el formaldehído. O quizás con formalina, que es una solución de formaldehído en agua. El trozo, entonces, había sido estirado y aplanado sobre una lámina de plexiglás de unos dos milímetros de espesor, algo equivalente a un par de portaobjetos de microscopio apilados. Se le había puesto encima una segunda lámina de plexiglás, de idéntico espesor, de modo que el trofeo quedara entre las dos láminas como un sándwich. Para reducir al mínimo el deterioro de la piel, el sándwich estaba cerrado herméticamente con un sellador especial antes de ser enmarcado como cualquier otra pintura.

—Esto está jodido al ciento por ciento —dijo López después de empolvar el último de los marcos en busca de huellas dactilares. No había ninguna.

López era alto y delgado, de cabello corto y rizado, ojos marrones penetrantes y una nariz aguileña que le había valido el apodo de el Halcón.

—Ni que lo digas, Halcón —dijo el agente Fuller, quien ya estaba etiquetando los marcos y colocándolos en bolsas—. Durante estos años hemos visto, ya sabes, suficientes trofeos de asesinos; entre ellos, algunos miembros humanos, pero esto sobrepasa los límites. —Señaló los marcos con un movimiento de cabeza—. Este tío no solo les cortó a sus víctimas un dedo o una oreja, sino que las

desolló; en parte, al menos. Y, tal vez, cuando todavía estaban vivas. Eso, para mí, lo coloca en una nueva categoría, en algo que yo nunca había visto.

—¿Y qué categoría es esa?

—Fenómeno psicópata exhibicionista, nivel gran maestro. Uno con grandes habilidades y, también, paciencia.

Con un movimiento de cabeza, el Halcón indicó que estaba de acuerdo.

—Sí, esto está jodido de verdad, pero lo que realmente me supera es esta habitación. —Miró a su alrededor.

La mirada de Fuller le dio toda la vuelta al sótano, siguiendo la del Halcón.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuántos trofeos de asesinos en serie dirías que te ha tocado ver en todos estos años?

Fuller hizo un gesto y se encogió de hombros.

—No lo sé, Halcón. Más que suficientes, sin duda.

—Desde que se creó esta unidad, treinta y nueve —confirmó el Halcón—. Pero hemos estudiado cientos de fotografías de otras salas de trofeos, y sabes que todas se parecen: son pequeñas, malolientes, mugrosas, oscuras… Sabes bien a qué me refiero. Suelen ser espacios del tamaño de un armario o un cobertizo donde los asesinos guardan cualquier cosa que hubieran cortado a sus víctimas. Algún lugar donde puedan masturbarse, fantasear o lo que quiera que hagan cuando reviven los momentos que pasaron con sus víctimas. Los has visto. Todos dan la impresión de ser una especie de santuario delirante sacado de una película de terror de Hollywood. —El Halcón hizo una pausa, giró hacia arriba las manos enguantadas y miró la habitación una vez más—. Pero observa este lugar. Parece una sala de estar de una familia común y corriente. Solo está un poco polvosa. —Pasó un par de dedos por la superficie de la cómoda y le mostró el resultado a Fuller, solo por enfatizar su argumento.

—Vale, ¿y a dónde quieres ir con esto?

—A que no creo que este tío viniera aquí abajo a recordar sus crímenes ni los ratos que pasó con sus víctimas. Creo que venía a ver la televisión, a beber cerveza y a leer, como cualquier otro sujeto. La diferencia es que lo hacía rodeado de marcos con trozos de la piel de sus muertos.

El Halcón había recorrido la casa antes de asignar las tareas a los equipos. Sabía que el único televisor en toda la finca era ese viejo aparato de tubos que estaba en el sótano; también, que en la pequeña nevera del rincón no se guardaban más que botellas de cerveza.

Algo en la voz del Halcón preocupó a Fuller.

—Así que, en realidad, ¿qué me quieres decir, Halcón?

El Halcón hizo una pausa frente a la estantería y leyó algunos de los títulos.

—Lo que quiero decir es que no creo que sean trofeos. —Señaló las bolsas de pruebas que estaban en el suelo, ahora con los cinco marcos dentro—. Esos no eran más que artículos decorativos. Si este sujeto, de verdad, tiene una sala de trofeos en algún sitio, no es esta. —Hizo una pausa y exhaló preocupado—. Lo que te quiero decir es que te prepares, Fuller, porque, si este tipo tiene una sala de trofeos, no la hemos encontrado.

Veintisiete

Escaleras arriba, el equipo B, formado por los agentes Miguel Reyna y Eric Goldstein, acababa de terminar el registro del pequeño baño y el primer dormitorio. Pudieron recoger varias huellas dactilares, pero, incluso antes hacerlas pasar por un análisis profundo, Goldstein, el experto del equipo en huellas dactilares, podía decir que los patrones parecían idénticos, señal de que todas eran de la misma persona. El tamaño de las huellas encontradas indicaba que lo más probable era que provinieran de un varón.

El desagüe de la ducha les había dado varios mechones de pelo, todos de hebras cortas y de color marrón oscuro. Los rayos ultravioleta de alta intensidad con que examinaron el primer dormitorio y el baño revelaron que no había rastros de semen ni sangre por ningún lado, ni siquiera en el lavabo, donde podría haber residuos de algún viejo corte de afeitado. Se iluminaron varias manchas pequeñas y grandes; unas en el suelo, alrededor del inodoro, y otras en el propio asiento, pero eran de esperarse. La orina es extremadamente fluorescente bajo los rayos ultravioleta.

Solo para estar seguros, pasaron la lámpara también por las paredes. No es inusual que los perpetradores traten de cubrir las paredes manchadas de sangre con una nueva capa de pintura. Si bien eso puede hacer las manchas completamente invisibles a simple vista, estas siguen revelándose bastante bien si se examinan con rayos ultravioleta de alta intensidad.

Sí se iluminaron algunas salpicaduras dispersas en las paredes del pasillo. Reyna y Goldstein recogieron muestras de todas, aunque ninguna estaba escondida bajo una cubierta de pintura. Ambos agentes dudaban que esas muestras del pasillo terminarían siendo de sangre.

Se acercaron al último dormitorio, al final del pasillo, la habitación principal, e hicieron una pausa junto a la puerta para capturar con la vista todo lo posible antes de seguir adelante.

Dentro, la decoración era escasa, barata y desordenada, como la de un dormitorio universitario decorado con muy bajo presupuesto. La cama matrimonial, pegada a una de las paredes, parecía provenir de la tienda del Ejército de Salvación, y lo mismo podía decirse del colchón y las sábanas y fundas de almohada grises con negro. Pegada a la misma pared, a la derecha de la cama, había una mesita de noche, hecha de madera, sin cajones y con una lámpara de lectura encima. Centrado en la pared oeste había un armario aparentemente antiguo de dos puertas. Fuera de eso, no había otro mueble mas que una pequeña estantería atiborrada de libros.

—Lo bueno es que esto no nos quitará mucho tiempo —dijo Reyna mientras se ponía unos guantes de látex nuevos.

—Estupendo —aceptó Goldstein.

A pesar de las mascarillas, el fuerte olor a naftalina empezaba a quemarles las fosas nasales.

Comenzaron de la misma manera que en las dos habitaciones anteriores, con una prueba de rayos ultravioleta de alta intensidad. En cuanto encendieron la luz, las cubiertas de la cama se iluminaron como un árbol navideño.

—Vaya, nada que debiera sorprendernos —dijo Goldstein—. Estas sábanas dan la impresión de que nunca han sido lavadas.

Aunque son muchos los fluidos corporales que se vuelven fluorescentes bajo los rayos ultravioleta de alta intensidad —semen, sangre, secreciones vaginales, orina, saliva y sudor—, la sola luz no confirma de qué clase de manchas se trata. Se necesitan más pruebas, por supuesto. Además, hay algunas sustancias que no son fluidos corporales y que, ciertamente, brillan bajo esta luz, como los zumos de cítricos y el dentífrico.

—Metamos en bolsas las fundas y las sábanas —dijo Goldstein—. El laboratorio tendrá que ocuparse de esto.

Rápidamente, Reyna quitó de la cama todo y lo fue colocando en bolsas individuales de pruebas. En el colchón blanco, bajo las sábanas, no había signos visibles de salpicaduras de sangre. De cualquier modo, lo revisaron con la luz ultravioleta. Una vez más, aparecieron manchas aquí y allá, pero nada que pudiera activar las alarmas. Sin embargo, Reyna y Goldstein marcaron y recolectaron muestras de todo.

Al terminar, Goldstein fue a donde estaba la pequeña estantería y empezó a sacar cuidadosamente los libros, uno por uno. Reyna se quedó trabajando en la cama, espolvoreándola en busca de huellas dactilares. Al pasar del otro lado, notó algo diferente en un costado del colchón: una solapa improvisada, larga, hecha con una tela gruesa y blanca que se disimulaba fácilmente con el colchón y se ocultaba perfectamente bien. Frunció el ceño y la separó lentamente. Escondida bajo la solapa, descubrió una larga hendidura en el colchón.

—Eric, ven a echar un vistazo a esto —dijo, haciendo un gesto con la mano. Goldstein dejó el libro que estaba hojeando y regresó a donde estaba Reyna—. ¿Qué crees que es esto? —preguntó Reyna, señalando la larga abertura en el colchón.

Los ojos de Goldstein se abrieron un poco.

—Un escondite.

—Podría jurarlo —respondió Reyna, pasando los dedos por la ranura y separando ambos bordes tanto como le era posible.

Goldstein se puso de rodillas y alumbró la apertura con su linterna. Ninguno pudo ver nada más allá de las manos de Reyna.

—Voy a revisar —dijo Goldstein. Dejó la linterna en el suelo y, lentamente, pasó la mano derecha por la abertura. Con mucho cuidado, comenzó a palpar el interior del colchón. Primero por la izquierda, luego, por la derecha. Nada. Deslizó el brazo un poco más profundo, hasta el codo. Izquierda, derecha. Nada, todavía.

—Tal vez, lo que estaba escondido aquí ya no está —dijo Reyna.

Goldstein aún no se sentía dispuesto a darse por vencido. Se agachó un poco más y hundió el brazo entero dentro del colchón,

hasta el hombro. Esta vez, no tuvo que tantear. Sus dedos chocaron de inmediato con algo sólido.

Hizo una pausa y dedicó a Reyna una mirada peculiar.

—¿Encontraste algo? —preguntó Reyna, inclinando instintivamente la cabeza para mirar otra vez dentro de la hendidura. No vio nada.

—Dame un segundo —dijo Goldstein, y extendió los dedos para sujetar cualquier objeto que estuviera dentro del colchón. Fuera lo que fuera, tenía unos trece centímetros de espesor.

—Aguarda —dijo—, lo tengo. —Trató de tirar del objeto, pero se le zafó—. Espera, espera —dijo otra vez, deslizando ahora el otro brazo dentro del colchón. Con las extremidades paralelas entre sí, alcanzó a agarrar el objeto con ambas manos—. Se siente como una especie de caja —anunció, y comenzó a sacarla lentamente.

Reyna esperó.

—Vale, aquí viene —dijo Goldstein mientras sacaba el objeto de la abertura.

Reyna apartó las manos y sintió que una extraña emoción le recorría la columna vertebral.

Goldstein sacó el objeto completamente del colchón y lo depositó en el suelo, entre los dos. Era una caja; una caja de madera de unos setenta y cinco centímetros de largo por un poco más de cincuenta de ancho.

—Una caja de armas —dijo Reyna, aunque no muy convencido.

Las gruesas cejas de Goldstein se arquearon instintivamente. La caja era grande; de hecho, lo suficiente para almacenar un subfusil como un MP5 o un Uzi, o, incluso, dos o tres pistolas.

—Solo hay un modo de averiguarlo —dijo Goldstein.

Para su sorpresa, la caja no tenía cerraduras, solo dos pestillos removibles al estilo antiguo. Goldstein descorrió ambos y abrió la tapa.

No había armas dentro, pero, de todos modos, el contenido hizo que ambos agentes se quedaran paralizados con los ojos bien abiertos.

La caja tenía una división en el centro que la separaba en dos compartimentos.

Después de varios segundos de completo silencio y absoluta quietud, Goldstein finalmente sacó un bolígrafo y se puso a hurgar entre el contenido de ambos compartimentos.

—Me cago en la leche —susurró antes de girarse a mirar a Reyna.

—Será mejor que vayas a por el Halcón.

Veintiocho

A la una y media de la noche, Hunter y la agente Taylor fueron convocados a una reunión especial del Centro Nacional del FBI para el Estudio de los Crímenes Violentos. Iba a celebrarse en una sala de reuniones insonorizada, en el tercer piso del edificio de la BSU. Cuatro hombres y tres mujeres estaban sentados a uno y otro lado de una mesa larga de roble rojo pulido. En la pared del fondo, habían bajado del techo una gran pantalla blanca de proyección. En cuanto Hunter entró en la sala, pudo percibir el pesado ambiente de preocupación, acentuado por las miradas tensas de todos. El director Adrian Kennedy estaba sentado a la cabecera.

—Por favor, entra y siéntate —dijo sin levantarse, y le señaló los dos asientos aledaños vacíos, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Hunter se sentó a la derecha de Kennedy.

—Vale. Empecemos con las presentaciones —prosiguió Kennedy —. Sé que todos dominái la tesis del detective Robert Hunter —dijo al grupo—, pero creo que esta es la primera vez que la mayoría de vosotros conocéis en persona al hombre que está detrás de ese trabajo. —Miró a Hunter y después fue haciendo señales de asentimiento a todos los presentes—. Jennifer Holden supervisa el Profiler, nuestro sistema computarizado de perfiles; Deon Douglas y Leo Hurst están a cargo de nuestro Programa de Análisis de Investigaciones Criminales, el CIAP; Victoria Davenport trabaja en el programa de Detención de Criminales Violentos, el VICAP; el doctor Patrick Lambert, a quien ya has conocido, es nuestro jefe de psiquiatría forense, en tanto que la doctora Adriana Montoya es una de nuestras jefas de patología forense.

Todos saludaron a Hunter moviendo la cabeza con un «hola» silencioso. El detective hizo lo propio.

—A mi izquierda tengo a la agente especial del FBI Courtney Taylor —dijo Kennedy—, quien está a cargo de esta investigación.

Más asentimientos silenciosos.

—Me he tomado la libertad de ponerme en contacto con tu capitana de la policía de Los Ángeles, Robert —le dijo a Hunter—. Ahora te necesitamos en este caso y sé que quieres participar, pero debemos hacerlo según las normas. Ya hubo una solicitud y ha sido sancionada por ambas partes. —Alzó las manos y dibujó con los dedos unas comillas—. Ahora estás oficialmente «de préstamo» con el FBI. —Puso sobre la mesa una identificación con el nombre y la fotografía de Hunter—. Así que, mientras no tengamos todo esto resuelto, serás el agente especial Robert Hunter.

Hunter pareció encogerse ante el título. Dejó la identificación donde estaba.

—Vale —dijo Kennedy a todos los presentes—. Lamento haberlos traído tan tarde para esta reunión no programada, pero no hay ninguna duda de que los acontecimientos de hoy significan cambios de la mayor importancia. —Se apoyó en el respaldo de la silla, entrelazó los dedos y apoyó las manos en el regazo antes de dirigirse a Hunter y Taylor.

—Hace unas horas, el doctor Lambert y yo estuvimos en la sala de observadores durante vuestra segunda entrevista con Lucien Folter.

Eso no sorprendió a Hunter. Sabía que Taylor había llamado a Kennedy desde la casa de Murphy inmediatamente después del descubrimiento. También, que ella había usado el móvil para enviarle por correo electrónico fotografías de las piezas de piel humana enmarcadas y un vídeo corto del sótano de Lucien. Hunter esperaba que Kennedy pospusiera lo que tenía preparado para el resto del día y que viajara, lo más pronto posible, de la ciudad de Washington a Quantico.

—Todos los que están en esta habitación han visto, completas, las grabaciones de los dos interrogatorios —añadió Kennedy antes

de hacer una señal de asentimiento hacia el doctor Lambert, quien tomó la palabra.

—La transformación por la que atravesó el señor Folter en el espacio de unas cuantas horas, entre el interrogatorio uno y el dos, fue nada menos que asombrosa. —Parecía un poco avergonzado—. Debo admitir que, tras la primera entrevista, después de esa historia de adicciones que narró, una parte de mí comenzó a creerle. Sentí pena por él. —Victoria Davenport, del VICAP, asintió en señal de acuerdo antes de que el doctor Lambert prosiguiera—. De verdad, yo había empezado a considerar la posibilidad de que el señor Folter fuera, de hecho, tan solo otra víctima del complejo plan de algún asesino muy sádico; o de varios asesinos; la posibilidad de que no hubiera sido más que un peón, el chico de los recados de algo mucho más grande. —El doctor se pasó la mano por el escaso pelo que le quedaba en la cabeza, tan solo un puñado de mechones blancos que nunca parecían querer quedarse en su lugar—. En todos los años que llevo como forense psiquiátrico, he visto muy pocas personas capaces de mentir tan convincentemente, y la mayoría de ellos padecían un trastorno de personalidad múltiple. —Miró directamente a Hunter—. Y usted sabe que este no es el caso.

Hunter no dijo nada, pero sabía que el doctor Lambert tenía razón. Lucien no había mostrado absolutamente ningún indicio de personalidad múltiple. No había afirmado ser dos o más personas; ni siquiera lo había insinuado.

Con alguien que sufre un trastorno de personalidad múltiple, en cuanto una segunda identidad toma el control, es como si se tratara de una persona completamente distinta, con sus propios sentimientos, emociones, historia y recuerdos. Y esos sentimientos, emociones, historia y recuerdos no se comparten entre una identidad y otra. Así que, si Lucien estuviera sufriendo un trastorno de personalidad múltiple, y si ese trastorno hubiera provocado la aparición de una identidad distinta en el segundo interrogatorio, esa segunda identidad no recordaría la primera entrevista ni nada que se hubiera dicho en ella. Los crímenes cometidos por una de las

personalidades tampoco serían recordados, y, tal vez, ni siquiera conocidos, por ninguna otra identidad que el cerebro hubiera desarrollado. Pero este no era el caso. Lucien sabía con precisión cómo había actuado en cada uno de los interrogatorios y lo que había dicho en ellos.

—Visto lo visto —dijo el doctor Lambert—, me quedan muy pocas dudas de que el señor Folter simplemente representó un papel muy bien meditado durante el primer interrogatorio, y lo hizo a la perfección. El verdadero Lucien Folter es el que todos observamos y escuchamos en la segunda entrevista: un tipo frío y sin emociones, un psicópata en absoluto control de sus actos. —Hizo una pausa para permitir que sus palabras se quedaran colgando en el aire por un momento antes de seguir adelante.

»Quizás lo pillaron por casualidad después de aquel extraño accidente en Wyoming, pero, de forma totalmente voluntaria, guio al detective Hunter y a la agente Taylor a su casa en Carolina del Norte, sabiendo a la perfección que encontrarían las piezas de piel humana enmarcadas. Sabía que el detective Hunter, por cuestiones personales, reconocería una de ellas. Eso demuestra un alto nivel de crueldad, arrogancia y orgullo junto con una tremenda sensación de logro y placer por lo que ha hecho. —El doctor se detuvo a respirar —. A este tipo, de verdad, le gusta herir a la gente… Física y emocionalmente».

Veintinueve

Esas últimas palabras del doctor Lambert provocaron que, en la sala de reuniones, casi todos se movieran inquietos en sus asientos.

Kennedy aprovechó la oportunidad para echar un vistazo a la patóloga forense que estaba en la sala, la doctora Adriana Montoya. Tenía el cabello negro corto, unos llamativos ojos color avellana, labios carnosos y un pequeño corazón roto tatuado en la nuca, justo detrás de la oreja izquierda.

—Los análisis del ADN aún podrían tardar otro par de días —dijo ella, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en la mesa—. En cuanto a las pruebas de pigmentación cutánea y los análisis de la epidermis, tendremos todo hoy, más tarde. Hay posibilidades de que esos estudios demuestren que las piezas provienen de cinco personas diferentes. —Una breve pausa—. En tal caso, tendríamos ocho víctimas hasta el momento, lo que convierte a Lucien Folter en un asesino en serie muy prolífico; uno del que el FBI no sabía nada hasta hace una semana, más o menos. Y tengo que estar de acuerdo con el doctor Lambert: el nivel de crueldad es pasmoso. Las dos víctimas del maletero fueron decapitadas; las cinco del sótano, desolladas. —Movió suavemente la cabeza mientras sopesaba las posibilidades—. Y, de acuerdo con él, este es solo el principio.

Hunter notó que, por algún motivo, las últimas palabras de la doctora Montoya ponían un poco más tenso a Kennedy.

Leo Hurst, del CIAP —cuarenta y pocos años, fornido, sombrío— pasó una página del documento que tenía enfrente, encima de la mesa. Era una transcripción de ambos interrogatorios.

—Este tipo conoce su juego —dijo—. Sabe que el FBI no cede ante las exigencias de los psicópatas. Sea cual sea la situación, nosotros ponemos las reglas…, siempre. El problema es que, en este

caso, se las ha arreglado para desequilibrar la balanza a su favor, y no hay mucho que podamos hacer al respecto. Sabe que no nos queda más remedio que jugar, porque la prioridad de la investigación ha pasado de detener al sujeto a identificar a las víctimas. —Todos dirigieron su atención hacia él.

»Venga. Supongamos, por un momento, que ha mentido con respecto a que este es solo el principio —continuó—. Supongamos que no hay más que estas siete «posibles» víctimas. Claro, es posible que logremos identificarlas sin su ayuda, basados en los análisis de ADN, en caso de que todos estén en el banco de datos nacional de personas desaparecidas. —Se rascó en medio de las muy finas cejas—. Pero, incluso si lográramos identificarlas a todas sin su ayuda, nos enfrentaríamos al problema número dos.

—Encontrar los cuerpos —dijo Kennedy y, por un breve instante, fijó la mirada en Hunter.

—Precisamente —coincidió Deon Douglas, compañero de Hurst en el CIAP. Era afroamericano, llevaba la cabeza rapada y también parecía tener un poco más de cuarenta años. Lucía una elegante perilla que, sin duda alguna, exigía ciertos cuidados—. Las familias querrán un cierre; querrán honrar los cadáveres o cualquier rastro que aparezca con un funeral apropiado, y este tío Folter sabe que, sin su cooperación, probablemente nos sea imposible encontrar el lugar donde se deshizo de ellos.

Una vez más, Hunter se dio cuenta de que Kennedy pareció tensarse más que ningún otro en la sala, algo muy poco habitual. Adrian Kennedy había estado en el Centro Nacional del FBI para el Estudio de los Crímenes Violentos y en la Unidad de Ciencias del Comportamiento desde que Hunter podía recordar. No se inmutaba fácilmente con ninguna clase de crimen ni con ningún criminal, sin importar lo brutal o extraño que fuera. Hunter sentía que había algo más, algo que Kennedy no le había dicho. Al menos, no todavía.

—Podría estar mintiendo sobre que esto es solo el comienzo —dijo Jennifer Holden—. Tal como has dicho —hizo una señal de asentimiento hacia Leo Hurst—, tal parece que conoce su juego.

Sabía que, al decir eso, la balanza se inclinaría a su favor. Quizás tendríamos que someterlo al polígrafo.

Hunter negó con la cabeza.

—Aunque estuviera mintiendo, superaría la prueba fácilmente.

—¿Superaría un detector de mentiras? —preguntó Jennifer Holden un tanto sorprendida.

—Sí —respondió Hunter absolutamente convencido—. Ya lo he visto hacerlo, solo por diversión, hace veinticinco años, y apostaría a que lo hace cada vez mejor. —Unas cuantas miradas de extrañeza giraron por la sala—. Todos vosotros habéis visto las grabaciones de la primera entrevista —explicó Hunter—. Hasta el programa de análisis facial fracasó en detectar el más mínimo cambio significativo en sus expresiones. Me parece que Lucien, cuando miente, casi no tiene respuestas psicológicas. La dilatación de sus pupilas y su respiración eran exactamente iguales en todo momento. Estoy seguro de que se ha entrenado, y terminaremos descubriendo que no cambian nada el tamaño de sus poros ni el rubor de su piel. Él probablemente cuenta con que se le haga la prueba del polígrafo. Si se la aplicamos o no, eso no reportará la menor diferencia.

El doctor Lambert asintió en señal de que estaba de acuerdo.

—Las mentiras largas y elaboradas, para ser convincentes, requieren cierto tipo de individuo y cierta cantidad de talento. Exigen creatividad, inteligencia, control, una excelente memoria y, casi siempre, habilidades de improvisación de muy alto nivel. Y aquí solo estoy hablando de las circunstancias normales. Cuando una persona tiene que hacer todo esto ante una figura de autoridad, como un policía o un agente federal, a sabiendas de que su libertad está en riesgo, esas habilidades se multiplican por un factor equis. A juzgar por lo convincente que fue en la primera entrevista, no me sorprendería que Lucien Folter se sintiera a sus anchas en una prueba de polígrafo.

—¿Crees que miente con respecto a que esto es solo el principio? —preguntó Taylor a Hunter.

—No, no lo creo, pero es irrelevante lo que cualquiera de nosotros piense al respecto. Como dice Leo, Lucien conoce su juego. Sabe que, después de lo que hemos visto, no podemos darnos el lujo de dudar. En este momento, él es quien reparte las cartas.

Nadie dijo nada, porque, en realidad, nadie sabía qué decir.

Hunter aprovechó la oportunidad y se giró para encarar al hombre que estaba sentado en la cabecera.

—¿Cómo les fue en el registro de la casa, Adrian? —preguntó—. ¿Ha habido alguna novedad?

Kennedy se lo quedó mirando, como si Hunter hubiera leído sus pensamientos.

Hubo una pausa larga y llena de preocupación.

—Vale —dijo Kennedy finalmente—, ese es el verdadero motivo por el que estáis aquí esta noche. El equipo de búsqueda ha hallado algo dentro del dormitorio de Lucien Folter. Estaba escondido dentro del colchón. —La tensión en la sala creció unos cuantos grados. Todo el mundo estaba a la espera—. Y esto es lo que encontraron.

Kennedy presionó el botón en el pequeño control remoto que tenía enfrente. En la pared más alejada, sobre la pantalla blanca, se proyectó de inmediato la imagen de la caja de madera que Goldstein y Reyna habían encontrado. Estaba cerrada.

—Parece el estuche de un arma —comentó Deon Douglas—. Suficientemente grande para una ametralladora o un rifle de largo alcance desmontado.

—¿Ya ha sido abierta?

Kennedy asintió.

—Lamentablemente, lo que encontramos dentro no es un arma —respondió.

—¿Qué tenemos, entonces? —preguntó Taylor.

Los ojos de Kennedy viajaron por toda la mesa hasta detenerse en Hunter. Por fin, el director presionó el botón una vez más.

—Esto.

Treinta

A pesar de las luces apagadas y la oscuridad total en que estaba sumergido, Lucien Folter yacía despierto en su celda del subterráneo cinco en el edificio de la BSU. Tenía los ojos abiertos y miraba el techo como si en él se proyectara una película fascinante que solo él podía ver. Pero, esta vez, no estaba perdido en uno de sus trances de meditación; simplemente reorganizaba sus pensamientos, los ponía en el orden justo de ejecución.

«Un paso a la vez —pensó—. Da un paso cada vez, Lucien».

Y el primer paso parecía haber marchado a la perfección.

Lucien habría dado cualquier cosa por haber mirado la cara de Hunter cuando este entró en el sótano de la casa de Murphy y, finalmente, se percató de que lo que estaba enmarcado en las paredes no eran dibujos. Habría dado lo que fuera por contemplar el rostro de Hunter mientras este reconocía el tatuaje de Susan.

Sí, eso habría valido una pequeña fortuna.

Sentía hervir la sangre al verse invadido por los recuerdos de su última noche con Susan. Aún podía recordar el dulce aroma de su perfume, lo suave que se sentía su cabello, lo tersa que era su piel. Rememoró esos momentos un rato más antes de apartarlos de sus pensamientos.

Lucien se preguntaba cuánto tiempo le llevaría al equipo de búsqueda del FBI encontrar la caja que había ocultado dentro del colchón, en el dormitorio principal.

Quizás no tanto, si eran buenos.

Instintivamente, comenzó a repasar en su cabeza el contenido de la caja, y eso lo colmó de emoción, le trajo una sensación de orgullo que tiró de sus labios en una sonrisa contenida. Podía recordar todos y cada uno de los objetos. Pero la caja y su contenido no eran nada

comparados con lo que estaba por venir. Los esperaba una gran sorpresa.

Lucien se tragó la sonrisa y finalmente cerró los ojos.

Paso a paso, Lucien. Paso a paso.

Treinta y uno

En la proyección, la siguiente imagen era una fotografía fija de la misma caja de madera que habían visto segundos antes, pero, esta vez, la tapa estaba abierta. Todos pudieron apreciar claramente que había una división por la mitad, dando lugar a dos compartimentos distintos. Como respondiendo a una señal, todos los presentes, a excepción de Adrian Kennedy, estiraron el cuello y entornaron los ojos al mismo tiempo.

El compartimento de la derecha estaba lleno de lo que parecía un montón de telas de colores. El de la izquierda estaba colmado de diversas piezas de joyería.

Silencio.

Más ojos entrecerrados.

Unas cuantas sillas en movimiento.

—¿Es ropa interior de mujer? —preguntó por fin la agente Taylor, señalando el compartimento de la derecha.

—Permíteme aclarar la imagen para ti —dijo Kennedy, e hizo clic otra vez en el control remoto.

En la pantalla, la imagen volvió a cambiar. Ahora mostraba el contenido de la caja sobre una superficie blanca, cuidadosamente ordenado. Taylor tenía razón. Todos los artículos de tela del compartimento derecho eran ropa interior femenina; bragas, para ser más precisos, en una multitud de colores, tamaños y estilos, pero ahora desagrupadas y expuestas en filas, lo que dejaba a la vista un detalle que a todos había pasado inadvertido. Muchas de las prendas estaban cubiertas de sangre seca.

Los artículos de joyería del compartimento izquierdo también habían sido acomodados en filas según su tipo: anillos, pendientes,

collares, brazaletes, relojes, cadenas e, incluso, un par de barras para el ombligo.

Dentro de la sala de reuniones, el aire parecía haberse vuelto, de repente, rancio y tóxico.

—Dentro del compartimento derecho encontramos catorce prendas de ropa interior femenina —dijo Kennedy, poniéndose de pie —. De ellas, once estaban manchadas de sangre. —Dejó que la gravedad de lo que acababa de decir se asentara antes de continuar —. Todos los artículos ya han sido enviados a los laboratorios forenses. Las prendas son de diferentes tamaños, desde la extrapequeña, o talla cero, hasta la grande, o talla treinta y cuatro, lo cual indica que pertenecieron a diferentes personas.

—Así tendría que ser —dijo Hunter, más como un comentario instintivo para sí mismo que para la sala, pero Kennedy alcanzó a oírlo.

—Perdona, Robert, ¿qué fue eso?

Hunter hizo una breve pausa.

—Son recuerdos, Adrian, y estoy seguro de que todos los de esta sala saben que, en general, los coleccionistas de recuerdos solo se llevan uno de cada víctima.

Como haciendo la ola, las señales de asentimiento empezaron con la persona que estaba a la derecha de Hunter y recorrieron la mesa entera hasta Taylor.

Los coleccionistas de reminiscencias se quedan, en general, con una sola cosa de cada víctima; normalmente, con un objeto muy íntimo. Algo capaz de desencadenar fácilmente recuerdos muy intensos de la víctima y del asesinato, así como de recordarles lo extraordinario de su propio poder. Muchas veces se inclinan por artículos de ropa íntima, porque se trata de cosas que están en contacto cercano con la piel de la víctima y, más precisamente, con sus genitales. Son cosas que, a menudo, conservan el aroma de la víctima. Algunos perpetradores creen, incluso, que son capaces de oler el miedo de la víctima por meses —por años, tal vez— si guardan el objeto adecuadamente, lo que eleva su regocijo; puesto

que muchos de ellos se excitan —sea sexualmente, sea de otro modo— con el miedo que ejercen sobre su presa. Teniendo eso en cuenta, llevarse dos o más prendas íntimas de la misma víctima no tiene sentido, porque eso no aumenta la satisfacción que el criminal obtiene al revivir el asesinato. Una es, por lo común, más que suficiente.

—El detective Hunter tiene razón —dijo el doctor Lambert—. Tiene muy poco sentido tomar más de un recuerdo de cada víctima.

—Madre mía —exclamó Jennifer Holden, la supervisora del Profiler—. ¿Así que, por lo que usted dice, es probable que tengamos otras catorce «posibles» víctimas que sumar a las siete «posibles» víctimas que ya teníamos?

—Veintiséis «posibles» víctimas nuevas —la corrigió Hunter, señalando en la pantalla las piezas de joyería.

Seis pares de ojos muy abiertos se enfocaron en él. Kennedy y el doctor Lambert fueron los únicos que no se mostraron sorprendidos.

—De acuerdo, otra vez —confirmó el doctor Lambert, asintiendo hacia todo el grupo con un movimiento de cabeza—. Siguiendo con esta teoría del doble *souvenir*, si el señor Folter ya se había quedado con una prenda de ropa interior de la víctima, no tenía sentido guardar una pieza de joyería de la misma persona —señaló la pantalla con la cara—. Tenemos doce piezas de joyería. Es sólido asumir que estos artículos provienen de diferentes víctimas, lo que posiblemente aumenta el total a veintiséis. Si sumamos esto a lo que encontramos en el maletero y en el sótano, hasta el momento quizás tengamos que localizar treinta y tres víctimas.

Siguieron unos cuantos movimientos negativos de cabeza, así como un par de susurros y suspiros desinflados.

—Y hay algo más —dijo Hunter. —La atención de la sala volvió a él—. Dos de esos anillos, los tres relojes y uno de esos collares no son piezas de mujer. —Todos los ojos se volvieron a la pantalla—. Si realmente pertenecieron a las víctimas —continuó—, tal parece que Lucien no ha asesinado únicamente a mujeres.

Treinta y dos

Exactamente a las siete y media de la mañana, la pesada puerta de metal del pasillo de las celdas, en el subterráneo cinco de la BSU, se abrió con un zumbido. Había, más allá, un pasillo amplio, bien iluminado, de unos setenta metros de largo. La pared de bloques de hormigón de la derecha estaba pintada de un gris apagado. El suelo brillante de resina era casi del mismo color, solo que un poco más oscuro, con dos líneas amarillas a todo lo largo. El lado izquierdo era una sucesión de celdas de alta seguridad; diez, en total. Estaban separadas entre sí por muros tan anchos como la propia celda, es decir, de cerca de cuatro metros. No había barrotes de metal. Todas tenían al frente una muy gruesa pared de plexiglás inastillable. En esta, agrupados al centro, a un metro sesenta y cinco centímetros del suelo, había ocho pequeños agujeros de un poco más de un centímetro de diámetro para conversar. Todas las celdas estaban vacías y tenían las luces apagadas, con excepción de la del fondo.

Hunter y Taylor atravesaron la puerta y entraron en el resonante pasillo. Para Taylor, a pesar de que llevaba varios años en el FBI, y aunque había visitado el edificio de la BSU en numerosas ocasiones, esta era su primera vez en el subterráneo cinco.

Hunter tampoco había estado aquí.

Definitivamente, había algo ominoso y siniestro en ese largo y estrecho pasillo, como si los detectives acabaran de trasponer el umbral que separaba el bien del mal. Dentro, el aire se sentía ligeramente frío, un poco denso, un poco menos respirable.

Mientras comenzaba a caminar hacia la última celda, Taylor hacía todo lo posible por combatir el incómodo escalofrío que le recorría la columna vertebral de arriba abajo, pero fracasó estrepitosamente.

Algo en este lugar le recordaba las casas encantadas de Halloween que le daban tanto miedo cuando era niña.

—No sé tú —dijo, tratando de estabilizarse—, pero preferiría, por mucho, hacer esto en la sala de interrogatorios.

—Lamentablemente, no tenemos esa opción —respondió Hunter mientras, a cada paso, sus zapatos campaneaban en el suelo brillante. De pronto, se detuvo y miró a Taylor de frente—. Courtney, déjame decirte algo acerca de Lucien. —Su voz era poco más que un susurro; no quería que resonara hasta la última celda—. Siempre le han gustado los juegos, los juegos mentales, y era muy bueno. Es probable que hoy sea aun mejor. Estoy seguro de que se centrará más en ti que en mí. Tratará de meterse bajo tu piel con comentarios, insinuaciones, indirectas, lo que sea… Algunos, tal vez, muy desagradables. Solo prepárate, ¿vale? No dejes que eso te afecte. Si consigue meterse en tu cabeza, te destrozará.

Taylor hizo un gesto como si ya lo supiera.

—Ya soy mayor, Robert. Sé cómo cuidarme.

Hunter asintió. Esperaba que tuviera razón.

Treinta y tres

Al final del pasillo los esperaban dos sillas plegables de metal, una al lado de la otra, justo enfrente de la última celda.

Lucien Folter estaba acostado en la cama, inmóvil, con los ojos abiertos, mirando el techo. Alcanzó a escuchar los pasos que se acercaban por el pasillo. Se levantó, se situó de frente al plexiglás y esperó. Parecía completamente relajado. Su semblante no expresaba ni el más leve signo de emoción. Un par de segundos después, ya tenía a Hunter y Taylor a la vista. Su máscara de vacuidad se desvaneció, como si fuera un actor experto a quien acabaran de darle la señal para entrar en escena.

Los recibió con una cálida sonrisa.

—Bienvenidos a mi nueva casa —dijo con voz tranquila, mirando alrededor—. Por muy temporal que sea.

La celda era un espacio rectangular de tres metros treinta de anchura y cuatro metros de fondo. Las paredes, iguales a las del pasillo, estaban pintadas de un gris opaco. Además de la cama, que estaba montada en la pared izquierda, había una letrina y un lavabo contra la pared del fondo; además, una mesa y un banco de metal, ambos atornillados a la pared de la derecha y al suelo.

Como si fuera a celebrar una reunión de negocios, Lucien señaló las dos sillas que estaban en el pasillo.

—Por favor, sentaros.

Esperó a que Hunter y Taylor se sentaran antes de acomodarse él también en el borde de la cama.

—Siete y media de la mañana —dijo Lucien—. Me encanta empezar temprano. Y, si mal no recuerdo, a ti también, Robert. ¿Todavía te cuesta dormir?

Hunter no dijo nada, pero su insomnio no era un gran secreto, nada que le ocultara a nadie, de cualquier modo. Había empezado a experimentar esas noches en vela tan pronto como a los siete años, justo después de que el cáncer le arrebatara a su madre.

Sin más familia que su padre, sobrellevar la muerte de su madre resultó ser una tarea muy dolorosa y solitaria. Se quedaba despierto la noche entera, demasiado triste para dormir, demasiado temeroso para cerrar los ojos, demasiado orgulloso para llorar.

Inmediatamente después del funeral de su madre, sus sueños empezaron a darle miedo. La veía cada vez que cerraba los ojos, la miraba llorando, retorciéndose de dolor, suplicando por ayuda, rezando por morir. Contemplaba su antes saludable y fuerte cuerpo, ahora tan desprovisto de vida, tan frágil y débil, que ni siquiera podía sentarse por sí mismo. Observaba un rostro que había sido hermoso, que había lucido la sonrisa más brillante y los ojos más gentiles que él jamás había visto, transformado durante esos últimos meses en algo irreconocible. Pero, de todos modos, seguía siendo un rostro que él nunca había dejado de amar.

Dormir y soñar se habían convertido en una prisión de la que escaparía a cualquier precio. El insomnio era la respuesta lógica que su cuerpo y su cerebro habían encontrado para enfrentar el miedo y las espantosas pesadillas que llegaban por las noches. Un mecanismo de defensa simple pero efectivo.

Lucien estudió las caras de Hunter y Taylor por varios segundos.

—Sigues siendo muy bueno para no revelar nada, Robert —dijo mientras agitaba un dedo en dirección del detective—. De hecho, diría que has mejorado, pero tú, agente Taylor —dirigió el dedo hacia ella— no lo has conseguido. Hoy tienes una cara de preocupación aún más notable que la de ayer, lo cual puede significar una sola cosa: habéis encontrado la caja.

Por un segundo, los ojos de Taylor se dirigieron a Hunter antes de regresar a Lucien. Hunter, por su parte, en ningún momento apartó la mirada de su viejo amigo.

En los labios de Lucien apareció una nueva sonrisa.

—Ese vistazo a Robert confirma mis sospechas. Todavía tienes que aprender un poco.

Taylor respiró hondo, con determinación, y se mantuvo firme. No respondió.

La sonrisa de Lucien se ensanchó.

—Ya lo ves, agente Taylor —dijo—, una buena y duradera cara de póquer exige un montón de práctica. Crear una cara engañosa, mucho más, ¿no es cierto, Robert? —Lucien sabía que Hunter no respondería, así que siguió adelante—. Incluso tú tienes que aceptar que he llevado la mía a la perfección, ¿no es así, Robert? Creías que siempre serías capaz de saber cuándo estoy mintiendo, ¿o no? —Hizo una aspiración—. Y podías; hace años, pero ya no. —Lucien hizo una pausa y se rascó la barbilla—. Déjame ver. ¿Cómo era? Ah, sí…, esto.

Lucien miró directamente los ojos de Hunter y, de pronto, su semblante cambió por uno más concentrado, más decidido. Entonces, por una fracción de segundo, su párpado inferior izquierdo se tensó en un movimiento casi imperceptible. Alguien que no lo estuviera esperando sería incapaz de detectarlo.

—¿Lo captaste, agente Taylor? —preguntó Lucien.

La voz de Taylor no dijo nada, pero la mirada de la agente se quedó en blanco.

Lucien sonrió.

—Por supuesto que no, pero sé que Robert sí. Solo para ti, agente Taylor, lo volveré a hacer, más lento esta vez. Mírame directamente a los ojos y pon mucha atención o te lo perderás.

Repitió el movimiento del ojo. Con tanto control esta vez, que era casi atemorizante.

Por fin, Taylor lo vio.

—Me lo dijiste en la universidad una vez, Robert, ¿te acuerdas? Creíste que no te había puesto atención, ¿no fue así?

Hunter había olvidado que, de hecho, una vez había mencionado el signo revelador de Lucien. Fue después de emborracharse en una fiesta de la universidad.

—Pero se me quedó grabado —continuó Lucien—. Dijiste que era algo muy sutil, algo que nadie notaría, aunque yo sabía que tú sí podías captarlo. Siempre tuviste un ojo estupendo para pillar ese tipo de cosas, Robert. Sé que yo no lo hacía a menudo. Al menos, no cuando estaba diciendo una mentira simple y blanca, sino cuando se trataba de otras más graves… ¡Pum!, mi mirada y mi párpado inferior me delataban. —Lucien se frotó los ojos con el pulgar y el índice un par de veces—. Así que practiqué y practiqué frente a un espejo hasta que lo hice desaparecer. No más signos delatadores. No más reacciones motrices psicológicas que me traicionaran. Me llevó algo de tiempo; mucho, en realidad, pero aprendí a controlarlas. De hecho, me he vuelto tan bueno en esto, que puedo crear nuevos espasmos cada vez que yo quiera, solo para desviar a la gente. Es una idea aterradora, ¿no? —Hunter y Taylor no dijeron nada.

»Sé que estuviste pendiente de los movimientos de mi ojo, Robert. Podía sentir cuán concentrado estabas en leerme. —Una nueva sonrisa—. Lo hice jodidamente bien, ¿no? Una actuación digna de un Óscar. —Sin perder el ritmo, Lucien cambió de tema y siguió adelante—. Te invito un trago —dijo—, pero no tengo más que agua del grifo y un vaso. —Una vez más, estudió a sus dos interrogadores por un incómodo momento—. Un café molaría mucho, pero no tengo. —Su mirada se estacionó en Taylor.

Ella captó la indirecta. Miró la cámara del circuito cerrado que estaba en el techo y movió levemente la cabeza de arriba abajo.

—Negro, con dos de azúcar, por favor —dijo Lucien, mirando la misma cámara antes de dirigirse otra vez a Hunter y Taylor—. Vale, os diré cómo haremos esto. Os dejaré hacerme unas cuantas preguntas. Las responderé con toda franqueza, y lo digo en serio. No voy a mentir. Entonces, llegará mi turno de haceros una pregunta. Si percibo que no habéis contestado con franqueza, la entrevista se termina por veinticuatro horas. No podremos reiniciarla hasta el día siguiente. Yo os digo la verdad, vosotros me decís la verdad. ¿Os parece justo?

Taylor frunció el ceño.

—¿Quiere hacernos preguntas? ¿Acerca de qué?

Esa reacción divirtió a Lucien.

—La información es poder, agente Taylor. Me gusta sentirme poderoso, ¿tú no?

Oyeron que, en el fondo del pasillo, la puerta se abría con un zumbido. Caminó hacia ellos un marine que llevaba una humeante taza de café. Taylor cogió la taza, la colocó en la bandeja de plexiglás y la deslizó hacia Lucien.

—Gracias, agente Taylor —dijo él mientras la cogía. Se la llevó a la nariz y aspiró hondo antes de darle un sorbo. Si el café estaba caliente, él no reaccionó en absoluto—. Muy bueno. —Mostró su aprobación moviendo la cabeza de arriba abajo—. Vale —dijo, y volvió a sentarse—. Empecemos con la gran revelación. ¿Cuál es vuestra primera pregunta?

Treinta y cuatro

Hunter había estado estudiando silenciosamente a su viejo amigo desde que Taylor y él llegaron a la celda. Aquella mañana, Lucien tenía un aire más victorioso y de autoglorificación que el día anterior, pero eso no era ninguna sorpresa. Lucien era consciente de que tenía la sartén por el mango. Sabía que, al menos por ahora, todos tendrían que bailar a su son, cosa que parecía complacerlo inmensamente. Pero había algo más; algo nuevo en la persona de Lucien: convicción, confianza en sí mismo, incluso un profundo orgullo, como si de verdad quisiera que todo el mundo supiera la verdad de lo que había hecho.

Taylor miró a Hunter, quien no hizo ningún movimiento para formular la primera pregunta.

—Hasta ahora, hemos encontrado indicios de que usted habría cometido treinta y tres asesinatos —comenzó ella, sin modular la voz, tranquila, calculadora, sin apartar los ojos de Lucien—. ¿Es correcto o ha habido más víctimas de las que aún no sabemos nada?

Lucien dio otro sorbo al café antes de encogerse de hombros como si nada.

—Esa es una buena primera pregunta, agente Taylor, una manera de averiguar cuán monstruoso soy. —Inclinó hacia atrás la cabeza ligeramente y empezó a pasarse el dedo índice de la nuez hasta la barbilla, como si se estuviera afeitando—. Pero, dígame, si hubiera asesinado a una sola persona, de manera salvaje o no, ¿eso me volvería menos monstruoso que si hubiera matado a treinta y tres o a cincuenta y tres o a ciento tres?

Taylor se quedó impávida.

¿Esa es una de sus preguntas?

Lucien sonrió despreocupado.

—No, no lo es. Solo tenía esa curiosidad; pero no te preocupes, porque, como te dije, agente Taylor, era una buena primera pregunta. Solo que no es la correcta. Y eso es muy decepcionante, viniendo de una veterana agente del FBI, como tú. De verdad que esperaba algo más de ti. —Le dedicó una mirada despectiva—. Pero no me molesta darte lecciones esta vez. Después de todo, la vida no es más que una gran experiencia de aprendizaje, ¿no es cierto, agente Taylor? —Taylor no dijo nada, pero en sus ojos apareció un leve destello de ira.

»Tu primera pregunta debería tener un propósito más profundo. Debería haber provocado una respuesta que indicara si estás perdiendo el tiempo o no. —Lucien dio otro sorbo a su café antes de dirigirse a Hunter—. Pero veamos si podemos arreglarla para ella, ¿vale? Todavía recuerdo lo bueno que eras en la universidad, Robert, siempre un paso delante de los demás, incluyendo a los profesores. Ahora, con tantos años de experiencia como detective en la policía de Los Ángeles, adivino que has mejorado, que te has vuelto más agudo, incluso más ingenioso. Así que, por el premio mayor, te escuchamos, Robert. En esta situación, ¿cómo debía ser tu primera pregunta? Y, por favor, no decepciones a la agente Taylor. Tiene ganas de aprender.

Hunter estaba sentado con la espalda apoyada en el respaldo de la silla. Su postura era relajada y tranquila. Tenía la pierna izquierda cruzada sobre la otra. Sus manos descansaban sobre los muslos. No había tensión en sus hombros ni en su cuello, y su expresión facial no era de preocupación.

—No nos tengas esperando, Robert —lo instó Lucien—. La paciencia es una virtud, pero dominarla cuesta un par de cojones.

Hunter sabía que no le quedaba otra que participar en el juego de Lucien.

—La ubicación —dijo finalmente—. ¿De verdad sabes dónde está cada uno de los cuerpos de los que te has deshecho?

Plas, plas, plas.

Lucien había dejado la taza en el suelo y aplaudía lentamente.

—Es bueno, ¿no? —Lucien preguntó a Taylor en tono sarcástico —. Si yo fuera tú, pondría atención, agente Taylor. Hoy aprenderías un par de cosas. —Taylor hizo todo lo posible por no fulminarlo con la mirada.

»¿Y sabes por qué esa es la pregunta correcta, agente Taylor? —dijo sin esperar una respuesta, como un profesor que da una lección —. Porque, si la respuesta fuera «no», todo esto terminaría aquí. Podrían empaquetarme y enviarme a la silla eléctrica. Ya no sería útil para vosotros ni para el FBI. —Sin apartar los ojos de Taylor, recogió su taza de café—. No has venido a buscar mi confesión, agente Taylor. Esa parte está terminada, ya coge polvo. Soy un asesino. Y asesiné a todos esos… brutalmente. —Había un orgullo escalofriante en esas últimas palabras de Lucien—. Si estoy aquí es porque vosotros necesitáis algo de mí, y estáis desesperados. —Miró a Hunter—. La ubicación de todos los cadáveres. En realidad, no porque necesites una prueba de lo que he hecho, sino porque las familias necesitan un cierre. Tienen que dar a sus seres queridos el debido funeral, ¿no es así, agente Taylor? —Una vez más, la agente Taylor no respondió.

»Si la respuesta a la pregunta de Robert fuera no, estas entrevistas ya no tendrían sentido. No tendría objeto hacerme más preguntas. Si no pudiera daros lo que necesitáis, no habría razones para mantenerme aquí. —Un esbozo de sonrisa se dibujó en los labios de Lucien. De verdad, se estaba divirtiendo—. Dime, agente Taylor, ¿no te molesta que un extraño lo haga mejor que tú?».

«No dejes que esto te afecte —decía a Taylor una voz en la cabeza de Hunter—. No te enfades, que no te haga perder el control». Por el rabillo del ojo, podía ver a Taylor tratando de sobreponerse a su ira; y si él podía notarlo, Lucien también.

Taylor no mordió el anzuelo. Era verdad que libraba una batalla contra su cólera, pero logró mantenerla oculta.

Lucien rio orgulloso y volvió su atención a Hunter.

—La respuesta a tu pregunta, Robert, es sí. Puedo decirte la ubicación de todos los cuerpos que se pueden encontrar. —Con

calma, tomó un sorbo de café—. Como bien entenderás, algunos nunca van a aparecer. Es físicamente imposible. Ah —dijo apático—, y sé de memoria quién es quién.

Una vez más, Lucien trató de leer la expresión de Hunter. Volvió a fallar, pero detectó un atisbo de duda en los ojos de Taylor.

—Estoy dispuesto a someterme al polígrafo, si crees que te estoy engañando, agente Taylor.

«Lo superaría fácilmente». Volvió a ella lo que Hunter había dicho durante la reunión de la noche. De hecho, el tipo probablemente contaba con que le hicieran la prueba.

—No será necesario —dijo finalmente.

Lucien rio con entusiasmo.

—Ya veo. ¿Ya te contó Robert que él y yo, solo por divertirnos, superamos el polígrafo cuando estábamos en la universidad?

Taylor no lo confirmó, aunque no sabía que Hunter también lo había superado.

—Aunque él era mucho mejor que yo —dijo Lucien—. Me llevó meses dominar la técnica, pero él lo logró en apenas unas cuantas semanas. —Miró a Hunter—. Robert siempre ha sido muy disciplinado, siempre ha sido dueño de una tremenda concentración y control.

Algo diferente revestía esas últimas palabras de Lucien. Taylor pensó que se trataba de celos, pero estaba equivocada. Lucien alzó una mano en un gesto de «espera».

—¿Por qué deberías creer lo que estoy diciendo? Hasta ahora, no he hecho mucho más que deciros mentiras. —Hizo una larga pausa —. Ya os he sugerido que hagáis el intento con un detector de mentiras. —Lucien echó atrás la cabeza y soltó una carcajada—. Me encantaría que lo hicieran. Sería muy divertido.

Ni Hunter ni Taylor parecían divertirse.

—No tienes que decirlo, Robert —comentó Lucien, anticipándose a lo que Hunter estaba a punto de pedir—. Estoy bastante seguro de conocer los procedimientos. Para establecer una línea de confianza entre nosotros, necesitas algún tipo de muestra de buena voluntad,

¿no es así? Si yo fuera un terrorista con rehenes en mi poder, en este momento me pedirías que soltara a uno, solo como prueba de que tengo intenciones de jugar limpio.

—Tienes que darnos algo, Lucien —aceptó Hunter. Aún no se movía de su posición relajada—. Tal como dijiste, hasta ahora no nos has dado nada más que mentiras.

Lucien asintió y se terminó el café.

—Lo entiendo, Robert. —Cerró los ojos e hizo una profunda y tranquila inhalación, como si estuviera sentado por ahí, en un jardín de flores, disfrutando del delicado perfume que viajaba por el aire—. Megan Lowe —dijo Lucien sin abrir los ojos—. Treintaiocho años. Nacida el dieciséis de diciembre en Lewistown, en el estado de Montana. —Se pasó rápido la punta de la lengua por el labio superior, como si hubiera empezado a salivar con el recuerdo—. Kate Barker, veintiséis años. Nacida el once de mayo en Seattle, en el estado de Washington. Megan fue secuestrada el dos de julio; Kate, el cuatro de julio. Ambas chicas trabajaban por su propia cuenta en las calles de la ciudad de Seattle. Megan era la morena cuya cabeza encontraron en el maletero del coche que yo iba conduciendo. Kate era la rubia. —Finalmente, Lucien abrió los ojos y miró a Hunter—. Sus restos todavía están en Seattle. ¿Quieres anotar la dirección?

Treinta y cinco

El director Adrian Kennedy, quien veía y escuchaba la entrevista desde la sala de control de las celdas, inmediatamente puso en marcha la máquina burocrática para conseguir una orden judicial de alcance federal. Ser uno de los directores del FBI tenía sus ventajas, y, a pesar de la hora tan temprana y del hecho de que el estado de Washington está tres horas por detrás de Virginia, Kennedy se las arregló para conseguir que un juez federal de Seattle firmara la orden de registro en un tiempo récord.

Aunque Lucien les había dicho a Hunter y a Taylor que la llave del lugar donde se guardaban los restos de las dos víctimas estaba en el mismo llavero que habían usado para la casa de Murphy, Kennedy no quiso esperar. No enviaría a Hunter, Taylor ni a ningún otro agente desde Quantico a Seattle solo para comprobar si Lucien decía la verdad o no.

Con la orden federal ya asegurada, Kennedy llamó a las oficinas locales del FBI, ubicadas en el 1110 de la Tercera Avenida, en la ciudad de Seattle. A las ocho y media, hora del Pacífico, un equipo de dos agentes fue despachado a la dirección que Lucien había dado a Hunter y a Taylor: un almacén comercial.

—Así que ¿a dónde vamos, Ed? —preguntó el agente especial Sergio Decker, que acababa de sentarse en el asiento del conductor y ya ponía en marcha el motor de una SUV Ford negra como la noche.

El agente especial encargado, Edgar Figueroa, acababa de acomodarse en el asiento del pasajero. Tenía alrededor de treinta y cinco años. Era un hombre alto y ancho de hombros, con mentalidad de culturista. Llevaba el cabello oscuro cortado a un centímetro del

cráneo, y bastaba mirarle la nariz para saber que se la habían roto, por lo menos, un par de veces.

—A comprobar un almacén personal en la 130 Norte —respondió mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

Decker asintió, puso marcha atrás, dobló a la derecha en la Tercera Avenida y se dirigió hacia el noroeste, hacia Seneca Street.

—¿Qué caso es este? —preguntó.

—Ninguno de los nuestros —respondió Figueroa—. Creo que la llamada vino desde muy arriba, desde la ciudad de Washington o de Quantico. Solo vamos a comprobar la veracidad de la dirección.

—¿Narcos? —preguntó Decker.

Figueroa se encogió de hombros y negó con la cabeza al mismo tiempo.

—No estoy seguro, pero no lo creo. Hasta donde tengo entendido, la DEA no está metida en esto. No me dijeron gran cosa, pero creo que se supone que hay restos de víctimas.

Decker enarcó las cejas.

—¿Metidos en un almacén personal?

—Esa es la dirección que tenemos —confirmó Figueroa.

Decker volvió a doblar a la derecha para incorporarse a la I-5 Norte en dirección a Vancouver. El tráfico avanzaba lento, como era de esperar a esas horas de la mañana, pero no excesivamente.

—¿Ya tienen algún detenido? —preguntó Decker.

—Me parece que sí. Y, una vez más, creo que está en la capital o en Quantico. —Otro encogimiento de hombros de Figueroa—. Ya te dije que no me han informado de gran cosa, pero me quedó la impresión de que se trata de algo grande.

—¿Tenemos una orden de registro o simplemente vamos a charlar usando nuestro encanto de agentes del FBI? —bromeó Decker.

—Tenemos una orden —dijo Figueroa, consultando su reloj. En ese sitio nos encontraremos con un agente judicial.

El viaje desde las oficinas del FBI, en la Tercera Avenida, hasta el edificio de almacenes personales, situado en el lado norte de la

ciudad, les llevó unos veinticinco minutos. Al igual que la mayoría de los edificios de almacenes personales, este parecía, desde el exterior, un almacén normal. Estaba todo pintado de blanco, con la marca de la empresa en enormes letras verdes a todo lo largo de la fachada. El gran aparcamiento para clientes, al frente del edificio, estaba prácticamente vacío, con solo un puñado de coches repartidos por todo el terreno. Una pareja joven descargaba el contenido de una furgoneta alquilada en un carro de ruedas de tamaño industrial. La furgoneta estaba aparcada en el muelle de carga número dos.

Decker estacionó el SUV al lado de un pequeño jardín verde decorativo frente a las oficinas principales. El suelo todavía estaba mojado por un chaparrón que había cesado cuarenta minutos antes, pero, a juzgar por lo oscuro del cielo, la lluvia estaba por volver.

Cuando los agentes se bajaron del coche, una mujer de cuarenta y pocos años salió de un Jeep Compass blanco que estaba estacionado a unos cuantos metros de distancia, cuatro plazas hacia la derecha.

—Soy la comisaria de la Corte de los Estados Unidos Joanna Hughes —dijo, extendiendo la mano. No hacía falta preguntar. Fácilmente podía reconocer a Figueroa y a Decker como los dos agentes del FBI con quienes tenía que reunirse.

El cabello castaño de Hughes estaba peinado hacia atrás en una apretada cola de caballo. Eso hacía que su frente pareciera demasiado grande para su cara redonda. No era, precisamente, una mujer atractiva. Su nariz era demasiado puntiaguda, y sus labios, demasiado delgados. Entrecerraba los ojos constantemente, como tratando de leer algo que estaba un palmo más allá de lo debido. Venía elegantemente vestida, con un traje ejecutivo color crema y zapatos beis puntiagudos y de tacón alto. Los agentes se presentaron formalmente y le estrecharon la mano.

—¿Vamos? —Hughes hizo un gesto hacia la recepción.

Sonó una campanilla electrónica cuando Figueroa empujó la puerta de las oficinas y él, Decker y Hughes entraron en una habitación rectangular excesivamente iluminada. Ambos agentes del

FBI llevaban puestas las gafas de sol. Hughes simplemente se quedó con las ganas de haber traído las suyas.

Había una pequeña área de asientos a la izquierda de la puerta. Un sofá de cuatro plazas marrón claro y dos sillones a juego estaban colocados alrededor de una mesa baja de cristal y hierro cromado. Sobre la mesa, alguien había colocado cuidadosamente unas cuantas revistas y varios catálogos del negocio. En una esquina tenían, también, un dispensador de agua fría. Detrás de un mostrador de madera y acrílico estaba un joven que parecía no tener más de veinticinco años. Sus ojos estaban pegados al móvil. Escribía ferozmente o estaba absorto en un videojuego ridículamente entretenido. Tardó cinco segundos, por lo menos, en apartar la cara de su pequeña pantalla.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó, después de dejar el móvil delante de él, a un lado de la pantalla del ordenador, y ponerse de pie. Recibió a los visitantes con una sonrisa demasiado entusiasta.

—¿Usted es el encargado aquí? —preguntó la comisaria Hughes.

—Así es, señora —dijo el chico moviendo la cabeza de arriba abajo una sola vez—. ¿En qué puedo ayudarla?

Hughes se acercó un poco más y le mostró sus credenciales.

Soy la comisaria Joanna Hughes, de la Corte Federal de los Estados Unidos —dijo—. Estos dos caballeros son agentes del FBI.

Figueroa y Decker sacaron sus identificaciones del bolsillo de la chaqueta.

El chico las comprobó antes de retroceder un paso. Los miró un poco confundido.

—¿Hay algún problema? —Su sonrisa entusiasta había desaparecido del todo.

Hughes le extendió una hoja de papel con el sello del Gobierno de los Estados Unidos.

—Esta es una orden federal que nos autoriza y nos da derecho a registrar la unidad de almacenamiento número 325 de este negocio —dijo con calma, pero con una voz llena de autoridad—. ¿Sería tan amable de abrirla para nosotros?

El chico echó un vistazo a la orden de registro, leyó unos cuantos renglones, hizo una mueca, como si estuviera escrita en latín, y vaciló por un instante.

—Creo que… Creo que debería llamar a mi jefe.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó Decker.

—Billy.

Billy medía un metro setenta y dos y tenía el pelo rubio, erizado en partes gracias al gel. Llevaba una barba de tres días y un par de pendientes en cada oreja.

—Vale, Billy. Puedes llamar a quien quieras, pero, en realidad, no tenemos tiempo que perder. —Señaló con el rostro la orden de registro—. Tal como te explicó la comisaria federal Hughes, este pedazo de papel, que viene firmado por un juez federal de los Estados Unidos, nos da derecho a mirar dentro de la unidad 325 con tu cooperación o sin ella. Ni tú ni nosotros necesitamos la autorización de tu jefe para hacerlo. Este es todo el permiso que necesitamos aquí. Si no nos abres la puerta, y eso sería una lástima para ti, simplemente tendremos que abrirla usando cualquier medio que esté a nuestra disposición.

—Y no incurriremos en la menor responsabilidad legal por los daños que le causemos —añadió Figueroa—. ¿Entiendes?

Billy parecía empezar a sentirse muy incómodo. Su móvil sonó sobre el mostrador, anunciando la llegada de un mensaje de texto, pero él ni siquiera lo miró.

—Esta copia de la orden judicial se queda aquí —añadió Decker —. Así que podrás mostrársela a tu jefe, a tu abogado o a quien tú quieras. Es una garantía de que no estás quebrantando la ley ni las reglas de la compañía, de que no estás haciendo nada indebido. —Hizo una pausa y consultó su reloj—. Tenemos una agenda muy ajustada, Billy. Así que ¿qué vas a hacer? ¿Vas a dejarnos entrar en la unidad o la rompemos a golpes? Tienes que decidirte.

—¿No me están tomando el pelo, o sí? —Preguntó Billy, y con la mirada recorría la ventana de cristal, detrás de ambos agentes, como tratando de localizar una cámara escondida.

—Esto es oficial, Billy —respondió Hughes en un tono tal que a Billy ya no le quedó ninguna duda.

—¿De verdad ustedes son del FBI? —Billy parecía un tanto emocionado.

—Lo somos —le contestó Decker.

—Vean, me gustaría ayudarlos —dijo Billy—. Puedo dejarlos entrar en el edificio, sin ningún problema. Sin embargo, no puedo abrir la puerta de la unidad 325, porque tiene un candado. Ninguna de nuestras puertas tiene un mecanismo de llave, sino un pestillo muy grueso. Nuestros clientes pueden comprar candados aquí mismo. —Hizo una seña hacia el exhibidor que tenía detrás, donde los había de distintos tamaños—. También pueden traer su propio candado, pero no están obligados a dejarnos una llave, así que nadie lo hace. Una vez que alquilamos la unidad, dejamos de tener acceso a ella. Se convierte en un asunto completamente privado.

Figueroa asintió y se quedó pensando por un momento.

—Vale. ¿Puedes darnos los detalles de la cuenta?

—Por supuesto. —Billy comenzó a teclear algo en el ordenador de la recepción—. Aquí están —dijo al cabo de unos segundos—. La unidad es una de las medianas, una especial. Mide tres metros por tres metros.

—¿Especial? —preguntó Decker.

—Sí —dijo Billy—. Está equipada con una toma de corriente.

—De acuerdo.

—Fue alquilada hace ocho meses, el cuatro de enero, a un señor llamado Liam Shaw. —Billy seguía leyendo la pantalla—. Pagó un año por adelantado…, en efectivo.

—No me extraña —dijo Decker.

—Está ubicada en el pasillo F —añadió Billy—. Puedo llevarlos, si quieren.

—Venga —dijeron al unísono Figueroa y Decker.

Treinta y seis

Hasta que tuvieran algún tipo de confirmación de que Lucien estaba diciendo la verdad acerca del almacén personal en Seattle, nadie encontraba ningún sentido a seguir adelante con las entrevistas. El director Adrian Kennedy dijo a Hunter y Taylor que ya había enviado a unos agentes del FBI del estado de Washington, armados con una orden federal de registro, a comprobar la veracidad de las declaraciones de Lucien. Tendrían una respuesta en sesenta minutos o menos.

Taylor estaba sola, sentada dentro de una de las salas de reuniones del subterráneo tres, en el edificio de la BSU, con la mirada fija en la taza de café sin tocar que tenía enfrente, cuando Hunter abrió la puerta y entró.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Por un momento, pareció que la pregunta de Hunter no le había llegado, pero, entonces, lentamente se volvió a él.

—Sí, estoy bien.

A eso siguieron unos cuantos segundos de incómodo silencio.

—Hiciste un buen trabajo —dijo Hunter en un tono que no era nada condescendiente.

—Sí, claro —respondió Taylor con una mueca irónica de asentimiento—, excepto por el hecho de haber comenzado con la pregunta equivocada. ¿A eso te refieres?

—No —le dijo Hunter, y se sentó frente a ella, al otro lado de la mesa—. Ahí es donde te equivocas, ¿sabes? Courtney, no era importante lo que preguntaras; Lucien habría rechazado tu pregunta para tratar de desacreditarte, hacerte sentir inferior, zarandear tu confianza y hacerte creer que no eres lo suficientemente buena, porque quiere tenerte bajo su control. Y sabe que es muy bueno en

eso. En la universidad solía intimidar a los profesores de esa manera. —Taylor miró a Hunter fijamente.

»También querría controlarme a mí, pero me conoce un poco mejor que a ti; o, por lo menos, solía hacerlo, así que, por ahora, lo que quiere es tantear el terreno contigo para ver cómo respondes. —Taylor pareció masticar esa idea durante un instante.

»Y seguirá presionando más y más fuerte, y lo sabes bien, ¿no es así?».

—Déjalo presionar —respondió Taylor con firmeza y medio encogiéndose de hombros.

—Solo mantente firme, tal como lo has hecho, y no te enfrentes a él en batallas psicológicas, porque eso es lo que él quiere, exactamente.

—Ya te lo he dicho, Robert —dijo Taylor con calma—. Soy mayor y sé cuidarme.

Adrian Kennedy abrió la puerta del salón de reuniones y se asomó.

—Ah, aquí estáis. —Traía consigo un dosier azul.

—¿Alguna novedad de Seattle? —preguntó Hunter.

—Todavía no —contestó Kennedy—. Seguimos a la espera, pero Lucien no estaba mintiendo con respecto a quiénes eran las víctimas. —Abrió el dosier—. Megan Lowe, treinta y ocho años, nacida el dieciséis de diciembre en Lewinston, en Montana. Se fue de Lewinston a los dieciséis años, seis meses después de que su madre trajera al novio de entonces a vivir en casa. —Instintivamente, Kennedy hizo a Hunter una señal de asentimiento —. Se mudó primero a Los Ángeles, donde pasó los siguientes seis años. Todo indica que, en realidad, trabajaba en la calle. Después de Los Ángeles, Megan se fue a vivir a Seattle. Al parecer, su línea de trabajo siguió siendo la misma. —Volvió la página del informe que estaba leyendo—. Kate Barker, veintiséis años, nacida un once de mayo en Seattle. Se fue de su casa cuando tenía diecisiete años y se mudó con su novio, quien, por aquel entonces, «aspiraba a ser

músico». Esto no está confirmado, pero, por lo que parece, el novio fue el primero en prostituir a Kate.

—¿Dinero para comprar drogas? —preguntó Taylor.

Kennedy se encogió de hombros.

—Es posible. Por lo que respecta a las fechas de los secuestros que nos dio Lucien, el dos de julio, en el caso de Megan, y el cuatro de julio, en el de Kate, será difícil confirmarlas, puesto que nadie denunció la desaparición de ninguna de las dos.

No era de extrañar. Las prostitutas representan el tercer mayor número de homicidios sin resolver en los Estados Unidos, solo detrás de las pandillas y las drogas. Cada día violan, golpean, asaltan o secuestran a miles de trabajadoras de la calle. No se convierten en un blanco por lo atractivas que son, sino porque llevan dinero en efectivo. Las buscan porque son fáciles de localizar, porque son extremadamente vulnerables; pero, sobre todo, porque son anónimas. La gran mayoría de las chicas de la calle viven solas o comparten apartamentos con otras prostitutas. Por razones obvias, no es normal que tengan pareja. Muchas de ellas han huido de sus casas y ya no les quedan vínculos familiares. Viven vidas solitarias, tienen muy pocos amigos. Estadísticamente, solo dos de cada diez de las chicas que desaparecen entran en las listas de personas desaparecidas.

Kennedy entregó una copia del dosier a Hunter y otra a Taylor. En los informes venían fotos de las fichas policiales. Ambas mujeres, Megan Lowe y Kate Barker, habían sido detenidas un par de veces acusadas de prostitución. A pesar de las fotografías, era imposible que nadie pudiera relacionarlas con las dos cabezas que aparecieron en el maletero de Lucien. Tal había sido la brutalidad de las heridas.

—Si Lucien no mentía acerca de quiénes eran —dijo Kennedy mientras salía de la sala—, lo más probable es que tampoco estuviera mintiendo acerca de lo de Seattle.

Treinta y siete

El interior del edificio de almacenes personales estaba tan iluminado como la recepción, con pasillos amplísimos y esquinas redondeadas para facilitar el desplazamiento de los carros y los transpalets. El suelo de resina estaba pintado de verde claro. Las puertas de las unidades eran todas blancas, con el número respectivo al centro, en cifras negras. El mismo número estaba pintado al lado de cada puerta. Billy tardó un par de minutos en guiarlos por todos los pasajes y recovecos hasta llegar al pasillo F. La unidad 325 era la tercera a la izquierda.

—Esta es —dijo Billy, señalándola.

Tal como les había explicado, en el borde derecho de la puerta enrollable, a media altura, había un cerrojo metálico asegurado con un grueso candado de color bronce.

Figueroa y Decker se acercaron para observarlo mejor.

A diferencia del candado de tipo militar que Lucien había usado para asegurar la puerta del sótano de su casa de Murphy, este era un Master ProSeries con cubierta, no tan impenetrable, pero, aun así, formidable.

—Este es un candado bastante rudo —dijo Figueroa, y se volvió primero a Decker, y, después, a Billy—. ¿Podrás forzarlo con tu cortador de pernos?

Billy ya había dado por hecho que tendrían que forzar el candado, así que había traído consigo un cortador de pernos rojo con amarillo de un metro de largo.

—Fácil —dijo Billy, y dio un paso adelante—. Tuvimos que romper uno muy semejante hace unas cuantas semanas. Estoy seguro de que este no será muy diferente.

—Así que, adelante, y haz lo que tengas que hacer, Billy —dijo Figueroa, apartándose del camino.

Billy se acercó, abrió todo lo que pudo las mandíbulas del cortador y, con sumo cuidado, ajustó la herramienta en torno a uno de los extremos cubiertos del candado. Apoyó la mayor parte de su peso en el cortador y le dio un fuerte apretón.

Clac.

La herramienta se zafó del candado como si nada hubiera ocurrido, pero todos notaron que algo saltaba por el suelo del corredor a unos cuantos metros de ahí. Billy había conseguido cortar la cubierta protectora. Ahora tenían el arco expuesto por uno de los lados.

—Se lo dije —comentó Billy, haciendo una seña de asentimiento hacia el cortador de pernos—, este chico es la ostia. Ahora viene la parte fácil. —Ajustó las mandíbulas en el grillete expuesto y apretó, ahora con más firmeza.

Clic.

Esta vez, el cortador no se resbaló del candado. Las mandíbulas simplemente cortaron el arco como si se tratara de arcilla húmeda.

Todos estaban impresionados.

—Tengo que hacer otro corte —explicó Billy—. El arco es demasiado grueso y rígido como para retorcerlo y liberar la cerradura. Tendré que eliminar un tramo.

—Haz lo que quieras, Billy —dijo Decker.

Billy repitió los mismos pasos que unos segundos antes. Esta vez ajustó las mandíbulas unos tres centímetros por encima del primer corte.

Clic.

Cuando el cortador se hundió por completo en el metal, un pequeño trozo cayó al suelo, lo que dejó un hueco considerablemente amplio en el arco del candado.

—Y ahí está —anunció Billy con aire triunfal.

Billy se apartó, Figueroa corrió el cerrojo y enrolló la puerta. Los cuatro permanecieron quietos por un momento, mirando el casi

vacío almacén de tres por tres metros. Ahí no había nada, a excepción de un congelador industrial apoyado en la pared del fondo.

—Gracias, Billy —dijo Decker, poniéndose un par de guantes de látex. Figueroa hacía lo mismo—. Ya te puedes ir. Te llamaremos en caso de que necesitemos algo más.

Billy parecía decepcionado.

—¿Puedo quedarme a mirar?

—Esta vez no, Billy.

Antes de entrar en la unidad, los tres se quedaron esperando a que el chico diera la vuelta a la esquina. Hughes se quedó un par de pasos detrás de los agentes.

El zumbido bajo del motor del congelador les daba una banda sonora tan inquietante como espeluznante. No había candados ni cerraduras en la tapa del congelador.

Figueroa se acercó un poco más y estudió el aparato durante varios segundos. Lo revisó también por debajo y por detrás.

—Parece que todo está bien —dijo por fin.

—Veamos qué tiene dentro —respondió Decker.

Figueroa asintió y abrió la tapa.

En perfecta sincronización, Figueroa, Decker y Hughes se encogieron de hombros después de echar un vistazo al interior.

—¿Qué estamos buscando aquí, exactamente, chicos? —preguntó Hughes en un tono un tanto mordaz—. ¿Suministros para una heladería?

Lo único que alcanzaban a ver dentro del gran congelador eran pilas de tarrinas plásticas de dos litros llenas de helado. Eran unas tres capas de altura. Por las etiquetas que podían leer desde arriba, había todo un arcoíris de sabores: chocolate, vainilla, fresa, pistacho, galletas con crema, manzana y canela, plátano con trocitos de chocolate.

Decker seguía frunciendo el ceño ante las tarrinas, pero la expresión de Figueroa era mucho más preocupada.

—Madre santa —dijo finalmente Figueroa con un suspiro desinflado y cogiendo una de las tarrinas. Sacó una de fresa.

Ahora, era a él a quien Hughes y Decker miraban con el ceño fruncido.

Mientras sujetaba el opaco envase de helado con la mano izquierda, Figueroa lentamente tiró de la tapa.

Los ojos de Hughes se desorbitaron cuando se dio cuenta de lo que había dentro. Un segundo después, vomitó.

Treinta y ocho

Cincuenta y cinco minutos después de dejarles el informe de Megan Lowe y Kate Barker, Kennedy llamó a Hunter y a Taylor.

El despacho, situado en la tercera planta del edificio de la BSU, era amplio y estaba agradablemente decorado, sin ser demasiado imponente. Dentro había un anticuado escritorio de caoba, dos sillones Chesterfield de cuero marrón oscuro, una alfombra gruesa que parecía lo suficientemente cómoda para dormir en ella y una enorme estantería con, al menos, cien volúmenes encuadernados en piel. Las paredes estaban adornadas con diplomas enmarcados, principalmente, así como con premios y fotografías de Kennedy posando con figuras de la política y el gobierno.

El director estaba detrás de su escritorio, con las gafas de lectura bien puestas, mirando la pantalla de veintisiete pulgadas de su ordenador.

—Entrad —respondió cuando escuchó los golpes en la puerta.

Taylor abrió y entró. Hunter venía detrás de ella, a un par de pasos.

—No os sentéis —dijo Kennedy, y, con un movimiento de cabeza, los invitó a acercarse a la pantalla—. Tenemos noticias de Seattle. Venid a ver esto.

Hunter y Taylor pasaron por delante de los sillones y se acomodaron tras el escritorio del director. Hunter se puso a su izquierda, y Taylor, a su derecha. El ordenador solo mostraba la pantalla principal; Kennedy había minimizado el programa que estaba viendo.

—Hace unos cuarenta minutos —comenzó Kennedy—, dos de nuestros agentes y una comisaria de la corte federal forzaron el candado del almacén en Seattle. Esto es lo que encontraron dentro.

—Clicó con el ratón y recuperó la pantalla que había minimizado segundos antes. Era un visor de imágenes ordinario—. Recibí estas fotografías hace unos cinco minutos —explicó.

La primera había sido tomada justo desde el exterior del almacén 325, ya con la puerta abierta. Era una imagen de gran angular, rutinaria de «escena del crimen», que mostraba el espacio entero. Daba a todos la idea del tamaño del almacén. También era un indicador del aspecto tan poco sospechoso que tenía. Apoyado en la pared del fondo, podía verse el gran congelador.

Kennedy volvió a hacer clic con el apuntador.

La segunda fotografía era un primer plano del congelador con la tapa cerrada. Una vez más, no había nada sospechoso.

Otro clic.

La tercera había sido tomada en picado y exponía lo que los agentes habían visto al abrir la tapa del congelador.

Por un momento, Taylor frunció el ceño ante todas esas terrinas de helado.

—A partir de ahora, la cosa se pone desagradable —dijo Kennedy, y volvió a tocar el apuntador.

En la pantalla, la imagen fue sustituida por un acercamiento de un agente que, en la mano izquierda, sostenía una de las terrinas. La tapa estaba abierta.

Taylor vaciló una fracción de segundo antes de entrecerrar lo ojos, en un esfuerzo por comprender qué era lo que estaba viendo, exactamente… Por fin, lo entendió.

—Madre santa —susurró, y se llevó la mano a la boca.

La mirada de Hunter seguía fija en la pantalla.

Congelados dentro del envase de helado, había dos pares de ojos y un par de lenguas humanas.

Era fácil deducir por qué, al principio, Taylor había tenido dificultades para entender la imagen. Debido a la deshidratación y a la falta de sangre, todo se había encogido. Los ojos estaban a la izquierda de la fotografía, agrupados como un racimo de uvas. Las

lenguas, a la derecha, también puestas, una sobre la otra, en una extraña forma de equis.

Kennedy dio a Hunter y a Taylor unos cuantos segundos para que estudiaran la fotografía antes de hacer otro clic. La siguiente imagen mostraba una segunda terrina. Dentro había una mano congelada, amputada a la altura de la muñeca. No tenía dedos; se los habían cortado.

Otro clic.

Una segunda mano dentro de una terrina de helado.

Otro clic.

Otra parte del cuerpo congelada.

Kennedy dejó de pasar fotografías.

—Y así sigue esto… —dijo—. Había sesenta y ocho depósitos de helado dentro. Cada uno contiene alguna parte humana congelada. También hay órganos internos o porciones de ellos: corazón, hígado, estómago… Ya os hacéis una idea, ¿verdad? —Hunter asintió—. Por ahora, esa parte del almacén de Seattle ha quedado clausurada —explicó Kennedy—. Me lo han garantizado por dos horas, o tres, como máximo, solo para que nuestro equipo forense vaya a revisar la unidad y recoger el congelador con todas las terrinas de helado. El laboratorio hará análisis de ADN y los comparará con los que tenemos de las cabezas cortadas que aparecieron en el maletero de Lucien. No es que yo tenga grandes dudas de que coincidan…

Tampoco Hunter ni Taylor parecían albergar ninguna duda.

—Antes, el empleado del servicio de almacenes personales ayudó a los agentes a forzar la puerta, pero no tiene ni idea de lo que había dentro —continuó Kennedy—. Estamos guardando el secreto en la medida de lo posible, pero, como todos sabemos, Lucien Folter tendrá que ser llevado a los tribunales, así que esta historia acabará saliendo a la luz. Y, cuando eso suceda, lo hará en grande, porque ya no me queda ninguna duda de que lo que tenemos encerrado allá abajo es un puto monstruo, y esto es, de verdad, solo el principio.

Treinta y nueve

Lucien Folter acababa de terminar la última serie de sus ejercicios rutinarios cuando oyó que al final del pasillo se abría la pesada puerta de metal, a lo que siguió el sonido de unos pasos. Se levantó del suelo, limpió el sudor de su frente con la manga de su mono anaranjado, se sentó en el borde de la cama y esperó tranquilo. Cuando Hunter y Taylor aparecieron ante él y se sentaron enfrente de su celda, Lucien tenía en los labios una sonrisa de orgullo.

—Adivino que ya tenéis la confirmación de Seattle —dijo, y sus ojos se movieron lentamente de Hunter a Taylor. En las caras de ambos detectives no había más que expresiones vacías—. Qué pena que no hayáis ido a mirarlo en persona. Puedo decir, sin temor a equivocarme, que mis habilidades para desmembrar y trocear se han pulido mucho con los años.

—¿Se deshizo de todos los cuerpos de la misma manera, exactamente? —preguntó Taylor, que no parecía afectada por la jactancia de Lucien—, ¿desmembrándolos?

Lucien y Taylor se quedaron mirando uno al otro por varios segundos.

—No, no de todos —respondió con toda naturalidad—. Verás, agente Taylor, al principio, igual que los científicos de tu BSU, yo tenía curiosidad. De verdad, quería entender qué lleva a una persona a matar sin emociones ni remordimientos. En mi cabeza, la gran pregunta era si todos los psicópatas nacen así o si se puede crear uno a voluntad. Leí todo lo que cayó en mis manos acerca del tema y encontré que ninguno de esos documentos tenía las respuestas que yo buscaba. No hay nada al respecto, agente Taylor, ningún libro, informe de investigación o tesis; no hay ningún trabajo detallado que diga lo que, en realidad, ocurre aquí —con el dedo

índice, se dio un par de golpecitos en la sien derecha—: dentro de la mente de alguien que se ha convertido en un asesino insensible, en alguien que ha aprendido por sí mismo a ser un psicópata. —Sonrió de manera críptica—. Pero uno nunca sabe. Tal vez, algún día, eso cambie. Pero permíteme darte un pequeño adelanto.

Con calma, Taylor cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y esperó.

Lucien comenzó a hablar otra vez:

—Lo que muchos parecen no entender, agente Taylor, es que hay una enorme curva de aprendizaje cuando se trata de convertirse en un hombre como yo. A lo largo de los años, he tenido que evolucionar, adaptarme, improvisar y convertirme en alguien cada vez más ingenioso. —Se encogió de hombros ligeramente—. Pero siempre supe que debía hacerlo. Desde el principio quise probar cosas diferentes, nuevos métodos, nuevos enfoques, y, aunque la muerte es universal, cada víctima tiene que ser tratada de un modo esencialmente distinto. —Lucien lo hacía sonar como si cometer un homicidio no fuera más que un simple experimento de laboratorio—. Pero alguien como yo siempre se enfrenta a un gigantesco problema.

—¿Y ese problema es? —preguntó Taylor con un interés moderado.

Lucien le dedicó una sonrisa sin humor.

—Bien, mientras tú tienes recursos ilimitados y equipos de agentes y policías que trabajan todo el día para atrapara a los criminales, agente Taylor, las personas como yo somos almas solitarias. Mis recursos han estado muy limitados. Lo único en lo que he podido confiar estaba en mi cabeza. —Miraba a Taylor fríamente, aún sin poner atención en Hunter—. Estoy seguro de que sabes bien que, no hace mucho, el FBI publicó cierto estudio. En él se demuestra que, en cualquier momento, hay, por lo menos, quinientos asesinos en serie sueltos en los Estados Unidos. —Se rio —. Asombroso, ¿no? La gente como yo es mucho menos rara de lo que cree la mayoría. Me he encontrado con varios asesinos en serie

a lo largo de los años, gente que quiere torturar y matar por ninguna otra cosa que el puro placer. Gente que escucha voces que le dicen que salga a matar; o que cree que las escucha. Gente que cree estar haciendo alguna clase de labor divina en la tierra, librando de pecadores la creación de Dios o lo que sea. O bien, gente que simplemente quiere darles alas a sus deseos más tenebrosos. Algunos quieren aprender, quieren encontrar a alguien que los adiestre. Alguien como yo. —Les dio unos segundos para que saborearan por completo las implicaciones de lo que acababa de decir.

»Si quisiera coger un aprendiz, ¿de verdad creéis que tardaría mucho en encontrarlo? No tendría que hacer otra cosa que buscar por las calles de cualquier gran ciudad de este gran país nuestro. —Extendió los brazos por completo, como si quisiera abarcar el mundo —. Las calles de los Estados Unidos están repletas del próximo Ted Bundy, del próximo John Wayne Gacy, del próximo Lucien Folter. —Por muy ultrajante y fanfarrona que fuera la afirmación, Hunter sabía que era verdad.

»Incluso podríamos organizar un concurso de talentos para buscar al próximo Asesino en Serie Superestrella de los Estados Unidos. —El gesto de Lucien era como de alguien que lo estuviera considerando seriamente—. Yo lo propondría a algunos canales de televisión por cable. Y no me sorprendería que alguien se planteara un espectáculo así, porque, si de algo estoy seguro es de que tendrían más público que con la mayoría de sus otras mierdas».

Los recuerdos de la última investigación con la policía de Los Ángeles explotaron en la cabeza de Hunter como fuegos artificiales: un asesino en serie que había creado su propio *reality show* de asesinatos en internet. Y, tal como Lucien sugería, la gente se conectaba en masa para verlo.

Lucien se levantó, cogió la taza de plástico que tenía en la mesita de metal, fue al lavabo del rincón y se sirvió un poco de agua antes de sentarse otra vez en el borde de la cama.

—Pero, volviendo a tu pregunta, agente Taylor —continuó Lucien —, nunca me deshago de los cuerpos de la misma manera. —Tomó un sorbo de agua.

—Susan —dijo Hunter, rompiendo el silencio—. Dijiste que fue tu primera víctima.

La atención de Lucien volvió a Hunter.

—Sabía que querrías comenzar con ella, Robert. No solo porque era una amiga, sino también porque tienes razón. Te dije que había sido mi primera. Y es, en realidad, el lugar perfecto para empezar, ¿o no? —Respiró hondo y el aspecto de sus ojos cambió, como si el hombre ya no estuviera atrapado entre las paredes; como si los recuerdos y las imágenes fueran tan vívidas que pudiera tocarlos—. Así que déjame contarte cómo empezó todo.

Cuarenta

Palo Alto (California).
Veinticinco años antes.

—Así que ¿de verdad te irás de viaje? —preguntó Lucien mientras ponía sobre la mesa una nueva ronda de tragos.

Susan Richards asintió.

—Estoy segura.

Apenas hacía una semana que Lucien y Susan se habían graduado como psicólogos por la Universidad de Stanford. El logro aún los tenía volando. Desde entonces, lo celebraban cada noche.

—Antes de ponerme a la cacería de trabajos —dijo Susan cogiendo su bebida, que era un Jack Daniels doble con Coca Cola—. Quiero tomarme un poco de tiempo para mí, ¿sabes?; visitar algunos lugares. Tal vez ir a Europa. Siempre he querido ir.

Lucien rio.

—¿Cacería de trabajos? ¿Te has vuelto loca? Acabamos de graduarnos de Stanford, Susan, que es la mejor universidad de psicología de todo el país. Si no pones tu propia clínica, empezarán a cazarte a ti.

—¿Eso es lo que tú vas a hacer? —preguntó Susan—, ¿abrir tu propia clínica?

—No, no lo creo. Últimamente lo he estado pensando un poco y creo que, a lo mejor, terminaré haciendo lo mismo que Robert.

—¿Un doctorado?

—Sí, lo he pensado. ¿Qué opinas?

—Sí. Si eso es lo que quieres, de verdad, venga, Lucien, hazlo.

Lucien puso la cabeza de lado y se encogió de hombros al mismo tiempo.

—Simplemente podría.

—Hablando de Robert —dijo Susan, y se acomodó en el asiento —, es una pena que hoy haya tenido que regresar a Los Ángeles.

El joven Robert Hunter había asistido a la ceremonia de graduación de sus amigos y a las tres primeras noches de la larga semana de festejos, pero esa mañana había cogido un autobús para regresar a Los Ángeles. Pasaría una semana con su padre y, después, regresaría a Palo Alto para empezar un trabajo de verano.

—Sí, lo sé —contestó Lucien, dando un sorbo a su nuevo cóctel.

Estaban en The Rocker Club, un bar de Crescent Park, al norte de Palo Alto. Era su lugar favorito. El personal era amable; las bebidas, baratas; los parroquianos, jóvenes, por lo general, y dispuestos a pasar un buen rato, y la música, roquera y jubilosa.

—Echa un poco de menos a su padre —añadió Lucien—. Es el único familiar que le queda.

—Sí, lo sé —dijo Susan—. Su madre murió cuando era pequeño, ¿o no?

Lucien asintió.

—Creo que tenía siete u ocho años, pero nunca habla de eso. Incluso cuando está un poco ebrio, Robert se las arregla para eludir el tema. ¿Sabes?, me parece que ahí hay algo más que el trauma estándar que significa perder a uno de los padres a temprana edad.

Susan se detuvo a medio trago.

—Ay, no, por favor.

—¿Qué?

—Por favor, no me digas que serás un petardo de esos que se gradúan en psicología y apenas pueden charlar con alguien sin psicoanalizarlo, Lucien. Especialmente si se trata de un amigo.

—Este… —Lucien negó con la cabeza, sonriendo medio avergonzado—. No estaba analizando a Robert.

—Sí, sí lo hacías.

—No, no lo hacía. Solo estaba infiriendo que compartimos un pequeño dormitorio durante cuatro años. Es un tío raro. El más brillante que he conocido, pero raro, de todos modos, y me parece

que la muerte de su madre pudo haber calado en él más de lo que está dispuesto a admitir.

—¿Ah, sí? —dijo Susan. Puso la bebida sobre la mesa e hizo una mueca—. ¿Como qué, por ejemplo, doctor Lucien? Escuchemos tu teoría.

—No soy doctor y no tengo ninguna teoría —respondió Lucien, haciendo una mueca él también—. Solo decía… —Agitó la mano como desechando el tema—. Mira, no importa. Ni siquiera sé por qué estamos hablando de esto. Hemos venido de fiesta, a celebrar. —Cogió su trago—. Así que festejemos y celebremos.

Susan levantó su vaso.

—Vale, brindo por eso.

En los altavoces empezó a sonar Sweet Child of Mine, de Guns N' Roses. Lucien apuró su cóctel en dos largos tragos.

—Venga, vamos a bailar —dijo, poniéndose de pie.

—Pero… —Susan señaló su bebida con el dedo.

—Acábatela, niña…, al estilo rock and roll —respondió Lucien, apremiándola con una serie de movimientos de la mano—. Venga, venga, venga.

Susan apuró su bebida, cogió a Lucien de la mano y lo dejó conducirla a la pista de baile.

Un par de horas y varios tragos más tarde, ambos estaban listos para marcharse. Susan daba la impresión de haber quedado verdaderamente borracha, en tanto que Lucien parecía estar en mucho mejor forma.

—Me parece que deberíamos dejar tu coche aquí y coger un taxi —dijo Susan. Sus palabras empezaban a dar patinazos—. Podrás venir a recogerlo mañana.

—No —alegó Lucien—. Todavía estoy bien. Puedo conducir.

—No, no puedes. Has bebido tanto como yo, y yo vengo… ciega.

—Sí, pero yo he estado bebiendo cócteles, y no Jack Daniels dobles con Coca Cola. Bien sabes que los cócteles aquí son, básicamente, zumo salpicado de alcohol. Podría pasar toda la noche bebiendo eso y, aun así, estar bien para conducir a casa.

Susan se detuvo y miró a Lucien por un largo rato. De verdad que parecía estable. Y tenía razón, los cócteles del Rocker no eran muy fuertes.

—¿Estás seguro de que puedes conducir?

—Completamente.

Susan se encogió de hombros.

—Vale, pero tendrás que conducir lentamente, ¿has oído? Te estaré vigilando. —Con los dedos índice y medio, hizo una uve que apuntaba a sus ojos y movió lentamente la mano hacia los de Lucien.

—Diez cuatro, señora —dijo Lucien con un saludo militar. Había aparcado sobre la misma avenida, a la vuelta de le esquina. A esa hora de la mañana, las calles estaban desiertas—. Abróchate el cinturón de seguridad —dijo, y se acomodó en el asiento del conductor—. Lo manda la ley. Sonrió.

—Lo dice el tío que se ha bebido un camión de cócteles antes de conducir —bromeó Susan, que luchaba con el cinturón de seguridad. Lucien esperaba sin dejar de mirarla—. Lo estoy intentado, ¿vale? —dijo ella, un tanto nerviosa—. No encuentro el puto agujero.

—Aquí, déjame ayudarte. —Lucien se inclinó hacia ella, cogió la hebilla del cinturón de seguridad y rápidamente la deslizó en la cerradura. Luego, sin previo aviso, se acercó un poco más y la besó en los labios.

Susan se apartó sorprendida.

—Lucien, ¿qué haces? —Era como si, de repente, hubiera recuperado la sobriedad.

—¿Qué crees que estoy haciendo? —Transcurrieron unos segundos muy incómodos.

—Lucien… Eh…, lamento haberte dado una impresión equivocada esta noche…, u otra cualquiera. Eres fantástico, un amigo verdaderamente bueno, y lo paso estupendamente contigo, pero…

—Pero no tienes ese tipo de sentimientos por mí —terminó la frase de Susan—. ¿Era eso lo que estabas a punto de decir?

Susan solo se lo quedó mirando.

—¿Y si el que estuviera sentado aquí no fuera yo sino Robert? —Susan se quedó de piedra ante la pregunta—. Apuesto a que no me habrías hecho la cobra, como acabas de hacer. Apuesto a que te habrías echado sobre él como una puta de dos dólares. Tal vez te habrías quitado la ropa y estarías sentada en su regazo, quitándole el cinturón con la mayor urgencia.

—Lucien, ¿qué coño está sucediendo? Es como si no te conociera.

Los ojos de Lucien eran fríos como piedras, como si les hubieran chupado toda la vida y la emoción.

—¿Y qué te hacer pensar que me conoces?

El tono glacial en las palabras de Lucien hizo que Susan se estremeciera. Cuando el hombre estalló, ella aún se esforzaba por entender lo que estaba ocurriendo. Él se lanzó hacia delante violentamente y, con la mano izquierda, aplastó la cabeza de Susan contra la ventanilla del pasajero.

Lucien no se había abrochado el cinturón de seguridad. Tenía mucha libertad de movimiento.

Susan trató de gritar, pero Lucien rápidamente deslizó la mano hasta taparle la boca y ensordecer cualquier sonido. Con la mano derecha, abrió el pequeño compartimento entre los dos asientos y se puso a hurgar.

Susan agarró la mano izquierda de Lucien en un intento de apartarla… Trató de liberar su boca…, su cabeza, pero, aun sobria, él habría sido mucho más fuerte que ella.

—No te preocupes, Susan —suspiró él en su oído—. Todo habrá terminado muy pronto.

A una velocidad inverosímil, la mano de Lucien se dirigió hacia el rostro de Susan. Ella sintió que algo le pinchaba el cuello y, en ese instante, los ojos de ambos se encontraron.

Los de ella, llenos de terror. Los de él, llenos de maldad.

Cuarenta y uno

Lucien relataba los sucesos de aquella noche con el mismo entusiasmo de quien recuerda lo que comió en el desayuno. Durante todo ese tiempo, sus ojos estuvieron clavados en Hunter.

Hunter, por su parte, hacía su mejor esfuerzo por mantenerse impasible, pero, al escuchar cómo Lucien había sometido a Susan, empezó a sentir un nudo en la garganta. Cambió de postura en la silla, pero en ningún momento rompió el contacto visual con el prisionero.

Lucien hizo una pausa, tomó otro sorbo de agua y no dijo nada más.

Los tres estaban a la espera.

Silencio.

—Así que la drogó —dijo Taylor.

Lucien le sonrió sin el menor entusiasmo.

—Le inyecté Propofol. —Taylor miró a Hunter—. Es un anestésico general de acción rápida —aclaró Lucien—. Es increíble el tipo de cosas de las que puedes echar mano cuando te las arreglas para entrar en el edificio de la facultad de medicina de Stanford.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Taylor—. ¿A dónde la llevó? ¿Qué hizo?

—No, no, no —dijo Lucien, agitando levemente la cabeza—. Me toca preguntar. Ese era el acuerdo, ¿o no? Hasta ahora, el juego de las preguntas ha sido muy unilateral.

—Es justo —aceptó Taylor—. Cuéntenos lo que aconteció y después haga su pregunta.

—No estoy de acuerdo. Es mi turno. Por fin ha llegado la hora de satisfacer mi curiosidad. —Lucien se masajeó la nuca por un

momento antes de mirar otra vez a Hunter—. Háblame de cuando eras un niño, Robert. Háblame de tu madre.

La mandíbula de Hunter se tensó.

Taylor parecía un poco confundida.

—Toma y daca —dijo Lucien—. Vosotros, como policías o criminólogos o agentes federales o lo que sea, siempre estáis tratando de entender qué hace que la gente como yo funcione, ¿no es así? Siempre estáis tratando de averiguar cómo trabaja la mente de un homicida despiadado. ¿Cómo puede un ser humano despreciar de tal modo la vida de otro ser humano? ¿Cómo alguien puede convertirse en un monstruo como yo? —Lucien soltaba cada palabra en un ritmo constante, monótono—. Pues bien, por otra parte, a un monstruo como yo también le gustaría saber cómo funciona la gente como vosotros: los héroes de la sociedad, lo mejor de lo mejor, los que arriesgáis la vida por gente que ni siquiera conocéis. —Hizo una pausa teatral—. Quieres entenderme. Yo quiero entenderte.

»Es así de sencillo. Y, tal como Freud te habría dicho, agente Taylor, si quieres adentrarte en la psique de otra persona, si quieres entender en qué persona se ha convertido, el mejor punto de partida es su niñez y su relación con su padre y su madre. ¿No es así, Robert?».

Hunter no dijo nada.

Lentamente, Lucien hizo crujir los nudillos de las dos manos. El espeluznante sonido de sus huesos reverberó por todas las paredes de la celda.

—Así que, Robert, hazme el favor de satisfacer veinticinco años de curiosidad, ¿quieres?

—Me parece que no, Lucien —dijo Hunter, y su voz era tan sosegada como la de un sacerdote en un confesionario.

—A mí me parece que sí, Robert —replicó Lucien en el mismo tono templado—. De verdad que me parece que sí, porque, si quieres saber algo más de lo que le sucedió a Susan, incluyendo dónde puedes encontrar sus restos, debes darme el gusto. —El nudo en la garganta de Hunter se apretó un poco más—. Dime qué

sucedió, Robert. ¿Cómo murió tu madre? —Silencio—. Y, por favor, no me digas mentiras, Robert, porque puedes jurar que me daré cuenta.

Cuarenta y dos

Por un momento, los recuerdos de Hunter viajaron a los padres de Susan Richards. Se habían encontrado con Lucien y con él un par de veces cuando viajaron de Nevada a Stanford para visitar a su hija. Eran una pareja encantadora. Hunter no podía recordar sus nombres, pero sí cuán emocionados y orgullosos estaban de que Susan hubiera sido aceptada en una universidad de tanto prestigio. De las dos familias paternas, era la primera persona en haber asistido a la universidad.

Al igual que los padres de Hunter, la madre y el padre de Susan provenían de entornos muy pobres, y ninguno de los dos había podido terminar la secundaria. Habían tenido que dejarla durante el primer año para buscar trabajo y ayudar a sus familias. Cuando Susan nació, se prometieron el uno al otro hacer todo lo posible para ofrecerle a su hija mejores posibilidades que las que ellos habían tenido. Empezaron a hacer un fondo universitario cuando la niña tenía solo tres meses de vida.

De acuerdo con la ley de los Estados Unidos, la muerte en ausencia o, más bien, la presunción de la muerte, ocurre cuando la persona ha estado ausente y no se ha sabido nada de ella durante siete años o más, aunque este período puede variar ligeramente de un estado a otro. Con todo, ante la falta de restos o de cualquier prueba concreta, Hunter sabía que, si los padres de Susan seguían vivos, aún se aferrarían a una pizca de esperanza. Lo menos que podía hacer era ofrecerles un cierre y la oportunidad de enterrar a su hija dignamente.

—Mi madre murió de cáncer cuando yo tenía siete años —dijo Hunter. Seguía dando la impresión de estar bastante relajado en su asiento.

Lucien sonrió triunfalmente.

—Sí, eso ya lo sabía, Robert. ¿Qué tipo de cáncer?

—Glioblastoma multiforme.

—El tipo de cáncer cerebral primario más agresivo —dijo Lucien, sin emoción en la voz—. Debe de haber sido un golpe muy duro. ¿Cómo de rápido se desarrolló?

—Bastante rápido —dijo Hunter—. Los médicos lo encontraron muy tarde. Murió a los tres meses del diagnóstico.

Ahora fue Taylor quien se reacomodó en su silla.

—¿Sufrió? —preguntó Lucien. La mandíbula de Hunter volvió a tensarse. Lucien se inclinó hacia delante, apoyó los codos en las rodillas y, de una manera muy sutil, empezó a frotarse las manos—. Dímelo, Robert. —Dijo las siguientes tres palabras lentamente, con una pausa entre cada una—: ¿Tu madre sufrió? ¿Por las noches gritaba de dolor? ¿Pasó de ser una persona fuerte, sonriente y llena de vida a convertirse en un bulto de piel y huesos? ¿Suplicó la llegada de la muerte?

Hunter podía ver que Lucien había cambiado de presa; por el momento, al menos. Ya no le interesaba sojuzgar a Taylor. Hoy, el blanco era Hunter. Y Lucien estaba haciendo un excelente trabajo.

—Sí —respondió Hunter.

—¿Sí? —dijo Lucien—. ¿Sí qué?

—Todo.

—Así que dilo.

Hunter tomó aire.

Lucien esperó.

—Sí, mi madre sufrió. Sí, gritaba de dolor por las noches. Sí, pasó de ser una persona fuerte, sonriente y llena de vida a convertirse en un irreconocible saco de piel y huesos, y sí, suplicó la muerte.

Taylor miró de reojo a Hunter y sintió la piel de gallina por todo el cuerpo.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Lucien.

—Helen.

—Cuando murió ¿estaba en un hospital o en casa?

—En casa —dijo Hunter—. No quiso ir al hospital.

—Ya veo. —Lucien movía la cabeza de arriba abajo—. Quería estar con su familia…, con sus seres queridos. Algo muy noble, aunque es extraño y un tanto sádico que haya querido que su hijo de siete años presenciara todo su sufrimiento, todo su dolor… Y habrá sido, supongo, algo insoportable.

Ante esa avalancha de recuerdos, mantener un rostro firme se había vuelto imposible. Hunter apartó la mirada, apretó los labios y se tomó un momento. Cuando volvió a hablar, lo hizo con una voz tan estable como le fue posible, aunque era incapaz de ocultar la tristeza.

—Mi madre era trabajadora de limpieza y ganaba el salario mínimo. Mi padre trabajaba por las noches como guardia de seguridad, y, de día, para complementar sus bajos ingresos, cogía cualquier curro, por extraño que fuera. En casa, cada fin de mes era una batalla, incluso cuando los dos estaban sanos. No teníamos ahorros porque nunca quedaba nada para ahorrar. El pequeño seguro de gastos médicos de mi padre no podía cubrir los costes; no podíamos pagar las cuentas del hospital. La casa era el único lugar donde ella podía estar.

Un largo y arrastrado silencio.

—Vaya, qué historia tan triste, Robert —dijo Lucien con frialdad —. Casi puedo oír los violines. Dime, ¿estabas en casa cuando tu madre murió?

Hunter negó con la cabeza.

—No.

Lucien volvió a sentarse como de costumbre y asintió calmadamente antes de ponerse de pie.

—Te dije que, si me mentías, Robert, lo sabría. Y esa es una mentira. Esta entrevista ha terminado.

La mirada de sorpresa de Taylor danzó entre Hunter y Lucien.

—A la mierda los restos de Susan —dijo Lucien—. Nunca los vas a encontrar. Buena suerte cuando se lo expliques a la familia.

Cuarenta y tres

Lucien se volvió y caminó lentamente hacia el lavabo.

Taylor se tensó en su silla, pero el momento incómodo duró apenas unos segundos, hasta que Hunter levantó las manos en un gesto de rendición.

—Vale, Lucien, perdóname.

Lucien se pasó la mano por el cabello, aunque seguía dándoles la espalda. Se tomó su tiempo, como valorando las disculpas de Hunter.

—Venga, supongo que no puedo culparte, ¿o sí, Robert? —dijo por fin—. Tenías que intentarlo, para ver si de verdad yo podía detectar tus mentiras. Es lógico, por decir lo menos. ¿Por qué, a estas alturas, deberías confiar en mí? Antes, no me habría percatado, ¿o sí? Nunca diste señales reveladoras; siempre fuiste capaz de conservar la cara de palo en cualquier situación. —Finalmente, se volvió a sus interrogadores—. Bien, viejo amigo, supongo que estás envejeciendo; o quizás he mejorado mucho, muchísimo, como lector de gente.

Hunter no tenía por qué dudarlo. Muchos asesinos en serie se convierten en observadores hábiles, sí como en expertos lectores del lenguaje corporal y las señales ocultas. Eso los ayuda a elegir a sus víctimas y seleccionar el momento preciso para atacarlas.

—Muy bien —continuó Lucien—, por los viejos buenos tiempos, estoy dispuesto a perdonarte este desliz, pero no vuelvas a mentirme, Robert. —Volvió a sentarse—. ¿Quieres reformular tu respuesta?

Una breve pausa.

—Sí, yo estaba en casa cuando mi madre murió —comenzó a decir Hunter—. Ya te dije: mi padre trabajaba de noche como

guardia de seguridad; y mi madre murió de noche.

—¿Así que estabas a solas con tu madre?

Hunter asintió. Lucien se quedó esperando, pero Hunter no dijo nada más.

—No te detengas, Robert. ¿Sus gritos te asustaron esa noche?

—Sí.

—Pero no fuiste a esconderte en tu habitación, ¿o sí?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque era mayor mi miedo a no estar ahí en caso de que mi madre me necesitara.

—¿Y eso ocurrió? Durante la última noche, ¿tu madre te necesitó?

Hunter contuvo la respiración.

—¿Te necesitó, Robert?

En los ojos de Lucien, Hunter alcanzaba a distinguir algo que no había notado antes: una certeza absoluta; como si de verdad conociera todas las respuestas; como si, al desviarse Hunter aunque fuera un poco, Lucien pudiera darse cuenta.

—Sí —respondió Hunter, finalmente.

—¿Cómo te necesitó? —preguntó Lucien—. Y, recuerda, no me mientas.

—Pastillas —dijo Hunter.

—¿Qué hay de eso?

—Mi madre las tomaba. Hacían desaparecer el dolor; un rato, por lo menos. Pero, mientras el cáncer avanzaba, el efecto de las pastillas era cada vez más débil.

—Así que necesitaba más —dijo Lucien.

Hunter asintió.

Una mirada pensativa dibujó el rostro de Lucien. Un momento más tarde, sus labios se extendieron en una sonrisa malvada.

—Pero eran analgésicos con receta, ¿no es así? —dijo—. Muy fuertes, probablemente. Quizás del segundo tipo: opiáceos, de esos que no te puedes exceder en la dosis. Esas pastillas no estaban

junto a su cama, ¿o sí, Robert? No podían estar ahí. El riesgo de una sobredosis accidental habría sido demasiado grande. Así que, ¿dónde estaban? ¿En el baño?, ¿en la cocina?, ¿dónde? —Silencio.

»Las pastillas, Robert, ¿dónde las guardaban?», insistió Lucien.

Hunter podía sentir la voz amenazante.

—Mi padre las guardaba en la alacena, en la cocina.

—Pero tu madre te las pidió esa noche.

—Sí.

Lucien se rascó la cicatriz de la mejilla izquierda.

—Ya no podía soportar el dolor, ¿o sí? —Presionó—. Prefería morir. De hecho, suplicaba morir, y tú fuiste el mensajero, porque tú se las llevaste, ¿no fue así? ¿Cuántas pastillas le llevaste, Robert? —Entonces cayó en la cuenta. Levantó la mano y, al mismo tiempo, sus ojos se abrieron un poco—. No, espera. Le diste todo el frasco, ¿o no?

Hunter no dijo nada, pero su memoria lo trasladó a esa noche.

Las noches eran siempre lo peor. Los gritos de su madre sonaban cada vez más fuertes; los gemidos, más profundos y pesados. Lo hacían temblar. No como cuando se resfriaba; estos eran escalofríos intensos que venían de lo más profundo. La enfermedad había provocado a su madre tanto dolor que él esperaba que hubiera algún modo de ayudarla.

El pequeño Robert Hunter de siete años había oído los gritos de dolor de su madre y había abierto cautelosamente la puerta del dormitorio. Tenía ganas de llorar. Desde que ella se puso enferma, a menudo sentía ganas de llorar, pero su padre le había dicho que no debía hacerlo.

La enfermedad la hacía verse diferente. Estaba tan consumida que él, por debajo de la piel flácida, podía verle los huesos. El llamativo cabello rubio y largo de su madre estaba ahora tenue y encrespado. Los ojos, antes chispeantes, habían perdido toda la vida y estaban muy hundidos en las cuencas.

Tiritando, él se detuvo junto a la puerta. Su madre estaba hecha un ovillo en la cama. Con las rodillas pegadas al pecho, se abrazaba fuerte las piernas. Tenía el rostro contorsionado por el dolor. Entornó los ojos y trató de enfocarlos en la pequeña figura junto a la puerta.

—Por favor, cariño —susurró en cuanto reconoció a su hijo—. ¿Puedes ayudarme? Ya no soporto el dolor.

A él le costó un trabajo inmenso contener las lágrimas. Su voz surgió tan débil como la de ella.

—¿Quieres que llame a papá?

Ella apenas pudo negar con un delicado movimiento de cabeza.

—Papá no puede ayudar, cariño, pero tú sí. ¿Puedes acercarte un poco más, por favor? ¿Puedes ayudarme?

Ahora, su madre parecía otra persona. Tenía las ojeras más oscuras, y los labios, agrietados y llenos de costras.

—Puedo calentar un poco de leche para ti, mamá. Te gusta la leche caliente.

Habría hecho cualquier cosa para ver a su madre sonreír otra vez. Mientras se acercaba, ella se estremeció ante el asalto de una nueva oleada de dolor.

—Por favor, hijo, ayúdame. —Su respiración era una serie de cortos jadeos.

A pesar de las advertencias de su padre, ya no pudo contener el llanto. Las lágrimas comenzaron a descender por su rostro.

Su madre pudo notar su miedo y sus temblores.

—Está bien, cariño, todo va a estar bien —le dijo con voz trémula.

El se acercó un poco más y puso su mano sobre la de ella.

—Te quiero, mamá.

Esas palabras la hicieron llorar.

—Yo también te amo, cariño. —Le apretó un poco la mano. Era todo lo que podía hacer con las fuerzas que le quedaban—. Necesito tu ayuda, tesoro, por favor.

—¿Qué quieres que haga, mamá?

—¿Me puedes traer las pastillas? Sabes dónde están, ¿o no?

Él se pasó el dorso de la mano derecha por la nariz húmeda. Estaba asustado.

—Están muy arriba —dijo, y apartó su mirada de la de su madre.

—¿Puedes alcanzarlas, tesoro? Por favor, hace mucho rato que me duele. No sabes cuánto duele esto.

Él tenía los ojos tan colmados de lágrimas que todo lo veía distorsionado. Sentía el corazón vacío, sentía que todas las fuerzas lo habían abandonado. Sin decir una sola palabra, lentamente giró y abrió la puerta.

Su madre trató de llamarlo, pero con una voz tan débil, que no llegaba más allá de unos cuantos metros.

A los pocos minutos, él estaba de vuelta con una bandeja. Traía un vaso de agua, dos galletas de crema y el frasco de las medicinas. Ella lo miró casi sin creer lo que veían sus ojos. Muy lentamente, y con un dolor inimaginable, se incorporó hasta quedar sentada. Él se acercó un poco más, colocó la bandeja en la mesilla de noche y le entregó el vaso de agua.

Ella habría querido abrazarlo, pero apenas le quedaban fuerzas para moverse. En su lugar, le dedicó la sonrisa más sincera que él había visto nunca. Aunque intentó abrir el frasco, sus dedos estaban tan debilitados que no pudieron girar la tapa. Se volvió a su hijo con una mirada suplicante.

Él le quitó el frasco de las manos temblorosas, presionó la tapa y la giró en sentido contrario a las agujas del reloj. Luego le puso dos pastillas en la mano. Ella se las llevó a la boca y se las tragó sin un sorbo de agua, siquiera. Sus ojos pedían más.

—Leí la etiqueta, mamá. Dice que no debes tomar más de ocho al día. Con las dos que te acabo de dar, ya son diez.

—Eres tan inteligente, cariño mío. —Sonrió otra vez—. Eres muy especial. Te amo tanto… y siento mucho no verte crecer.

Los ojos del niño volvieron a llenarse de lágrimas cuando ella ciñó con los dedos huesudos el frasco de la medicina. Robert se aferró a él.

—No hay problema —susurró ella—. Estaré bien.

Vacilante, él lo soltó.

—Papá se va a enojar conmigo.

—No, no se enojará, tesoro, te lo prometo. —Se puso otras dos pastillas en la boca.

—Te traje estas galletas. —Señaló la bandeja—. Son tus favoritas, mamá. Por favor, come una. Hoy no has comido mucho.

—Lo haré, cariño, en un rato. —Se tragó unas cuantas pastillas más—. Mañana, cuando papá llegue, dile que lo amo, que siempre lo amaré. ¿Podrás?

El niño asintió. Tenía los ojos fijos en el frasco, ahora casi vacío.

—¿Por qué no vas a leer uno de tus libros, hijo? Sé cuánto te gusta leer.

—Puedo leer aquí, mamá, para que no te quedes sola. Puedo sentarme en el rincón, si quieres. No haré el menor ruido, te lo prometo.

Ella extendió la mano y le tocó el cabello.

—Estaré bien, cariño. El dolor está comenzando a ceder. —Sus ojos parecían pesar mucho.

—Entonces vigilaré la habitación. Me sentaré al otro lado de la puerta.

Ella sonrió con una mueca de dolor.

—¿Para qué quieres vigilar la habitación, cariño?

—Me dijiste que Dios viene a veces y se lleva a la gente al cielo. No quiero que te lleve, mamá. Me sentaré junto a la puerta y, si acaso viene, le diré que se aleje. Le diré que estás mejorando y que no te lleve.

—¿Le vas a decir a Dios que se aleje?

Él asintió vigorosamente.

Ella empezó a llorar otra vez.

—Te voy a echar muchísimo de menos, Robert.

Taylor miró a Hunter y sintió que el corazón se le encogía en el pecho.

Una sonrisa glacial comenzó a formarse en los labios de Lucien, como hielo sobre un lago oscuro y congelado.

—Así que saliste de la habitación —dijo.

Hunter asintió.

—Y ahí fue donde empezaron las pesadillas —dijo Lucien a modo de conclusión, como un psicólogo que, por fin, ha traspasado las barreras de su paciente.

Todo el pasillo del sótano entró en un silencio desconcertante, pero no por mucho tiempo. Con los ojos fijos en Lucien, Hunter finalmente se desprendió de los recuerdos.

—Susan, Lucien. —Toda la tristeza se había desvanecido de su voz—. Ya tienes lo que querías, ahora dinos qué sucedió después de que la drogaste en el coche.

Cuarenta y cuatro

La Honda, a 29 km de Palo Alto, California.
Veinticinco años antes.

Susan Richards despertó sacudida con el fuerte sonido de una puerta que se cerraba de golpe. A pesar del ruido repentino, sus ojos se abrieron con lentitud. Parpadeaba sin parar, como si le hubieran entrado granos de arena en los ojos y le estuvieran arañando la córnea. Sentía los párpados pesados y cansados, y, sin importar lo mucho que se esmerara, no lograba enfocarlos en ninguna cosa. Todo alrededor era un gran borrón.

Lo primero que notó fue que se sentía muy mareada, como atrapada en un sueño nebuloso del que no podía despertar. Tenía la boca completamente seca, y la lengua, como papel de lija. Sintió entonces el olor: seco, húmedo, mohoso, viejo y repugnante. No tenía ni idea de dónde se encontraba, pero el lugar olía como abandonado por muchos años. A pesar del terrible hedor, los pulmones le exigieron a Susan una gran bocanada de aire. Al aspirar, casi pudo sentir el sabor rancio de la habitación. Una sola aspiración profunda le bastó para provocarle arcadas.

De pronto, entre toses desesperadas, sintió un dolor agudo e insoportable. A su cuerpo exhausto le tomó algunos segundos darse cuenta. El dolor provenía del brazo derecho.

Susan se dio cuenta de que estaba sentada en una especie de silla dura y terriblemente incómoda. Tenía las muñecas detrás del respaldo, fuertemente atadas; y los tobillos, amarrados también a las patas de la silla. Estaba empapada en sudor. Trató de enderezar la cabeza, que le caía torpemente al frente, pero el movimiento le provocó oleadas de náuseas.

Dentro de la habitación había una fuente de luz que ella no alcanzaba a identificar. Una lámpara en un rincón, tal vez, o una bombilla colgando del techo. Lo que fuera, bañaba la habitación con un resplandor débil y amarillento. Finalmente, sus ojos se movieron a la derecha y trataron de enfocarse en el brazo de donde provenía el dolor. Aún se sentía aturdida, así que pasó un momento antes de que su visión se estabilizara y se disiparan los borrones. Cuando por fin lo consiguió, su corazón se llenó de terror.

—Ay, Dios mío. —Las palabras se escurrieron de entre sus labios.

Faltaba un enorme trozo de la piel de su brazo, desde el hombro hasta el codo. No había otra cosa que carne cruda empapada en sangre. Por un instante, fue como si la herida estuviera viva. La sangre caía en cascadas desde el brazo, entre las manos atadas y los dedos hasta el suelo de hormigón, formando un gran charco carmesí a los pies de la silla.

Al instante, Susan apartó la cabeza y vomitó sobre su regazo. El esfuerzo la hizo sentirse aún más débil, aún más mareada.

—Discúlpame, Susan —oyó que decía la voz familiar—. Nunca pudiste soportar la visión de la sangre, ¿verdad?

Susan tosió unas cuantas veces y trató de escupir el horrendo sabor del vómito. Sus ojos se movieron hacia delante y se enfocaron, por fin, en la figura que estaba parada frente a ella.

—Lucien… —dijo apenas en un susurro.

A su memoria volvieron destellos de la última noche en el Rocker Club. Entonces recordó haber estado en el coche de Lucien…, el modo furioso en que él la había mirado. Y, después, nada.

—¿Qué…? —No pudo terminar la frase. Su garganta estaba demasiado débil para producir sonidos. De manera instintiva, sus ojos volvieron a la carne abierta del brazo derecho y, una vez más, todo su cuerpo se estremeció.

—Ay —dijo Lucien despreocupado, y la rodeó hasta ponerse a su espalda—, no te preocupes por eso. No creo que vayas a echar de menos esa cosa tan horrible, ¿o sí?

Le mostró un gran frasco de cristal lleno de algún líquido rosáceo. Había algo flotando ahí. Susan entrecerró los cansados ojos, trató de forzarlos, pero ni así pudo distinguir qué era eso.

—Ay, perdona —dijo Lucien, captando su confusión. Metió dentro del frasco una mano enguantada y sacó el objeto flotante—. Déjame mostrártelo. —Los bordes se habían enroscado un poco—. Él los desenroscó y estiró el trozo de piel que le había arrancado del brazo hacía menos de una hora. —Es un tatuaje espantoso, Susan. No tengo ni idea de qué te hizo pensar que esto podía ser guay.

La bilis ácida volvió a abrirse camino hasta la boca de Susan, lo que le provocó un nuevo y frenético ataque de náuseas y tos.

Divertido, Lucien esperó a que terminara.

—Pero creo que será un recuerdo fabuloso —dijo, asintiendo un par de veces—. ¿Y sabes qué? Me parece que me daré la oportunidad de convertirme en coleccionista de *souvenirs*. Estaré atento a lo que esto pueda hacerme sentir. Probaré la teoría que hay detrás. ¿Qué te parece?

La cabeza de Susan retumbaba al ritmo de los latidos de su corazón. Sentía que la cuerda con la que le habían atado las muñecas y los tobillos le cortaba la piel hasta los huesos. Quería hablar, pero el miedo parecía haber borrado todas las palabras de su mente aterrada. Sus ojos, por otro lado, reflejaban el miedo y la desesperación.

Lucien devolvió al frasco el trozo de piel tatuada.

—¿Sabes? —dijo—. He tenido esa jeringa escondida en mi coche por casi un año. He pensado en usarla muchas veces. —Susan respiró y el aire parecía entrar por su nariz en grumos—. Pero nunca contigo —continuó Lucien—. Muchas veces pensé en escoger una prostituta. Te has de acordar, por las clases de criminología, que son blancos fáciles: cercanos, accesibles y, la mayoría de las veces, anónimos. —Se encogió de hombros con indiferencia—. Pero, desafortunadamente, las cosas no funcionaron así. Nunca creí estar preparado, pero esta noche ha sido diferente. Podría decir, creo, que

esta noche he sentido, por primera vez, mi verdadero impulso «asesino».

A Susan se le llenaron los ojos de lágrimas. Para ella, el aire de la habitación se sentía cada vez más denso, más contaminado… Ya era casi irrespirable.

—He sentido este increíble impulso de hacerlo, simplemente, sin pensar en las consecuencias —dijo Lucien. Sus ojos brillaban con un nuevo propósito. Susan podía verlo, y eso hizo que una nueva corriente de pánico le recorriera el cuerpo—. Así que he decidido no oponer resistencia —continuó, y se acercó un paso más—. He decidido actuar. Lo he hecho. Y aquí estamos.

Susan trataba de calmar su respiración, de pensar, pero todo se sentía como una espantosa pesadilla. Pero, si era eso, ¿por qué no podía despertar?

—Lucien… —dijo con la voz rasposa, atascada en la garganta—, no sé…

—No, no, no —la interrumpió él, agitando el índice izquierdo—. No hay nada que puedas decir. ¿No te das cuenta, Susan? Ya no hay vuelta atrás. —Extendió los brazos hacia los lados, mostrándole la habitación—. Ahora estamos aquí. El proceso ha comenzado. Las compuertas se han abierto… O cualquier tópico que se te ocurra. Pase lo que pase, esto está sucediendo.

Fue entonces cuando Susan notó la mirada de Lucien, distante y álgida, como la de un hombre sin alma. Y eso la paralizó.

Lucien se colmaba de exaltación con el miedo de Susan. Había supuesto que ese ardor entraría en conflicto con algo dentro de él: la moral, las emociones, tal vez… No estaba muy seguro de qué podría ser, pero algo. Ese conflicto no llegó nunca. No sintió nada sino regocijo al hacer por fin aquello con lo que había fantaseado por tanto tiempo.

Susan quería hablar, gritar, pero sus labios paralizados de pánico no podían moverse. En lugar de eso, sus ojos suplicaban a Lucien misericordia…, una misericordia que no llegaría nunca.

Sin aviso alguno, Lucien se lanzó hacia delante y, en un destello, ya tenía las manos en el cuello de su víctima.

Los ojos de Susan se abrieron de terror. En su cuello, todos los músculos se tensaron cuando su cuerpo reaccionó para defenderse del ataque. Abrió la mandíbula, jadeó, pero su cerebro ya sabía que la batalla estaba perdida. Con los pulgares, Lucien comprimía las vías respiratorias de Susan, mientras sus grandes palmas apretaban para provocar una oclusión significativa en las arterias carótidas y las venas yugulares, lo suficiente para obstruir el flujo de sangre en el cuello.

Cuando el cuerpo de Susan empezó a patalear y a retorcerse en la silla, Lucien la mantuvo inmóvil apoyando casi todo el peso en su regazo. Fue entonces cuando sintió que algo se derrumbaba entre sus pulgares. Supo que le había aplastado la laringe y la tráquea. Susan moriría en unos cuantos segundos, pero Lucien no dejó de apretar; al menos, no en ese momento. Persistió hasta fracturarle el hueso hioides. Durante todo ese tiempo, sus ojos locos y frenéticos estuvieron clavados en los ojos moribundos de Susan.

Cuarenta y cinco

Hunter guardó silencio. No interrumpió ni una vez el relato de Lucien, que fue transmitido con frialdad y sin el menor remordimiento. Sin embargo, durante todo ese tiempo, Hunter estuvo luchando por mantener sus emociones bajo control.

Taylor también había escuchado todo en silencio, sin interrumpir, pero se descubrió a sí misma cambiando de posición en la silla un par de veces, por lo menos. Cada uno de esos pequeños movimientos parecía complacer y divertir a Lucien más y más.

—Antes de que lo preguntes —dijo Lucien, dirigiéndose a Hunter —, no hubo gratificación sexual. No toqué a Susan de esa forma. — Se encogió de hombros—. La verdad sea dicha, no se suponía que ella sería mi primera víctima. Nunca tuvo que convertirse en una, en absoluto. Nunca participó en los miles de fantasías que tuve antes de ese día. El que hubiera ocurrido así fue, simplemente, muy desafortunado.

—¿Miles? —preguntó Taylor.

Lucien sonrió.

—Por favor, no seas tan ingenua, agente Taylor. ¿Crees que las personas como yo deciden, de pronto, comenzar a matar y así?, ¿que estamos listos para salir un día a buscar a nuestra primera víctima? —Negó socarronamente con un movimiento de cabeza—. La gente como yo sueña durante un largo tiempo con hacerles daño a los demás, agente Taylor. Algunos empiezan a fantasear desde la niñez, quizás; algunos mucho más tarde, pero todos lo hacemos, y lo hacemos todo el tiempo. Con respecto a mí, podría afirmar, creo, que mi fascinación por la muerte comenzó muy temprano. Verás, mi padre fue un gran cazador. Solía llevarme de cacería por las montañas de Colorado, y, para mí, había algo cautivador en aquello

de esperar, acechar y mirar directamente los ojos del animal poco antes de apretar el gatillo.

Lucien se rascó la barbilla mientras miraba a Hunter. Entonces sonrió.

—Mírate, Robert. Prácticamente puedo oír cómo trabaja tu cerebro. El psicólogo que hay dentro de ti ha comenzado a elaborar conexiones teóricas entre mis primeros días de cazador y el asesino en quien me he convertido. —Rio—. Antes de que me lo preguntes, no me meaba en la cama cuando era niño ni sentía deseos de prenderle fuego a nada.

Lucien se refería a la tríada de Macdonald: una teoría con bases psicológicas que sugiere que un conjunto de tres rasgos de comportamiento —la crueldad animal, la piromanía y la enuresis—, cuando se presentan juntas en la juventud, pueden asociarse con tendencias violentas que surgirán más tarde; particularmente, con el comportamiento homicida. Ahora bien, los estudios demuestran que no se han encontrado vínculos estadísticos significativos entre la tríada y los criminales violentos. Aun así, la tríada se rompe, la crueldad animal es, con mucho, el rasgo que, según las estadísticas, se manifiesta más en los primeros años de un gran número de los asesinos en serie encarcelados. Hunter estaba muy al tanto de eso.

Con el dedo índice, Lucien se rascó algo que tenía atascado entre los dos incisivos.

—Venga, date gusto, mi viejo amigo. Analiza lo que quieras, que estoy seguro de que te sorprenderé.

—Ya lo has hecho.

Las comisuras de los labios de Lucien se curvaron con engreimiento.

—A pesar de mis días de cazador —continuó—, fue durante el primer año del instituto cuando comencé a tener ensoñaciones. —El interés se marcó en el rostro de Taylor—. En esos sueños, no iba de cacería. Lastimaba gente. Algunas veces, conocidos míos; otras, gente a la que nunca había visto, simples creaciones azarosas de mi imaginación. Eran sueños muy violentos, supuestamente

aterradores, pero me llenaban de emoción, me hacían sentir bien; tan bien, que no quería despertar. No quería que pararan… Y fue entonces cuando empecé a fantasear de día, bien despierto. El papel estelar en estas, digamos… —Lucien buscó en el aire las palabras adecuadas—, fantasías intensas, lo representaban, por lo general, personas a las que yo detestaba: profesores, matones del colegio, algunos miembros de la familia… Pero no siempre. —Hizo una pausa y un gesto de «como sea».

»Sea como sea, Susan nunca fue parte de eso. Nunca estuvo en ninguno de mis sueños ni fantasías violentos. Esa noche, simplemente, encajaba a la perfección. —Lucien se levantó, fue al lavabo y rellenó su taza de agua.

»Ese fue el verdadero motivo por el que quise estudiar psicología y comportamiento criminal —continuó mientras volvía al borde de la cama—. Tratar de entender qué estaba ocurriendo dentro de mi cabeza, por qué estas fantasías violentas nadaban aquí dentro. —Con el dedo índice, se dio unos golpecitos en la sien derecha—. Por qué las disfrutaba tanto; quería saber si había algún modo de deshacerme de ellas. —Se rio—. Pero ¿acaso no lo sabes? La universidad tuvo el efecto contrario. Cuanto más estudiaba, cuantas más teorías leía acerca de la forma en que los psicólogos creían que funcionaba la mente de un asesino, más intrigado me sentía. —Lucien hizo una pausa y bebió un sorbo de agua—. Quería ponerlas a prueba».

—¿Ponerlas a prueba? —preguntó Taylor—. ¿Poner a prueba a quién o qué?

—Las teorías —dijo Hunter, leyendo entre líneas.

Taylor lo miró.

Lucien señaló a Hunter e hizo un gesto como diciendo «acertaste a la primera, Robert».

—Quería poner a prueba las teorías. —Se inclinó un poco hacia delante—. ¿No te sentías intrigado, Robert? Como el estudiante de mente tan inquieta que eras, ¿no querías saber qué sucedía de verdad en la mente de un asesino? ¿Qué la hacía funcionar? ¿No

querías saber si las teorías que nos estaban enseñando eran ciertas o solo un montón de suposiciones de mierda recogidas por un grupo de psicólogos empollones? —Hunter seguía estudiando a Lucien en silencio.

»Pues yo sí —continuó el prisionero—. Cuantas más teorías estudiaba, más las comparaba con lo que mis fantasías me hacían sentir. Entonces, una de esas teorías finalmente resultó ser cierta para mí. —Lucien miró a Taylor de un modo que la hizo sentirse desnuda, vulnerable—. ¿Te gustaría saber qué teoría es esa, agente Taylor?».

Taylor no quiso dejarse intimidar.

—¿La teoría que dice que uno tiene que ser un montón de escoria enferma y estar jodido de la cabeza para hacer lo que usted hizo? —replicó Taylor sin ira ni exaltación en la voz.

Tan solo provocó una sonrisa de Lucien.

—¿Robert? —Sus ojos se dirigieron hacia Hunter. Enarcó las cejas.

Hunter no estaba de humor para juegos, pero Lucien seguía teniendo todas las cartas.

—Es posible que, un día, las fantasías ya no sean suficientes —dijo.

Lucien ensanchó la sonrisa antes de dirigirse otra vez a Taylor.

—De verdad que es bueno, ¿no? Es cierto, Robert. Seguí fantaseando hasta que, un día, me di cuenta de que fantasear ya no era suficiente. Eso ya no me hacía sentir tan bien como antes. Me percaté de que, para llegar a las alturas de antes, tenía que pasar al siguiente nivel. —Su mirada volvió a detenerse en Hunter, como si tuviera una deuda de gratitud con su viejo amigo—. Entonces tú dijiste algo que desencadenó todo, Robert.

Cuarenta y seis

Si Lucien estaba esperando alguna reacción de Hunter, se decepcionó. Hunter permaneció totalmente quieto, sin dejar de mirarlo a los ojos. Fue Taylor quien dio signos de estar sorprendida.

—¿A qué se refiere? —preguntó, contoneando el cuerpo en la silla.

Lucien siguió mirando a Hunter por un rato, todavía en busca de alguna reacción.

Nada.

—Robert y yo solíamos discutir mucho acerca de muchas de esas teorías —comenzó Lucien—. Era natural: dos mentes jóvenes y ávidas tratando de encontrar sentido al loco mundo en que vivíamos e intentando ser los mejores estudiantes que podíamos ser. Fue entonces, durante un debate en nuestro segundo año en Stanford, cuando Robert dijo algo que echó a andar mi cerebro.

Taylor echó un vistazo a Hunter, quien no perdía de vista a Lucien.

—Te lo explicaré, agente Taylor —dijo el prisionero con una sonrisa de satisfacción—. Estábamos estudiando la psicología del cerebro. El debate era acerca de si, en algún momento, la ciencia lograría encontrar un sector de nuestro cerebro, por pequeño que fuera, que estuviera al mando de nuestras urgencias de hacer algo, lo que fuera, incluyendo convertirse en un asesino. —Miró a Hunter. Por más que su viejo amigo no lo reconociera, Lucien sabía que recordaba aquel debate.

»Espero que no tengas inconveniente en que recurra al mismo ejemplo que tú usaste entonces, Robert —dijo—. Aún lo recuerdo bien. —No esperó ninguna respuesta—. Dos hermanos —comenzó, dirigiéndose a Taylor—. Gemelos idénticos. Crecen bajo un entorno y

circunstancias idénticos. Ambos reciben de sus padres el mismo amor, el mismo afecto. Acuden a los mismos colegios, a las mismas clases; se les enseñan los mismos valores morales. Ambos son estudiantes populares. Muy buenos estudiantes. —Lucien se encogió de hombros—. Y buenos mozos, también. Lo que estoy tratando de decir, agente Taylor, es que no ha habido diferencias en la crianza. —Taylor frunció mínimamente el ceño, pero Lucien lo percibió.

»No te pierdas —dijo—, que las cosas se irán aclarando. Ahora, digamos que estos dos hermanos se han convertido en ávidos fanáticos de la música —Lucien guiñó un ojo a Hunter— y que ambos se han hecho aficionados al mismo estilo musical y a los mismos grupos. Han cambiado su modo de vestir y su corte de pelo para coincidir con los de sus ídolos. Han adquirido los discos… —Lucien hizo una pausa y sonrió—. Vale, eso era en aquel entonces. Ahora simplemente descargarían la música, ¿correcto? De cualquier modo, tendrían las camisetas, las gorras de béisbol, los carteles, las chapas… Todo. Habrían ido a cualquier concierto que se celebrara en su ciudad. Pero habría una diferencia.

»El hermano A se conforma con ser un simple fanático. Está contento de asistir a los conciertos, de volver a escuchar la música en su habitación y de vestirse como sus ídolos. El hermano B, por otro lado, quiere algo más. Ser un simple fanático, ir a los conciertos y escuchar la música no es suficiente para él. Algo en su interior lo urge a participar en el circo de la música. Necesita experimentar esa realidad por su propia cuenta. Así que el hermano B aprende a tocar un instrumento y se une a una banda. Y ahí lo tenemos. —Lucien dejó esas palabras flotando en el aire. Le dio a Taylor un momento para digerirlas antes de seguir adelante.

»Esa pequeña diferencia es toda la diferencia, agente Taylor. ¿Por qué el hermano B, tras haber crecido en idénticas circunstancias, quiere ese poco más que el hermano A? ¿Por qué uno se conforma con ser un simple fanático, mientras que el otro no? —Si Taylor estaba tratando de elaborar una respuesta, Lucien no se quedó a esperarla.

»Esta misma teoría puede llevarse fácilmente al campo de los deseos de asesinar. —Esta vez, la sonrisa de satisfacción era más descarada—. Algunas personas con tendencias a la violencia pueden complacerse con puras fantasías: con ver pelis violentas o leer libros de brutalidad o mirar fotos de salvajismo por internet; o bien, con golpear un saco de boxeo o lo que sea; pero otras… —Movió la cabeza lentamente de un lado al otro—. Otras sentirán la urgencia de ir un poco más allá, de convertirse en el hermano B. Y es esta pulsión, este impulso que nos hace querer algo más que los demás, lo que, según Robert, la ciencia nunca será capaz de ubicar. Al menos, no físicamente, porque es lo que nos convierte en individuos. Es lo que nos hace diferentes unos a otros».

Hunter seguía observando a Lucien, quien se emocionaba con su propio discurso como un predicador. Más aun cuando notaba que Taylor se preguntaba cosas.

—¿Está diciendo que los argumentos de Robert en aquella discusión, hace tantos años, fueron su acicate para empezar a matar? —Taylor dijo esto con una voz un poco cáustica—. ¿Busca a quién culpar por todo lo que ha hecho? Vaya, qué topicazo.

Lucien echó la cabeza atrás y rio animadamente.

—De ninguna manera, agente Taylor. He hecho lo que he hecho porque he querido. —Señaló a Hunter con un dedo—. Pero, fisiología aparte, ese argumento me dejó pensando, viejo amigo, y fue en ese momento cuando supe lo que necesitaba hacer, exactamente. Tenía que dejar de fantasear. Tenía que dejar de oponerme a la pulsión. Debía pasar al siguiente nivel…, a ser el hermano B. Así que comencé a planificar. Mira, agente Taylor, una de las grandes ventajas de quienes hemos estudiado criminología es que aprendemos de algunos de los homicidas más infames que han pisado la Tierra. Y, créeme, los he estudiado a profundidad. Me suscribí a los periódicos y revistas especializados, y los leí; estudié los escritos de muchos prominentes psiquiatras forenses; aprendí acerca de los asesinos sexuales, de los asesinos en serie, de los militares, de los profesionales y magnicidas. Estudié masacres y

conspiraciones homicidas. Aprendí todo lo que pude acerca del tema, pero, sobre todo, puse mi atención en los errores de los autores. Especialmente en aquellos errores que condujeron a su captura.

Taylor decidió darle un mordisco.

—Vale, tal parece que, después de todo, no puso mucha atención, dado el lío gordo en que está metido. —Pasó la mirada por la celda.

A Lucien no pareció molestarle el agudo comentario de Taylor.

—Vaya que lo hice, agente Taylor. Lamentablemente, uno no puede predecir los accidentes. Si estoy aquí no es por haber cometido un error ni por mérito de la institución para la que usted trabaja, sino por cierta desafortunada cadena de sucesos azarosos que tuvieron lugar hace siete días; eventos, todos ellos, fuera de mi control. Admítelo, agente Taylor, el FBI no tenía ni la más remota idea de mi existencia. No me estaban investigando, no estaban investigando ninguno de mis alias, ninguno de mis actos.

—Al final, lo habríamos atrapado —dijo Taylor.

—Por supuesto, sin duda alguna. —Lucien sonrió con desparpajo —. De todos modos, como te decía, empecé a planificar. Y lo primero en mi lista fue encontrar un lugar aislado y anónimo, un sitio donde nadie me molestara, donde pudiera tomarme mi tiempo.

—Y fue en La Honda donde encontraste ese lugar —dijo Hunter.

—Por supuesto —confirmó Lucien—. Una simple casa vieja y abandonada en medio del bosque. Estaba lo bastante cerca de Stanford como para no quitarme mucho tiempo. Lo mejor era que podía llegar por remotos caminos secundarios. Nadie me descubriría.

Lucien se levantó y dio un estirón a su poderosa estructura.

—Ese lugar sigue ahí —dijo—. Hace no mucho que lo visité. —No se sentó—. ¿Y sabes qué? Me ha empezado a doler la cabeza y me está entrando hambre. Así que ¿qué te parece si descansamos un poco? —Tiró de su manga y miró su muñeca, como si llevara un reloj —. Comenzaremos otra vez dentro de dos horas, ¿está bien?

—No estoy de acuerdo, Lucien —dijo Hunter—. Los restos de Susan, ¿dónde están?

—Otras dos horas antes de que lo averigües no significarán nada, Robert. No es como si tuvieras que salir corriendo a salvarla, ¿verdad?

Cuarenta y siete

Fuera, el sol brillaba con fuerza en otro día sin nubes. Era uno de esos días cálidos y alegres en que la mayoría de la gente sonríe sin motivo aparente, pero la magia no parecía llegar hasta el edificio de la BSU.

Hunter había encontrado una sala de reuniones vacía en algún lugar del segundo piso. Estaba parado junto a la ventana, mirando la nada, cuando Taylor entró y cerró la puerta con suavidad.

—Así que aquí estás.

Sin volverse, Hunter consultó su reloj. Hacía diez minutos, apenas, que habían dejado a Lucien en su celda, pero a él le parecían horas.

—¿Estás bien? —preguntó Taylor, un poco más cerca.

—Sí, estoy bien —respondió Hunter con voz firme y segura.

Taylor vaciló un instante.

—Escucha: tengo que salir de aquí un rato. —Hunter se volvió a mirarla—. Necesito irme de este lugar por una hora, o algo así; respirar un poco de aire fresco, no sé…, antes de estar de nuevo en ese sótano.

A Hunter no le costó trabajo estar de acuerdo con ese argumento.

—Conozco un lugar que no está muy lejos de aquí. En días como hoy, ponen mesas fuera —añadió Taylor—. La comida es fabulosa, pero, si no tienes hambre, el café es mejor aún. ¿Qué opinas de que nos larguemos de aquí por un rato?

No tuvo que preguntárselo dos veces.

Cuarenta y ocho

Aunque su última comida había sido más de cuatro horas y media antes, ni Hunter ni Taylor tenían apetito. Él ordenó un simple café negro, mientras ella pidió un expreso doble. Estaban en Garrisonville Road, en una de las mesas exteriores de un pequeño restaurante italiano que parecía una cantina, a menos de quince minutos de la academia del FBI.

Taylor removió el café y miró desaparecer de la superficie, lentamente, la delgada capa de espuma marrón oscura. Pensaba en decir cuánto pesar le provocaba lo que había sucedido a la madre de Hunter. Especulaba si debía hablarle de su propia madre, pero, pensándolo bien, decidió que ninguno de esos temas sería beneficioso para los dos. Terminó de remover el café y dejó la cucharita en el plato.

—¿A qué se refería Lucien cuando dijo que tu amiga Susan simplemente encajaba a la perfección esa noche? —preguntó.

Hunter estaba esperando que su café se enfriara un poco. Nunca había sido de esas personas que, como Carlos García, su compañero en la policía de Los Ángeles, podía verter el café hirviendo en una traza, esperar cinco segundos y bebérselo como si estuviera tibio.

Hunter levantó la mirada hacia Taylor.

—Lucien y Susan acababan de graduarse en Stanford —dijo—. Para ella, los días universitarios habían terminado. No necesitaba volver a clases. No tenía trabajo, no tenía jefe ni novio ni marido ni tarjeta que fichar en ningún sitio, por así decirlo. Nadie esperaba volver a saber nada de Susan en un corto plazo, especialmente porque a todo el mundo le había dicho que, después de la graduación, su mente estaría puesta en viajar.

—Así que, si desaparecía —dijo Taylor, cogiendo al vuelo los pensamientos de Hunter—, la gente supondría que, en realidad, estaba cumpliendo su promesa de viajar. No había motivos para que ninguno se preocupara; al menos, por algún tiempo.

—Exactamente —coincidió Hunter—. En ese momento preciso, las circunstancias la convertían en la mejor víctima posible. La del tipo anónimo. La no añorada. Y Lucien lo sabía muy bien.

Se acercó a la mesa una camarera alta y de aspecto muy joven que llevaba la melena oscura recogida en una trenza francesa.

—¿No queréis echar un vistazo al menú?, ¿estáis seguros? —preguntó con un ligero acento italiano—. Puedo recomendaros los ñoquis con el queso especial del chef, salsa de tomate y albahaca. —Les dedicó una sonrisa encantadora—. Están tan buenos que vais a querer lamer el plato.

Los ñoquis eran la comida italiana favorita de Hunter, pero él aún no tenía hambre.

—Vaya, eso suena muy tentador —dijo, y le devolvió la sonrisa—, pero hoy no tengo mucha hambre. Tal vez en otra ocasión. —Asintió hacia Taylor.

—Sí, yo tampoco tengo hambre. El café y nada más, gracias.

—No hay problema —dijo la camarera. Hizo una pausa. Los miró una vez más—. Espero que las cosas entre vosotros se estén resolviendo —añadió amable—. Hacéis una bonita pareja. —Les dedicó una última sonrisa antes de ir a tomarle la orden a otro grupo pequeño, unas cuantas mesas más allá.

—¿Esa es la impresión que damos? —preguntó Taylor cuando la camarera estuvo lejos de su alcance—, ¿la de una pareja que trata de arreglar las cosas?

Hunter tenía una sonrisa divertida en los labios. Se encogió de hombros.

—Eso supongo.

Por un instante, Taylor pareció casi avergonzada, pero, en un instante, volvió a poner su cara de jugadora.

—¿De verdad crees que Susan nunca formó parte de las fantasías violentas de Lucien? —preguntó—. ¿Le crees que ella fue su primera víctima?, ¿que no la violó?

Hunter se recostó en la silla.

—¿Por qué habría de mentir?

—No estoy segura. Supongo que lo que estoy tratando de entender es esto: si Susan fue, de verdad, la primera víctima de Lucien, si él nunca tuvo «fantasías violentas» con ella, ¿cómo terminó siendo ella y no otra? ¿Una extraña, por ejemplo?

Hunter frunció el ceño.

—Creo que ese tema lo abordamos hace un minuto.

—No, no hablo de esa noche en particular; ni siquiera de esa semana, Robert. Me refiero a que, a pesar de las circunstancias del momento, las que dieron a Susan la calidad de «víctima perfecta», se suponía que él y ella eran «amigos», a menos que todo hubiera sido una actuación. Por lo que él dijo, incluso tenía cierto interés romántico en ella, lo que sugiere alguna clase de vínculo emocional.

El café de Hunter se había enfriado lo suficiente para que él pudiera darle un sorbo seguro.

—Y tú crees que resulta mucho más difícil para un asesino secuestrar, desollar parcialmente y luego matar a una conocida; a una amiga, supuestamente; a alguien de quien él estaba enamorado.

—Exactamente. —Taylor asintió—. Especialmente si esa persona es la primera víctima de tu vida. Si Lucien nunca había fantaseado con matar a Susan, en particular, ¿por qué torturar y matar a una «amiga»? Habría encontrado fácilmente a otra víctima anónima, a una completa desconocida, a una chica levantada en algún bar o en un club, a una puta, no sé…, pero alguien por quien no sintiera nada, alguien que no le importara nada en absoluto.

—Y, para Lucien, eso era Susan, ni más ni menos. —Taylor frunció el ceño—. Estás tratando de verlo con tus propios ojos, Courtney —dijo Hunter, que dejaba la taza sobre la mesa—. Estás tratando de entenderlo con tu propia mente. Y, cuando haces eso,

tus emociones se interponen. Tendrías que verlo a través de los ojos de Lucien. Su psicopatía no está centrada en las víctimas.

Taylor sostuvo la mirada de Hunter por un largo rato. Cada agente de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI es consciente de que hay dos grandes clases de psicópatas agresivos: la primera clase está centrada en las víctimas. Se trata de aquellos para quienes la víctima es la parte más importante de la ecuación. El asesino fantasea sobre un tipo específico de víctima, así que todas sus selecciones tienen que coincidir con el tipo, deben ajustarse a ese perfil. Y esto suele reducirse a los rasgos físicos. Con los psicópatas centrados en la víctima, toda la fantasía gira en torno a los atributos corporales que los estimulan y los excitan sexualmente. Eso se debe, la mayoría de las veces, a que la víctima les recuerda a otra persona. En casos así, siempre hay una suerte de conexión emocional. En nueve de cada diez casos, las fantasías envuelven cierta clase de acto sexual. Hay una certeza casi absoluta de que la víctima será agredida sexualmente antes o después del asesinato.

En el segundo gran grupo de psicópatas agresivos, los centrados en la violencia, están aquellos para quienes la víctima tiene un papel secundario. La parte más importante de la ecuación es la violencia, no quien la sufre. Lo que les provoca placer es matar. No tienen fantasías sobre cierto tipo de víctima; no fantasean con recibir de ella placer sexual. Por el contrario, eso los distrae. Sueñan con torturar, con provocar dolor y con el poder sobrehumano que todo eso los hace sentir. Para estos psicópatas, la víctima puede ser cualquier persona, incluso los amigos y familiares. No hay distinción. Por ese motivo, desarrollan un nivel de desapego emocional mucho más alto que el de los psicópatas centrados en la víctima. Para estos, es fácil secuestrar, torturar y matar a un amigo, un pariente, una amante, una esposa… Eso no les importa. Las emociones son simplemente irrelevantes.

—¿Cómo sabes que la psicopatía de Lucien no está centrada en las víctimas? —preguntó Taylor finalmente.

Hunter se terminó el café y se limpió la boca con una servilleta de papel.

—Por lo que tenemos hasta ahora. —Taylor se inclinó ligeramente y ladeó un poco la cabeza—. Los trofeos que aparecieron en aquella caja de madera, en casa de Lucien, ¿recuerdas? —No todos provenían de mujeres, y aquellos que sí, variaban drásticamente en tamaño. Eso nos dice que el tipo físico no es importante para él; ni siquiera el sexo. Pero el propio Lucien nos lo ha dicho. Dos veces.

Taylor hizo una pausa. Hunter se daba cuenta de que ella trataba de recuperar los apuntes mentales de la entrevista de esa mañana.

—Nos contó que, cuando estaba en el instituto, soñaba con lastimar personas —le recordó Hunter—; a veces, gente a la que nunca había visto… Simples creaciones fortuitas de su imaginación, nada de un tipo específico. —Taylor recordaba a Lucien diciendo eso, pero aún no podía amarrar todos los cabos—. Entonces habló de cuando comenzaba a tener fantasías despierto, donde los protagonistas de sus actos violentos eran personas que le desagradaban. A veces, profesores; a veces, matones del cole; a veces, miembros de su familia. Pero no siempre. No hablaba de atributos físicos ni de género. En los sueños y fantasías de Lucien no importaba quién saliera herido; lo que lo emocionaba era el acto mismo de matar. —Hunter consultó su reloj. Era hora de marcharse.

»Confía en mí, Courtney, a Lucien no lo habría detenido nada que sintiera por Susan. Ni siquiera el amor».

Cuarenta y nueve

Para el almuerzo, a Lucien le habían dado una bandeja de aluminio que contenía una pieza de pan, puré de patatas grumoso, una pequeña cantidad de verduras y dos piezas de pollo que nadaban en una especie de salsa amarillenta. A todo le faltaba sal, todo parecía sazonado con una pizca extra de absolutamente nada. Lucien estaba convencido de que el FBI había redefinido la comida insípida, pero, en realidad, nada de eso le importaba. No comía por el sabor, no comía por placer. Comía para mantener el cuerpo y la mente alimentados, para dar a sus músculos, al menos, algunos de los nutrientess que necesitaban. Y se comía hasta la última migaja.

Apenas a los diez minutos de haberse terminado el almuerzo, Lucien escuchó el zumbido familiar y ruido de desbloqueo que provenían de la puerta al final del pasillo.

—Dos horas, casi al segundo —dijo en cuanto Hunter y Taylor aparecieron ante él—. Tenía el presentimiento de que seríais puntuales. —Lucien esperó a que se sentaran—. ¿Os importaría que me levantara y caminara un rato mientras charlamos? Eso hace que la sangre fluya mejor hasta mi cerebro, me ayuda a digerir la mierda que aquí llamáis comida. —Señaló con la cabeza la bandeja vacía. Nadie puso objeciones—. Así que —dijo— ¿dónde estábamos?

Hunter y Taylor sabían que Lucien no había olvidado dónde había dejado las cosas. La pregunta era solo una parte de su juego.

—Susan Richards —dijo Taylor. Cruzó las piernas con calma, entrelazó los dedos y apoyó el codo derecho en el brazo de la silla.

—Ah, claro —replicó Lucien, que empezaba a pasear lentamente de izquierda a derecha por la parte delantera de la celda—. ¿Qué hay con eso?

—Sus restos, Lucien —dijo Hunter en un tono firme, aunque no amenazante—. ¿Dónde están?

—Ah, es cierto. Estaba a punto de decíroslo, ¿no? —Había una índole perversa en la nueva sonrisa de Lucien—. ¿Ya te has puesto en contacto con sus padres, Robert? ¿Siguen vivos?

—¿Qué?

—Los padres de Susan. Estuvimos con ellos un par de veces, ¿recuerdas? ¿Siguen vivos?

—Sí, siguen vivos —confirmó Hunter.

Lucien asintió.

—Parecían agradables. ¿Tú serás el encargado de darles la noticia?

Hunter sospechaba que sí, pero los juegos de Lucien empezaban a cansarlo. Por la forma en que veía las cosas, cualquier respuesta, en ese momento, sería una respuesta, siempre y cuando mantuviera a Lucien hablando.

—Sí.

—¿Lo harás por teléfono o tienes la intención de hacerlo frente a frente?

Cualquier respuesta:

—En persona.

Lucien reflexionó un momento antes de volver a la pregunta original de Hunter.

—¿Sabes, Robert? Esa noche tuve experiencias…, sentimientos, en realidad, de los cuales solo había leído en los libros de criminología, en transcripciones de entrevistas, en relatos de delincuentes aprehendidos. Sentimientos personales e íntimos que, mientras más leía acerca de ellos, más ganas me daban de experimentarlos por mí mismo, porque esa sería la única forma de averiguar si de verdad eran para mí.

Se detuvo y miró la pared que tenía enfrente, como fascinado con alguna obra de arte invisible que colgara de ella.

—Esa noche, Robert, pude sentir de verdad cómo la luz vital de Susan se desvanecía en la punta de mis dedos. —Antes de seguir

adelante, Lucien bajó la mirada hasta su mano—. Pude sentir su corazón palpitando en mis palmas, y, mientras más apretaba, cuán débil se iba haciendo. —Se volvió a mirar a Hunter y a Taylor una vez más—. Y ahí fue cuando me sentí elevado, como en una experiencia extracorpórea. En ese momento me percaté de que los testimonios de tantos, esos sentimientos acerca de los que habíamos leído tantas veces, eran genuinos.

Los ojos de Taylor se dirigieron a Hunter y, después, otra vez a Lucien.

—¿De qué sentimientos habla?

Lucien no contestó, pero, con los ojos, pasó la pregunta a Hunter.

—La sensación de ser Dios —dijo Hunter.

Lucien hizo un movimiento de arriba abajo con la cabeza.

—Tienes razón, otra vez, Robert. La sensación de ser Dios. Un sentimiento de poder tan supremo que, hasta entonces, yo creía que estaba reservado solo a Dios: el poder de acabar con la vida. Y déjame decirte esto: es verdad lo que dicen, es verdad que ese sentimiento cambia tu existencia para siempre. Embriaga, Robert, es adictivo; hipnótico, incluso. Especialmente cuando los miras directo a los ojos mientras exprimes la vida de sus cuerpos. Ese es el momento en que te conviertes en Dios.

«No —pensó Hunter—, ese es el momento en que te engañas a ti mismo al igualarte con Dios por un brevísimo momento». Solo un iluso creería que se ha convertido en Dios, por breve que sea el instante. No dijo nada, pero notó que los dedos de Lucien se cerraban lentamente en un puño antes de que el prisionero se volviera a Taylor.

—Dime, agente Taylor, ¿has matado a alguien alguna vez?

La pregunta cogió a Taylor completamente desprevenida y, entre un torbellino de recuerdos, los latidos de su corazón despegaron como un avión supersónico de combate.

Cincuenta

Había acontecido tres años después de que Taylor se graduara de la academia del FBI. Había sido asignada a las oficinas locales de Nueva York, pero los sucesos de aquella noche no tuvieron nada que ver con ninguna de las investigaciones en las que había estado trabajando por aquel tiempo.

Esa noche, Taylor había pasado horas revisando los archivos combinados de la policía de Nueva York y Nueva Jersey sobre un asesino en serie a quien habían bautizado como el Asesino del Anuncio, o el ADA, para abreviar.

En los últimos diez meses, el ADA había sodomizado y asesinado a seis mujeres, cuatro en Nueva York y dos en Nueva Jersey. Las seis habían sido trabajadoras sexuales privadas. Todas encajaban en un tipo corporal concreto: pelo oscuro hasta los hombros, ojos marrones, edades comprendidas entre los diecinueve y los treinta y cinco años, peso medio, estatura media. El pseudónimo de Asesino del Anuncio provenía del único dato real que la policía había podido recabar tras nueve meses de investigaciones: las seis mujeres habían puesto, en las páginas finales de periódicos gratuitos de la localidad, anuncios privados en que ofrecían sus servicios de «masaje tántrico».

Tras nueve meses y muy pocos resultados, el alcalde de Nueva York había exigido al jefe de la policía que pidiera ayuda al FBI. Courtney Taylor, junto con otro agente, había sido asignada para ayudarlos con el caso.

Aquel día de finales de octubre, cuando Taylor salía de las oficinas del FBI en el piso veintitrés del edificio Federal Plaza, ya había pasado la medianoche. Condujo lentamente por Manhattan antes de atravesar el túnel de Midtown en dirección a su pequeño

apartamento de un dormitorio en Astoria, en el extremo noroeste del barrio de Queens. Su mente había estado tan ocupada, rebuscando entre un terremoto de pensamientos y tratando de poner en orden los escasos aspectos de la investigación, que no fue hasta descubrir la tienda de comestibles abierta las veinticuatro horas que recordó que en casa se había quedado sin provisiones.

—¡Maldita sea! —exhaló. Rápidamente giró el coche a la derecha y lo estacionó en una plaza junto a la tienda. Mientras apagaba el motor, su estómago también decidió recordarle cuán hambriento estaba, cosa que hizo con su propia versión de la llamada de apareamiento de una ballena.

A esas horas de la noche, la tienda no estaba llena, ni mucho menos: dos, quizás tres clientes recorrían los pasillos. Desde el mostrador, el joven dependiente, con un movimiento de la cabeza, dedicó a Taylor un robótico «buenas noches» antes de concentrarse otra vez en la novela barata que estaba leyendo.

En la entrada, Taylor cogió una cesta y, sin pensar demasiado en lo que necesitaba, empezó a echar cosas dentro. Estaba en el fondo de la tienda y acababa de sacar de una de las neveras una botella de leche de dos litros cuando escuchó una especie de fuerte alboroto en la parte delantera. Frunció el ceño y echó un vistazo desde el rincón, pero no notó nada fuera de lo ordinario. De cualquier manera, su instinto le dijo que algo no andaba bien, y, desde hacía mucho tiempo, Taylor había aprendido a confiar siempre en sus instintos. Dejó la cesta en el suelo y dio un rodeo hasta el siguiente pasillo.

—Date prisa, tronco, o voy a embadurnar esta mierda de suelo con tus putos sesos. Y no tengo toda la jodida noche —escuchó que alguien decía con voz muy ansiosa, incluso antes de que ella pudiera asomarse otra vez desde el rincón.

En un instante, Taylor sacó su Glock 22, le quitó el seguro con el pulgar y, en completo silencio, pasó una bala a la recámara. En su estómago, los gritos de apareamiento de las ballenas habían callado de inmediato, dando paso al solo de tamboril metálico de su

corazón. Esta no era una operación bien estudiada y preparada del FBI. No era un simulacro. Era pura mala suerte. Esto era de verdad y estaba sucediendo ahí y en ese preciso instante.

Agachada, para mantenerse oculta con respecto al mostrador, Taylor avanzó sigilosamente por el pasillo. Hizo una pausa antes de llegar al final y, a través de la rendija que dejaban algunos productos en la estantería, pudo mirar el espejo redondo de vigilancia que había en una de las esquinas del techo.

—Hijo de la gran puta, ¿crees que estoy de coña? —oyó de nuevo la voz nerviosa—. ¿Crees que esto es un puto juego? Si no te das prisa, voy a meterte un balazo por esa mierda de culo que tienes. ¿Lo pillas, Holmes?

El solo de tamboril que Taylor llevaba en el corazón cobró impulso. Por el espejo podía ver al ladrón solitario. Parecía joven. Era alto y delgado y llevaba vaqueros azules bajo una sudadera de los Yankees de Nueva York, oscura y muy suelta. Apuntaba una Beretta 92 semiautomática directamente a la cabeza del aterrorizado dependiente.

Como un pollo delirante, el ladrón no dejaba de girar la cabeza rápidamente, cada pocos segundos, para comprobar las entradas y los pasillos de la tienda. Incluso a la distancia, Taylor podía notar que estaba completamente borracho o colocado con algún tipo de droga. Y eso empeoraba las cosas.

Pero, a pesar de su vigilancia incesante, el chico de la Beretta estaba tan puesto, que no vio que un coche de la policía acababa de aparcar fuera del local.

El agente Turkowski no estaba ahí en respuesta a una llamada de auxilio.

La pequeña tienda de comestibles, remetida en un oscuro rincón de Queens, no tenía alarma silenciosa, ni siquiera un botón de pánico oculto tras el mostrador. No, el agente Turkowski simplemente había sentido hambre y había decidido comprar un par de rosquillas y, tal vez, unos cuantos twinky para seguir currando una hora más. Había pensado en comprar un burrito en el Taco Bell

de Jackson Avenue, pero la tienda de comestibles de veinticuatro horas estaba a la vuelta de la esquina, así que se decidió por calmar el apetito con algo dulce.

Turkowski era un agente joven que llevaba dos años y medio en la policía de Nueva York. Un par de meses antes, había empezado a patrullar en solitario, dos veces por semana. Por cuestiones de la fortuna, esa era una de esas noches.

Se bajó del Crown Vic y, por una vez, cerró el coche sin dar un portazo, sin hacer ruido.

Dentro de la tienda, el aterrorizado dependiente había terminado de poner todo el efectivo de la caja registradora en una bolsa de papel. Estaba a punto de dársela al asaltante cuando descubrió al joven policía que entraba por la puerta.

Turkowski vio al chico de la Beretta un segundo antes de que el chico lo viera a él. No había tiempo para pedir refuerzos. El duro entrenamiento policial tuvo que activarse. En un destello, ya había desenfundado la pistola y, sujetándola con las dos manos, apuntaba al chico.

—Suéltala —le dijo con voz firme.

El ladrón ya había olvidado todo lo relacionado con el dinero y el dependiente. Ahora, su única preocupación eran el policía y su arma. Giró el cuerpo y, en una fracción de segundo, ya tenía la Beretta apuntada contra el pecho de Turkowski.

—Vete a la mierda, poli, suéltala tú —dijo el chico, que sostenía la pistola de lado y con una sola mano, al estilo de los pandilleros.

Era evidente que estaba nervioso, pero no era un primerizo. En un movimiento muy ágil, al girar el cuerpo para encarar al policía, había retrocedido un paso hasta colocarse en una posición estratégica, de espaldas a la entrada de la tienda. Ahora tenía al dependiente un poco a la izquierda; al policía, un poco a la derecha, y, directamente frente a él, los pasillos. De todos, era el mejor ubicado para tener una visión general de la escena.

Escondida en el pasillo, Taylor tenía la perspectiva inversa.

—Te he dicho que la sueltes —repitió Turkowski mientras se desplazaba un paso a su derecha—. Pon el arma en el suelo, avanza un paso y arrodíllate con las manos en la cabeza.

Todavía agachada, Taylor había avanzado silenciosamente por el pasillo y ahora estaba casi al frente de la tienda. Ninguno había notado su presencia. Desde el lugar donde se ocultaba, tenía una mejor visión de la escena y, en especial, del ladrón. Los ojos del chico estaban desorbitados por la mezcla de adrenalina, ansiedad y drogas. Su postura era rígida, pero no tenía miedo, como si hubiera estado así antes; como si tuviera todo bajo control. Turkowski, en cambio, parecía más nervioso.

—Vete a la mierda, poli —dijo el ladrón, y, con la mano izquierda, tiró del pañuelo rojo y negro con que se cubría la nariz y la boca hasta dejarlo colgando suelto alrededor de su cuello. Ahora su cara estaba a la vista.

Taylor sabía que esa era una mala señal. Debía actuar en ese instante antes de que toda la situación se saliera de control.

Demasiado tarde.

Como en la gran pantalla, mientras Taylor empezaba a enderezarse, la escena entera entró en cámara lenta. El chico no la había visto, y nadie sabrá nunca si percibió su presencia antes de que ella se mostrara, pero no le dio ninguna oportunidad al agente Turkowski. No hubo advertencias. Apretó tres veces seguidas el gatillo de su Beretta 92.

La primera bala dio en el hombro derecho de Turkowski. Le rompió tendones y huesos e hizo saltar una niebla de sangre. La segunda y la tercera dieron de lleno en el pecho del policía, directamente en su corazón, destruyéndole ambas aurículas y la arteria y la vena pulmonares. Antes de caer al suelo, Turkowski ya estaba muerto.

A pesar del desastre y de la sangre, el chico no se había asustado. Rápidamente, giró sobre los talones para encarar otra vez al dependiente, cogió la bolsa con el dinero y levantó la pistola.

Según como veía las cosas, si ya había matado a un policía, ¿para qué dejar testigos vivos?

Taylor ya había captado esa determinación en los ojos y los movimientos enloquecidos. Podía prever lo que se avecinaba y, antes de que el mozo pudiera convertir esa pesadilla en una realidad, ella ya se había puesto de pie. Había dejado la protección del pasillo y estaba completamente a la vista, con su Glock 22 apuntando firmemente contra el chico de la Beretta.

Con el rabillo del ojo, el ladrón alcanzó a entrever el movimiento a su derecha. Instintivamente, empezó a girar el cuerpo, con el dedo listo para presionar el gatillo.

A Taylor no le dio tiempo de gritar órdenes ni advertencias, pero era consciente de que eso no cambiaría en nada las cosas. El chico no habría respondido; le habría disparado con la misma determinación con que había matado al policía.

Taylor apretó el gatillo una sola vez.

La bala Smith & Wesson calibre 40 era solo para herir, para darle al chico en el antebrazo o en el hombro, para obligarlo a soltar el arma, pero ella tuvo que disparar apresuradamente y él estaba en movimiento. Le dio arriba de lo previsto y unos cuantos centímetros a la derecha. El chico cayó de espaldas. Detrás de él, un trozo de su garganta salpicó la pared. En tres minutos y medio ya se había desangrado. A la ambulancia, en cambio, le llevó diez minutos llegar a la tienda.

Tenía solo dieciocho años.

Cincuenta y uno

Haciendo su mejor esfuerzo por mantener el rostro y los movimientos lo más firmes posible, Taylor alejó el recuerdo con un parpadeo.

—¿Perdone? —Inclinó la cabeza como dando a entender que no había oído bien la pregunta de Lucien.

—Estoy seguro de que ha participado en cientos de investigaciones del FBI, agente Taylor —dijo Lucien—. Lo que quiero saber es si usted, en cualquiera de esas investigaciones, ha sacado la pistola para matar a alguien, aunque fuera en defensa propia.

Taylor no estaba dispuesta a contarle a Lucien nada de lo que había sucedido esa noche, hacía tantos años. Sabía que, si le decía la verdad, él comenzaría a hurgar en la herida hasta hacerla sangrar otra vez. Concentrada en su respiración, en sus propios ojos y todo lo que pudiera delatarla, le contestó:

—No.

Lucien estaba observándola, pero, esta vez, la cara de póquer había funcionado. Si algún detalle llegó a traicionar esa respuesta, él no se dio por enterado.

—¿Robert? —Lucien pasó la pregunta. Su cabeza se inclinó un poco—. No vuelvas a mentirme.

Una vez más, Hunter tuvo el presentimiento de que Lucien sabía la respuesta.

—Sí —dijo—. Por desgracia, he matado gente en el cumplimiento de mi deber.

—¿A cuántos?

Hunter no tuvo que pensarlo.

—He matado a tiros a seis personas.

Lucien saboreó esas palabras por un momento.

—¿Y no te invadió un estremecimiento de inmenso poder? ¿No tuviste la sensación de ser Dios? ¿Ni siquiera una vez?

—No, ni una vez. —Hunter no lo dudó—. De haber podido, lo habría evitado.

Intercambiaron una mirada feroz por algunos segundos, como entablando con los ojos un estira y afloja particular.

—Los restos de Susan, Lucien —dijo Hunter finalmente—. ¿Dónde están?

—Muy bien —respondió Lucien, rompiendo el tensión visual. Respiró hondo—. Como te dije, Robert, el lugar que yo usaba en La Honda sigue ahí. En cuanto se disipó la magia de aquella noche, en cuanto dejé de temblar por el subidón de adrenalina, supe que tendría que deshacerme del cuerpo de tal modo que nadie pudiera encontrarlo. Pero eso era algo que ya tenía bien pensado. Era solo otra de las razones por las que escogí ese lugar: estaba rodeado de bosques silvestres. —Un encogimiento de hombros casual—. La verdad, no sabía que esa noche sucedería todo —añadió—; esas no eran mis intenciones cuando salí de la residencia para ir a encontrarme con Susan. Como te dije, las cosas resultaron así, simplemente. —Otra vez empezó a pasear de un lado al otro de la celda, con las manos a la espalda—. Así que me puse a cavar el resto de la noche, hasta que se hizo de día. Acabé con una tumba de un poco más de un metro; metro y medio, a lo mejor. Ya había comprado bolsas y más bolsas de café en polvo y unas cuantas botellas de orina de puma.

Tanto Hunter como Taylor sabían que el café en polvo es un fuerte distractor para el olfato de los animales. Los confunde y, a menudo, los hace perder el rastro, si acaso van tras alguno. La orina de puma es fácil de conseguir en diversas tiendas por todos los Estados Unidos. Se usa porque huele a depredador. Ahuyenta a muchos otros animales, como los zorros, los lobos y los coyotes. Es una simple ley de la naturaleza: cuanto más fuerte y mortal es el depredador, más son los animales que se espantan al olerlo.

—Enterré el cadáver en el bosque, detrás de la casa —dijo Lucien —, bajo capas de tierra, café en polvo y orina de puma. Cubrí todo con hojas y ramas. Y puedo decirte que nunca ha sido maltratada por ningún hombre ni animal.

—Vale, ¿y dónde está esa casa? —preguntó Hunter.

Lucien pasó los siguientes dos minutos dándoles a Hunter y a Taylor instrucciones específicas para llegar ahí partiendo de la carretera de Sears Ranch.

Se detuvo frente a Hunter.

—¿Les vas a contar todo? ¿Vas a decirles la verdad?

Hunter sabía que Lucien se refería otra vez a los padres de Susan.

—Sí.

—Mmm… Me pregunto qué sentirán. ¿Cómo van a reaccionar?

—¿Y qué le importa? —Taylor escupió esas palabras—. Finalmente, ellos podrán cerrar el episodio. Podrán enterrar los restos de su hija dignamente. Y también tendrán la certeza de que el monstruo que se la quitó estará encerrado por el resto de su vida.

Lucien seguía paseando por la celda, pero, en vez de moverse de izquierda a derecha, había empezado a ir de atrás adelante, entre la pared del fondo y la de plexiglás.

—Ay, no, no era eso en lo que estaba pensando, agente Taylor. — Los labios de Lucien se separaron en algo que parecía media mueca, media sonrisa divertida—. Me pregunto cómo se sentirán cuando sepan que se comieron a su propia hija.

Cincuenta y dos

Adrian Kennedy había decidido cancelar todas sus citas en Washington y quedarse en la academia del FBI, en Quantico, al menos un día más. En todos los años que llevaba en la institución, ningún sospechoso ni ninguna investigación lo habían intrigado tanto como Lucien Folter.

A última hora de la noche anterior, había ordenado una comprobación de los padres de Susan Richards. Fue así como Hunter se enteró de que seguían vivos. El padre tenía ahora setenta y un años; la madre, sesenta y nueve. Ambos estaban jubilados. Kennedy le había dicho a Hunter que seguían viviendo en la misma casa de Boulder City, en Nevada, y que aún llamaban a los departamentos de policía de Palo Alto y Santa Clara, por lo menos una vez al mes, para preguntar por cualquier novedad.

Kennedy y el doctor Lambert habían estado siguiendo todas las entrevistas en las pantallas de la sala de control de las celdas. De vez en cuando, alguno de ellos hacía un breve comentario, pero la mayor parte del tiempo miraban en silencio. En cuanto Kennedy escuchó las instrucciones de Lucien para llegar a la tumba de Susan Richards, detrás de la casa de La Honda, cogió el teléfono que tenía enfrente.

—Póngame con el agente especial a cargo de nuestras oficinas en San Francisco. ¡De inmediato!

En pocos segundos, estaba hablando con el agente especial Bradley Simmons, un hombre de hablar suave que llevaba veinte años en el FBI, nueve de ellos en las oficinas de San Francisco.

Seguía teniendo un fuerte acento del sur de Tejas.

Kennedy había puesto mucha atención a las instrucciones de Lucien. No necesitaba volver a escuchar la grabación ni revisar sus

notas. Podía repetirlas fácilmente, palabra por palabra.

—Póngase en contacto con el departamento de policía de La Honda y con el comisario del condado solo si es indispensable, ¿ha entendido? —dijo Kennedy, una vez que el agente Simmons hubo tomado nota de todo—. Esta es una operación exclusiva del FBI. Por lo que tenemos entendido, el lugar está aislado entre bosques; no hay vecinos, no hay nadie alrededor, y esa es la razón principal por la que fue elegido, así que no es necesario que lo sepa nadie más. No se lo diga a nadie. Póngase a ello de inmediato y devuélvame la llamada en el mismo instante en que encuentre algo.

Kennedy colgó el teléfono y volvió a concentrarse en los monitores y en la entrevista justo a tiempo para escuchar el último comentario de Lucien. Su cuerpo se tensó. Se volvió al doctor Lambert.

—¿Acaba de decir que se comieron a su propia hija?

El doctor Lambert estaba sentado frente a una de las pantallas con mirada incrédula. Quería rebobinar la grabación solo para asegurarse, pero sabía que no sería necesario.

Estaba seguro de que había oído bien. Sin desviar su atención de la pantalla, asintió lentamente.

En ese preciso instante, alguien llamó a la puerta de la sala de control. La persona no esperó una respuesta. Simplemente abrió la puerta.

—Director Kennedy —dijo el hombre, y entró en la habitación.

Chris Welch tenía un poco más de cuarenta años. Su cabello corto y rubio estaba peinado hacia atrás. Traía consigo una especie de libreta o algo parecido.

—Perdone la que lo moleste, señor. —Welch trabajaba para la Unidad de Análisis del Comportamiento—. Me pidió que le notificara de inmediato cualquier cosa relevante que pudiéramos encontrar en alguno de estos libros. —Señaló con el rostro el que llevaba en la mano—. Era un cuaderno normal, tamaño carta, con tapas en negro y marrón jaspeado.

Todos los libros y cuadernos recuperados de la casa de Lucien en Murphy estaban en poder de la Unidad de Análisis del Comportamiento del FBI.

La UAC estaba encargada de inspeccionar su contenido.

—Me pareció que usted querría echarle un vistazo a esto. —Welch abrió el cuaderno y se lo pasó a Kennedy.

El director recorrió con los ojos varias páginas antes de soltar un largo y pesado suspiro.

—¡Dios mío!

Cincuenta y tres

Incluso con el sistema de ventilación a tope, el calor en el subterráneo cinco de la Unidad de Ciencias del Comportamiento era asfixiante. Hunter sentía que se le formaban gotas de sudor en la nuca y empezaban a resbalar lentamente por su espalda, pero se congelaron enseguida por las palabras de Lucien. Era como si esas palabras hubieran enfriado el aire con una ráfaga boreal.

—¿Qué ellos qué? —preguntó, y su voz desmoronó un silencio que había nublado el aire después de lo que Lucien había dicho.

Lucien estaba una vez más en la pared del fondo, donde había dejado de pasearse. Daba la espalda a Hunter y a Taylor.

—Sí, oíste bien, Robert —dijo—. A Susan se la comieron sus padres… —Movió de lado la cabeza—. Bueno, no toda, por supuesto, solo unos cuantos órganos cortados en cubitos.

Taylor empezó a sentir cosas que empezaban a dar vueltas dentro de su estómago.

—¿Cómo? —preguntó Hunter—. Para entonces, ya habían regresado a Nevada después de la graduación.

—Sí, lo sé —dijo Lucien—. Fui a visitarlos.

—¿Qué? —Fue Taylor quien preguntó esta vez.

Lucien se volvió a ellos.

—Fui a visitarlos dos días después de aquella noche. Les llevé un regalo. Una tarta que yo mismo había horneado. —Las cosas que daban vueltas dentro del estómago de Taylor se convirtieron en aterradoras montañas rusas—. El viaje de Stanford a Boulder City no es muy largo —dijo Lucien a Taylor—. Susan nos había presentado a sus padres; a Robert y a mí, quiero decir, uno o dos años antes. Nos volvimos a ver después de la ceremonia de graduación. Susan y yo nos graduamos con honores y ellos estaban muy orgullosos de ella.

Como cualquier padre. —Fue apenas perceptible, pero Hunter captó una punzada de dolor en las últimas palabras de Lucien—. Qué pareja tan agradable —continuó Lucien—. Susan era un encanto. Decidí que eso era lo correcto.

—¿Lo correcto? —Taylor estaba perdiendo el equilibrio; tanto que no podía contenerse. Tuvo que preguntar—: ¿Cómo podría ser lo correcto?

—Tú eres la investigadora en este caso, agente Taylor. Tú explícamelo. —Lucien sonaba desdeñoso—. Déjame lanzarte una prueba rápida: Vamos a suponer que esta es una investigación completamente distinta. Supongamos que no estoy bajo custodia. Digamos que estás ante un caso en que un asesino desconocido ha alimentado a la familia con algunos órganos de la hija, ¿cuáles serían tus conclusiones, agente Taylor? Estoy muy interesado en saberlo.

La ira y el asco tenían bajo su mando a Taylor, pero, de alguna manera, la agente se las arregló para hablar con voz tranquila y controlada.

—¿Qué usted es un psicópata desquiciado? —dijo—. ¿Porque, para usted, era algo divertido? ¿Porque nutría su delirio de ser Dios?

Lucien cruzó los brazos e, intrigado, miró a Taylor. Una sonrisa desafiante amenazaba con aparecer entre sus labios.

—Qué conclusión tan interesante, agente Taylor —contestó, y de sus palabras escurría la sorna—. Hablas como una genuina profesional. ¿Sabes? Siempre he creído que no hay nada tan interesante como ver a las personas alimentarse de sus emociones. El problema es que eso les quita objetividad, obnubila el juicio, abre la puerta a un mundo de equivocaciones. Eso lo aprendí hace mucho tiempo.

Como si nada le importara, Lucien se subió la manga, se miró la muñeca y consultó su reloj inexistente.

—De todos modos, estoy bastante aburrido de todas estas preguntas, y supongo que, en este momento, los dos tenéis un montón de trabajo que hacer, ¿o no? Ya sabéis: huesos que

desenterrar, explicaciones que formular, historias que contar. —Lucien se acostó en la cama tranquilamente y entrelazó los dedos detrás de la cabeza—. Saluda de mi parte a los padres de Susan, ¿sí, Robert? Ah, y, por cierto, ya que seguramente te lo estás preguntando, sí, me senté a cenar con ellos.

Cincuenta y cuatro

El puño de Hunter dio con el saco de boxeo con tanta fuerza que lo puso a oscilar casi un metro entero. Llevaba algo menos de una hora golpeando los sacos de cuero de 45 kilos que colgaban en el gimnasio del edificio de la BSU. Tenía la camiseta y los pantaloncillos empapados, y el sudor caía de su frente como chorros de lluvia. Le dolía el cuerpo entero por el entrenamiento agotador y se sentía mentalmente exhausto. Pero necesitaba un poco de tiempo para pensar, para tratar de organizar los desbarajustados pensamientos que rondaban su cabeza y para desconectarse, aunque fuera solo por unos cuantos minutos. La mayoría de las veces, Hunter podía conseguir todo eso con el ejercicio intenso.

Esta no era una de esas veces. La frustración recorría su cuerpo como sangre envenenada y, sin importar con cuánta fuerza golpeara el saco ni cuánto peso levantara, simplemente no podía deshacerse de ella.

—Si tuviera treinta años menos, sostendría ese saco para ti —dijo Kennedy, que estaba de pie junto a la puerta del gimnasio. No había nadie en el lugar, con excepción de Hunter—. De cualquier modo, por la forma en que estás golpeando esa cosa, probablemente me aplastarías contra la pared. Estoy sorprendido de que aún no te hayas roto la mano.

Lo largo del día y un paquete entero de cigarrillos hacían que la voz ronca de Kennedy sonara aún más débil, más gutural.

Hunter lanzó una sucesión final de fuertes golpes al saco: recto, recto, cruzado, gancho de izquierda, cruzado. El saco se balanceaba torpemente hacia atrás y hacia los lados, como si ya hubiera tenido suficiente, como derrotado, hasta que su torturador lo detuvo en un abrazo. A Hunter le costaba mucho respirar, era casi un suplicio, y

tenía el rostro pintado de rosa oscuro, las venas de los brazos y los hombros hinchadas por el exceso de esfuerzo y el flujo sanguíneo. Jadeante, apoyó la cabeza en el saco por un momento, tomándose su tiempo, esperando a que la respiración volviera a su ritmo normal. El sudor le caía de la barbilla a los zapatos y al suelo.

Kennedy se acercó un poco más.

—¿Hay noticias de La Honda? —preguntó Hunter finalmente, todavía abrazado al saco de boxeo.

Kennedy asintió poco entusiasmado.

Con los dientes, Hunter desprendió las cintas de velcro de sus guantes y se volvió al director.

—Hice que cuatro agentes inspeccionaran el lugar.

Hunter clavó el guante entre el brazo y el costado izquierdos y tiró de la mano derecha hasta liberarla. Después se quitó el guante izquierdo.

—Encontraron la casa que mencionó Lucien —Kennedy le lanzó una toalla—. Los agentes siguieron las instrucciones hasta llegar al punto específico y comenzaron a excavar. Estuvieron excavando durante una hora. —Entregó a Hunter un sobre A4—. Y esto fue lo que encontraron.

Rápidamente, Hunter se secó la cara y las manos antes de abrir el sobre y sacar un par de impresiones fotográficas. Mientras sus ojos devoraban las imágenes, su corazón se aceleró una vez más.

La primera fotografía mostraba un esqueleto humano completo que yacía en una tumba de metro y medio de profundidad, con los huesos viejos y decolorados por el tiempo.

La segunda era un primer plano del cráneo.

En silencio, Hunter se quedó mirando ambas fotografías por un largo rato. Se detuvo en la segunda aún más tiempo que en la primera, como tratando de reconstruir mentalmente el rostro de Susan sobre el cráneo.

Kennedy dio un paso atrás. Le concedió a Hunter un momento antes de hablar otra vez.

—Como ya sabemos que Lucien es un asesino recurrente —dijo Kennedy—, el protocolo indica que debemos excavar todo el sitio en busca de más cadáveres. Es una operación muy gorda y no hay manera de hacerla sin envolver a las autoridades locales ni poner en este caso un foco de atención tamaño Hollywood.

—Yo esperaría un poco, Adrian —dijo Hunter. Nunca había sido un gran aficionado a los protocolos—. Por lo menos, hasta terminar los interrogatorios. Por ahora, Lucien nos ha estado diciendo la verdad. Tengo el presentimiento de que, si hubiera otros cuerpos enterrados en la misma área, él nos lo diría. En este momento, poner los reflectores en la investigación no beneficiaría a nadie.

Kennedy solía atenerse a las normas, pero, en esta ocasión, se inclinaba por darle la razón a Hunter.

—Necesitaremos un par de días y algunas pruebas para confirmar que lo que tenemos es, en realidad, el esqueleto de Susan Richards —dijo Kennedy.

—Y lo confirmarás —replicó Hunter, que volvía a meter las impresiones en el sobre. —Kennedy se volvió a él con una mirada interrogante—. Lucien no tiene ningún motivo para mentir —dijo Hunter, pero las preguntas permanecían en los ojos de Kennedy—. Sabemos que mató a Susan —aclaró—. Eso es lo que él nos dijo, y el trozo de piel tatuada enmarcado en su sótano lo confirma. Si se hubiera deshecho del cuerpo de Susan sin dejar restos identificables, también nos lo habría dicho. —Señaló el sobre con un dedo—. Si esos fueran los restos de alguien más, de alguien a quien también mató, no habría tenido ningún sentido decirnos que era Susan por el puro hecho de que conocía el lugar exacto donde esa persona estaba enterrada. Él sabe que, de todos modos, lo comprobaremos.

Otra vez, Kennedy bajó un poco la cabeza.

—Lo entiendo, pero, solo para asegurarnos, creo que será mejor que esperes las confirmaciones oficiales antes de ponerte en contacto con los padres.

Hunter asintió lentamente. Se pasó la toalla por el rostro y los brazos otra vez. Darles la noticia a los padres de Susan era un

trabajo que no le apetecía en absoluto.

—Iré a ducharme.

—Ven a mi despacho cuando estés listo —dijo Kennedy—. Hay algo más que debo mostrarte.

Cincuenta y cinco

Veinte minutos más tarde, Hunter, con el pelo todavía mojado, apareció en el despacho del director Kennedy. La agente especial Taylor también estaba ahí. Había quitado la coleta. Su cabellera rubia, suelta y ondulada, le caía natural sobre los hombros. Vestía una falda lápiz oscura con una blusa azul metida por dentro, medias negras de nailon y zapatos de tiras, también negros. Estaba sentada en uno de los sillones frente al escritorio de Kennedy. Sujetaba entre las manos las mismas fotografías que Hunter había observado abajo, en el gimnasio, las de los restos mortales de Susan Richards.

Kennedy se levantó de su escritorio.

—¿Todavía te gusta el escocés?

El whiskey escocés de una sola destilería era la mayor pasión de Hunter. A diferencia de tantos, sabía paladearlo, en vez de emborracharse con él. Aunque, en ocasiones, no estaba mal una moña.

Hunter asintió.

—¿Y a ti?

—Cuando es posible. —Kennedy fue al armario de la izquierda, lo abrió y sacó tres vasos y una botella de Tomatin de veinticinco años.

—Yo no, señor, gracias —dijo Taylor mientras devolvía al sobre las fotografías.

—Tómeselo con calma, agente Taylor —dijo Kennedy en un tono tranquilizador—. Esta es una reunión informal, y, después de todo lo que hemos vivido hoy, diría que un trago es más que apropiado. —Una pausa vacilante—. A menos que a usted no le guste el escocés. En ese caso, podría darle alguna otra cosa.

—Un escocés está muy bien, señor —respondió Taylor con seguridad.

—¿Hielo?

Hunter negó con la cabeza.

—Solo un poco de agua, por favor.

—Lo mismo —dijo Taylor.

Kennedy sonrió.

—Por lo que veo, tengo en mi despacho un par de genuinos bebedores de escocés.

Sirvió en los tres vasos una buena dosis, añadió a cada uno un chorrito de agua, y le dio un vaso a Taylor y otro a Hunter.

—Necesito preguntarte algo, Robert —dijo Kennedy en un tono más serio.

Hunter dio un sorbo a su escocés. Rico, muy agradable, nada abrumador, con notas cítricas y frutales. Complejo, pero muy suave al paladar. Disfrutó el sabor por un momento.

Lo mismo hizo Taylor.

—¿Crees que Lucien mentía sobre el canibalismo? —preguntó Kennedy—. Eso es algo que no tenemos forma de comprobar.

—No veo qué podría ganar diciendo semejante mentira —contestó Hunter.

—Quizás buscaba escandalizar con el efecto, Robert —dijo Kennedy—. La gente con complejo de Dios se nutre de la atención de los demás. Ambos lo sabéis.

Hunter negó con la cabeza.

—No es el caso de Lucien. No quiere notoriedad. No por ahora, al menos. Por asqueroso que parezca, no creo que esté mintiendo sobre lo que ha hecho…, sobre aquello de haber comido carne u órganos de Susan…, sobre eso de haber alimentado a los padres.

Kennedy guardó silencio un momento, con las dudas burbujeando en sus ojos.

—Bien sabes que no tengo formación en psicología, Robert, así que déjame hacerte la misma pregunta que Lucien hizo a la agente Taylor. —Movió la cabeza en dirección a ella—. ¿Por qué hacer semejante cosa? Lucien condujo de California a Nevada con trozos de Susan cocinados solo para ofrecerles el plato a sus padres, por

Dios santo. Eso está más allá de la locura, más allá de la maldad, más allá de lo inmoral, de cualquier cosa que yo hubiera visto u oído. Y mira que he visto y oído muchas cosas. ¿Qué clase de mente perversa impulsa a alguien a hacer algo así? —Tomó otro sorbo de escocés.

Taylor miró a Hunter con curiosidad. Este se encogió de hombros y apartó la mirada.

—He leído estudios, libros, trabajos de investigación, tesis…, lo que sea, acerca de asesinos caníbales, recurrentes y no recurrentes —añadió Kennedy—. Dios sabe que hemos tenido varios en estas mismas celdas a lo largo de los años. Y entiendo que un buen número de ellos creen que lo hacen porque, para ellos, las víctimas son especiales y el acto de comérselas solidifica el vínculo. Sienten que, si comen una pequeña porción, aunque sea, la víctima se quedará con ellos para siempre, y toda esa mierda. —Dedicó a Hunter y a Taylor un sutil movimiento de cabeza—. Creo que cada uno delira a su manera. Pero ¿alimentar a otros…? Eso es sadismo y psicosis en estado puro. ¿De qué otro modo podría explicarse? — Hunter no dijo nada. Kennedy siguió presionando.

»Así que, si tienes algo que pueda arrojar un poco de luz en los porqués de esta locura, Robert, dame gusto, por favor, porque yo no alcanzo a entenderla. ¿Por qué hizo que sus padres comieran de ella? ¿Sadismo puro?».

Hunter dio otro sorbo a su bebida y se apoyó en la estantería.

—No, no me parece que fuera sadismo. Creo que lo hizo porque se sentía culpable.

Cincuenta y seis

La mirada de Kennedy, llena de dudas, rebotó entre Hunter y Taylor. La agente del FBI no parecía sorprendida, en absoluto.

—¿Podrías explicarte mejor, Robert? —dijo él en su voz susurrante—. Porque, para mí, dar el cadáver de alguien como alimento a sus propios padres no me suena como el acto de una persona afectada por la culpa.

Hunter miró a su alrededor, como si la respuesta estuviera flotando en el aire.

—Podríamos elaborar aquí un montón de teorías, Adrian; Sin embargo, el único que realmente sabe lo que está sucediendo en su cabeza es el propio Lucien.

—Lo entiendo —aceptó Kennedy—, pero, de todos modos, me gustaría saber por qué piensas que la culpa tiene algo que ver con todo esto.

—Si Lucien ha dicho la verdad al afirmar que Susan fue su primera víctima —dijo Hunter—, y en este momento no tenemos razones para dudarlo, entonces, como bien sabes, la culpa y el remordimiento son las dos primeras emociones que, por lo general, atormentan al asesino primerizo.

Kennedy y Taylor ya lo sabían. De acuerdo con la Unidad de Ciencias del Comportamiento, el asesino en serie se define como una persona que ha cometido tres homicidios o más, en tres ocasiones separadas o más y con un período de «enfriamiento» entre cada asesinato. Estos crímenes también deben tener características comunes que sugieran la posibilidad razonable de que fueron cometidos por la misma persona o personas.

Ese período de «enfriamiento», Kennedy lo sabía muy bien, especialmente entre los primeros asesinatos de una serie, casi

siempre se debía a que el autor o los autores experimentaban intensos sentimientos de culpa, así como remordimientos, inmediatamente después de haber cometido un crimen.

No era difícil de entender. La mayoría de los agresores que, en un momento dado, se convierten en asesinos en serie, luchan por un largo tiempo contra sus fantasías, urgencias, impulsos destructivos e, incluso, ataques de ira. Se resisten, a veces por años, en una lucha que se va haciendo más y más difícil, hasta que, por fin, las urgencias ganan la batalla. El simple hecho de que disputen contra sus impulsos, y que lo hagan durante tanto tiempo, es claro indicio de que son conscientes de lo malo que es lastimar a otro ser humano. Entonces todo se reduce a una respuesta simple de la psicología humana.

La mayoría de las personas experimentan algún nivel de culpabilidad cuando saben que han hecho algo malo: robar el periódico del vecino, engañar al socio, hacer trampa en un examen, decir una mentira o lo que sea. Ese sentimiento de culpa es directamente proporcional a la gravedad de las acciones, según los juicios de cada uno. Mientras más graves sean los actos, más grande es el sentimiento de culpa. Y los actos perversos no son mucho peores que el asesinato. Por esa razón, muchos asesinos primerizos caen en las profundidades de una oscura depresión y experimentan un terrible sentimiento de culpa inmediatamente después de matar a alguien. Tomando eso en cuenta, era lógico que Lucien también hubiera experimentado una depresión enorme y que se sintiera abrumado por una increíble culpa tras el primer asesinato de su vida.

—Vale, estoy de acuerdo con que Lucien debió de haber luchado contra diferentes etapas de la culpabilidad después del asesinato de Susan —admitió Kennedy—. Pero aún no veo el motivo por el cual, abrumado por la culpa o no, habría usado partes de su cadáver para alimentar a los padres, Robert.

—Puedo ver dos razones posibles —dijo Hunter, e hizo un gesto con la mano—. La primera es la que ya dijiste hace un momento.

Los ojos de Kennedy se entrecerraron un poco.

—¿Y esa es…?

—La creencia de que, al consumir la carne de sus víctimas, estas estarán para siempre con el asesino; se convertirán en parte de él —dijo Taylor medio susurrando—. O quienquiera que las coma.

Dio a Kennedy unos cuantos segundos para que este analizara una y otra vez esa última afirmación.

Kennedy la captó de inmediato.

—¡Madre santa! Transferencia a un tercero. —Miró a Hunter en busca de una confirmación, aunque, de todos modos, siguió adelante—. ¿Así que Lucien creía que, si los padres consumían algo de la carne, Susan se quedaría con ellos para siempre?

—Como dijo Lucien —comentó Taylor—, no se suponía que ella fuera la víctima, además de que, según su opinión, los padres eran personas agradables. Así que Robert podría tener razón: quizás lo hizo porque se sentía culpable de haberles arrebatado a la hija.

Kennedy lo estuvo meditando por un largo y silencioso momento.

—¿Y la segunda posibilidad? —preguntó por fin.

—La segunda se relaciona con la primera —dijo Hunter—. Lucien nos dijo que solía ir a cazar con su padre, ¿no es así?

—Sí, recuerdo que dijo eso —contestó Kennedy.

—También dijo que su padre era un gran cazador.

—Sí, también lo recuerdo.

—Vale. Muchos cazadores heredan una creencia que ha pasado de generación en generación entre los nativos americanos —explicó Hunter, y Kennedy, curioso, arqueó las cejas—. Los indios americanos nunca cazaban por diversión ni deporte; cazaban exclusivamente para alimentarse, y, según sus creencias, debían comer cualquier presa que cayera en sus manos; siempre, porque alimentarse de sus presas los honraba. Pensaban que eso mantenía vivo su espíritu en este mundo. Era una muestra de respeto. En cambio, era motivo de deshonra dejar que la carne se desperdiciara.

Kennedy no lo sabía, pero su memoria y sus ojos volvieron instantáneamente al expediente de Susan Richards, que estaba

sobre su escritorio. Su madre era una Shoshone de segunda generación, descendiente de una tribu americana que habitaba, sobre todo, en las tierras que hoy forman el estado de Nevada. El apellido de la familia era Tuari, es decir, «águila joven». Kennedy estaba muy al tanto de que Lucien también sabía eso.

Intrigada, Taylor se quedó mirando a Hunter.

—Leo un montón —comentó Hunter antes de que ella pudiera formular su pregunta.

—Así que tú crees que, al menos en su imaginación, Lucien se estaba redimiendo, aunque fuera solo un poco. —Kennedy lo decía como una afirmación, más que como una pregunta—. Estaba siendo compasivo al alimentar a los padres con la carne de Susan, aunque solo fuera para que ellos, aun sin saberlo, se quedaran con el espíritu de su hija.

—Cada uno delira a su manera —dijo Hunter, haciéndose eco de lo que Kennedy había expresado un rato antes—. Pero, como dije, podríamos estar aquí haciendo un montón de conjeturas, mientras Lucien es el único que sabe lo que ocurre en su cabeza.

—En ese caso, déjame preguntarte algo —dijo Kennedy—. ¿Por qué crees que participó? Lucien dijo que esa noche se sentó con ellos a cenar.

—Porque Lucien estaba haciendo experimentos. —Kennedy se pellizcó el puente de la nariz, como a la espera de un inminente dolor de cabeza—. En la universidad, él no tenía verdaderas dudas sobre las teorías que explican estos actos de sadismo —dijo Hunter —. Sabía que estaban basadas en relatos de criminales aprehendidos, pero iba en camino a obsesionarse con los sentimientos y emociones que describían esos delincuentes.

Kennedy recordó algo que Lucien había dicho en uno de los interrogatorios: que quería experimentar por sí mismo.

—En aquellos tiempos, nunca lo dijo con tanta claridad — coincidió Hunter—, pero ahora sabemos que eso era lo que él quería, exactamente: experimentar. Y eso es lo que hace a Lucien tan distinto con respecto a la mayoría de los psicópatas con quienes

me he enfrentado. —Las cejas de Kennedy se movieron inquisitivamente.

»Sabemos que mató a Susan, su primera víctima, por estrangulamiento —explicó Hunter—. Pero, si comparamos ese asesinato con el último, con las dos víctimas del maletero, el *modus operandi*, el nivel de violencia…, todo se ha disparado. Me atrevería a apostar que, en cada crimen que ha cometido, el nivel de violencia ha ascendido un peldaño. Pero Lucien no sube los escalones guiado por impulsos incontrolables».

—Lo hace conscientemente —dijo Taylor, cogiendo al vuelo las ideas de Hunter—. Lo hace porque quiere saber lo que se siente al usar cada vez más violencia.

—Vaya idea tan escalofriante —dijo Kennedy—. El nivel de determinación y autodisciplina que se necesita para ir escalando en violencia asesinato tras asesinato, a lo largo de veinticinco años, es alucinante. ¿Y crees que lo ha hecho solo para experimentar las sensaciones?

Hunter había guardado silencio. Hurgaba en su memoria en busca de algo largamente olvidado.

—¡Maldita sea! —dijo por fin.

—¿Qué? —preguntó Kennedy.

—No puedo creer que de verdad lo esté haciendo —susurró Hunter.

—¿Hacer qué?

—Creo que Lucien podría estar escribiendo una enciclopedia.

Cincuenta y siete

Los hombros de Kennedy se pusieron rígidos cuando el director sintió que un extraño estremecimiento le recorría el cuerpo, algo que no sucedía con mucha frecuencia cuando se trataba de investigaciones de la BSU. Esperó a que Hunter siguiera hablando.

—Recuerdo un debate que tuvimos una vez. —La memoria de Hunter exploraba el pasado—. Me parece que fue durante el segundo año en la universidad. Discutíamos acerca de los desencadenantes emocionales y los impulsos de los asesinos extremadamente violentos: qué factores psicológicos pueden llevar a un individuo a atacar y volver a atacar sádica y brutalmente.

—Vale —dijo Kennedy, todavía intrigado.

—Lo que teníamos, entonces, era un montón de teorías elaboradas por varios psicólogos y psiquiatras, así como un puñado de relatos de asesinos capturados. Ahora, tomad en cuenta que a algunos asesinos caníbales importantes, como Jeffrey Dahmer, Armin Meiwes o Andrej Chikatilo, no los habían pillado. No había interrogatorios, relatos ni pensamientos de estos criminales en los archivos. —Kennedy y Taylor asintieron al mismo tiempo—. Como dije —continuó—, Lucien no dudaba de la veracidad de los relatos con que contábamos entonces, pero había varias teorías psicológicas que no lo convencían por completo. Lo que recuerdo que decía con mucha frecuencia era: «¿Cómo pueden saberlo con certeza?».

—No podían —dijo Taylor—. Por eso eran teorías, no hechos.

—Precisamente —admitió Hunter—, y Lucien lo entendía.

—Aunque no estaba satisfecho —concluyó Kennedy.

—No, no lo estaba. Y ese día sugirió algo tan descabellado, que yo lo había olvidado por completo.

—¿Y eso fue…?

Hunter respiró hondo mientas trataba de recordar los detalles.

La posibilidad surrealista de que alguien se convirtiera en asesino solo por experimentar —dijo finalmente—. Lucien argumentaba cuán innovador sería para los psicólogos de la conducta criminal que un individuo, en pleno uso de sus facultades mentales, se lanzara a matar. Esta persona conduciría sus experimentos a través de niveles graduales de violencia, experimentando con diferentes métodos y fantasías. Al mismo tiempo, llevaría notas de todo, exhaustivamente, incluyendo sentimientos y estados psicológicos, tanto en el momento de cada asesinato como durante las secuelas. Una especie de estudio en profundidad de la mente de un homicida escrito por el propio homicida. —El cuerpo de Kennedy se tensó apenas, en respuesta al mismo estremecimiento incómodo que lo había recorrido unos minutos antes—. Creía que un cuaderno, o, incluso, una serie de cuadernos, escritos con relatos verdaderos de esta naturaleza, se convertiría en una enciclopedia del conocimiento, es decir, una especie de biblia para los científicos del comportamiento criminal.

Kennedy se rascó la mejilla izquierda. No pudo evitar pensar que, por absurdo que pareciera, Lucien tenía razón. Si existiera un libro así, o una serie de libros así, tendrían un valor incalculable y probablemente se convertirían en los más consultados y aludidos por los criminólogos, psicólogos y agentes de la ley en todo el mundo. Una obra de esa naturaleza, especialmente si la ha escrito alguien con un título universitario en psicología criminal, alguien que entiende la importancia de esa información, que sabe lo que hay que añadir, se convertiría, sin duda alguna, en una especie de libro sagrado en la lucha interminable contra los depredadores violentos.

—Creo que eso es lo que ha estado haciendo —dijo Hunter, y los pensamientos comenzaban a revolverle el estómago—: saltar de asesinato en asesinato, aumentando el nivel de violencia paso a paso, intentando cosas diferentes, métodos diferentes… y apuntando en un diario sus sensaciones; en especial, sus emociones.

Kennedy miró para otro lado.

Hunter malinterpretó el lenguaje corporal de Kennedy y trató de reafirmar su argumento, pues creía que el director no estaba convencido.

—Nuestro viaje a la casa de Lucien en Murphy comenzó como la búsqueda de una especie de diario, ¿recuerdas?

Kennedy asintió.

—Cuando volvimos, después de haber descubierto los trozos de piel enmarcados, Lucien admitió que el diario sí existía. Dijo que, de hecho, hay más de uno, y que ahí iba documentando todo: lugares donde había estado, personas a las que había secuestrado y más. No entró en detalles y no lo hemos presionado para que nos hable de él, pero todo tiene sentido.

Taylor, incómoda, comenzó a juguetear con las puntas de su cabello, mientras Kennedy cambiaba el peso de un pie al otro.

—¿Así que crees que ha estado matando gente por más de veinte años solo para demostrar algo…?, ¿para escribir un libro? —preguntó Kennedy.

—Para nosotros, podría sonar como un intento tan solo de probar algo, Adrian —dijo Hunter—. Para él, es mucho más. Del mismo modo en que tú has dedicado tu vida al FBI y la BSU, del mismo modo en que un investigador podría dedicar la vida entera a su trabajo, Lucien la ha dedicado a esto. En su mente, él ha consagrado su vida a logar algo que nadie ha conseguido, a crear algo que cambiará el paisaje de la psicología criminal. —Las palabras de Hunter flotaron en el aire por un momento—. Cada uno delira a su manera, ¿recuerdas?

Una vez más, Kennedy miró para otro lado, aunque Hunter no lo malinterpretó en esta ocasión.

—¿Hay algo más? —preguntó Hunter—, ¿algo que no nos hayas dicho?

Kennedy se encogió de hombros y frunció los labios. Fue al escritorio, abrió el cajón de arriba a la derecha y sacó un cuaderno. Era el mismo que le había dado el agente especial Chris Welch, un poco más temprano, en la sala de observación de las celdas.

Hunter reconoció de inmediato el cuaderno como uno de los que la agente especial Taylor había visto en el sótano de Lucien.

—Lamentablemente, puede que tengas razón, Robert —dijo Kennedy—, porque encontramos esto.

Cincuenta y ocho

Hunter cogió el cuaderno que Kennedy le extendía y lo abrió como si fuera algo durante muchos años temido.

Taylor se puso a su lado.

En la primera página, lo único que había era un tosco boceto a lápiz: un rostro de mujer gritando, contorsionado por la agonía.

Los ojos de Hunter se apartaron de la página y se dirigieron a Kennedy.

El director de la BSU le hizo un gesto para que siguiera adelante.

Hunter pasó a la segunda página. No había más dibujos, solo texto escrito a mano. Reconoció de inmediato la letra de Lucien.

Comenzó a leer.

Supongo que mi cabeza está empezando a cambiar. Al principio, después de cada asesinato, se abrumaba bajo intensos sentimientos de culpa, tal como yo lo había supuesto. En ocasiones, durante meses. Muchas veces estuve cerca de entregarme; muchas veces me prometí no volver a matar. Pero, al pasar el tiempo, cuando los sentimientos de culpa comenzaban a debilitarse, de forma lenta y muy constante regresaba el deseo de volver a hacerlo. Yo quería que regresara. Con cada víctima, las fases de culpabilidad eran cada vez más cortas, hasta el punto en que hoy prácticamente no existen. Un par de días, acaso. No hay ninguna duda de que mi mente se ha adaptado. El homicidio, para mí, se ha convertido en algo natural. Cuando estoy fuera, a menudo miro alrededor y, mientras mis ojos se posan en alguien en un bar, en un tren o en las calles, donde quiera que yo esté, me descubro pensando con qué facilidad podría matarlo; en lo mucho que podría hacerlo gritar, cuándo dolor podría infligirle antes de acabar con su vida. Y esas ideas me estimulan más que nunca.

Deshacerme de esos pensamientos se ha vuelto cada vez más difícil, pero la verdad es que no quiero apartarlos de mí. Ahora entiendo que el asesinato puede convertirse en una droga muy poderosa. Más poderosa que cualquiera que hubiera probado. Y estoy completamente enganchado. Pero, al margen de mi adicción, si algo he aprendido es que necesito algún tipo de desencadenante que me lleve más allá del límite.

Ese desencadenante puede ser cualquier cosa: cierto tipo físico que coincide con un aspecto particular, la forma en que alguien me habla o me mira, el modo de vestir de la persona, la fragancia que lleva, algo que está haciendo, sus ademanes…, cualquier cosa. No sé lo que es hasta que lo detecto.

Eso volvió a suceder anoche.

Hunter pasó la página, pero dejó de leer para mirar de nuevo a Kennedy. El director tenía las manos metidas en los bolsillos de sus pantalones. Sus mejillas caídas parecían haber ganado peso en los últimos días, en tanto que sus ojeras daban una impresión aún más mórbida. La mirada del hombre estaba clavada en el cuaderno que Hunter tenía en las manos.

Hunter volvió a la lectura.

Era tarde. Acababa de pedir mi tercer escocés doble. No estaba buscando nada ni a nadie; solo tenía ganas de emborracharme. De hecho, lo que quería era suprimirme. Por casualidad, estaba en Forest City, en Mississippi. No me había registrado en ningún hotel ni nada por el estilo. La idea era ponerme hasta las cejas, desmayarme dentro del coche en el aparcamiento, despertar a cualquier hora del día siguiente y seguir mi camino.

Pero las cosas no sucedieron así.

Yo estaba en un extremo de la barra, ensimismado. Era una de esas noches lentas, con no muchos clientes. El barman trataba de ser amable y entablar una conversación, pero fui tan cortante que él rápidamente entendió la indirecta.

Mientras el hombre me servía el siguiente trago, una nueva cara entró en el bar. Voluminoso, mucho más que yo, el tipo era una mezcla de músculos y grasa. También era más alto, entre cinco y diez centímetros. El barman lo llamó Jed.

Jed llevaba el pelo tan corto que llegué a preguntarme por qué no se lo afeitaba del todo. Tenía, debajo de la barbilla, una cicatriz en forma de medialuna. Era indudable que alguien le había dado en la cara con el fondo de una botella rota. También le habían roto la nariz más de una vez. Su oreja derecha estaba un poco deformada, como si se la hubieran aplastado contra el cráneo. No hacía falta ser un vidente para saber que a Jed le gustaba meterse en pendencias. Tomó asiento en la barra, cuatro taburetes a mi izquierda, y, mientras se sentaba, dos clientes que estaban en las mesas, detrás de nosotros, se levantaron y se fueron.

Tampoco me pareció que Jed fuera un tipo muy querido.

Apestaba a alcohol barato y sudor rancio.

—Dame una puta cerveza, Tom —gritó arrastrando un poco la voz. Tenía las pupilas como platos, así que el tipo venía puesto con algo mucho más fuerte que

el alcohol.

—Venga, Jed —dijo el barman con voz vacilante, aunque tratando de mantenerla uniforme— Es tarde y, definitivamente, esta noche ya has tenido suficiente.

El ceño de buldog de Jed se arrugó aún más.

—No me estés jodiendo con que ya tuve suficiente, Tom. —El volumen de su voz había aumentado unos cuantos decibelios. Un cliente más se escabulló por la puerta—. Seré yo quien diga cuando haya tenido suficiente. Ahora, dame esa puta cerveza o acabaré metiéndote una por el ojo del culo.

Tom sacó una botella de cerveza de la nevera, la destapó y la puso sobre la barra, delante de jed. Este la cogió y se bebió la mitad en tres grandes tragos.

No me di cuenta de que lo estaba mirando hasta que Jed se volvió a mí.

—¿Qué coño miras? —dijo, y puso la botella a un lado—. ¿Eres maricón?

No le contesté, pero tampoco aparté la mirada.

—Te pregunté algo, marica. —Jed tomó otro sorbo de su cerveza—. ¿Te gusto? —Levantó el brazo derecho y plegó el bíceps como un culturista antes de lanzarme un beso. Me tenía hipnotizado ese saco de mierda que se hacía llamar Jed.

—Venga, Jed —quiso intervenir el barman, que presagiaba con claridad lo que estaba por venir—. Déjalo en paz. El tío solo ha venido a beber tranquilo.

Me miró con un gesto que decía: «tronco, por favor, márchate, no querrás meterte en este lío, créeme».

No me moví. Probablemente ni siquiera parpadeé.

—Cierra el hocico, Tom —dijo Jed, y lo señaló con el dedo, pero sin apartar los ojos de mí—. Quiero saber por qué este maricón no deja de mirarme. ¿Esta noche quieres follar con un verdadero hombre? ¿Es eso, marica? ¿Quieres un trozo de esto? —Jed se llevó ambas manos a un enorme bulto en su entrepierna.

Mis ojos recorrieron su cuerpo poco a poco y eso pareció cabrearlo más allá del límite. Su mandíbula se trabó de la rabia. El rostro se le enrojeció aún más mientras el tipo se levantaba amenazante del taburete.

Y ahí estaba.

El detonante.

No fue su asquerosa forma de ser ni su olor; no fueron los insultos ni que el tío tuviera un aspecto tan horrendo que, seguramente, su imagen se escabullía de los espejos. Tampoco fue el hecho de que no me dejara beber en paz. Lo que disparó todo fue que él creyera que podía hacer valer su superioridad sobre mí.

Eso fue lo que sobrepasó mi límite.

Y entonces supe que Jed moriría esa misma noche.

Cincuenta y nueve

Hunter dejó de leer y miró a Kennedy.

Aunque, desde su perspectiva, el libro estaba de cabeza, el director había seguido los ojos de Hunter y sabía exactamente dónde se detendría.

—Sigue leyendo —dijo—, hay un giro.

No me enfrenté a Jed. No ahí. No estaba por la labor de liarme a puñetazos con él en un lugar público. Eso habría sido demasiado imprudente.

Dejé treinta dólares sobre la barra como pago por mis bebidas, me levanté y retrocedí un par de pasos.

—¿Qué te pasa, maricón? —dijo Jed, con un tonillo y un movimiento de manos de rapero de mala muerte—. ¿Tienes demasiado miedo?

Tom, que había salido de detrás de la barra, rápidamente dio un salto hasta ponerse entre Jed y yo.

—Venga, Jed, aquí no hay ningún problema. El tipo no ha dicho nada y ya se va, ¿vale?

Tom giró el cuello para mirarme. Con los ojos me suplicaba que no me metiera, que me marchara.

Finalmente, rompí mi trance contemplativo, bajé la mirada al suelo y comencé a caminar hacia la salida.

—Eso es, maricón, saca ese culito de aquí antes de que te rompa la puta cara.

Abrí la puerta y salí a la noche húmeda y cálida.

No fui a ningún lado. Solo me subí en el coche, conduje por el otro lado del camino y aparqué en un lugar oscuro, cerca de un contenedor oxidado. Desde ahí podía ver claramente la entrada del bar.

Y esperé.

Jed salió por la puerta cuarenta y seis minutos después y, tambaleándose, se acercó a una maltrecha camioneta Ford. Le tomó casi un minuto arreglárselas para introducir la llave en la cerradura y abrir la puerta. Tampoco él se marchó de inmediato y, por un momento, creí que se quedaría a dormir en la camioneta, pero no fue así. Encendió un porro y se fumó esa mierda entera antes de poner en marcha el motor.

Lo fui siguiendo mientras se incorporaba a la carretera. Mantuve una distancia prudente, aunque, en realidad, no era necesario. Jed tenía los sentidos totalmente embrutecidos; ni aunque lo siguiera un elefante rosa con tutú dorado se habría dado cuenta.

Conducía de un lado al otro de la carretera. Lo que más me asustaba era la posibilidad de que lo detuviera un policía. De haber sucedido tal cosa, Jed habría pasado la noche en una celda por conducir bajo los efectos del alcohol, y yo, probablemente, me habría alejado de toda aquella situación. Para Jed, desgraciadamente, Forest City, en el condado Scott de Mississippi, parecía no tener policías disponibles esa noche.

Vivía justo a las afueras del pueblo, al lado de la carretera, en una casa sucia y vieja, de una sola planta, hecha de madera azul descolorida. En el lugar no había cochera. El camino de entrada era solo tierra y grava flanqueadas por arbustos y hierba crecida. Aparcó la camioneta junto a la valla metálica oxidada que rodeaba la vivienda y se fumó otro porro antes de entrar en la casa tambaleándose.

Encontré un lugar oculto donde dejar el coche, esperé veinte minutos y, muy cautelosamente, atravesé la carretera hasta la casa. La puerta principal estaba cerrada con llave, pero no me costó mucho trabajo encontrar una ventana abierta. Sabía que debía de haber una. Sin aire acondicionado, la noche era demasiado cálida y sofocante como para que Jed dejara cerradas todas las puertas y ventanas.

El interior de la casa olía a grasa, cebollas fritas, cigarrillos rancios y podredumbre seca. El lugar estaba asqueroso y en absoluto desorden, pero, después de haber conocido a Jed, no me esperaba nada menos.

Me adentré de puntillas en la casa. Fue fácil encontrar el dormitorio; no tuve que hacer otra cosa que seguir el ruido de los ronquidos. Y Jed roncaba como un dinosaurio en celo. Pero decidí que no quería matarlo en su cama. Eso habría sido demasiado fácil.

Yo sentía que la sangre burbujeaba por mis venas, llena de entusiasmo, mientras el ritmo de mi corazón se aceleraba. Mis glándulas suprarrenales se acompasaron y comenzaron a bombear a toda velocidad; al mismo tiempo, mi boca empezó a salivar como la de un perro en una carnicería. Quería prolongar lo más posible esas sensaciones. Nada es más emocionante que estar dentro de la casa de la víctima y esperar el momento propicio.

Cogí un cuchillo afilado de la cocina. Por fortuna, había mucho de donde elegir. Sabía que una bola grasienta como Jed, sin la menor duda, se levantaría en plena noche para ir a la cocina a comer algo más, o al baño, a mear unos cuantos litros. Con todo el alcohol que llevaba dentro, lo más seguro era que fuera al baño. Me escondí tras las cortinas de la ducha, donde él no pudiera verme hasta que fuera demasiado tarde.

Cubrí mis zapatos con unas bolsas de plástico que también encontré en la cocina, cerré con cuidado las cortinas de la ducha, me subí en la sucia bañera, apoyé la espalda en la pared de azulejos y esperé. Si es necesario, puedo estar así por horas.

La espera hizo que todo mi cuerpo sintiera un cosquilleo, como si estuviera empapado en un baño de Alka-Seltzer, rebosante de poder.

Finalmente, noventa y cuatro minutos más tarde, Jed entró en el baño arrastrando los pies.

Respiré hondo para contenerme, para no ir a por él antes de tiempo. Yo ya había abierto una pequeña rendija en la cortina de plástico para poder ver hacia fuera. Como perdido, Jed se detuvo en cuanto entró al baño.

Y el momento adecuado llegó.

Sesenta

Como hipnotizados por las palabras, los ojos de Hunter y Taylor no podían apartarse de las páginas del cuaderno de Lucien. Era como leer un superventas, solo que, aquí, cada página contaba verdades.

Todavía borracho, colocado y medio dormido, Jed se plantó frente a las cortinas de la ducha y estiró sus voluminosos brazos por encima de la cabeza. Su boca se abrió en un hoyo negro cuando se puso a bostezar. Pude oler su aliento fétido incluso detrás de las cortinas. Tenía los ojos rojos inyectados por la hierba que se había fumado, por el alcohol y el sueño profundo del que acababa de levantarse, todo junto. No llevaba encima más que un par de calzoncillos sucios. Estuve a punto de reír.

Por un instante, me pareció que sus ojos trataban de enfocar las cortinas de la ducha. Quizás había alcanzado a notar el corte que hice, no estoy seguro, pero supe que esa era la señal que yo estaba esperando.

Me sentía tan exaltado por la adrenalina y la emoción, que me moví casi al doble de mi velocidad normal. El cerebro y los reflejos de Jed estaban tan hechos mierda por el alcohol, las drogas y el sueño que él reaccionó a la mitad de su velocidad normal. Sumemos esos dos factores. Jed nunca me sintió venir.

Con la mano izquierda, tiré de la cortina hacia un lado, al tiempo en que me lanzaba hacia delante. Mi mano derecha y el cuchillo también se movieron muy rápido, formando un alto arco de derecha a izquierda.

La hoja le dio exactamente donde yo quería: a lo largo del cuello y la garganta. Para cualquiera, habría sido letal la combinación del cuchillo tan afilado y la fuerza del movimiento. El cuchillo le cortó la piel y los músculos como si fueran de papel de arroz. Por el abundante rocío de sangre que saltó por los aires, dando primero en mi cara y después en la cortina y en la pared que estaban tras de mí, supe que le había seccionado ambas venas yugulares. También llegué a cortarle las vías respiratorias superiores. Sus ojos se posaron en mí por un breve instante. No sé si me reconoció, no estoy seguro. Ni siquiera sé si se enteró de lo que estaba sucediendo.

No me importó si lo había sabido o no. Mi cuerpo ya estaba flotando en el aire, henchido de éxtasis por todo lo que estaba pasando. Con la mano izquierda, agarré a Jed por la nuca y tiré de su cabeza hacia atrás, muy fuerte, hasta

exponer aún más la herida fatal. Me regocijé contemplando la sangre que salía a chorros de su cuello y bajaba a lo largo de su cuerpo como una cascada; disfruté viendo la espuma que se formaba en su boca. Las cuerdas vocales de Jed no pudieron producir otra cosa que un sonido sordo y burbujeante. Lo mantuve en esa posición hasta que sus ojos enloquecidos se quedaron quietos. Hasta que los gorgoteos cesaron. Hasta que su cuerpo se convirtió en un peso muerto.

Después de que Jed cayera al suelo, me quedé en el baño por otros siete minutos, aún narcotizado con las sustancias químicas que mi cerebro había emanado para mí. No sentí ninguna culpa. Ningún remordimiento.

Me lavé la cara y las manos. La ropa no me preocupaba gran cosa; la quemaría en cuanto saliera de la casa.

Era hora de seguir mi camino.

Pero el destino es algo curioso, y, mientras caminaba por el corto pasillo, después de dejar atrás el dormitorio de Jed, algo llamó mi atención y me detuve. La puerta estaba abierta de par en par. Esa fue la primera vez que la vi.

Era difícil de creer que una enorme bolsa de excremento humano, como Jed, tuviera una novia. Supe que no era su esposa, porque ninguno de los dos llevaba anillo de bodas. Pero, de todos modos, Jed la tenía, y ahí estaba, desmayada sobre la cama. Para mi sorpresa, no era, ni de lejos, tan grande y fea como Jed: cabello corto y oscuro, pómulos altos, labios delicados y piel suave de color miel. Era atractiva; y mucho, de hecho. Cómo terminó con Jed será, para mí, un eterno misterio.

Me paré junto a la puerta, mirándola por un rato dormir en esa cama. Yo todavía zumbaba después de haberle cortado la garganta a Jed. ¿Cómo puede alguien, colocadísimo en su droga favorita, marcharse cuando le ofrecen tan liberalmente un poco más?

Sentí que mi cuerpo volvía a cosquillear. Por segunda vez en una misma noche, algo apretó el gatillo dentro de mi cabeza. Decidí que no resistiría mis urgencias, así que, con mucho cuidado y sigilo, entré en la habitación y me eché en la cama, a su lado. Podía sentir la tibieza del lugar de Jed.

Durante veintidós minutos, ni siquiera me moví. Me quedé ahí acostado, mirando dormir a la novia de Jed, esperando, inhalando el perfume de su cabello, sintiendo el calor de ese cuerpo tan cercano al mío.

Entonces, se movió.

Giró y me echó el brazo sobre el pecho en un abrazo dormilón, como hacen las parejas. Seguía con los ojos cerrados. Cuando su mano cayó en mi hombro, ya no me pude contener. Tan suavemente como me fue posible, cogí su mano, me la llevé a los labios y empecé a besarle los dedos, a lamerlos. Olían y sabían a crema de manos.

Creo que le gustaron los besos y los mordiscos, porque gimió en voz baja y, lentamente, me puso una pierna encima. Mientras se acomodaba sobre mi cuerpo,

subconscientemente, comprensiblemente, echó de menos el volumen corporal de Jed. Era a lo que estaba acostumbrada. Los nervios de su pierna registraron la diferencia, pero a su cerebro adormecido le costó algunos segundos descifrar las señales. En ese momento, la mujer frunció el ceño aun antes de parpadear.

En la habitación, la iluminación no era muy buena. Lo único que ella tenía para ver era la luz de la luna llena que, baja en el cielo, en ese momento entraba por la ventana abierta del lado este. Mi cara estaba medio oscurecida entre las sombras.

Supongo que no me habré lavado tan bien como creía, porque, en ese preciso instante, una gota de la sangre de Jed goteó desde mi pelo, cayó en mi frente, descendió por una de mis cejas y terminó en la funda blanca de la almohada.

Ella volvió a parpadear. Esta vez, el parpadeo fue uno de esos nerviosos y llenos de miedo. Al registrar que algo no estaba bien, al sentir el peligro, su cerebro la despertó de inmediato. Ella echó la cabeza unos centímetros hacia atrás para enfocar mejor los ojos. Cuando finalmente lo consiguió, el pánico la dejó paralizada.

Lo que vio fue a un desconocido, con la ropa empapada en sangre, acostado donde su novio tenía que haber estado. Tenía dos de sus dedos metidos en la boca del tipo que la miraba fijamente a los ojos.

Sesenta y uno

Hunter dejó de leer y cerró el cuaderno.

La agente especial Taylor, contrariada, se apartó un paso y se terminó su escocés de un trago.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Hunter mientras señalaba el cuaderno con el rostro.

—Este es el único —contestó Kennedy—. Los demás libros encontrados en la casa de Murphy no contienen nada. Unos cuantos dibujos y bocetos, pero eso es todo. Nada como esto.

—Pero tiene que haber otros. —Hunter parecía un poco confundido—. ¿Estás seguro de que han examinado todos los libros y cuadernos que encontraron?

—Sí, estoy seguro —confirmó Kennedy—. Lucien debe de haberlos guardado en otro sitio: o, tal vez, los ha ido dispersando por diferentes lugares. Eso no me sorprendería, y es una cosa más que tendrás que descubrir durante los interrogatorios.

La mirada de Hunter se endureció.

Kennedy leyó ese gesto. La fatiga empezaba a revelarse en su voz ronca, que ahora salía como graznidos.

—Mira, Robert, de ninguna manera apruebo lo que Lucien ha hecho, pero, si tienes razón en que ha escrito cuadernos con todas sus experiencias, esas cosas ya están hechas, no se pueden deshacer. Si esos cuadernos existen de verdad, deberíamos tenerlos. Por un lado, son pruebas en un caso de asesinatos en serie que irá a parar a los libros de historia, y de esto no tengo la menor duda. Por el otro, el conocimiento sobre el comportamiento psicológico, lo que esas notas nos pueden aportar en comprensión, podrían cambiar la balanza en nuestra lucha contra los criminales reincidentes y

extremadamente violentos. Como agente de la ley y como psicólogo, lo sabes muy bien, Robert.

Hunter no tenía nada con qué argumentar.

—¿No había algo más dentro del almacén de Seattle? —preguntó Taylor.

—Nada, con excepción de la nevera y las partes de los cadáveres —confirmó Kennedy.

Los tres parecían haberse sumergido en sus reflexiones por un momento.

—Nos pusimos en contacto con el sheriff del condado de Scott —prosiguió Kennedy—. Hace veintiún años, Jed Davis y su novia, Melanie Rose, fueron apuñalados dentro de la casa que compartían a las afueras de Forest City. Los encontró la madre de ella, dos días después del incidente, cuando pasó por ahí a llevarles una tarta de manzana hecha en casa. No hubo ninguna detención. —Hizo una pausa por elocuencia y para recuperar el aliento—. De acuerdo con el forense, a la mujer la decapitaron con un cuchillo de cocina. El asesino dejó la cabeza de Melanie Rose en el salón, encima la mesa. Eso fue lo primero que vio la madre cuando se asomó por la ventana. —Kennedy miró a Hunter con una expresión de infarto—. La mató solo porque estaba en casa, Robert. La mató por puro placer. —Hunter cerró los ojos y apretó los labios.

»Ya leíste el relato —añadió el director—. Fue escrito un día después de los asesinatos. La narrativa y las palabras son claras y concisas; no hay histeria, ni siquiera nerviosismo. Todos sabemos que esto indica un absoluto desapego emocional. Como dijiste, estos relatos son como un estudio sobre lo que sucede dentro de la mente de un asesino despiadado: en qué piensa, qué siente, qué lo impulsa a actuar, y todo esto antes del ataque, durante el ataque y después del ataque. Puedes decir que soy un egoísta, Robert, pero quiero ese conocimiento. Necesitamos ese conocimiento. Si esos cuadernos existen, los quiero».

Hunter fue a la ventana y miró el exterior. La noche y las nubes cargadas de lluvia oscurecían el cielo, pero, de alguna manera,

hacían que el detective viera las cosas con claridad, que vislumbrara algo que no había entendido. Y se maldijo por no haberlo advertido antes.

—Creo que los tendrás, Adrian —dijo—, porque Lucien quiere que los tengas.

Taylor frunció el ceño y Kennedy miró a Hunter de soslayo.

—¿A qué te refieres?

—Todo esto ha sido planificado —dijo Hunter.

Las miradas confundidas de Taylor y Kennedy se intensificaron.

—¿Qué ha sido planificado, Robert? —preguntó Taylor.

—Que lo pillaran. —Hunter se volvió a ellos—. Vale, tal vez no el momento, no al ciento por ciento. Quizás Lucien habría seguido haciendo por más tiempo lo que estaba haciendo. No había manera de que predijera el accidente en Wyoming, el que nos condujo a él, pero creo que contaba con que algún día terminarían por atraparlo.

A Kennedy le tomó algunos segundos subirse al barco de Hunter.

—Porque ¿qué sentido tiene escribir una enciclopedia sobre el homicidio y sus motivos si nadie la lee, si nadie la estudia? ¿A eso te refieres?

Hunter asintió en silencio.

Taylor lo pensó por un segundo, pero no estaba convencida.

—Vale, pero ¿para qué querría que lo pillaran? Podría haber dispuesto que sus libros fueran entregados al FBI, o podría haberlos enviado de forma anónima, o algo así.

—No habrían tenido el mismo efecto —discrepó Hunter.

—Robert tiene razón. —Kennedy lo respaldó—. Los cuadernos, por sí mismos, habrían tenido un menor «peso» de no haber detenido al perpetrador. Nos habría llevado mucho más tiempo seguir el rastro, porque siempre habría habido dudas sobre la autenticidad de los escritos. Con Lucien bajo nuestra custodia, con las entrevistas, con él guiándonos hasta los restos de las víctimas… Todas estas cosas añaden credibilidad a los cuadernos. —Kennedy dejó de hablar cuando cayó en la cuenta de algo. Miró a Hunter—. Y

por eso te obligó a venir. —Hunter exhaló y movió la cabeza de arriba abajo.

»Porque tú añades credibilidad al personaje de Lucien —dijo Kennedy—. Estuvisteis juntos en la universidad. Compartisteis un dormitorio. Fuisteis mejores amigos. Sabes cuán inteligente es y él sabe que tú podrías dar fe de ello. —Fue al otro lado del escritorio—. Apuesto a que cuenta con que recordarás la conversación que tuvisteis acerca de la «enciclopedia del asesinato». Sabía que te acordarías de Susan Richards. Siempre fuiste una parte importante de este plan, Robert.

—Así que, una vez que su credibilidad ha quedado más que refrendada —interrumpió Taylor—, ¿por qué no le preguntamos por los cuadernos, simplemente? Si tienes razón, si su idea, desde el principio, era que el FBI se hiciera con esos cuadernos, tendría que ser más comunicativo con la información.

—No, no lo será —dijo Hunter—. Aún no.

—Y ¿por qué?

—Porque no ha terminado.

Sesenta y dos

Hunter solo consiguió dormir tres horas y media muy erráticas. Se levantó a las cinco. A las seis y media ya había salido a correr ocho kilómetros, y, a las siete y media, él y Taylor ya estaban en el subterráneo cinco.

Igual que ayer, Lucien los esperaba tranquilamente, sentado en el borde de la cama, con la pierna derecha cruzada sobre la izquierda y las manos, entrelazadas, descansando sobre el regazo.

La noche anterior, Hunter, Taylor y Kennedy habían decidido que presionar a Lucien para que en ese momento hablara de los libros, si es que existían, no era la mejor estrategia. Las víctimas seguían siendo la prioridad.

—Me preguntaba si todavía estarías aquí, Robert —dijo Lucien en cuanto sus interrogadores se hubieron sentado—. Creí que irías a ver los restos de Susan con tus propios ojos. Pensé que, a estas alturas, estarías a medio camino de Nevada para ver a sus padres. —Estudió la expresión de Hunter, pero no sacó nada en claro—. ¿La encontraron, o no? —preguntó sin aparentar preocupación.

—La encontramos —confirmó Taylor.

—Ah, por supuesto —dijo Lucien, como si de repente hubiera recordado algo—. Pruebas y más pruebas. Sabes que es ella, ¿o no, Robert? —No hubo reacción—. Pero el FBI no moverá un músculo hasta tener la confirmación del laboratorio. Es el protocolo. Ponerse en contacto con los padres sin estar ciento por ciento seguros de que se trata de los restos de Susan es una negligencia y un descuido potencial, y eso podría ser muy dañino para ambas partes. Es muy comprensible.

—¿Hay más víctimas enterradas en los alrededores de la casa de La Honda, Lucien? —preguntó Hunter.

Lucien sonrió.

—Llegué a pensarlo. Es un lugar estupendo. Escondido de todo. No hay vecinos. Nadie que se acerque sigilosamente. —Negó con la cabeza—. Pero no. Susan fue la única de La Honda. Este es un país enorme, Robert. No es muy difícil encontrar lugares similares. De todos modos, después de lo de Susan, tardé mucho tiempo en recuperarme. —Apretó los nudillos entre sí hasta hacerlos crujir—. Todos hemos escuchado y leído acerca del período de «enfriamiento» entre un asesinato y otro, pero déjame decirte que… puede ser un período infernalmente tenebroso.

Hunter no estaba muy interesado en escuchar los relatos personales de Lucien acerca de cómo se había sentido, y, aunque sabía que Lucien querría extender cada interrogatorio tanto como le fuera posible, siguió presionando para sacarle la información que quería.

—Así que danos el nombre y la ubicación de otra víctima, Lucien.

El prisionero siguió hablando como si no hubiera escuchado la pregunta.

—En los días, semanas y meses posteriores a lo de Susan, mientras se pasaba el efecto de la «droga asesina» —dibujó unas comillas con los dedos—, estaba completamente seguro de que no lo volvería a hacer. Pero, al pasar el tiempo, los impulsos empezaron a aparecer de nuevo. Y venían reforzados, más exigentes. Yo echaba de menos el subidón trascendental, la sensación de poder que me había producido aquella noche con Susan. Y sabía que mi cuerpo, al igual que mi cerebro, moría por experimentarlo de nuevo.

—¿Cuánto tiempo duró —preguntó Taylor— el período de enfriamiento? ¿Cuánto tiempo transcurrió entre Susan Richards y tu segunda víctima?

—Setecientos nueve días.

Lucien no había tenido que pensar la respuesta. El número estaba labrado en su cerebro. Cada detalle de cada una de las cosas que había hecho estaba labrado en su cerebro.

—Yo ya estaba en Yale —prosiguió—. Se llamaba Karen Simpson.

Hunter frunció el ceño.

Lucien lo miró y asintió.

—Sí, Robert, es cierto. Karen sí existió, con todos los tatuajes, los *piercings* en el labio y en la nariz, la oreja izquierda estirada un centímetro entero, el flequillo al estilo de Bettie Page. La conocí en Yale, tal como te lo dije; aunque sí que te conté algunas mentiras. Karen nunca fue adicta. Eso me lo inventé porque encajaba en la historia que te quise contar hace un par de días. Es algo de lo que he descubierto en este camino. Si vas a mentir, usa tantos hechos verdaderos como te sea posible: gente de verdad, nombres, descripciones, lugares, períodos de tiempo o lo que sea. Son fáciles de recordar; y, si te ves en la necesidad de volver a contar la historia más adelante, reduces las posibilidades de que te pillen.

Hunter estaba al tanto de la teoría.

—Como te dije, Karen era una mujer encantadora. También estaba haciendo el doctorado en psicología. Solíamos estudiar juntos… —Lucien les dedicó una sonrisa bobalicona, una que decía «sé algo que vosotros no sabéis»—. Ya habéis tenido contacto con ella. —Miró desafiante a Hunter y a Taylor.

—Los otros tatuajes en el sótano —dijo Hunter.

—Exacto, Robert —asintió Lucien—. Las grullas.

Uno de los fragmentos de piel humana enmarcados en el sótano de Lucien mostraba un colorido par de grullas. El diseño había sido tomado del cuadro titulado Dos grullas sobre pino cubierto de nieve, de Katsushika Hokusai.

—Tenía ese tatuaje en la parte superior del brazo derecho —dijo Lucien—. Ahora bien, aunque Karen era apenas mi segunda víctima, decidí aventurarme.

Sesenta y tres

Algo en la forma en que Lucien pronunció esa última frase pareció congelar el aire por un instante, como si el mal agazapado en un rincón, al acecho todo ese tiempo, estuviera a punto de hacer sentir su presencia.

—Ya os he dicho —continuó Lucien—, que los impulsos empezaron a reaparecer unos cuantos meses después de que me fui de Stanford, pero no se hicieron insoportables hasta mucho después. Al principio, creí que sería capaz de dominarlos. Creí que no sería difícil controlarme, pero, tal como cualquier criminal reincidente descubre tarde o temprano, me equivocaba.

Lucien se frotó la nuca con ambas manos, cerró los ojos e inclinó la cabeza hacia atrás. Después de pasar unos segundos en silencio, exhaló.

—Esta vez hubo una diferencia. Como dije, nunca vi a Susan como una víctima potencial hasta la noche en que todo sucedió. Con Karen, en cambio, yo ya sabía que era la elegida. Lo supe desde el día en que la conocí.

—¿Qué lo llevó a tomar esa decisión? —preguntó Taylor—, ¿qué lo hizo decidirse por Karen?

Lucien puso cara de asombro.

—Qué buena pregunta, agente Taylor. Se ve que estás aprendiendo.

«Los tatuajes», pensó Hunter. Aunque Karen y Susan no se parecían en nada, Lucien se habría acordado de su primera víctima por los tatuajes. Y, como él mismo había admitido, estaba buscando llegar a las mismas alturas. Una nueva víctima con tatuajes, como la anterior, significaría que Lucien podría desollarla parcialmente, igual que había hecho con Susan. Al repetir los métodos, el mismo *modus*

operandi, la mayoría de los criminales creen que pueden volver a experimentar las mismas sensaciones y subidones que en los asesinatos anteriores.

Era como si Lucien estuviera pensando por primera vez en las verdaderas razones que lo habían llevado a escoger a Karen.

—Supongo que lo primero que me llevó a Karen fueron los tatuajes. —Hunter ni siquiera parpadeó—. Tenéis que recordar que esos tatuajes grandes y llenos de color no eran tan populares hace veintitrés años como lo son ahora —dijo Lucien—. Especialmente entre las mujeres. Me recordaban a Susan. —Sus palabras, tan secas como un hueso, parecían absorber toda la humedad del aire—. Empecé a verlos en mis sueños. Empecé a fantasear con arrancar al cuerpo de Karen esos dibujos, tal como hice con el de Susan. Y fue así como me di cuenta de que se estaba comprobando otra teoría.

Lucien hizo a Hunter un gesto con la cabeza, como si ambos hubieran pactado, a lo largo de todos esos años, una especie de apuesta acerca de cuáles teorías se verificarían y cuáles no.

—De manera subconsciente, mi cerebro seguía volviendo al mismo *modus operandi* que usé con Susan, y todos sabemos el por qué, ¿no es así? Aunque estuvo lejos de ser perfecto, yo estaba seguro de que me sentiría más cómodo haciendo otra vez lo mismo que ya había hecho, aquello que ya había funcionado. La familiaridad, agente Taylor; esa es la razón de que los delincuentes rara vez cambien su manera de actuar. —Señaló el cuaderno de Taylor—. Escríbelo, si quieres. —Lucien se levantó, fue al lavabo a servirse un vaso de agua y volvió al borde de la cama.

»Pero decidí que no quería comodidades. No estaba tratando de hacer algo que ya había hecho. Eso no era parte de los planes que tenía en mi cabeza. Así que empecé a pensar en lo que haría de forma diferente. Incluso antes de conocer a Karen, sabía que volvería a hacerlo; no me quedaba la menor duda. Las urgencias se habían vuelto demasiado grandes como para resistirlas. Sabía que era cuestión de tiempo y de encontrar a la víctima apropiada. Así que empecé a buscar un nuevo escondite.

—¿Dónde está? —preguntó Hunter.

—Bah, sigue en Connecticut —confirmó Lucien—. De hecho, no muy lejos de New Haven y la universidad de Yale.

De Lucien parecía irradiar un sentimiento de otro mundo, una suerte de calma fatal que le pondría los pelos de punta a cualquiera.

—¿Dónde, exactamente? —presionó Hunter.

Más por un efecto teatral que por cualquier otro motivo, Lucien pareció vacilar. Movía la cabeza de un lado al otro como si dudara.

—Te lo diré, pero antes déjame preguntarte algo.

Taylor lo observaba atentamente. Nunca olvidaría la sonrisa malévola que Lucien le dedicó.

—¿Sabes qué es una carga de LIN?

Sesenta y cuatro

Lucien había conocido a Karen Simpson justo al comenzar el segundo año en Yale. A ella acababan de transferirla desde algún lugar de Inglaterra y apenas se estaba instalando. Lucien nunca olvidaría el día que la vio por primera vez… No, el día que la oyó por primera vez. Eso fue lo que le llamó la atención: su voz, su acento británico.

Al terminar una conferencia bastante aburrida sobre psicología de la investigación y la conducta delictiva, Karen levantó la mano para hacer una pregunta. Lucien ya había recogido sus libros y estaba listo para marcharse cuando el sonido de la voz lo hizo detenerse en seco. Algo había en la forma calmada y despreocupada en que ella enunciaba cada palabra. Había una cadencia tan encantadora en las oraciones que resultaba casi hipnotizante para su oído. La guinda del pastel era que todo eso iba aderezado con el acento británico más carismático.

Los ojos de Lucien encontraron a Karen sentada en el otro extremo de la sala de conferencias, casi escondida entre los demás estudiantes. Tendría que medir menos de un metro sesenta, supuso. Lucien dio un paso de costado para mirarla mejor. El maquillaje de la chica era muy diferente: más pesado, más gótico que el de la mayoría. Usaba una camiseta negra con las palabras «The Cure» y la fotografía de un tipo de cabello oscuro completamente desordenado, grueso maquillaje en los ojos y pinta labios mal aplicado. Lucien no estaba seguro, pero supuso que eso era The Cure.

Pero lo que realmente llamó su atención fue el gran tatuaje de colores que llevaba en la parte alta del brazo derecho. Al verlo, tuvo que contener la respiración por unos instantes. Recibió, de

inmediato, bofetadas de recuerdos de Susan y de lo que había sucedido aquella noche, hacía apenas un poco más de un año: las imágenes de él mismo cortando cuidadosamente la piel de aquel brazo. Los recuerdos llegaron acompañados de un tremendo subidón, algo que no había sentido desde aquella noche, y, por un instante, Lucien se sintió mareado hasta casi perder el equilibrio.

¿Qué pasa?, pensó mientras recuperaba la compostura y entrecerraba los ojos para mirar el tatuaje. Parecía una pareja de grandes aves, pero, desde el lugar donde estaba, no podía asegurarlo. De lo que sí estaba seguro era de que Karen Simpson nunca se graduaría en Yale. Su destino sería muy muy diferente.

Lucien no tardó en hacerse amigo de Karen. De hecho, eso ocurrió un poco más tarde, ese mismo día. Durante las siguientes dos horas, fue siguiéndola a una distancia prudente por toda la ciudad universitaria, hasta que, a media tarde, se le presentó la oportunidad perfecta. Karen acababa de salir del edificio del hospital psiquiátrico, en el extremo sur del viejo plantel, cuando se detuvo, aparentemente, a sacar algo de la mochila. Rebuscó por un par de minutos, hasta que se rindió. Después de soltar una exhalación profunda y desesperada, miró alrededor. Parecía un poco perdida.

—¿Está todo bien? —le preguntó Lucien, reconociendo la oportunidad y acercándose vacilante. La abordó con una expresión agradable e inocente.

Karen sonrió con timidez.

—Sí, todo está bien, solo que, por lo visto, he perdido mi mapa, algo nada conveniente si es tu primera semana en una ciudad universitaria así de grande.

La universidad de Yale se extiende en un terreno de más de tres kilómetros cuadrados y tiene más de once mil estudiantes.

—Es muy cierto —convino Lucien con una risa que expresaba comprensión—. Pero a lo mejor estás de suerte. Dame un segundo —dijo, y levantó un dedo en señal de «aguarda» antes de rebuscar en su propia mochila—. Aquí está. Sabía que debía estar aquí, en algún lugar. Toma. —Le entregó a Karen un mapa nuevo.

—¡Ay! —Los ojos de la chica se iluminaron de sorpresa—. ¿Estás seguro?

—Sí, claro. Me muevo bastante bien por estos rumbos. Solo que nunca había limpiado mi mochila, así que este mapa llevaba un buen tiempo aquí dentro. —Se encogió de hombros en un gesto de «¿qué se le va a hacer?»—. En fin, ¿a dónde tienes que ir?

—Estoy buscando el cementerio de Grove Street.

La pronunciación británica de cementerio hizo que una nueva sonrisa brotara de los labios de Lucien.

—Vaya, es toda una caminata desde aquí. —Apuntó hacia el sur —. ¿Y por qué quieres ir al cementerio, si no te importa que te lo pregunte?

—No, no. En realidad, no voy al cementerio. Es solo mi punto de referencia. Tengo que ir al edificio del laboratorio Dunham, pero recuerdo que está justo enfrente.

Lucien asintió.

—Sí, es cierto. Venga, yo también voy allá. Puedo llevarte, si quieres.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Voy al Becton Center, que está justo enfrente del laboratorio Dunham.

—Vaya, qué buena suerte —dijo Karen, y se echó la mochila al hombro derecho—. Si de verdad no te molesta, sería estupendo. Muchas gracias.

Entonces, con una expresión pensativa en el rostro, Lucien miró a Karen, un poco de reojo.

—Espera. —La señaló con el dedo—. Esta mañana estuviste en la conferencia sobre psicología de la investigación y la conducta delictiva, ¿o no? —Esa actuación pudo haberlo hecho merecedor a una plaza en la escuela de teatro.

La cara de Karen se sonrojó de sorpresa.

—Ahí estuve, de hecho. ¿Tú también?

—Sí, al fondo. Estoy haciendo un doctorado en psicología.

Más sorpresa.

—Igual que yo. Acabo de llegar en un traslado del University College de Londres.

—Vaya, ¿Londres? Siempre he querido ir a Londres. —Lucien le tendió la mano—. Me llamo Lucien, por cierto.

Y así se hicieron amigos.

Lucien ya sabía que volvería a matar. Llevaba ocho meses fantaseando en el modo de hacerlo, y, mientras más vueltas le daba al asunto, más difícil se le hacía controlar sus impulsos. Conocer a Karen Simpson lo había llenado de una inmensa sensación de alivio, como si acabara de encontrar la pieza perdida del rompecabezas que llevaba meses comiéndole el coco.

Sin embargo, no debía exagerar. Sabía que la gente los vería juntos, así que no quería parecer el mejor amigo de Karen ni dar la impresión de que tenía por ella un interés romántico. Esos serían los primeros a quienes las autoridades llamarían en cuanto ella desapareciera. No, Lucien se cuidó de parecer un estudiante más en el círculo de amigos de Karen.

Un conocido, mejor que un amigo.

La planificación le tomó otros seis meses; cuatro de ellos en la búsqueda de un escondite a donde llevar a Karen y tomarse su tiempo, sin que nadie lo molestara. Finalmente, encontró una cabaña abandonada en lo profundo del bosque, cerca del lago Saltonstall, no muy distinta a la de La Honda. Si Lucien estaba completamente seguro de una cosa era de que a Karen la desollaría viva. Aquella noche con Susan, nada le había provocado una mayor sensación de embriaguez. Y eso significaba que tendría que mantener a Karen cautiva por algunas horas, cuando menos.

Pero Lucien también tenía intenciones de experimentar. No quería poner las manos en el cuello de Karen, como había hecho con Susan. Quería hacer algo nuevo, algo diferente. La idea se le ocurrió una mañana, cuando un amigo, un estudiante de Biología Molecular, Celular y del Desarrollo de Yale, le habló de un experimento que había salido muy mal en el laboratorio Pierce. Mientras el amigo le contaba lo que había ocurrido, Lucien sintió que la sangre se le

agolpaba en las venas. En ese momento supo cómo quería que Karen muriera.

Sesenta y cinco

A mediados de mayo, la universidad de Yale cerró para el verano. Lucien había estado ansioso por un tiempo, a la espera y haciendo planes, y jugando perfectamente bien sus cartas.

Hacia el mes de abril, le había preguntado a Karen si tenía intenciones de regresar a Inglaterra a pasar las vacaciones de verano.

—¿Es de coña? —le había respondido—. En Inglaterra, los veranos son como una primavera suave de aquí. Hace tiempo que espero la llegada de mi primer verano en los Estados Unidos.

—¿Te vas a quedar por aquí?

—No, no lo creo. Estoy pensando en hacer, primero, un viaje a Nueva York. Siempre he querido conocer Nueva York; Broadway y todo eso, como te podrás imaginar. Tal vez, hacerme un nuevo tatuaje. Ahí hay algunos estudios estupendos. Después de eso, estaba pensando en que quizás podría viajar a la Florida y a la costa. ¿Pasar unos días en la playa? No por nada la llaman el «estado del sol». —Karen sonrió.

—¿Y planeas hacer todo eso tú sola? —Esa era la pregunta clave de Lucien.

Karen se encogió de hombros.

—Eso supongo. —Lo miró inquisitiva—. Pero podría hacerlo con un compañero de viaje, Lucien, ¿qué te parece? Resultaría divertido, quizás… ¿Primero Nueva York, y después, la playa?

Lucien consideró la oportunidad, pero puso mala cara y le dio una rápida excusa. Le dijo que ya tenía algunas cosas organizadas: unos cuantos trabajos de verano. Sabía que, si decía que sí, era probable que Karen le contara a alguien más que viajarían juntos: a un amigo, a un profesor, a sus padres, a quien fuera… Entonces, si

ella no volviera de su viaje de verano, pero él sí, el nombre de Lucien encabezaría la lista de los sospechosos. En cambio, si Karen desapareciera cuando, supuestamente, estaba viajando por su cuenta, las preguntas no comenzarían a formularse hasta mucho después. Simplemente se asumiría que había abandonado Yale tras su primer año y que había regresado a Inglaterra. Seguramente, las alarmas no sonarían hasta que sus padres empezaran a preocuparse por la falta de comunicación.

Volvieron a reunirse cinco días antes de las vacaciones de verano. Karen le dijo que tenía planes de partir a Nueva York y Florida dentro de cuatro días. Eso dejaba a Lucien con tres días para tener las cosas listas; pero llevaba dos meses organizando todo meticulosamente. Ya tenía en su lugar casi todo lo que necesitaba. Lo único que le faltaba eran unos cuantos botes de productos químicos, pero sabía bien dónde conseguirlos.

Un día antes de que Karen partiera a Nueva York, Lucien pasó por la residencia donde ella vivía. Su plan era sencillo:

Esa mañana la invitaría a dar un paseo en el coche por el lago Saltonstall. Harían un día de campo y estarían de vuelta antes del anochecer. Si, por algún motivo, Karen le decía que no podía, entonces Lucien la invitaría a tomar un rápido trago de despedida esa misma noche. Estaba seguro de que ella le diría que sí. De todos modos, el propósito definitivo era el mismo: estar a solas con Karen antes de su viaje, ya fuera en un lugar remoto, durante un día de campo, o dentro del coche.

Karen dijo que sí al día de campo.

Salieron a eso de las once de la mañana. Lucien condujo a velocidad constante. El paseo hasta el lugar aislado que había escogido, cerca del lago, les tomó menos de veinticinco minutos. Pero, esta vez, Lucien no iba a someter a su víctima dentro del coche. No hubo ataque sorpresa. Nada de agujas en el cuello. De hecho, Lucien había preparado un verdadero día de campo, con sándwiches, ensaladas, fruta, rosquillas, chocolate, cerveza y champán. Comieron, bebieron y rieron como mejores amigos. No fue

hasta que Lucien sirvió a Karen la última copa de champán que añadió suficiente sedante para hacerla dormir profundamente, sin soñar, al menos por una hora.

A la droga le bastaron menos de cinco minutos para hacer efecto.

Cuando Karen abrió los ojos, ya no había día de campo ni exteriores. Volvió en sí muy lentamente, y lo primero que notó fue que tenía una jaqueca feroz. Sentía como si, dentro del cráneo, un animal estuviera arañándole el cerebro.

Bajo la escasa luz y a través del dolor, sus ojos tardaron cuatro buenos minutos en enfocarse. Entretanto, ella hacía grandes esfuerzos por entender lo que la rodeaba. Estaba sentada en una habitación oscura, mal ventilada y sucia. Las paredes parecían hechas de madera burda, como las de un cobertizo para herramientas en el jardín trasero de alguien. Estaba en otro lugar. En un lugar donde nadie podría encontrarla, donde nadie escucharía sus gritos. Y, cuando se percató de eso, eso fue exactamente lo que intentó: gritar. Y en ese momento se dio cuenta de que sus labios no se movían; su mandíbula, tampoco. El pánico se apoderó de su cuerpo cuando trató de mirar a su alrededor. Su cuello tampoco podía girar.

¡Ay, Dios!

Quiso mover los dedos.

Nada.

Las manos.

Nada.

Los pies, los dedos de los pies.

Nada.

Las piernas y los brazos.

Nada.

Lo único que podía mover eran los ojos.

Bajó la mirada hacia su cuerpo y notó que estaba sentada, sin amarrar, en una silla de metal barata. Sus brazos caían sueltos a los lados.

Por un segundo, pensó que estaba soñando, que muy pronto despertaría en su cama, que se reiría preguntándose cómo su cuerpo había logrado producir unas imágenes tan tormentosas, pero detectó movimientos entre las sombras, a su derecha. El miedo que la invadía le dijo que no se trataba de un sueño.

Torció los ojos en esa dirección.

—Bienvenida, dormilona —dijo Lucien, que salía de la oscuridad.

Le costó algunos segundos darse cuenta de que todo en él parecía diferente, comenzando por la ropa que llevaba: un mono largo de plástico transparente, como de laboratorio. También tenía los zapatos enfundados en plástico azul.

Lucien le sonrió.

Karen trató de hablar, pero sentía la lengua pesada e hinchada. De su garganta no salían más que sonidos indescifrables.

—Lamentablemente, no podrás decir gran cosa —le explicó Lucien—. ¿Sabes, Karen?, te inyecté una droga que contiene succinilcolina.

El pánico explotó en los ojos de Karen.

La succinilcolina es un bloqueador neuromuscular. Interrumpe la transmisión en las articulaciones neuromusculares y provoca la paralización del músculo al que afecta; en el caso de Karen, de todo su cuerpo. El sistema nervioso, en cambio, permanece intacto. Karen seguiría sintiendo todo.

Lucien consultó su reloj.

—Estarás así un rato más. —Se acercó—. ¿Sabes?, no me gustan los tatuajes. No sé si ya te lo dije, pero debo admitir que el dibujo que llevas en la parte superior del brazo derecho es muy bonito. Japonés, ¿no es así? —Mientras decía esto, sacaba la mano derecha de detrás de la espalda. La hoja de metal destelló en la luz tenue.

En los ojos de Karen ya no había lugar para más miedo. Se le inundaron de lágrimas mientras de su garganta surgían más sonidos irreconocibles.

Lucien se acercó un poco más.

—Si te he paralizado —dijo— fue porque no quería que te contorsionaras y estropearas esto. Es un trabajo muy delicado. —Miró la hoja, un bisturí afilado con láser—. Te dolerá un poquito. —Las lágrimas empezaron a descender por las mejillas de Karen.

»La buena noticia es que… ya he hecho esto».

Sesenta y seis

Karen rogaba a su cuerpo que se moviera. Trataba de reunir todas sus fuerzas, toda la voluntad de que podía hacer acopio, pero nada era bastante. Su cuerpo simplemente no quería responder, sin importar cuánto se esforzara ella en darle órdenes. Trató de gritar, de hablar, de suplicar, pero, dentro de su boca, la lengua era una enorme polilla.

Lenta y hábilmente, Lucien usó el bisturí para cortar la piel sobre el omóplato de Karen. En cuanto brotó el primer chorro de sangre, lo limpió con un trozo de gasa. Siguió cortando poco a poco, retirando con mucho cuidado la piel del brazo.

La cabeza de Karen estaba paralizada como la de quien se ha quedado dormido en una silla: ligeramente desplomada y a la derecha. La barbilla caída casi le tocaba el pecho. Lucien la había puesto en esa posición deliberadamente. Sabía que, en cuanto se hubiera pasado el efecto de la droga, ella no podría mover el cuello, solo los ojos. Quería que ella pudiera ver.

Y pudo.

Mientras Lucien se acercaba, los ojos de Karen se dispararon a la derecha. La chica alcanzó a distinguir el bisturí que perforaba la piel y la sangre que se derramaba por el brazo, pero estaba tan asustada que los efectos del dolor se retardaron. Unos cuantos segundos después, un dolor agudo y muy penetrante la golpeó. De lo más profundo de su cuerpo se liberó un gruñido animal.

El desollamiento, junto con el miedo contagioso de Karen, llenó a Lucien de una inexplicable y adormecedora satisfacción. Fue mucho mejor que cualquier droga que él pudiera imaginar.

El proceso no tardó mucho. Al final, Lucien flotaba por los aires, colocadísimo gracias a las sustancias que su cerebro había liberado

por todo el torrente sanguíneo. Pudo haberlo hecho todo en la mitad del tiempo, pero Karen no aguantó más que unos minutos antes de desmayarse. Lucien la quería despierta, quería su pánico, así que interrumpió el corte de la piel para hacerla volver en sí antes de seguir adelante. Eso se llevó algo de tiempo.

Cuando terminó, esperó a que Karen despertara una vez más para ponerle a la vista el trozo de piel tatuada.

Los órganos internos de la mujer no estaban paralizados, así que, cuando ella registró con los ojos lo que había sido una parte de su propio brazo derecho, su estómago disparó la mitad de su contenido por el esófago. Vomitó sobre sí misma.

—No te preocupes, Karen —dijo Lucien mientras empezaba a limpiarla. —Ella se estremeció al sentir su contacto—. Este es el único tatuaje que quería de ti. No te quitaré ninguno de los otros. —Karen tenía cinco—. Pero te tengo una sorpresa. —Lucien se enderezó y desapareció por un momento entre las sombras.

Karen escuchó un ruido sordo de metales, como si su torturador estuviera remolcando por el suelo un barril de cerveza. En cuanto él volvió a aparecer, ella finalmente alcanzó a notar que no era un barril de cerveza lo que arrastraba, sino un par de cilindros metálicos de aspecto muy semejante al de las grandes bombonas de oxígeno que se encuentran en los hospitales. De algún modo, no obstante, supo que el contenido de esos cilindros no era oxígeno, precisamente.

Cada tanque, en la parte superior, tenía una manguera conectada a la boquilla. Lucien colocó las dos bombonas delante de la silla de Karen, a metro y medio de distancia, y se perdió de nuevo entre las sombras. Volvió a aparecer al cabo de unos segundos. Traía consigo un soporte de micrófono telescópico especialmente adaptado. La modificación consistía en que el soporte tenía dos brazos, en vez de uno.

Lo colocó entre Karen y los tanques antes de ajustar ambos brazos, uno arriba, uno abajo. El superior lo puso a la altura del pecho de Karen; el inferior, un poco por debajo de la cintura.

Los ojos de Karen seguían cada movimiento con nerviosismo y un grandísimo temor. Casi podía sentir el temblor de los órganos dentro de su cuerpo.

Lucien continuó enganchando las mangueras de los tanques a los brazos del soporte telescópico, de modo que ambas apuntaran directamente a Karen.

—Te tengo una pregunta, Karen. —Ella no podía hacer otra cosa que mirarlo—. ¿Alguna vez has oído hablar de las cargas LIN?

Giró las bombonas hasta poner las etiquetas a la vista de su víctima. En cuanto ella las leyó y comprendió lo que contenían los tanques, el corazón se le congeló.

Sesenta y siete

Taylor habría fruncido el ceño ante la pregunta de Lucien, pero Hunter sabía exactamente de lo que hablaba.

LN_2, LIN y LN son abreviaturas que se usan con frecuencia para referirse al nitrógeno líquido. Una carga LIN es un chorro de nitrógeno líquido superfrío. Si ha llegado a conocerse así es porque los militares fabrican granadas y cargas explosivas que pueden adherirse magnéticamente a estructuras tales como puertas, pasarelas, puentes y cosas por el estilo. El objetivo principal es hipercongelar cualquier cosa —aleaciones, metal, plástico, madera—, lo que la hace extremadamente vulnerable y fácil de romper. Los verdaderos problemas aparecen cuando una carga LIN da en la piel de un humano.

Las granadas de nitrógeno líquido se diferencian de todos los demás tipos de granadas conocidos por una sencilla razón: la carga no necesita penetrar la piel del objetivo para matarlo.

Su eficacia se basa en las propiedades químicas especiales de uno de los minerales más abundantes sobre la tierra: el agua.

El agua es la única sustancia natural del planeta que se expande al enfriarse. Si la piel humana recibe una descarga de nitrógeno líquido superfrío, su temperatura baja mucho y a gran velocidad. Cuando esto ocurre, los glóbulos se enfrían de golpe en un fenómeno llamado «congelación instantánea». El verdadero desastre sucede porque los glóbulos están hechos de un setenta por ciento de agua, aproximadamente, y este líquido, en las células sanguíneas, empieza a expandirse muy muy rápido. El resultado de todas esas moléculas de agua en un torrente sanguíneo en tan rápida expansión es una hemorragia integral. El sujeto comienza a

sangrar por todos lados: ojos, oídos, boca, nariz, uñas, los genitales y la piel.

Debido a la carga superfría, la expansión molecular no se detiene. En consecuencia, cada célula del cuerpo termina por explotar en algún momento. Es una muerte espantosa, así como un espectáculo horripilante.

Para que Taylor lo supiera, Lucien explicó todo el proceso de manera sucinta.

—Os diré algo —dijo a Hunter y a Taylor—. Lo que le ocurrió al cuerpo de la chica en cuanto la rocié con nitrógeno líquido fue escalofriante, incluso para mí. Fue como si todo hubiera explotado dentro de ella, toda la sangre salía a borbotones. —Suspiró largamente, se rascó la barba y pasó la mirada por su desolada celda—. Por todos lados, de verdad. Cuatro días pasé limpiando y desinfectando esa cabaña solo para que los animales salvajes no se apropiaran de ella en cuanto yo me fuera. —Hizo una pausa, recordaba—. En Yale, mi amigo me contó que habían hecho un experimento con una rana viva en uno de los laboratorios. Usaron nitrógeno líquido. Cuando me dijo lo que había sucedido, simplemente traté de imaginar cuál sería la reacción del cuerpo humano. Pero ni siquiera mi fértil imaginación se acercó un poco a la realidad.

Si Hunter o Taylor habían llegado a albergar alguna duda de que estaban frente al mal en su forma más pura, esas dudas se habían desvanecido en los últimos minutos. Ninguno de los dos quiso escuchar más detalles.

—La ubicación, Lucien —dijo Hunter. Su voz era firme y moderada—. ¿La enterraste en los alrededores del lago Saltonstall?

A su izquierda, Lucien recorrió con un dedo el surco que bordeaba uno de los bloques de hormigón.

—Eso hice. Y te tengo una sorpresa. Volví a ese sitio otras cuatro veces después de Karen, si entiendes a qué me refiero. —Frunció los labios en un gesto de «¿qué se le va a hacer?» y luego se encogió

de hombros despreocupadamente—. Era un buen lugar, bien escondido.

—¿Nos está diciendo que encontraremos cinco cadáveres ahí, en vez de uno solo? —preguntó Taylor.

Lucien mantuvo el suspenso por un momento antes de asentir.

—Ajá, ajá. ¿Queréis los nombres?

Taylor lo fulminó con la mirada.

Lucien rio.

—Pero por supuesto que los queréis. —Cerró los ojos e inhaló, como si su memoria necesitara una ráfaga extra de oxígeno. Cuando volvió a abrirlos, eran algo muerto, despojado de emociones. Comenzó—: Emily Evans, de treinta y un años, originaria de la ciudad de Nueva York. Owen Mille, de veintiséis años, de Cleveland. Rafaela Gómez, treinta y nueve años. Ella era de Lancaster, en el estado de Pensilvania. Finalmente, Leslie Jenkins, de veintidós años, canadiense, de Toronto. Era una estudiante internacional en Yale. —Hizo una pausa y otra inhalación profunda—. ¿También queréis que os cuente cómo murieron? —Sus labios sonrieron, pero no sus ojos.

Hunter no tenía intenciones de quedarse en ese sótano escuchando a Lucien alardear de cómo había torturado y matado a cada una de sus víctimas.

—¿En dónde están, Lucien?, solo eso —dijo Hunter.

—¿De verdad? —Lucien puso cara de decepción—. Pero apenas empezábamos a divertirnos. Karen fue mi segunda víctima. He ido mejorando con cada una, créeme. —Guiñó un ojo a Taylor—. Y mucho.

—Usted es un puto psicópata —Taylor ya no podía contenerse. Sentía asco de solo mirarlo.

Hunter se volvió a ella como si nada, aunque suplicándole en silencio que no se involucrara.

—¿Eso crees? —Lucien aprovechó el momento.

Taylor pasó por alto la mirada de Hunter.

—Lo sé.

Por un instante, Lucien pareció sospesar esas palabras.

—¿Sabes, agente Taylor?, de verdad que tu ingenuidad es enfermiza. Si crees que mis impulsos me convierten en una persona singular, no tengo ninguna duda de que te equivocaste de profesión. —Cerró el puño, extendió el pulgar y señaló detrás de su hombro—. Cada día, allá fuera, miles, millones de personas tienen pensamientos asesinos. Algunos comienzan a tenerlos desde muy muy jóvenes. Por todos lados hay alguien que, cada uno a su modo, piensa en matar a la esposa, al socio, al vecino, al jefe, al gerente del banco, a los matones gilipollas que lo atormentan… La lista sigue y sigue.

Taylor miró a Lucien como si esos argumentos no tuvieran ni pies ni cabeza.

—Usted está hablando de pensamientos momentáneos, ideas acaloradas —respondió ella con calma, haciendo énfasis en la palabra pensamientos— Son comprensibles, son reacciones psicológicas airadas ante acciones concretas. Nada significa que vayan a materializarse.

—La ubicación, Lucien —intervino Hunter. No se explicaba, de ninguna manera, que Taylor siguiera atizando el fuego—. ¿Dónde están los restos de Karen?

Lucien no le hizo caso. En ese momento, estaba más interesado en presionar a Taylor otro poco.

—Ingenua, ingenua, ingenua, agente Taylor —dijo, agitando la cabeza—. En cada pensamiento humano, al calor del momento o no, siempre se corre el riesgo de que, quizás algún día, alimentado por la ira, el dolor, la desilusión, los celos…, y son muchos los factores que pueden hacerlo crecer, el simple pensamiento pase a ser mucho más que eso. Lo llamamos «ley de las probabilidades». Estoy seguro de que has oído el término. Vuestras bases de datos se desbordan de ejemplos. Y eso sucede porque cualquier persona, insisto, cualquier persona, independientemente de su crianza, género, clase, raza, creencias, situación financiera o lo que sea, puede, bajo circunstancias propicias, convertirse en un asesino.

«Déjalo, Courtney», suplicaba Hunter en silencio.

Pero Taylor no lo hizo.

—Está alucinando —respondió sin pensarlo.

Y eso no sirvió más que para entretener a Lucien un poco más.

—Creo que no soy yo el que alucina aquí, agente Taylor. ¿Lo ves? Para ti y para otro cualquiera es muy fácil decir «no pasaré de esta línea», siempre y cuando esa línea no se te presente. —Lucien dejó que sus palabras flotaran en el aire. Le dio a Taylor tiempo para digerirlas antes de seguir adelante.

»Si un día se encuentran cara a cara ante una línea así, es otro cantar. Créeme, agente Taylor, ese fue uno de mis experimentos: poner ante esa línea a alguien que había jurado nunca matar a nadie. —Lucien se miró las uñas, como juzgando si debía cortárselas —. Y vaya que la traspasó».

Taylor se atragantó con su propia respiración. Hunter miró a Lucien con incredulidad.

—¿Nos está diciendo que obligó a alguien a cometer un asesinato, solo como experimento? ¿Para demostrar algo? —preguntó Taylor.

Hunter no tenía la menor duda de que Lucien era capaz de hacer algo así. Era capaz de eso y mucho más. Pero Hunter ya había escuchado lo suficiente y, aunque Taylor era la jefa de la investigación, levantó una mano en señal de alto y tomó el mando.

—La ubicación, Lucien. ¿En qué lugar de New Haven están esos cuerpos?

Lucien volvió a rascarse la barba mientras estudiaba a Hunter.

—Te lo voy a decir, Robert, por supuesto. Eso te prometí, ¿o no? Pero llevo mucho tiempo contando cosas y es mi turno de preguntar otra vez. Ese era el trato.

Hunter ya lo había visto venir.

—Primero dinos dónde están los cuerpos. Entonces, mientras el FBI examina el sitio, nos haces la pregunta.

Lucien accedió con un movimiento de los ojos.

—Puedo entender tu lógica, pero estoy seguro de que el FBI ya está verificando los cuatro nombres que acabo de darte. —Miró la

cámara del circuito cerrado de televisión, en una de las esquinas del techo de su celda, y le sonrió—. Eso significa que ya te he dado algo como para mantenerte ocupado. Ahora es mi turno.

Lucien se recompuso antes de mirar fijamente los ojos de Hunter.

—Háblame de Jessica, Robert.

Sesenta y ocho

Más allá, en la sala de control de las celdas, en cuanto el director Kennedy escuchó los cuatro nombres que Lucien les dio a Hunter y a Taylor, de inmediato se puso al teléfono con uno de sus equipos de investigación.

—Necesito pruebas de que estas personas son reales —dijo al agente encargado—. Números de la seguridad social, carnés de conducir, lo que sea. —Dictó los primeros tres nombres con sus respectivas edades y ciudades de origen, tal como Lucien los había mencionado—. La cuarta persona, Leslie Jenkins, es de Toronto. Estaba como estudiante internacional en Yale, probablemente a principios de los noventa. Verifique con Yale, y, si es necesario, con la embajada de Canadá en Washington. También necesito saber si estas personas han sido reportadas como desaparecidas. Llámeme lo antes posible. —Colgó rápidamente el teléfono.

Kennedy recordaba una conversación que había tenido con un experto en armas militares que se había unido al FBI. Habían charlado acerca de las granadas y las cargas LIN. El experto en armas le había mostrado imágenes de la vida real de lo que ocurre con un cuerpo humano cuando se expone a un chorro de nitrógeno líquido superfrío. En todo el FBI, probablemente nadie había visto más cadáveres ni había acudido a más escenas criminales violentas que Kennedy, pero el director nunca se había enfrentado a algo como lo que mostraban esos vídeos.

Ya se estaba poniendo en contacto con la oficina local de New Haven, en el estado de Connecticut, para pedirles que enviaran un equipo a cualesquiera direcciones que Lucien estuviera a punto de darles, cuando el prisionero cambió la jugada y preguntó a Hunter acerca de Jessica.

—¿Quién es Jessica? —quiso saber el doctor Lambert, mirando a Kennedy.

El director movió la cabeza de un lado al otro, delicadamente.

—No tengo ni idea.

Sesenta y nueve

Con las palabras de Lucien todavía resonando entre las paredes, Hunter sintió que le sacaban todo el aire de los pulmones, como si hubiera recibido un golpe con un bate de béisbol. Miró a Lucien con los ojos entrecerrados, medio dudando de sus oídos.

Taylor no pudo evitar que su mirada se desviara hacia Hunter.

—¿Perdona? —dijo Hunter. No había manera de ponerle cara de póquer a una pregunta así.

—Jessica Petersen —repitió Lucien, que, con toda claridad, disfrutaba la reacción de Hunter. El nombre viajó lentamente por el aire, como humo—. Háblame de Jessica Petersen, Robert. ¿Quién era?

Hunter no podía apartar los ojos de Lucien mientras su cerebro se esforzaba por entender lo que estaba aconteciendo.

Los registros policíacos o médicos, concluyó. No había otra posibilidad. De algún modo, Lucien había logrado meterse en los archivos policíales, los médicos o ambos. Hunter recordó, entonces, cómo se había sentido mientras Lucien insistía en preguntarle acerca de su madre. Había sido como si el prisionero conociera todas las respuestas; y, de haber podido echarles mano a los registros policíacos o médicos, las habría sabido. En el informe del forense se establecía que la madre de Hunter había muerto en algún momento de la noche por una sobredosis de analgésicos. Averiguar que su padre trabajaba de noche y que, por lo tanto, no estaba en casa, no habría sido una tarea difícil. A esas horas, no podía haber nadie más en casa, con excepción Robert Hunter, un niño de siete años. Lucien no habría tenido ninguna dificultad en reconstruir la mayor parte de lo que había sucedido esa noche. Solo necesitaba que Hunter rellenara los huecos.

—¿Quién era? —preguntó Lucien otra vez, con frialdad.

Hunter parpadeó para apartar los nubarrones de la confusión.

—Alguien a quien conocí hace muchos años —respondió finalmente, en el mismo tono.

—Venga, Robert —replicó Lucien—. Sé que puedes hacer algo mejor que eso. Y sabes que no puedes mentirme.

Sus miradas se enfrentaron por unos momentos.

—Alguien con quien solía salir cuando era muy joven —dijo Hunter.

—¿Muy joven?

—Mucho. La conocí al terminar el doctorado.

Lucien se sentó en la cama y estiró las piernas, poniéndose lo más cómodo posible.

—¿Cuánto tiempo saliste con ella?

—Dos años.

—¿Estabais enamorados? —preguntó Lucien, y puso la cabeza un poco de lado.

Hunter dudó.

—Lucien, ¿qué tiene que ver esto con…?

—Tan solo contesta la pregunta, Robert —lo interrumpió Lucien —. Puedo preguntar lo que me dé la gana, sea relevante o no. Ese era el trato, y, en este momento, quiero que me hables más de Jessica Peterson. ¿Estabais enamorados?

Taylor se reacomodó en la silla.

La señal que Hunter hizo con la cabeza fue sutil.

—Sí, estaba enamorado de Jessica.

—¿Planeabas casarte con ella?

Silencio.

Lucien enarcó las cejas como señal de que estaba esperando una respuesta.

—Sí —dijo Hunter—. Estábamos comprometidos.

Por un brevísimo instante, Taylor oyó que la voz de Hunter se quebraba.

—Vaya, qué interesante —comentó Lucien—. ¿Y qué falló, entonces? Sé que no estás casado ni divorciado. Así que ¿qué ocurrió? ¿Cómo es posible que no te hubieras casado con la mujer de quien estabas enamorado? ¿Te dejó por alguien más?

Hunter apostó.

—Sí, encontró a otra persona. A alguien mejor.

Lucien agitó la cabeza y sonó los dientes en cada movimiento.

—¿Estás seguro de que me quieres poner a prueba otra vez, Robert? ¿Estás seguro de que quieres mentirme? Porque eso es lo que estás haciendo. —La mirada y la voz de Lucien se volvieron duras como el acero—. De verdad, lo detesto.

El rostro de Taylor se mantuvo inmutable, excepto por los ojos, que parecían perdidos.

—¿Sabes qué? —dijo Hunter, levantando ambas manos—. No voy a hablar de eso.

—Creo que deberías —replicó Lucien.

—No lo creo —respondió Hunter en el mismo tono juicioso que un psicólogo usa con su paciente—. Vine aquí porque pensé que ayudaría a un viejo amigo, a alguien a quien creía conocer. Cuando me enseñaron tu fotografía en Los Ángeles, hace unos días, estaba seguro de que todo esto había sido algún tipo de error muy gordo. Acepté volar aquí porque pensé que podría ayudar al FBI a aclarar todo esto y a demostrar que no eras el hombre que creían que eras. Me equivoqué. No puedo ayudar porque no hay nada que aclarar. Eres quien eres, hiciste lo que hiciste. Desafortunadamente, eso ya no lo cambia nadie. Pero tú mismo lo dijiste: no hay prisa, porque no hay a quien salvar. Cuando me haya marchado, el FBI seguirá interrogándote sobre la ubicación de los restos de todas tus víctimas. —Hunter echó un vistazo a Taylor. El ceño de la detective se había fruncido al escuchar la palabra «marchado».

»Simplemente, usarán otros métodos —continuó Hunter—. Unos menos convencionales. Estoy seguro de que sabes lo que se avecina. Quizás les lleve unos días más, pero créeme, Lucien, al final, hablarás».

Hunter se levantó, listo para marcharse.

Lucien parecía más tranquilo que nunca.

—De verdad, te sugeriría que te sentaras, viejo amigo, porque has malinterpretado mis palabras. —Hunter se detuvo—. Nunca dije que no había prisa en nada de esto. Dije que no os corría ninguna prisa en buscar los despojos de Susan, porque, de todos modos, no podrías salvarla.

Algo en la forma en que Lucien expresó esas palabras hizo que los latidos del corazón de Hunter tropezaran, se recuperan y volvieran a tropezar.

—Y nunca dije que no podías salvar a nadie, porque creo que todavía queda tiempo. —Hubo una tensa pausa en lo que Lucien se miraba la muñeca y consultaba, una vez más, su reloj invisible—. No he matado a todas las víctimas que he secuestrado, Robert. —Lucien acompañó esas palabras con una mirada tan fría y despojada de sentimientos que bien pudo haber salido de un cadáver—. Una sigue viva.

Tercera parte

Una carrera contra el tiempo

Setenta

En un lugar oculto
Tres días antes

Tosió y farfulló al despertar… O, al menos, pensó que estaba despierta. Ya no tenía modo de saberlo. Su realidad era tan aterradora como la peor de las pesadillas. La confusión la rodeaba veinticuatro horas al día. Su cerebro parecía estar en un estado constante de nebulosidad: medio entumecido, medio despierto.

Sin luz solar, hacía mucho que había perdido el rastro del tiempo. Sabía que había estado encerrada en ese agujero infernal por un largo período. Sentía que habían pasado años, pero podían haber sido solo meses o, incluso, semanas. El tiempo simplemente seguía adelante, y nadie lo contaba.

Aún recordaba la noche en que lo conoció, en aquel bar al este de la ciudad. Era mayor que ella, pero encantador, atractivo, educado, muy inteligente, gracioso… Realmente sabía cómo cortejar a una mujer. La había hecho sentir especial. La había hecho sentir que podía iluminar el firmamento. Al terminar la noche, la subió en un taxi y no se ofreció a acompañarla, ni siquiera se lo insinuó. Era muy respetuoso y galante. Sin embargo, le pidió su número de telefóno.

Tenía que admitir que sintió una gran emoción cuando él la llamó, pocos días después, para preguntarle si quería salir a cenar. Aceptó con una enorme sonrisa.

Él la recogió esa tarde, alrededor de las siete, pero nunca llegaron a ningún restaurante. Tan pronto entró en el coche y se abrochó el cinturón de seguridad, sintió un pinchazo en un costado del cuello. El tipo había actuado tan rápido, que ella ni siquiera había

alcanzado a detectar el movimiento de su mano. Lo siguiente que podía recordar era haber despertado en esa habitación fría y húmeda.

El espacio medía exactamente doce pasos por doce pasos. Los había contado y vuelto a contar muchas veces. Las paredes eran toscas, hechas de ladrillo y mortero; el suelo, de hormigón sin alisar. En el centro de una de las paredes se levantaba una puerta de metal, y en ella, a metro y medio del suelo, había una mirilla que se podía cerrar con llave. Como en una cárcel. A la pared del fondo estaba arrimado un colchón delgado y sucio. Contaba con una manta que olía a perro húmedo. No había almohada. En un rincón le habían puesto un balde de plástico que, según le dijeron, debería usar como retrete. No había ventanas. En el centro del techo, dentro de una malla metálica, una bombilla daba una luz débil y amarillenta las veinticuatro horas del día.

Desde el día de su secuestro, había visto a su captor un puñado de veces, cuando el tipo entraba a su celda a traerle agua, comida y un rollo de papel higiénico áspero. También le cambiaba el balde por uno limpio.

Hasta el momento, él no la había tocado, no la había herido. Tampoco había dicho gran cosa. Ella había gritado, suplicado, implorado; había tratado de charlar, pero él apenas le contestaba. En una ocasión, la simple respuesta física del hombre la asustó tanto que se orinó encima. Por puro miedo, su mente subconsciente seguía instándola a preguntarle qué quería de ella, qué quería hacer con ella. Así que, un día, se rindió y se lo preguntó. Él no respondió con palabras; simplemente se la quedó mirando. Y ella, en los ojos de ese hombre, descubrió algo que nunca había visto: la maldad en su estado más puro.

Él seguiría trayéndole comida y agua; a veces, todos los días, pero no siempre. Aunque había perdido por completo el concepto del tiempo, ella podía sentir que algunos de los intervalos entre una ración y otra se alargaban demasiado. Sin duda, eran mucho más extensos que un día o dos.

En una ocasión, justo después de la tercera o cuarta entrega de alimentos, ella esperó que la puerta se abriera para atacarlo por sorpresa y, con todas las fuerzas que le quedaban, clavarle las astilladas uñas en la cara. Pero fue como si él hubiera estado todo el tiempo a la espera de ese ataque. Antes de que ella pudiera provocarle el más mínimo rasguño, ya había recibido un violento puñetazo en el vientre. Se retorció al instante y vomitó. Pasó el resto de ese día tumbada en el suelo, en posición fetal, contorsionándose, con el abdomen dolorido y magullado.

A veces, las raciones eran más abundantes: más botellas de agua, más paquetes de galletas saladas y dulces, más barras de chocolate, más hogazas de pan; hasta fruta, de vez en cuando. Entonces desaparecía por un largo tiempo. Cuanto más grande la ración, más tiempo tardaba en regresar; y la última había sido la más abundante de todas.

Ella no podía saber cuánto tiempo había pasado, aunque sí sabía que esta era la ausencia más larga de todas. Muy pronto había aprendido a racionar todo casi a la perfección. Cuando empezaba a quedarse sin comida ni agua, él regresaba con nuevos suministros… Pero no esta vez.

Hacía tiempo que se había quedado sin comida; tres o cuatro días, tal vez. A ella le parecía más. Llevaba un día o dos sin agua. Se sentía débil y deshidratada. Tenía los labios secos y agrietados. Con lo hambrienta que estaba, el frío y la humedad de la habitación la estaban afectando más de la cuenta. Pasaba la mayor parte del tiempo hecha un ovillo en alguna de las esquinas de la habitación, envuelta en esa hedionda manta. Aun así, no dejaba de temblar.

De vez en cuando, sentía fuego en la garganta, pero hoy más que nunca. Necesitaba beber agua, desesperadamente. Los párpados le pesaban tanto que necesitaba hacer un gran esfuerzo para abrirlos. La cabeza le dolía de tal modo que cada pequeño movimiento lo sentía como si fuera el último, antes de que el cerebro le explotara dentro del cráneo.

Se llevó la mano a la frente viscosa y la sintió como metal caliente. Ardía.

Con un esfuerzo sorprendente, alzó la cabeza y miró hacia la puerta. Le pareció haber oído algo. Pasos, tal vez. Alguien que se acercaba.

Por muy descabellado que pareciera, una sonrisa afloró en sus labios. El cerebro humano es un órgano muy complejo. A veces, una mente frágil y destrozada puede aferrarse a un clavo ardiendo. En ese lugar, en ese momento, ella no pensó en su captor como el hombre que probablemente la violaría montones de veces antes de matarla. Pensó en él como el salvador que le traía comida y agua, el que venía a llevarse ese balde desbordante que llenaba la habitación de malestar y pestilencia.

Se aferró a la pared y fue poniéndose de pie lentamente. Con los pasos vacilantes de un soldado extenuado por la batalla, poco a poco se acercó a la puerta y apoyó la oreja.

—Hola —dijo con una voz tan débil que parecía de niña. No hubo respuesta—. Hola, ¿estás ahí? ¿Por favor? Por favor, ¿puedes darme un poco de agua? —La voz se le ahogaba entre las lágrimas. Temblaba tanto que le castañeaban los dientes—. ¿Por favor…? —Empezó a llorar—. ¿Por favor, me ayudas…? Un poco de agua, por favor, unas cuantas gotas. —No oyó otra cosa que el silencio más absoluto.

Se quedó durante mucho tiempo echada en el suelo, junto a la puerta, con la oreja pegada al metal. Un par de horas, quizás. No hubo más sonidos. Nunca hubo ninguno. Su fatigado cerebro estaba tan desesperado que empezaba a engañarla; y la fiebre, tan alta, la hacía alucinar.

Pasó un largo rato antes de que cesaran sus sollozos. Se secó las lágrimas de los ojos y las sucias mejillas, y sin fuerza suficiente para volver a incorporarse, se arrastró a su rincón y a su manta, al otro lado de la habitación.

Estaba perdiendo la cordura. Podía sentir cómo perdía la cordura.

Mientras volvía a acurrucarse, comenzó a susurrar para sí misma:

—No te rindas. Mantente fuerte. Superarás esto. Mantente fuerte… —Hizo una pausa y frunció el ceño, mientras sus ojos confundidos recorrían la habitación—. Mantente fuerte —repitió, e hizo otra pausa para obligar a su cerebro a recordar, pero no había nada. No podía creer que hubiera desaparecido.

—Soy… —Nada—. Me llamo… —Vacío.

Desesperada, quiso repetirse a sí misma que fuera fuerte, pero ni siquiera podía recordar su propio nombre.

Empezó a llorar otra vez.

Setenta y uno

—Madeleine —dijo Lucien. Seguía sentado en la cama, con las piernas cómodamente estiradas—. Su nombre completo es Madeleine Reed, pero le gusta que la llamen Maddy.

Un picor comenzó a correr por el cuerpo de Hunter, como si hubiera burbujas de soda circulando, con una creciente sensación de urgencia, por su torrente sanguíneo.

Taylor sintió como si, de pronto, alguien le hubiera dado una bofetada.

—¿Qué? —preguntó, y se inclinó un poco hacia delante en la silla.

—Madeleine Reed, o, si prefieres, Maddy Reed —repitió Lucien encogiéndose de hombros—. Tiene veintitrés años. La recogí el nueve de abril en Pittsburgh, en el estado de Pensilvania, pero es originaria de Missouri, de la ciudad de Blue Springs. —Señaló con la cabeza el pasillo, fuera de su celda—. Podéis ir a verificarlo, si queréis. A estas alturas, su familia se ha de estar volviendo loca.

Hunter y Taylor sabían bien que Adrian Kennedy estaba escuchando el interrogatorio. Tendría el nombre y todo lo demás verificado en cuestión de minutos.

—¿El nueve de abril? —dijo Taylor con los ojos bien abiertos por la sorpresa—. Eso fue hace cuatro meses.

—Así es —admitió Lucien—, pero no te preocupes, agente Taylor, tengo un sistema muy sencillo que ha funcionado bien. Lo he probado durante años. —Sonrió—. Les dejo raciones de comida y agua antes de marcharme, y Maddy es muy lista. Muy pronto se dio cuenta de que debía ser prudente o todo se le acabaría antes de que yo regresara con más. Y te diré algo: ya es una experta. —Abrió las manos y se examinó las venas que se entrecruzaban.

»Pero se supone que yo debía haber regresado hace cuatro días; cinco, tal vez. —Dejó que la gravedad de sus palabras abofeteara a todos antes de continuar—. Si a Maddy se le agotaron la comida y el agua hace unos días, a estas alturas debe de estar muy débil, sin duda alguna, pero probablemente siga viva. Ahora, ¿por cuánto tiempo? Eso no lo puedo decir».

—¿Dónde está? —preguntó Hunter.

—Háblame de Jessica Petersen —opuso Lucien—. Háblame de la mujer que amabas.

Hunter respiró hondo.

—Dinos dónde está, Lucien, para que podamos salvarla, y te prometo decirte todo lo que quieras saber.

Lucien se frotó el entrecejo.

—Mmm. —Fingió que lo pensaba—. No. No estoy de acuerdo. Como dije, es tu turno de responder. Yo ya te he dado bastante.

—Contestaré, Lucien —dijo Hunter—. Te doy mi palabra. Pero, si se ha quedado sin comida ni agua hace cuatro días, necesitamos encontrarla enseguida. —La voz llena de urgencia de Hunter electrificó el aire. Lucien simplemente se lo quedó mirando, imperturbable.

»¿Qué sentido tiene dejarla morir de este modo, Lucien? —suplicó Hunter—. No sé qué tipo de satisfacción recibes de tus víctimas, pero la muerte de Madeleine no te la dará».

—Es posible —aceptó Lucien.

—Entonces, por favor, déjala vivir. —Lucien seguía imperturbable —. Ya se acabó, Lucien. Mira a tu alrededor. Estás atrapado. Por casualidad, pero te atraparon. Ya no tiene sentido quitarle la vida a nadie más. —Hunter hizo una pausa—. Por favor, debe quedar algo de humanidad en ti. Ten piedad esta vez. Déjanos rescatar a Madeleine.

Lucien se puso de pie.

—Bonito discurso, Robert —dijo, frunciendo los labios—. Breve, directo y con la dosis justa de emoción. Por un segundo, creí que te pondrías a llorar. —La ruindad era algo así como la segunda piel de

Lucien—. Pero estoy siendo compasivo. A mi modo. Y las cosas serán de esta manera: primero, quiero oír hablar de Jessica; después, solo después, te diré dónde están los despojos de Karen Simpson y las otras cuatro víctimas de New Haven; finalmente, el lugar donde se encuentra Madeleine Reed. Entonces, tú y la agente Taylor os vestiréis de héroes.

Lucien vio que Taylor consultaba su reloj.

—Sí, estás perdiendo el tiempo —dijo, asintiendo—. Cada segundo, de repente, se ha vuelto valioso de verdad, ¿no es así? No tienes que decirme que la deshidratación puede tener consecuencias neurológicas irreversibles. Si no te pones en marcha de inmediato, aunque la encuentres viva, para ese momento podría no ser más que un vegetal.

Lucien señaló la silla de Hunter.

—Así que pon ahí ese culo, Robert, y empieza a hablar.

Setenta y dos

Hunter consultó su reloj, intercambió una breve y nerviosa mirada con Taylor y volvió a sentarse.

—¿Qué quieres saber? —dijo, fijando la mirada en el prisionero.

La sonrisa de Lucien era de triunfo.

—Quiero saber qué sucedió. ¿Cómo fue que no llegaste a casarte con la mujer con quien estabas comprometido? ¿Por qué Jessica y tú no estáis juntos?

—Porque murió.

Taylor giró la cabeza y captó la mirada de Hunter. Algo destellaba en sus ojos. Creyó haber detectado en ellos una gran tristeza.

Lucien también lo notó.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cómo murió?

Hunter sabía que no podía mentir.

—Asesinada —respondió.

Taylor no pudo ocultar su sorpresa.

—¿Asesinada? —Lucien frunció el ceño—. Venga, esto se está poniendo interesante. Continúa, por favor, Robert.

—No hay nada más que decir. Estábamos comprometidos y la asesinaron antes de que yo tuviera la oportunidad de casarme con ella. Eso es todo.

—Eso nunca es todo, Robert. Eso es solo la superficie, no el propósito de este ejercicio. Dime cómo ocurrió. ¿Estabas presente? ¿Viste cómo sucedió? Dime qué sentiste. Eso es lo que de verdad quiero saber. Tus sentimientos más profundos. Lo que pensaste. —Hunter vaciló por una fracción de segundo—. Puedes tomarte todo el tiempo que quieras —lo desafió Lucien—. No me importa. Pero recuerda que el reloj corre en contra de la pobre de Madeleine.

—No, yo no estaba ahí —dijo Hunter—. De haber estado ahí, no habría sucedido.

—Esa es una declaración muy audaz, Robert. Entonces, ¿dónde estabas? —Lucien volvió a sentarse en el borde de la cama—. Empieza desde el principio, si quieres.

Hunter jamás había hablado de eso con nadie. Sentía que era mejor guardarse bien algunas cosas, en un lugar que él mismo no visitaba casi nunca.

—En esos tiempos, todavía no era detective de la policía de Los Ángeles —comenzó—. Era solo un agente de la policía en las oficinas centrales. Ese día, mi compañero y yo estábamos haciendo ronda en el área de Rampart.

—Sigo escuchando —dijo Lucien cuando Hunter hizo una pausa para respirar.

—Aunque estábamos comprometidos, Jess y yo no vivíamos juntos —explicó Hunter—. Habíamos acordado hacerlo una vez que yo me convirtiera en detective, lo cual estaba por ocurrir en pocas semanas, pero, en ese momento, seguíamos en casas separadas. Se suponía que esa noche la vería. Íbamos a cenar juntos. Ella había reservado una mesa en algún lugar de West Hollywood. Pero, ese día, al caer la tarde, a mi compañero y a mí nos mandaron a investigar unos disturbios por violencia doméstica en Westlake.

»Llegamos al lugar en menos de diez minutos, pero todo parecía tranquilo. Demasiado tranquilo. El marido debió de haber visto, a través de la ventana, que llegábamos en el coche blanco y negro. De hecho, Kevin, mi compañero, llamó a la puerta. Yo fui a un lado de la casa a comprobar la ventana».

—¿Qué pasó entonces? —Lucien apremió a Hunter.

—Con una escopeta recortada, el esposo le disparó a Kevin desde el otro lado de la puerta, a través de la solapa del buzón. Estaba ahí escondido, esperándonos. —Tenía el arma cargada con cartuchos Terminator de alto poder. A esa distancia, el disparo prácticamente partió en dos el cuerpo de Kevin.

—Aguarda —dijo Lucien—, este tipo, así, sin más, ¿le disparó a un policía a través de la puerta?

Hunter asintió.

—Estaba puestísimo de crack-cocaína. Llevaba varios días colocado. Esa era, también, la razón principal de la violencia doméstica. Su cerebro estaba hecho sopa. Tenía encerradas a su esposa y a su hija pequeña en la casa y había estado abusando de ellas y golpeándolas. La pequeña tenía seis años.

Incluso Lucien hizo una pausa para pensar.

—¿Qué hiciste, entonces, cuando ese tío partió a tu colega por la mitad de un escopetazo?

—Le devolví el fuego. Quité a Kevin de la puerta y disparé.

—¿Y…?

—Apunté bajo —dijo Hunter—, a la parte inferior del cuerpo. No trataba de matarlo, sino de lesionarlo. Mis dos disparos dieron en el blanco, aunque a velocidad reducida, debido a que tuvieron que atravesar la puerta. El primero le dio en el muslo derecho, y el segundo, en la ingle.

Lucien soltó una breve carcajada.

—¿Le diste en la polla?

—No era mi intención.

Esta vez fue una carcajada completa y gutural.

—Bah, si ese pedazo de mierda estaba abusando de su pequeña de seis años, supongo que se lo merecía.

A Taylor le pareció muy interesante que alguien como Lucien llamara a otra persona «pedazo de mierda».

—¿Sobrevivió? —preguntó Lucien.

—Sí. Pedí refuerzos, pero, con la cantidad de sangre que estaba perdiendo, además de que había recibido un disparo en la ingle, el tipo recuperó la sobriedad del puro susto. Antes de que llegaran los refuerzos y la ambulancia, abrió la puerta y se entregó.

—Pero tu compañero no sobrevivió —concluyó Lucien.

—No. Él ya estaba muerto antes de caer al suelo.

—Qué mal —dijo Lucien sin la menor emoción en la voz—. Así que, supongo, esa noche no fuiste a cenar con Jess. —Hizo una pausa y examinó a Hunter—. ¿Te molesta que la llame Jess?

—Sí, sí me molesta.

Lucien asintió. Vale. Me disculpo y lo digo de otra manera. Así que, supongo, esa noche no llegaste a cenar con Jessica.

No, no llegué.

Setenta y tres

Los Ángeles (California)
Veinte años antes

Antes de tener que relatar a los detectives asignados los detalles de lo que había ocurrido, Hunter ayudó a poner el cadáver de Kevin en la furgoneta del forense. Después, condujo al Hospital General Rampart para comprobar la evolución del hombre a quien había disparado.

Un médico salió del quirófano para ponerlo al día. El tipo, que respondía al nombre de Marcus Colbert, sobreviviría, pero seguramente caminaría cojeando por el resto de su vida. Además, no volvería a tener relaciones sexuales activas con nadie.

La cabeza de Hunter era un auténtico desastre; no obstante, tenía que regresar a la comisaría y llenar varios informes antes de poder ir a casa.

El protocolo dictaba que, después de un tiroteo con víctimas mortales, cualquier agente de la policía de Los Ángeles que se hubiera visto envuelto debería tener, por lo menos, dos sesiones con el loquero de la corporación. Además, antes de que le permitieran volver a desempeñar sus funciones, debería pasar una valoración psicológica. El capitán le dijo a Hunter que su primera sesión con el psicólogo designado sería dentro de dos días.

Hunter se quedó en una habitación vacía, mirando durante un largo rato los informes sin cumplimentar y el bolígrafo que tenía entre las manos. Lo que había acontecido ese mismo día, unas horas antes, seguía reproduciéndose de manera interminable en su mente, como una vieja película en bucle infinito. No podía creer que Kevin hubiera muerto, cobardemente asesinado por un paranoico adicto al

crack en pleno atracón de drogas. Habían sido compañeros desde que Hunter se unió a la policía de Los Ángeles, hacía un año y medio. Kevin era un buen hombre.

Cuando por fin terminó con los informes, eran casi las diez de la noche. Como era de esperar, se había olvidado de todos sus planes de cenar con Jessica. La llamó para disculparse y darle explicaciones, pero el teléfono sonó unas cuantas veces antes de conectarse al contestador automático.

Jessica era una mujer muy bonita e inteligente. Comprendía del todo las complicaciones de salir con un agente de la policía: las largas jornadas, las cancelaciones de última hora, la preocupación por el bienestar de Hunter, todo. También era consciente de que, en cuanto Hunter se convirtiera en detective, esas complicaciones subirían uno o dos escalones; pero estaba enamorada, y, para ella, eso era lo único que importaba.

Hunter se disculpó en un breve mensaje, aunque no entró en detalles. Se lo contaría todo en cuanto la viera. Pero Jessica también era muy sensible, y, aunque él había procurado disimular, estaba seguro de que ella percibiría la tristeza en su voz, la seriedad de todo aquello.

Le extrañó que Jessica no contestara el teléfono. No creía que hubiera salido; no en martes, no a esas horas. Quizás esta vez estaba un poco más molesta que en otras ocasiones en las que él se había visto en la necesidad de cancelar algo de último minuto. Aunque Hunter tenía la cabeza hecha un lío, no se olvidó de pasar por una de esas tiendas de comestibles abiertas toda la noche para comprarle unas flores.

Llegó a la casa de Jessica justo antes de las once, y, mientras aparcaba en la calle y miraba la casa de su novia, se sintió abrumado por un pavor tan intenso que le provocó náuseas. Nunca había sentido algo así; pero antes tampoco le habían matado a un compañero.

Se bajó del coche y caminó hacia la casa. Con cada paso, la sensación de pánico se multiplicaba exponencialmente.

Sería el sexto sentido, una premonición, presentimientos o como quiera que uno llame a eso, pero, cuando llegó a la puerta, Hunter se sentía terriblemente alarmado. Algo no estaba bien.

Tenía copias de las llaves. No tuvo que usarlas; la puerta principal estaba abierta. Jessica nunca la dejaba así.

Abrió, entró en la oscura sala de estar de Jessica y se sintió inmediatamente sacudido por un ligero olor metálico, semejante al del cobre. Ese olor prácticamente paralizó su corazón y le envió una montaña rusa de escalofríos por toda la columna vertebral.

La sangre no huele a nada mientras corre por nuestro cuerpo. Es solo cuando entra en contacto con el aire que adquiere un olor metálico, no químico, muy característico. Esa tarde, Hunter había estado rodeado de esas mismas emanaciones.

—No, Dios, no. —Las palabras de terror brotaron de sus labios. Las flores fueron a dar al suelo.

Con la mano temblorosa, activó el interruptor.

El lugar quedó bañado por la luz y, en ese mismo instante, el mundo de Hunter se sumergió en la oscuridad. Una oscuridad tan profunda que él no estaba seguro de encontrar la salida.

Jessica yacía boca abajo, junto a la puerta de la cocina, en un charco de su propia sangre. Alrededor, la sala de estar era un desastre: lámparas rotas, muebles volcados, cajones abiertos… Claros signos de lucha.

—Jess, Jess. —Hunter corrió hacia ella, gritando con una voz que ni siquiera parecía pertenecerle. Se arrodilló a su lado y sus pantalones se empaparon de sangre—. Ay, Dios —dijo con la voz rota.

Giró su cuerpo. Jessica había sido apuñalada varias veces. Tenía heridas en ambos brazos y manos, en el pecho, el abdomen y el cuello.

Hunter contempló aquel hermoso rostro y su visión se nubló de lágrimas. Los labios de la mujer ya habían perdido el color. En el rostro y en las manos, la piel había adquirido un peculiar tono púrpura. El *rigor mortis* no había llegado, pero estaba en camino,

por lo que Hunter supo que su novia había sido asesinada hacía menos de cuatro horas; a la hora en que, supuestamente, él tenía que haberla recogido para ir a cenar, más o menos. Cuando se percató de eso, su oscuridad interior descendió a nuevas profundidades. El alma pareció abandonarlo, dejando atrás un simple cuerpo vacío, hundido en el desamparo.

Con toda suavidad, Hunter apartó el pelo de su cara, besó su frente y la apretó fuertemente contra su pecho. Aún podía oler su delicado perfume. Aún podía sentir la suavidad de su cabello.

—Perdóname, Jess. —Una angustia sofocante ahogaba sus palabras—. Lo siento muchísimo.

La sostuvo entre los brazos hasta que las lágrimas cesaron.

De haber podido intercambiar lugares con ella, de haber podido insuflar su propia vida a ese cuerpo, lo habría hecho. Le habría dado su vida sin pensárselo dos veces.

Finalmente la soltó. Al girar la cabeza, descubrió algo que se le había escapado por completo. En una de las paredes de la sala de estar, alguien había escrito, con letras de sangre, «puta de pasma».

Setenta y cuatro

Cuando Hunter terminó de relatar lo sucedido aquella noche, un pozo profundo, interminable, como una vieja herida nunca del todo cicatrizada, se le abrió en el estómago y arrastró su corazón a lo más profundo. A su interior volvió una sensación de vacuidad a la que, durante veinte años, él había tratado de sobreponerse.

Todos guardaron silencio por un largo rato.

—Así que perdiste a tus dos compañeros en una misma noche —dijo Lucien. Hunter, si no lo conociera, habría jurado haber descubierto una pizca de tristeza en la voz de Lucien.

Hunter parpadeó una vez y apartó los recuerdos de su mente tanto como pudo.

—Madeleine, Lucien, ¿dónde está?

—Espera un segundo, viejo amigo, no tan aprisa.

—¿Qué quieres decir con no tan aprisa? —reclamó Hunter. Sus cejas se arquearon en un gesto de enfado—. Ya has escuchado todo acerca de lo que le sucedió a Jessica. Eso es lo que querías, ¿o no?

—No, solo una parte. —Lucien alzó las manos en un gesto de tregua—. Pero, puesto que me has contado lo que pasó esa noche, te daré algo a cambio. Es lo justo. ¿Me estás escuchando?

A Lucien le tomó un par de minutos darles las instrucciones detalladas para llegar a aquel sitio junto al lago Saltonstall, en New Haven, donde encontrarían los restos de Karen Simpson junto con los de las otras cuatro víctimas de las que les había hablado.

Hunter y Taylor escucharon todo muy atentamente y sin interrumpirlo, aunque estaban seguros de que Adrian Kennedy tomaba nota desde la sala de control de las celdas y que, en cuestión de minutos, un equipo del FBI estaría acudiendo desde las oficinas locales de New Haven.

—Muy bien —dijo Lucien cuando terminó—. Si quieres que te entregue a Madeleine, volvamos a Jessica y a lo que sucedió después de su asesinato. ¿Alguna vez detuvieron al criminal?

—Criminales —lo corrigió Hunter—. Los forenses encontraron dos juegos de huellas en la casa, ninguno de los cuales coincidía con nada en los archivos de la policía.

La expresión de Lucien fue de sorpresa.

—¿Fue un ataque sexual?

—No —contestó Hunter, y sus ojos brillaron de alivio—. No fue una agresión sexual. Fue un robo. Se llevaron las pocas joyas que tenía, incluyendo el anillo de compromiso que llevaba en el dedo, su bolso y todo el efectivo que había en la casa.

—¿Un robo? —Lucien lo encontró extraño.

Igual que Taylor.

—¿Y por qué la mataron, entonces? —preguntó Lucien.

Hunter hizo una pausa. Apartó la mirada. Se volvió a Lucien.

—Por mi culpa.

Lucien se quedó esperando, pero Hunter no dijo nada más.

—¿Qué quieres decir con eso de que fue tu culpa? ¿Se trató de una venganza? ¿Alguien quería vengarse de ti?

—No —dijo Hunter—. Jessica tenía, repartidas por toda la casa, varias fotografías de nosotros dos juntos. En muchas de ellas, yo vestía de uniforme. Esas las destrozaron. En algunas escribieron «cerdo» con sangre. Otras ponían «pasma hijo de puta».

Mientras todo se iba aclarando, Lucien empezó a mover la cabeza hacia uno y otro lado.

—Así que, en cuanto descubrieron que estaba comprometida con un policía de Los Ángeles, decidieron matarla por pura diversión.

Hunter no dijo nada. Ni siquiera parpadeó.

—No he venido aquí a enseñarle nuevos trucos a un perro viejo —dijo Lucien—, pero ¿investigaste a los pandilleros? Los pandilleros llevan, cableado en el cerebro, un odio infinito a los policías, especialmente en una ciudad como Los Ángeles. Otros que desprecian muchísimo a los agentes son los exconvictos, pero, si las

huellas dactilares no estaban en los archivos, estos quedan evidentemente descartados.

Hunter sabía eso perfectamente. Él y los detectives asignados al caso habían machacado a cada contacto de las pandillas en busca de información. No pudieron sacarles nada, ni siquiera un susurro.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Hunter, y el enfado empezaba a sentirse en su voz—. No hay nada más que decir de Jessica ni de esa noche. Fue asesinada. A los asesinos no los atraparon. Dinos dónde está Madeleine, Lucien. Déjanos rescatarla.

Lucien no estaba listo, todavía.

—Así que te culpaste a ti mismo por su muerte. —No era una pregunta—. De hecho, te echaste la culpa dos veces, ¿o no? Primero, por ser un policía, porque sabías que ese era el motivo por el que la habían matado. Y segundo, porque no llegaste a tiempo para llevarla a cenar, tal como se suponía. —Hunter no dijo nada—. La mente humana es una cosa curiosa, ¿o no? —Lucien hablaba con la voz de un terapeuta experto: profunda, tranquila y razonable—. Aunque sabes perfectamente bien que, en realidad, ninguna de las razones por las que te has sentido culpable todos estos años fue realmente error tuyo, por más que entiendas la psicología detrás del «por qué» te culpas a ti mismo, no puedes evitarlo. —Lucien rio y volvió a levantarse.

»El que uno entienda de psicología, Robert, no significa que sea inmune a los traumas ni a las presiones psicológicas. El que uno sea médico no significa que no se enfermará».

¿Eso era lo que estaba haciendo Lucien?, se preguntaba Hunter en silencio, ¿echar mano del homicidio de Jessica para defender sus sórdidos actos? El hecho de que Lucien supiera que matar gente estaba mal, el hecho de que, como psicólogo, probablemente entendiera las pulsiones y de dónde proceden no significaba que pudiera controlarlas.

—Y esa es la razón por la que, desde entonces, siempre has sido un solitario, ¿no es así, Robert? —dijo Lucien—. Porque te culpas de

lo que pasó. Fue asesinada debido a que era cercana a ti. Apostaría a que te prometiste nunca permitir que algo así ocurriera de nuevo.

Hunter no estaba de humor para ser psicoanalizado. Necesitaba terminar con esto. Y debía ser en ese preciso instante. Cualquier respuesta sería válida.

—Sí, esa es la razón. Ahora dinos dónde está Madeleine.

—Momento. Aún no has satisfecho al psicólogo que hay en mí, Robert. Lo que de verdad quisiera saber es qué sucedió dentro de tu cabeza después del asesinato de Jessica: el terremoto de sensaciones por el que, lo sé, tuviste que atravesar. Háblame de eso y te entregaré a Madeleine.

Tras veinte años, Hunter había aprendido a vivir con esos sentimientos.

—¿Qué hay que saber? —preguntó sin cambiar de tono.

—Quiero que me hables de la rabia, Robert, de tu ira. Quiero saber si estabas tan furioso como para matar. ¿Fuiste detrás de ellos? —preguntó Lucien—, ¿de los perpetradores?, ¿de los asesinos de Jessica?

—Se puso en marcha una investigación —dijo Hunter.

—Eso no es lo que te pregunté —replicó Lucien con una sacudida de cabeza—. Quiero saber si lanzaste tu propia cruzada para encontrar a los asesinos, Robert. —Cuando Hunter estaba a punto de contestar, Lucien lo interrumpió—. No me mientas, Robert. La vida de Madeleine depende de eso.

Hunter podía sentir la mirada de Taylor.

—Sí. Nunca he dejado de buscarlos. —La respuesta de Hunter pareció emocionar a Lucien.

—Así que aquí viene la pregunta del millón de dólares, Robert —dijo—. Si los encontraras, ¿los entregarías o impondrías tu propia justicia?, ¿tu propia venganza? —En silencio, Hunter se rascó el dorso de la mano—. Los matarías tú mismo, ¿o no? —Lucien sonreía confiado—. Puedo verlo en tus ojos, Robert. Pude notarlo cuando estabas reviviendo esa noche. Apostaría a que la agente Taylor también lo notó. La ira. La rabia. El dolor. A la mierda eso de ser un

detective. A la mierda la ley que juraste defender. Esto tendría prioridad sobre cualquier otra cosa. Si te pusieran cara a cara con quienes te quitaron a Jessica, los matarías sin vacilar. Sé que lo harías. Sé que lo has pensado cientos de veces; miles, quizás. —Hunter inhaló por la nariz y exhaló por la boca.

»Maldita sea, tal vez hasta los torturarías un poco solo para verlos sufrir por lo que hicieron. Sería divertido, ¿no lo crees? —Lucien observó que un músculo se flexionaba en la mandíbula de Hunter—. Como dije antes —continuó—, dadas las circunstancias, cualquiera puede convertirse en asesino. Incluso aquellos que, supuestamente, deberían «proteger y cumplir». —Su mirada mortal habría podido fundir el hielo—. Recuerda, Robert, un asesinato es un asesinato. La razón que haya detrás es irrelevante, sea una venganza justificada o una urgencia sádica. —Acercó la cara a un par de centímetros del plexiglás—. Así que, un día de estos, podrías convertirte en lo mismo que yo.

En efecto, Lucien estaba usando el asesinato de Jessica para, de un modo enfermizo, justificar sus actos, pensaba Hunter; en primer lugar, apelando a las razones psicológicas, no a las emocionales. Estaba convencido de que Lucien había tenido acceso a los informes policíales. Conociendo a Hunter tan bien como lo había hecho todos esos años, se habría dado cuenta de que el detective nunca dejaría de buscar a los asesinos de Jessica. Había presionado a Hunter a propósito para que contara esa historia, de tal suerte que pudiera degradarla y usarla como ejemplo y fundamento de sus retorcidas acciones.

A pesar de su enfado, el detective tenía una sola cosa en mente. Suponía que Lucien ya había conseguido lo que buscaba. No había nada más que decir.

—Dinos dónde está Madeleine, Lucien.

El prisionero rio.

—Vale. Pero no puedo simplemente decírtelo, Robert. Tengo que llevarte yo mismo.

Setenta y cinco

A Taylor le llevó un momento caer en la cuenta de lo que Lucien había dicho. Le puso mala cara.

—¿Qué dice?

Lucien se apartó del plexiglás. Su semblante no mostraba ninguna preocupación.

—No puedo simplemente deciros dónde está, agente Taylor. Eso no serviría de nada. Os tengo que llevar yo mismo.

Hunter no parecía sorprendido. De hecho, eso era lo que él esperaba. Era lógico. Dado que la vida de Madeleine dependía de llegar a ella lo más rápido posible, confiar en simples instrucciones verbales o escritas era demasiado arriesgado. ¿Y si las instrucciones, al aproximarse al lugar donde se suponía que estaba secuestrada, de repente se volvieran confusas por cambios en el entorno? ¿Y si giraban en el lugar equivocado? ¿Y si hubiera un error en las indicaciones, deliberado o no? Perderían un tiempo muy valioso tratando de comunicarse con Lucien para que volviera a explicarles todo por teléfono o a través de un enlace de vídeo.

No, Lucien tendría que ir con ellos. Tenía que guiarlos personalmente.

Los ojos de Taylor buscaron a Hunter. Él le hizo un sutil movimiento de cabeza.

Lucien sonrió.

—Y hay una cosa más —dijo, guiñándole un ojo a Taylor—. En este viaje estaremos nosotros tres, nadie más. Ningún otro agente del FBI. Nadie nos seguirá, tampoco, ni por tierra ni por aire. Iremos tú, Robert y yo, ni una persona más, ni una persona menos. Ese es el trato. Sin negociaciones. Si rompes el acuerdo o llego a sospechar que nos están siguiendo de un modo u otro, no os llevaré a ningún

lado. Madeleine se muere sola, olvidada y abandonada, y me aseguraré de que la prensa sepa por qué. Yo podré vivir y morir con eso. ¿Y tú?

Cada vez que Lucien les imponía algo, Taylor sentía que la rabia la sacudía desde lo más hondo. Sus ojos destellaron fuego y su mirada rebotó en Hunter por un instante. Sabía que estaban en un callejón sin salida, porque nada había cambiado desde el momento en que se percataron de que Lucien era el único capaz de guiarlos a los restos de las víctimas. Seguía teniendo todas las cartas en la mano, todos los ases; y, ahora, más, ya que, supuestamente, había una víctima viva. Podía manejar la situación a su antojo y, por el momento, Hunter y Taylor no podían hacer nada para evitarlo.

Él lo sabía, ellos lo sabían.

Pero Taylor seguía siendo la jefa en esta investigación. Nada avanzaría sin que ella lo aprobara.

Exhaló enfadada.

—Siempre y cuando entienda que estará encadenado de pies y manos y que nosotros portaremos armas. Si usted llegara a intentar cualquier cosa, le juro que le pegaré un tiro. Podré vivir con eso, ¿y usted?

—No esperaba nada menos —respondió Lucien.

—Estaremos listos para partir en quince minutos. —Ella se levantó—. ¿A dónde iremos?

—Se lo diré cuando estemos en camino —contestó Lucien.

—Necesito saber si necesitaremos un avión o un coche.

Lucien asintió.

—Primero, un avión; después, un coche.

—Necesito saber cuánto combustible debemos cargar.

—Lo suficiente para llegar a Illinois.

Mientras Hunter y Taylor daban sus primeros pasos por el pasillo hacia la salida, Lucien los detuvo.

—Tengo la impresión de que ese día está más cerca de lo que creías, Robert —dijo.

Hunter y Taylor hicieron un alto y se volvieron hacia Lucien.

—¿De qué día hablas?

—Del día en que te convertirás en alguien igual a mí. —Si antes la voz de Lucien había sonado fría y despojada de emotividad, esta vez parecía provenir de algún antiguo demonio: carente por completo de corazón—. Porque estos dos últimos días, amigo mío, has estado frente al hombre que has buscado durante veinte años. —Hunter sintió que el estómago se le hacía un ovillo.

»El que te quitó a Jessica fui yo».

Setenta y seis

Hunter no se movió, no respiró, no parpadeó. Fue como si su cuerpo entero se hubiera bloqueado.

—¿Qué ha sido eso? —La pregunta la hizo Taylor.

La mirada de Lucien estaba adherida a Hunter, pero, fuera de un ceño fruncido de confusión ante la noticia, no pudo sacarle nada más al detective de la policía de Los Ángeles.

—Crees que te he dicho esto solo para sacarte de quicio, ¿verdad, Robert?

A pesar de la irritante sensación que ganaba impulso muy dentro de él, Hunter parecía tranquilo.

—Eso es obvio —interrumpió Taylor. No hacía ningún esfuerzo por disimular la molestia—. Se ha quedado sin trucos y ahora está dando largas. ¿Sabe qué? No me extrañaría nada que no hubiera una Madeleine Reed secuestrada por ningún lado. No me sorprendería que usted la hubiera inventado simplemente porque se ha quedado sin nuevos actos para sus escenitas. Creo que ya no le quedan balas. Tiene pánico y ahora dispara balas de fogueo, porque sabe que, en realidad, el juego se acabó.

Lucien miró a Taylor y una sonrisa tiró de sus labios.

—¿Ese es tu argumento?, ¿de verdad, agente Taylor? ¿Que estoy disparando balas de fogueo porque sé que el juego se acabó? ¿No se te ocurre nada mejor? —Soltó una corta carcajada antes de que su mirada volviera a ser de hielo—. Vaya, podría comerme un plato de sopa de letras y cagar un argumento mejor que ese. —Con la barbilla, Lucien señaló la cámara de circuito cerrado que estaba justo fuera de su celda—. ¿Por qué no vas a preguntarle a tu gente, a estos que nos han estado oyendo todo el tiempo? Ve y pregúntales

si Madeleine Reed es de verdad o no. Estoy seguro de que han estado muy ocupados haciendo sus comprobaciones.

—Aunque haya una Madeleine Reed de Pittsburg —replicó Taylor, manteniendo aún la compostura—, una que haya sido dada por desaparecida en algún momento después del nueve de abril, eso no significa que usted la tenga; ni siquiera que usted sepa dónde está. Es fácil sacar de internet una lista de nombres de cada una de las oficinas de personas desaparecidas de este país. Usted se ha preparado bien, ya nos lo ha demostrado. Estoy segura de que incluso alguien tan arrogante como usted debe de haber contemplado la posibilidad de que lo pillaran. Es razonable creer que tendría algunos trucos ya preparados, por si llegaba la ocasión. Pero, aunque usted haya sido quien secuestró a Madeleine, no tiene manera de demostrar que está viva. Pudo haberla matado hace meses, y bien sabe que no hay manera de que lo sepamos con seguridad. Así que, simplemente, sacó ese nombre de entre las muchas mujeres que ha torturado y asesinado y está echando mano de él para su última salida. —Taylor tomó aire. Miró a Hunter y después a Lucien.

»No estaba de broma cuando dije que lo reduciremos a balazos si intenta cualquier cosa —continuó—. Si cree que este viaje le dará la oportunidad de escapar y que nosotros, bajo el supuesto de que usted tiene información que podría conducirnos a la víctima, no tomaremos medidas decisivas, está muy equivocado».

—Vaya, agente Taylor, ese es un argumento mucho mejor que el de las balas de fogueo —dijo Lucien, dando tres aplausos—. Pero, tal como lo acabas de decir, no hay forma de saberlo con seguridad. Así que, cuando te enteres de que sí hay una Madeleine Reed cuya desaparición se denunció en Pittsburgh después del nueve de abril, ¿te darás el lujo de rechazar mi farol? —Le dio un par de segundos antes de añadir algo más—: Porque, si lo haces y resulta que no estoy faroleando, a ti y al FBI os lloverá mierda por los siglos de los siglos.

Hunter apenas escuchaba. Las palabras de Lucien seguían rebotando en su cabeza: «Porque estos dos últimos días, amigo mío, has estado frente al hombre que has buscado durante veinte años. El que te quitó a Jessica fui yo».

Cada átomo de su cuerpo quería creer que Lucien estaba fanfarroneando, pero Hunter había detectado algo en los ojos de Lucien: un inquietante desafío que, según él sabía bien, solo aparecía con la certeza.

—Puedo ver tus ojos enloquecidos, Robert —dijo Lucien, apartando su atención de Taylor—. Estás tratando de decidir si te he dicho la verdad o no. Quizás pueda ayudarte. —Se pasó la lengua por el labio superior—. Fachada amarilla, número 5067, en la esquina de la avenida Lemon Grove y North Oxford, en East Hollywood.

Hunter sintió que la garganta se le estrechaba. Esa había sido la dirección de Jessica. Pero, si Lucien había leído los informes policíales, esos datos habrían sido muy fáciles de conseguir.

Lucien le leyó la mente.

—Lo sé, lo sé —consintió—. Eso no demuestra nada. Es fácil conseguir una dirección. Pero ¿qué te parece esto? Entre las fotografías que mencionaste, las que Jessica tenía diseminadas por toda la casa, la mayor de todas estaba enmarcada en plata. Ella la tenía sobre una mesita, en la sala de estar, junto al sofá de cuero marrón. En la foto estabais vosotros dos en alguna cena o ceremonia de premios de la policía de Los Ángeles. Tú vestías de uniforme y exhibías orgulloso un reconocimiento. Ella lucía un vestido púrpura con un bolso a juego. Llevaba el pelo suelto, pero echado a un lado, sobre el hombro izquierdo.

Aún con la mirada firmemente clavada en Hunter, Lucien hizo una pausa para darle al cerebro de su viejo amigo la oportunidad de relacionar esas palabras con las imágenes que tenía encerradas.

Entonces le dio el golpe final.

—Pero tú sabes la verdadera diferencia entre esa y todas las demás fotografías vandalizadas en la casa, ¿no, Robert? Esa era la

única donde la palabra «cerdo» estaba escrita de abajo arriba, no horizontalmente.

Setenta y siete

Hunter sintió que el corazón se le paralizaba y la sangre se congelaba en sus venas. Su estómago se convirtió en un agujero negro que amenazaba con tragarse su alma para siempre. Quiso hablar, pero la voz pareció habérsele atascado en la garganta.

Tenía los ojos centrados en Lucien, pero no su mente. Todos sus pensamientos habían retrocedido hasta aquella noche en que una parte de sí mismo había muerto con Jessica. No tenía que indagar gran cosa. Cada detalle de lo que había vivido aquella noche estaba atrapado en algún lugar de su cerebro. Evocar esos recuerdos era doloroso, pero fácil. Prácticamente podía ver la fotografía de la que hablaba Lucien, como si la tuviera delante: el cristal roto, el marco de plata y la palabra «cerdo» escrita en grandes letras de sangre. Verticalmente. Esa era, tal como había dicho el prisionero, la única foto con una palabra escrita de ese modo.

Haciendo un gran esfuerzo por usar la lógica, Hunter, de algún modo, consiguió contener la ira antes de que saliera de su cuerpo como un géiser.

Si Lucien había logrado poner las manos en los informes policíales de la escena del crimen, había, entonces, alguna posibilidad de que hubiera conseguido copias de los inventarios y descripciones de las pruebas. Hunter sabía que eran muy detallados.

Exhaló.

Lucien captó sus dudas.

—Todavía no estás convencido, ¿verdad? ¿No son enigmáticos los mecanismos de defensa del cerebro, Robert? Con tal de esquivar el intenso dolor psicológico que se avecina, a veces, incluso de manera inconsciente, hace todo lo posible por encontrar otras respuestas. Llegará a pasar por alto los hechos y se aferrará a cosas que sabe

que no son ciertas. Pero no puedo culparte, Robert. Si estuviera en tus zapatos, yo tampoco lo creería.

»Pero es cierto, esa es la realidad».

Taylor podía sentir en la piel cuán volátil se había hecho el aire en ese pasillo subterráneo.

—Está faroleando otra vez. —Lo intentaba de nuevo, irritada y unos cuantos decibelios por encima—. Robert dijo que los perpetradores fueron dos. Los forenses encontraron dos juegos de huellas dactilares en la escena del crimen. ¿Va a decirnos que esta vez iba acompañado? Y —subrayó antes de que Lucien pudiera responder— ahora tenemos sus huellas en nuestros archivos. Una de las primeras cosas que hacen los ordenadores del FBI es verificar en el IAFIS las huellas dactilares de cualquier individuo que haya sido detenido. Esos registros están vinculados con todos los crímenes sin resolver. Si las suyas hubieran coincidido con cualesquiera de las que aparecieron en la casa de Jessica o en el escenario de cualquier otro delito no resuelto, hace días que tendríamos las alertas rojas gritando por las cuatro esquinas.

El IAFIS es el sistema integrado de identificación automática de huellas dactilares. Después de registrar una muestra del ADN, los ordenadores del FBI hacen lo propio en toda la base nacional de ADN.

Lucien aguardó pacientemente a que Taylor terminara.

—Ya te he dicho, agente Taylor, que a veces eres muy ingenua. ¿Crees que es tan difícil montar una escena criminal? ¿Te parece tan difícil hacer que la escena de un asesinato parezca el subproducto de un robo? ¿De verdad crees que, para alguien como yo, conseguir y plantar dentro de la casa de Jessica las huellas de alguien más es un verdadero problema? —Rio—. Puedo darte los nombres de los dos tipos a quienes pertenecían esas huellas dactilares. De cualquier modo, ya no es algo que puedas verificar, aunque sí podría decirte dónde se encuentran sus restos. Quise que pareciera un robo de pandilleros. Quise que la policía buscara a dos sospechosos, en lugar de a uno. ¿Por qué crees que el FBI no tenía la menor idea de mi

existencia, agente Taylor? ¿Por qué crees que, después de tantos homicidios, tu Unidad de Ciencias del Comportamiento nunca ha sido capaz de vincularme con ninguno de ellos? ¿Por qué crees que no han estado buscando a alguien que lleva veinticinco años matando gente? —La derrota y la furia empezaban a dibujar pliegues en el rostro de Taylor—. Se llama engaño, agente Taylor: hacer que la policía crea algo, cuando la verdad es una cosa totalmente distinta. Es un arte, y yo soy un gran artista.

Lucien volvió su atención a Hunter.

—Quizás esto te aclare las dudas de una vez por todas, Robert. Tú dijiste que se habían llevado de la casa toda la joyería de Jessica, pero ¿les explicaste a los detectives qué cosas le habían robado, exactamente? —Hunter tuvo un incómodo sentimiento que empezó a arrastrarse por su piel como un sarpullido.

»Por supuesto que no —dijo Lucien—. No creo que conocieras cada una de las joyas que tenía. Pero puedo decirte con toda precisión qué se llevaron. Todo estaba dentro de una caja pequeña y bonita, decorada con flores, en la cómoda de su habitación, junto a otra fotografía de vosotros dos; una que no fue tocada, que no fue vandalizada. Vosotros dos en la playa. —Hizo una pausa y, en el rostro de Hunter, notó que su golpe había dado en el blanco. Solo que eso no era todo—. Me llevé la caja. Pero, de su cuerpo, aparte del anillo de compromiso que, según dijiste, robaron, también cogí unos pendientes de brillantes solitarios y un delicado collar. De este colgaba un colibrí de oro blanco. El ojo era un minúsculo rubí».

En esta ocasión, ningún ejercicio de disciplina personal habría podido evitar que la cólera invadiera a Hunter. El hombre explotó lanzándose hacia delante y, en repetidas ocasiones, golpeó con ambos puños el plexiglás.

Las lágrimas anegaron sus ojos. En ellos, la profundidad del dolor era tan clara como palabras escritas. Sin darse cuenta, siquiera, y a través de los dientes apretados, de sus labios escaparon dos palabras:

—¿Por qué?

Setenta y ocho

La explosión de Hunter fue tan repentina y violenta que Taylor tuvo que apartarse de un salto. Lucien, por su parte, apenas parpadeó. Ya la esperaba.

Cuando los puños de Hunter dejaron de golpear el plexiglás, la piel de sus manos se había puesto roja y ya empezaba a amoratarse. Todo su cuerpo temblaba de furia, tristeza y confusión. Lucien simplemente disfrutaba del espectáculo, pero no dejó de oír la pregunta de Hunter.

—¿Quieres saber por qué? —dijo Lucien.

Hunter simplemente lo fulminó con la mirada. No podía dejar de temblar. En ese preciso momento, estaba en otro sitio, muy lejos de su natural cordura.

Lucien se recompuso. Se puso de pie, como si lo que quería decir le exigiera una inyección de fortaleza en la nuca.

—No pude evitarlo, y esa es la única razón —explicó Lucien—. De verdad que te echaba de menos, Robert. Echaba de menos al único amigo que tuve en la vida. Así que, ocho meses antes del incidente con Jesica, decidí ir a Los Ángeles, a buscarte. No te llamé antes porque quería darte una sorpresa. Quería ver si me reconocías cuando tocara tu puerta. —Hunter dejó caer las manos a los costados—. Averigüé dónde vivías —continuó—. No fue nada difícil. Así que, una noche, anduve rondando por tu edificio de apartamentos, a la espera de que llegaras. Pensé que, después de la gran sorpresa, o, por lo menos, de lo que yo creí que sería una gran sorpresa para ti, iríamos a tomarnos una cerveza, a hablar de los viejos tiempos…, a ponernos al corriente. —Lucien se encogió de hombros—. Quizás, muy en el fondo, yo tenía el deseo masoquista de averiguar si descubrías algo, es decir, si notabas algún rasgo

psicopático. A lo mejor quería comprobar que eras capaz de mirar más allá de mi máscara cotidiana. O, tal vez, nada de eso. Probablemente confiaba tanto en mí mismo que solo quería someterme a una prueba, demostrarme lo bueno que soy. ¿Y qué mejor prueba que pasar unos días en compañía del mejor psicólogo de comportamiento criminal que he conocido? Alguien que era, también, un policía a punto de convertirse en detective. Si tú no eras capaz de leer las señales, Robert, ¿quién sí? —El estómago de Hunter era un torbellino. Tenía que concentrarse mucho para no vomitar.

»Pero esa noche no llegaste solo —continuó Lucien—. Aparcaste, saliste del coche y, como todo un caballero, fuiste al otro lado para abrirle a alguien la puerta del pasajero. Entonces apareció esta hermosa mujer. Y, tengo que reconocerlo, Robert, era impresionante. —Hunter retuvo la respiración para calmar las palpitaciones de su pecho.

»De verdad, no podría decirte qué fue, exactamente —dijo—. Pero, si mis experiencias me han enseñado algo, es que, por encima de todos los deseos, por encima de todos los pensamientos e impulsos violentos que mueven a uno, por encima de la urgencia inevitable de quitarle la vida alguien, tiene que haber algún tipo de detonante que te lleve a sobrepasar el límite.

De inmediato, los pensamientos de Hunter y Taylor volaron al pasaje leído en el cuaderno que Kennedy les había mostrado un día antes.

—En el caso de Jessica, fue el modo en que te miró cuando cogiste su mano para ayudarla a bajar del coche, Robert —continuó Lucien—. El modo en que te besó ahí mismo, en el aparcamiento. Había tanto amor entre vosotros dos que podía sentirlo en mi piel, incluso a la distancia. —Hunter volvió a cerrar el puño.

»Lo intenté, Robert. Traté de resistirlo. Por eso no me acerqué a ti aquella vez. No quise. Yo no quería quitarte a Jessica. Me fui de Los Ángeles a la mañana siguiente e hice todo lo posible por olvidarla. Si alguna vez me esforcé por resistir un impulso, fue esa.

Lo que ninguno de vosotros jamás entenderá es que, una vez que el detonante ha explotado en tu cabeza, estás perdido. La obsesión te vuelve loco. Puedes retardar todo, pero no evitarlo. Regresa. Noche tras noche, martilleando tu cerebro, hasta que no puedes soportarlo más, hasta que las visiones se apoderan de tu vida. Ese momento llegó ocho meses después. —Hunter se apartó un paso del plexiglás.

»De modo que lo planeé todo para que pareciera un robo —dijo Lucien—. Maté a dos hombres solo para hacerme con sus huellas dactilares. Sabía que nunca los encontrarían. Sin importar con cuánto ahínco y durante cuánto tiempo los buscara la policía, las huellas nunca coincidirían con las de nadie. Regresé a Los Ángeles. Os volví a ver juntos otra vez y, entonces, la seguí a su casa.

Incluso Taylor empezaba a sentirse entumecida.

—No la torturé —añadió—. No hubo gratificación sexual. Lo hice tan rápido como pude.

—¿No hubo tortura? —interrumpió Taylor—. Robert dijo que había recibido puñaladas por todo el cuerpo.

—Ya estaba muerta —replicó Lucien, buscando a Hunter con la mirada—. Si los forenses eran competentes de verdad, se habrán dado cuenta de que la primera herida, la de la garganta, había sido fatal. Todas las demás fueron infligidas después de la muerte. Era parte del plan del robo simulado.

Ese hecho había intrigado a Hunter desde que leyó el informe de la autopsia. Lo había atribuido a un arranque de cólera de los perpetradores debido a que Jessica estaba comprometida con un policía.

—Monté la escena con los marcos rotos, las fotografías vandalizadas, la casa revuelta y el dinero y la joyería robados. Y eso es todo. Así es como ocurrió. Por eso ocurrió.

Los ojos de Hunter seguían fijos en el rostro de Lucien, sin parpadear, cuando se acercó otra vez al plexiglás. Tenía los puños bien apretados.

—Tenías razón, Lucien —dijo con una voz tan tranquila que asustó a Taylor—. A la mierda lo de ser detective. A la mierda lo que

he jurado defender. Estás muerto.

Giró y se alejó del pasillo y del sótano.

Setenta y nueve

Noventa segundos más tarde, Hunter y Taylor se encontraban en el despacho del director Adrian Kennedy. El doctor Lambert también estaba ahí.

—Entiendo que todo este escenario ha cambiado para ti, Robert —dijo Kennedy mientras Hunter miraba por la ventana—. Nadie podía haber presagiado una revelación de este tipo, y lo siento muchísimo. No voy a mentirte diciéndote que sé cómo te sientes, porque no lo sé. Nadie lo sabe. Pero tengo una idea bastante clara. —Kennedy hablaba con voz de cansancio.

Fue a su escritorio y cogió un impreso que tenía a un lado de la pantalla del ordenador. Enseguida se sacó las gafas de lectura que llevaba en el bolsillo del pecho.

—Pero hay algo que no ha cambiado —dijo antes de leer el impreso—. Madeleine Reed, veintitrés años, nacida en la ciudad de Blue Springs, en el estado de Missouri, aunque en ese momento estaba viviendo en Pittsburgh. Su compañera de piso la vio por última vez el nueve de abril, justo cuando Madeleine salió de su apartamento para ir a cenar con alguien a quien había conocido poco antes en un bar. La chica no regresó esa noche. Eso le pareció extraño a su compañera, porque Maddy, como todo el mundo la llama, no tenía la costumbre de pasar la noche con nadie en una primera cita. —Hunter seguía concentrado en el mundo del otro lado de la ventana.

»Dos días después, todavía no regresaba —añadió Kennedy—. Fue entonces cuando su compañera, una mujer llamada Selena Núñez, acudió a la comisaría a informar de la desaparición. A pesar de todos los esfuerzos de los investigadores de personas desaparecidas, no se ha sabido absolutamente nada de ella. Nadie

sabe qué aspecto tiene este hombre misterioso que se la llevó a cenar la noche del nueve de abril. El barman del primer bar recuerda a Madeleine. También se acuerda de haberla visto charlando con alguien que parecía un poco mayor que ella, pero no puso suficiente atención al rostro del hombre como para darle una descripción detallada a la policía. —Kennedy se ajustó en la nariz las gafas de lectura—. Madeleine trabajaba para CancerCare. Su trabajo específico era brindar ayuda y amistad a niños con cáncer terminal, Robert. Es una buena persona.

Kennedy le tendió el impreso a Hunter.

Hunter ni siquiera se movió.

—Mírala, Robert.

Pasaron unos segundos antes de que Hunter finalmente apartara los ojos de la ventana y los dirigiera a la hoja de papel que Kennedy tenía en la mano. Había también una segunda impresión: un retrato de quince por diez centímetros de Madeleine Reed. Era una mujer muy atractiva, de piel clara y aparentemente suave, ojos de color verde con una ligera apariencia oriental y un cabello negro vibrante que le caía por encima de los hombros. Sonreía para la foto con un rostro puro e inocente. Parecía feliz.

—El que Lucien sepa dónde esconde a Madeleine Reed no ha cambiado, Robert —dijo Kennedy otra vez—. No puedes alejarte de esto ahora. No puedes darle la espalda.

Hunter estudió la fotografía un poco más antes de devolvérsela en silencio al director.

Kennedy aprovechó la oportunidad para presionar un poco más:

—Sé que no trabajas para mí, Robert, así que no te puedo dar órdenes, pero te conozco. Conozco tus valores morales. Sé lo que defiendes y a lo que has dedicado tu vida. Si en este momento dejas que las emociones gobiernen tus actos, por muy cabreado y herido que te sientas, no estarás en paz contigo mismo nunca más. Ya no podrás mirarte al espejo. Lo sabes perfectamente bien.

Una jaqueca aguijoneaba y pellizcaba a Hunter por detrás de los ojos.

—Llevo veinte años buscando a los asesinos de Jessica, Adrian. —Hunter hablaba con una voz baja llena de dolor—. No ha pasado un solo día en que no me arrepienta de no haber estado ahí esa noche. No ha pasado un solo día, desde entonces, en que no le haya prometido a ella y a mí mismo que los encontraría, y que, cuando lo hiciera, los haría pagar, sin importar las consecuencias que eso me trajera.

—Te entiendo —dijo Kennedy.

—¿De verdad? —preguntó Hunter—. ¿De verdad me entiendes?

—Sí.

—Estaba embarazada —dijo Hunter. Kennedy se quedó sin aire en los pulmones. Miró de nuevo a Hunter, lleno de confusión—. Jessica estaba embarazada —repitió—. Lo descubrimos esa misma mañana mediante una de esas pruebas de embarazo que se compran en las farmacias. Por eso hizo una reserva en el restaurante para esa noche. Se suponía que íbamos a celebrar. Ambos estábamos… —Hunter hizo una pausa para recuperar el aliento— tan contentos.

Taylor sintió que la recorría un escalofrío paralizante. Quería decir algo, pero no sabía qué ni cómo.

—Lucien no solo me quitó a la mujer con quien debía casarme, Adrian —dijo Hunter—, me arrebató a la familia que, supuestamente, ya tenía.

Kennedy bajó la vista al suelo en un silencio solemne. Era su modo de presentar sus condolencias a Hunter y reconocer su pena.

—Lo siento mucho, Robert —dijo finalmente—. No lo sabía.

—Nadie lo sabía —replicó Hunter—. Ni siquiera su familia. Queríamos esperar a que Jess fuera al médico y tuviéramos una confirmación oficial. —La mirada de Hunter volvió a la ventana—. Pedí al forense que omitiera ese dato en el informe de la autopsia. No quería que los padres de Jessica se enteraran de ese modo. No tenía ningún sentido añadir nada más a su dolor.

—Tu dolor, tu rabia, lo devastador que esto debió de haber sido para ti… Son cosas que solo puedo imaginar, Robert —dijo Kennedy

después de un largo y oscuro silencio—. Y lo siento mucho.

—Y, aun así, todavía quieres ponerme dentro de un espacio encerrado con la persona a quien he estado buscando durante veinte años y de quien juré vengarme, y sin la seguridad de la pared de plexiglás entre nosotros.

—Lo tenemos, Robert —replicó Kennedy con voz mesurada—. Lucien está en una celda a prueba de fugas. La prisión está cinco niveles por debajo de la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI. Pagará por todo lo que ha hecho. Pagará por lo que os ha hecho a Jessica y a ti. —Señaló las fotografias—. Pero esta chica podría morir si no te subes con Lucien en ese avión. Sé que no querrías que eso ocurriera.

—Puedes enviar a alguien más.

—No, no podemos Robert —dijo Taylor, que, de pie junto al escritorio de Kennedy, se giró para mirarlo—. Escuchaste lo que dijo Lucien allá abajo. Tú, él y yo. Ni uno menos ni uno más. Si rompemos el trato y Madeleine no está muerta, morirá sola, probablemente aferrándose, hasta el último segundo, a alguna esperanza de que alguien la encuentre. Se lo debemos, Robert.

Hunter no dijo nada.

—Courtney tiene razón, Robert —dijo Kennedy—. Si Madeleine no está muerta, estamos perdiendo un tiempo muy valioso. Tenemos que movernos enseguida. Por favor, no dejes que tu cólera y tu tristeza le arrebaten a Madeleine la posibilidad de ser rescatada. La única posibilidad que le queda.

Hunter miró una vez más la fotografía de Madeleine.

—No está muerta —dijo, sin un ápice de duda en la voz.

—¿Qué? —dijo Kennedy.

—Dijiste «si Madeleine no está muerta». —Hunter negó con la cabeza—. Madeleine Reed no está muerta. Sigue viva.

Ochenta

La convicción inquebrantable en la voz de Hunter era tranquilizadora y confusa a partes iguales.

Los cuestionamientos de Taylor no fueron expresados con palabras, sino con una leve sacudida de la cabeza y unos ojos entrecerrados como complemento.

—Está viva —les dijo Hunter una vez, más moviendo la cabeza firmemente de arriba abajo.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —preguntó el doctor Lambert —. No me malinterprete, detective Hunter. Estoy de acuerdo con el director Kennedy. Creo que deben actuar de inmediato, pero también deben prepararse para el hecho de que quizás sea demasiado tarde para salvar a esta pobre chica. Existe incluso la posibilidad de que Lucien los esté llevando a una búsqueda inútil. Es un embaucador por naturaleza, y tiene muchos años de experiencia. Tal como dijo la agente Taylor durante el último interrogatorio, Lucien podría estar viendo esto como su última posibilidad de salir; y, si quisiera intentar algo, allá fuera tendría mejores posibilidades que sentado cinco niveles bajo tierra.

—Puede ser —respondió Hunter—, pero Madeleine sigue viva.

—Así que repito la pregunta del doctor Lambert —interrumpió Kennedy—. ¿Cómo puedes estar tan seguro, Robert?

—Porque Madelein Reed es el triunfo de Lucien —dijo Hunter—. Se ha estado guardando esa carta desde el primer día. ¿Cuándo lo trajisteis por primera vez aquí, a la BSU?

—Hace siete días —respondió Kennedy—, bien lo sabes.

—Y, de todos modos, no la mencionó hasta ahora —les recordó Hunter—. Como dice el doctor Lambert, Lucien tiene mucha experiencia. Ha estado jugando a esto desde hace mucho tiempo.

Aunque lo detuvieron por casualidad, cada uno de sus movimientos está calculado hasta el último detalle. Y todo jugador experto conoce la regla número uno de los triunfos.

—Nunca los sueltes antes de tiempo —dijo Taylor—. Aférrate a ellos hasta el mejor momento posible.

Hunter asintió.

—O hasta que no te quede otra. Ya se ha hablado de cuán impresionantes son el reloj interno y los cálculos de Lucien, ¿o no? Sabe con toda precisión cuánta comida y agua le ha dejado a Madeleine. Ya nos ha dicho que ella ha aprendido a racionar todo casi a la perfección. Ha calculado los límites. Lo sabe desde que todo esto empezó, y estoy seguro de que tiene una idea sumamente precisa de dónde está el punto de no retorno. De todos modos, él, hasta ahora, no había tenido motivos para usar su triunfo. ¿Y por qué? Porque quiere que esto sea una carrera contra el tiempo, porque este asunto nos somete a una tremenda presión. Mucha más que la de encontrar los restos de las víctimas.

Por un instante, todos se quedaron dándole vueltas a las palabras de Hunter.

—Y ese es, también, el motivo de que hubiera esperado hasta hoy para revelar que ha sido el asesino de su novia —dijo el doctor Lambert—. Porque eso no solo lo pone a usted bajo una presión extrema, sino que también le nubla el juicio. Lo desestabiliza. Saca sus emociones a flor de piel y, por lo tanto, lo vuelve más vulnerable, más propenso a cometer errores. Lucien lo sabía perfectamente bien.

A Taylor se le puso la piel de gallina.

—Pero eso también hace que Robert se vuelva más voluble —dijo ella—. Si Lucien no estuviera detrás de la pared de plexiglás, probablemente estaría muerto. —Su mirada se dirigió a Hunter, quien se la devolvió con un ciento por ciento de convicción.

—Y eso es, probablemente, lo que está buscando —dijo el doctor Lambert—. No tratará de escapar mientras esté allá fuera con ustedes dos, sino de pescar un suicidio con policía.

Kennedy y Taylor fruncieron el ceño, pero eso era, precisamente, lo que Hunter había estado pensando mientras miraba por la ventana.

—¿Por qué habría de querer suicidarse con policía? —preguntó Taylor.

—Porque, pase lo que pase, Lucien quiere ser recordado —dijo Hunter—. Está buscando la notoriedad. —Dibujó unas comillas con los dedos—. El «prestigio» que consigue quien se convierte en un famoso asesino en serie. Quiere que su legado se estudie en las clases de criminología y comportamiento criminal. Esa es una de las razones por las que ha estado escribiendo su enciclopedia, si es que de verdad ha estado haciendo eso.

—Entiendo —dijo Taylor—, pero eso sucedería de cualquier manera. No tiene que morir así para conseguirlo.

—Es cierto —admitió Hunter—, pero él también comprende que su reputación recibirá un impulso exponencial si no termina sus días detrás de las rejas o ejecutado por el estado. Estoy seguro de que, en su fuero interno, esa no sería una conclusión adecuada para su proyecto de vida. Pero, si el FBI lo matara durante el rescate de su última víctima… —Hunter se encogió de hombros y dejó que el significado de sus palabras intoxicara el aire.

—Se convertiría en una leyenda —aceptó el doctor Lambert.

—Así que, si crees que Madeleine Reed sigue viva —dijo Kennedy dirigiéndose a Hunter—, suponiendo que Lucien hizo bien sus cálculos, ¿cuánto tiempo crees que nos queda, Robert?

Hunter puso cara de duda.

—En el mejor de los casos, a partir del momento en que nos habló de Madeleine, habríamos tenido unas veinte horas para encontrarla. Después de eso, yo no abrigaría demasiadas esperanzas.

Kennedy consultó su reloj.

—Así que tenemos que actuar de inmediato —dijo—. No podemos desperdiciar más tiempo, Robert.

La fotografía de Madeleine seguía sobre el escritorio. Parecía que estuviera mirando a Hunter.

—¿El avión está listo? —preguntó.

—Lo estará para cuando lleguéis a la pista —respondió Kennedy —. Pero, antes, vosotros dos tendréis que prepararos.

—Prepárese —dijo el doctor Lambert en cuanto todos se pusieron en movimiento—, porque creo que tiene razón, detective Hunter. Lucien tratará de llevarlos hasta el límite, y sabe que, tal como están las cosas en este momento, ni siquiera tendrá que presionar mucho. Creo que, en cuanto esté ahí, hará todo lo posible por no regresar. Aunque le cueste la vida.

Hunter se subió la cremallera de la chaqueta.

—Eso no será ningún problema. —Miró a Taylor—. Siempre y cuando el que dispare sea yo.

Ochenta y uno

Antes de dirigirse al SUV que los esperaba junto a una de las salidas de seguridad, en la parte trasera del edificio, a Hunter y a Taylor les pidieron que entregaran sus camisas para instalarles micrófonos inalámbricos de espionaje de alta tecnología. Los dispositivos estaban disfrazados de botones normales, pero, para que uno no fuera diferente a los demás, les cambiaron todos. El micrófono era el botón que tenían justo por encima del ombligo. A través de un pequeño cable, el aparato se conectaba a un poderoso transmisor via satélite semejante a una tira de goma de mascar que llevaban pegado en la región lumbar. Cada micrófono funcionaba también como un localizador por satélite. El director Adrian Kennedy y su equipo conocerían su ubicación precisa en todo momento. Pero, en cuanto recuperó su camisa, Hunter se opuso a la idea.

—Los botones falsos no son exactamente del mismo color que los originales —le dijo a Adrian Kennedy.

—Son bastante parecidos —replicó el director.

—Para la mayoría de la gente, quizás —dijo Hunter—, pero no para Lucien.

—¿Estás insinuando que se ha fijado en el color de los botones de tu camisa y la de la agente Taylor?

—Créeme, Lucien se ha fijado en todo, Adrian. Es como una esponja.

—Bueno, no tenemos nada mejor que darte, dada la premura —respondió Kennedy—. Necesito llevar oídos contigo todo el tiempo, así que tendremos que usar esto.

Podría ser un error muy costoso, pensó Hunter.

Todo estaba listo diez minutos después, cuando Lucien, escoltado por dos marines, atravesó la puerta de seguridad. Vestía el mismo

mono anaranjado de prisionero que había llevado puesto durante todos los interrogatorios. Le habían inmovilizado las manos y los tobillos con cadenas de metal que le rodeaban la cintura, restringiendo sus movimientos. No podía subir los brazos por encima del pecho ni podía dar pasos de más de treinta centímetros, lo que le impediria correr.

—Algo falta en esta ecuación —dijo Lucien a Taylor cuando esta abrió la puerta trasera del SUV y le cedió el paso.

—El detective Hunter se reunirá con nosotros en el aeropuerto —dijo Taylor, que sabía exactamente a qué se refería el prisionero.

Lucien rio.

—Claro, necesita tiempo para recomponerse y, quizás, para observar sus propias emociones antes de que todo esto se vuelva un fiasco, ¿no es así, agente Taylor?

Taylor no contestó. De haberse dejado llevar por las emociones, probablemente le habría dado un puñetazo en la cara y, después, sendos tiros en las rodillas. Sin embargo, se limitó a sostener la puerta abierta mientras los marines ponían al prisionero en el asiento trasero del coche, aseguraban las cadenas a los aros metálicos del suelo y le daban a Taylor las llaves de las cerraduras.

—Me encantan tus gafas de sol, agente Taylor —dijo Lucien cuando la detective ocupó el asiento del copiloto—. Son tan… FBI. ¿Crees que yo podría conseguir unas de esas, aunque fueran solo para este viaje? —Taylor no dijo nada—. Supongo que eso ha sido un «no», entonces.

Por un instante, Lucien se quedó contemplando sus manos esposadas. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz controlada y comedida; sin emociones, sin furia; con un simple tono plano y robótico.

—¿Cómo crees que terminará todo esto, agente Taylor?

El conductor, un marine afroamericano que parecía capaz de levantar en vilo el SUV completo, puso el coche en movimiento.

Taylor no despegó los ojos del camino.

—Venga, agente Taylor —insistió Lucien—, es una pregunta justa. Estoy muy interesado en saber cuáles son tus expectativas. Lo has hecho muy bien hasta ahora. Has conseguido extraer información con la que el FBI ha podido recuperar los despojos de tres víctimas. —Sus cejas se alzaron y bajaron una vez—. Si tu equipo es lo suficientemente apto para seguir instrucciones, encontraréis también a las cinco víctimas que he dejado en New Haven. Además, te las has arreglado para sacarme información que podría conducir a una víctima viva, y si llegaras a salvar a esta, agente Taylor, te convertirías en una heroína. No está nada mal para dos días de interrogatorios. Así que mi pregunta es bastante justa. ¿Cómo crees que terminará todo esto? ¿Crees que tú y Robert seréis unos héroes o que todo esto terminará convertido en vuestra peor pesadilla?

Taylor notó que los ojos inquisitivos del conductor se dirigían a ella por un instante.

Lo que ella realmente quería era darse la vuelta y decirle a Lucien que irían a encontrar a Madeleine Reed para poner fin a su tortura. Entonces lo traerían otra vez a la BSU y él les diría dónde encontrar los restos de las otras víctimas. Después, ya podría él pudrirse en la cárcel o ser ejecutado. A ella le daba igual, pasara lo que pasara, porque no volvería verle la cara nunca más. Pero guardó la compostura y no dijo una sola palabra.

Ni siquiera se volvió a mirarlo.

Lucien no se inmutó.

—¿Crees que lo hará? —preguntó en el mismo tono robótico—. ¿Crees que Robert vengará la muerte de Jessica? ¿Crees que se olvidará de lo que ha defendido la mayor parte de su vida y se dejará dominar por la ira? —No hubo respuesta—. ¿Me pegará un tiro o lo hará con las manos?, ¿me dará una paliza hasta que yo ya no pueda respirar?

Taylor no lo miró, pero hubiera podido jurar que en la cara de Lucien volvía a lucir aquella sonrisa enfermiza.

Salieron del complejo de la academia del FBI y se dirigieron al norte, hacia la pista de aterrizaje del Turner Field.

—¿Cómo lo harías tú, agente Taylor? Si yo te hubiera arrebatado violentamente a la persona a quien amabas como una desesperada y te hubiera dejado con nada más que dudas y un montón de sangre, ¿cómo te vengarías de mí?

Taylor sintió que la sangre hervía en sus venas; aun así, se tragó todas las palabras que amenazaban con salir de su boca.

Lucien cambió de táctica.

—¿Y tú, bola de músculos? —se dirigió al conductor—. Si yo me hubiera metido en tu casa y asesinado salvajemente a tu mujer; si hubieras estado veinte años tras de mí, ¿de qué manera te vengarías al verte, por fin, frente a mí? Al parecer, podrías aplastarme el cráneo con un solo apretón de esos dedos de plátano que tienes. Apuesto a que tú y tu esposa se divierten muchísimo con ellos.

El conductor, furioso, frunció el ceño y miró a Lucien a través del espejeo retrovisor.

—Ni se le ocurra responderle al prisionero, soldado —dijo Taylor, mirándolo—. Hará caso omiso a todo lo que diga, por muy ofensivo que sea, ¿me ha entendido?

—Sí, señora. —La respuesta llegó en una voz de bajo profundo.

Lucien rio a carcajadas.

—Déjame decirte lo que pienso, agente Taylor. Creo que sí lo hará. Me parece que Robert cederá y, finalmente, tendrá su revancha. Y, para detenerlo, creo que tendrías que pegarle un tiro; no hay otra. La gran pregunta es: ¿Lo harías?

Ochenta y dos

Hunter y dos marines esperaban junto al pequeño Lear Jet de cinco plazas, hecho a la medida, cuando el SUV negro donde venían Taylor y Lucien se detuvo junto al avión.

En el cielo empezaban a acumularse nubes espesas, como si el día entero estuviera cambiando de humor: la brillantez daba paso a la oscuridad; el azul, al gris.

Taylor se bajó del coche y entregó a uno de los soldados las llaves de las cadenas de Lucien. Los marines se encargaron de abrir las cerraduras, sacarlo del asiento trasero y ponerlo a bordo. Mientras pasaban a un lado de Hunter y subían los pocos peldaños que llevaban al interior del avión, Lucien giró y miró al detective a los ojos. No notó nada más que dolor e ira. Tuvo que librar una lucha interna por no sonreír.

Solo cuando las cadenas de Lucien estuvieron bien aseguradas a unos aros de metal especiales que había en el suelo del avión, junto a uno de los asientos, Hunter y Taylor abordaron la aeronave.

El asiento de Lucien estaba en la parte trasera del avión, encerrado dentro de una jaula de metal. Era una celda equipada con una cerradura electrónica de clase militar, a prueba de asaltos, que solo podía abrirse activando un botón desde la cabina del piloto.

Taylor dejó su chaqueta en el asiento, justo delante y a la derecha de la jaula de Lucien, pero no se sentó. Hunter tomó el asiento que quedaba frente a ella, del otro lado del pasillo. El piloto esperaba pacientemente en la cabina.

—¿Así que a qué parte de Illinois vamos? —Taylor preguntó a Lucien.

—No, no vamos a Illinois —dijo él con toda naturalidad.

Taylor vaciló por un instante.

—¿A qué se refiere? Dijo que iríamos a Illinois.

—No, no lo dije. Dije que necesitaríamos suficiente combustible como para cubrir la distancia de aquí a Illinois. Si nos alcanza para ir a Illinois, nos alcanzará también para ir a New Hampshire. Es ahí a donde vamos.

El asiento de Lucien era fijo, pero los otros podían girar completamente. Hunter no giró el suyo para mirar a Lucien. Siguió con la vista al frente, aunque sin sorprenderse de que el prisionero siguiera con sus juegos.

—New Hampshire —dijo Taylor.

—Es correcto, agente Taylor. «Vive en libertad o muere».

—Vale. Así que ¿a qué parte de New Hampshire vamos?

—Simplemente pídele al piloto que se dirija a New Hampshire. Le daré más detalles cuando entremos en el espacio aéreo de ese estado.

Taylor pasó las instrucciones al piloto y volvió a su asiento. Al igual que Hunter, prefirió no dar la cara al prisionero.

Un minuto después, el avión ya estaba en la cabecera de la pista. El piloto anunció que tenía permiso para despegar. Entonces, los motores cobraron vida, y, veinte segundos después, el jet ya estaba en el aire. Viró a la derecha, y los pocos rayos de sol que lograban atravesar la barrera oscura de nubes se reflejaron con intensidad en el fuselaje.

Hunter clavó los ojos en la ventanilla mientras, abajo, el suelo se alejaba deslizándose. El aire embotellado del avión se sentía más denso que nunca, como si, de algún modo, la presencia de Lucien lo hubiera contaminado.

Taylor estaba quieta, con la mirada al frente. Era obvio que trataba de poner en orden la multitud de pensamientos que explotaban dentro de su cabeza. Llevaba consigo una botella de agua sin gas de la que tomaba un pequeño sorbo cada minuto o dos. No era sed, era solo un reflejo nervioso, algo que su cuerpo prácticamente la obligaba a hacer, casi inconscientemente, en un intento de recuperar la tranquilidad.

Hunter también libraba toda una batalla con sus pensamientos, pero esta vez moría por cerrar un ciclo de veinte años de cólera y frustración.

Habían volado durante un poco más de media hora cuando volvieron a escuchar la voz de Lucien.

—¿Crees que alguien puede nacer malvado, agente Taylor? —preguntó.

Taylor tomó un sorbo de agua mientras su mirada viajaba al otro lado del pasillo, a Hunter. Él parecía ni siquiera haber oído la pregunta. Toda su atención estaba en el mundo más allá de la ventanilla, no en el del avión.

Ante el silencio de Taylor, Lucien continuó.

—Sabes que hay un gran número de criminólogos, psicólogos criminalistas y psiquiatras que creen que una persona puede nacer malvada, ¿no? Alguna clase de gen de la maldad. —Ninguna reacción de Taylor—. Si presumen que hay un gen de la maldad, eso significa que además creen que ser malvado o abrumadoramente violento puede ser una enfermedad genética. ¿No crees que eso es cierto, agente Taylor? ¿Crees que un recién nacido puede, de verdad, heredar la perversidad, convertirse en un asesino, del mismo modo en que podría haber heredado la hemofilia o el daltonismo? —Otro silencioso sorbo de agua.

»Venga, dame gusto, agente Taylor —dijo Lucien—. En tu opinión, ¿ser malvado, ser un asesino insensible, como yo, puede ser un producto de la herencia genética?».

En ese instante, el pensamiento que ocupaba los titulares en la cabeza de Taylor era por qué no habrían equipado ese avión con una jaula insonorizada de plexiglás, en vez de con una de metal.

—Veintisiete —dijo Lucien, y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

Por reflejo, los ojos de Taylor volvieron a buscar los de Hunter. Él seguía mirando por la ventana, pero ella estaba segura de que había escuchado a Lucien. ¿Acababa de cambiar de tema o estaba dándoles las coordenadas? Giró su silla.

—¿Veintisiete?

—Veintisiete —confirmó Lucien con un simple movimiento de cabeza.

—¿Veintisiete qué?

—Estados —dijo Lucien. Una fina máscara de confusión cubrió la cara de Taylor—. He visitado bancos de esperma en veintisiete estados —explicó Lucien—. Siempre bajo diferentes nombres y con currículos que impresionarían a la reina de Inglaterra. Es parte de un experimento muy largo que sigue en curso.

Taylor sintió que el sabor ácido de la bilis le llegaba a la garganta.

—Así que, si crees que convertirse en asesino puede ser un producto de la herencia genética, agente Taylor —dijo Lucien—, entonces, dentro de unos cuantos años, todos podríamos encontrarnos con algunas sorpresas.

El simple hecho de encontrarse encerrada en ese espacio, respirando el mismo aire que Lucien, hacía que Taylor se sintiera mareada.

—Usted no solo es un enfermo —dijo con una mirada de disgusto —, es un absoluto degenerado.

Los altavoces crepitaron cuando se oyó la voz del piloto:

—Nos estamos aproximando a la frontera entre Massachusetts y New Hampshire, ¿ya tengo nuevas instrucciones?

El rostro de Lucien pareció revitalizarse.

—Que la aventura empiece.

Ochenta y tres

Un lugar oculto.
Dos días antes.

Los ojos de Madeleine Reed parpadearon varias veces, lentos y adormecidos, antes de poderse abrir del todo. El enfoque no le llegó de manera instantánea. De hecho, pasaron casi dos minutos antes de que su mente herida y exhausta encontrara sentido a las formas.

Seguía acurrucada en uno de los rincones de la celda, con el frágil cuerpo envuelto como un capullo en la manta sucia y maloliente. Pero, por mucho que se envolviera con aquel trapo asqueroso, por pequeña que se hiciera en aquel rincón entre dos paredes, no podía quitarse el frío. La fiebre podía haber desaparecido o empeorado; ya no lo sabía. Cada átomo del cuerpo le dolía tan intensamente que todo el tiempo estaba a punto de desmayarse.

Dentro de su celda, el único sonido era el zumbido triste de las moscas que revoloteaban en el rincón opuesto, sobre un cubo de excremento que se desbordaba.

Madeleine tosió un par de veces. De inmediato, sintió la cara, la cabeza y la rota garganta como si estuvieran en llamas y a punto de explotar. Por un momento, el dolor nauseabundo hizo que sus párpados se agitaran como alas de mariposa. Apoyó la cabeza en la pared, con la esperanza de que no caer de nuevo en la inconsciencia.

No cayó.

Mientras se recomponía una vez más, se miró las manos y los dedos, irreconocibles de tan huesudos. Tenía todas las uñas rotas; los lechos ungueales cubiertos de sangre seca. Sus nudillos,

hinchados y enrojecidos, parecían los de una anciana afectada de reumatismo agudo. Nunca había estado tan delgada. Nunca se había sentido tan débil, hambrienta y sedienta.

Madeleine se dio cuenta de que algunas partes de su manta todavía estaban húmedas; probablemente de cuando su cuerpo estaba empapado debido a la fiebre alta. Estaba tan desesperada que, en un momento de locura, se llevó la manta a la boca para sorberla ansiosamente, tratando de llevar a sus agrietados labios y boca un poco de la humedad de la tela. Pero lo único que sacó fue un bocado de suciedad y un sabor tan repugnante que de inmediato le provocó arcadas.

Cuando paró de toser, miró alrededor de la celda, pero la deshidratación y la desnutrición ya habían empezado a afectarla fisiológica y neurológicamente. Sus ojos no tenían el vigor suficiente para enfocarse en nada que estuviera a más de un metro de distancia.

Las botellas de plástico vacías estaban esparcidas por el suelo. En ellas no quedaba ni una gota de agua, pero eso no impidió que Madeleine las cogiera e hiciera un nuevo intento. Se llevó una a la boca, echó atrás la cabeza y apretó el plástico con ambas manos.

Nada.

Extenuada por el esfuerzo, dejó caer la botella al suelo una vez más.

Sus párpados volvieron a cabriolear. Se sentía desesperadamente cansada, abrumada por la tristeza, pero no quería quedarse dormida otra vez. Sabía que la fatiga extrema era señal de que su cuerpo se estaba apagando; ya no tenía con qué mantenerse despierto. No tenía suficiente energía para mantener todos los órganos funcionando adecuadamente, como una gran fábrica que cerrara algunos departamentos por carecer de los recursos necesarios para mantenerlos funcionando.

Madeleine recordó haber visto en la televisión un documental que hablaba del tema: de cómo un cuerpo deshidratado y desnutrido se alimenta lentamente de sí mismo. Primero, las reservas de grasa;

enseguida, las proteínas y los nutrientes de los músculos, hasta que todo desaparece y la energía se agota. Enseguida, el cuerpo comienza a apagarse. Los órganos principales, como el hígado y los riñones, dejan de funcionar como es debido. El cerebro, que está hecho de un setenta y cinco a un ochenta por ciento de agua, aproximadamente, empieza a acusar los perniciosos efectos de la deshidratación. La respuesta varía de persona a persona y resulta completamente casual, desde las alucinaciones más vívidas hasta el colapso definitivo. En ese momento, los daños provocados a la masa cerebral son irreversibles.

Sin más nutrientes, el cuerpo se queda sin energía y se agota del todo. Pero nada en el mundo es tan complejo ni tan inteligente como el cuerpo y el cerebro humanos. Incluso bajo un apremio tan intenso, los mecanismos de defensa trabajarán al límite de su capacidad. En un intento de ahorrar la escasa energía que queda y con el fin de evitar que la persona muera tras una dolorosa agonía, el cuerpo exhausto se obliga a dormir. Una vez que eso ocurre, va cerrándose lenta y tranquilamente, de una forma completa y piadosa. Los ojos de la persona ya no se abren nunca más.

Madeleine ya sabía que se estaba muriendo. Sabía que, si volvía a dormirse, probablemente nunca despertaría otra vez. Pero tampoco sabía qué más hacer. Se sentía tan cansada que hasta mover un dedo era como correr una maratón.

—No quiero morir —susurró para sí misma en una voz débil y casi sin aliento—. No quiero morir así. No quiero morir en este lugar. Ayúdenme, por favor.

Se le ocurrió, entonces, una idea extravagante. Había oído historias de gente que se bebía su propia orina. Por muy asqueroso que le sonara, también había oído que, a algunos, eso les provocaba excitación sexual. Pero su cerebro fatigado luchaba por mantenerla con vida. Cualquier otra cosa, repugnante o no, estaba en un lejano segundo lugar.

Sin pensarlo dos veces, Madeleine volvió a coger una de las botellas. Con un esfuerzo tremendo, se puso de pie, se soltó los

botones y la cremallera de sus ahora sucios y desgarrados pantalones, y se los bajó hasta los tobillos. Luego fueron las bragas. Después de colocar la botella en la posición correcta, cerró los ojos y se concentró todo lo posible. Apretó con fuerza los músculos de las piernas y el estómago.

Nada.

Su cuerpo estaba tan deshidratado que no tenía nada que darle. Pero ella no estaba dispuesta a darse por vencida. Lo intentó una vez más y otra y otra. Por cuánto tiempo, no tenía ni idea. Pero, finalmente, tras lo que le pareció una eternidad, unas cuantas gotas salpicaron el fondo de la botella. Madeleine estaba tan contenta que empezó a reír histéricamente…, hasta que miró la botella.

Las pocas gotas de orina que había conseguido exprimirse tenían un color ámbar oscuro, y supo que esa era una muy mala señal.

Cuanto más oscuro es el color de la orina, más deshidratado está el cuerpo.

Si una persona bebe muchos líquidos —agua, por ejemplo—, el hígado y los riñones sanos los filtrarán rápidamente. Tomarán lo que el cuerpo necesite y desecharán el resto. Los líquidos descartados irán a dar a la vejiga. Cuando esta se llene, la persona sentirá la necesidad de ir al baño. La orina es el medio del que se vale el cuerpo humano para deshacerse de lo que no necesita, incluyendo las toxinas, aunque no siempre. Si una persona se hidrata con frecuencia, su vejiga sigue llenándose debido al exceso de líquido, pero, si tal es el caso, lo que el cuerpo elimina es, principalmente, el agua y los líquidos que la persona ha consumido de más. Cuantas menos toxinas haya, más clara será la orina. Lo contrario también es cierto.

Por el color, Madeleine supo que las pocas gotas que había en la botella eran, probablemente, toxinas en un noventa y nueve por ciento. Beberlas sería como tomar veneno. No la ayudarían a mantenerse con vida. Acelerarían su muerte.

Se quedó viendo las gotas por un largo rato, con la botella temblando en su mano. Quería llorar. De hecho, lloró, pero, en ese

estado tan avanzado de deshidratación, sus glándulas lacrimales ya no podían producir lágrimas.

Finalmente, las fuerzas la abandonaron. Madeleine se desplomó en el suelo y la botella rodó hasta el otro extremo de la celda.

—No quiero morir. —Las palabras apenas escaparon de sus labios trémulos, pero ya no podía resistirse. La visión se le nubló completamente mientras los ojos empezaban a cerrársele. Ya no tenía fuerzas para seguir despierta.

No le quedaban esperanzas. No tenía más fe.

Dejó que sus ojos se cerraran y empezó a aceptar lo que, para ella, era inevitable.

Ochenta y cuatro

Dado que, por las ataduras, sus manos no podían subir más allá del pecho, Lucien se había encorvado para tratar de rascarse la nariz.

Taylor había girado su asiento para mirarlo, mientras Hunter seguía con la cara al frente.

—Vale —dijo Taylor—. Ya estamos en el espacio aéreo de New Hampshire. ¿A dónde debemos dirigirnos?

Lucien se tomó su tiempo.

—Maldita sea, esto es muy incómodo. ¿Serías tan amable de rascarme la nariz, agente Taylor? —Ella, en silencio, le dedicó una mirada de reprobación—. Sí, no creí que lo hicieras. —Finalmente, Lucien se enderezó—. Dile al piloto que vuele hacia el norte. Avísame cuando estemos sobre el bosque nacional Montañas Blancas.

El bosque nacional Montañas Blancas es un área de 303.859 hectáreas gestionada por el gobierno federal. Cerca del noventa y cuatro por ciento se encuentra en el estado de New Hampshire. Es tan vasto, que ningún avión privado que lo sobrevolara podría perdérselo.

Taylor pasó las instrucciones al piloto y volvió a su asiento.

Volaron durante otros veintisiete minutos antes de que la voz del piloto sonara otra vez por los altavoces.

—Estamos a punto de llegar al límite sur del bosque nacional Montañas Blancas. ¿Sigo volando hacia el norte o este rompecabezas tiene alguna nueva pieza?

Taylor se volvió a Lucien y esperó.

El prisionero se miraba el dorso de las manos.

—Ahora se pone bueno —dijo sin levantar la mirada.

—Dile al piloto que vamos a ly.

Taylor lo miró incrédula.

—Repítalo.

—Dile al piloto que vamos a Berlin —dijo Lucien como si nada. Sus ojos se detuvieron en sus manos un rato más antes de dirigirse a ella.

Taylor no se movió, pero su expresión pasó de la sorpresa al disgusto en un tiempo récord.

—Tranquilízate, agente Taylor —dijo Lucien—. No me refiero a Berlín, en Alemania. Eso sería demasiado fantasioso, incluso para mí. Pero, si revisas el mapa de New Hampshire, encontrarás que, justo al norte del bosque nacional Montañas Blancas, hay un pueblo llamado Berlin. Su aeropuerto municipal, curiosamente, se encuentra al norte, a trece kilómetros, en otro pueblo llamado Milan. —Rio—. Qué europeo, ¿no? —La expresión de Taylor se relajó un poco—. Dile al piloto que debemos aterrizar en el aeropuerto municipal de Berlin.

Taylor pasó las instrucciones mediante el intercomunicador.

Hunter llevaba un rato pensando en todo esto y apenas podía creer cuán bien preparado estaba Lucien. ¿Cuánto tiempo llevaba planificándolo?, se preguntaba.

El estado de New Hampshire era uno de los pocos que no tenían oficinas específicamente para el FBI. Estaba bajo la jurisdicción de las instalaciones locales de Boston, demasiado lejos como para que el director Kennedy pudiera enviar un equipo de refuerzo. Aunque Lucien había dado instrucciones detalladas en el sentido de que nadie los siguiera, ni por tierra ni por aire, Hunter sabía que Adrian Kennedy no se limitaría a cumplir las exigencias de un asesino en serie. Sin duda alguna, sería extremadamente precavido, puesto que corría peligro la vida de una secuestrada, pero también querría tener en marcha un plan B. Como no había oficinas locales en New Hampshire, en caso de que Adrian Kennedy quisiera tener un segundo equipo para seguir los pasos de Hunter y Taylor, tendría que ponerse en contacto con la comisaría del condado o el departamento de policía de la localidad. Ninguno de los dos estaría

entrenado en vigilancia de alto nivel, y eso era un riesgo demasiado grande como para aceptarlo. Lucien había tenido todo eso en cuenta al diseñar su enfermiza ecuación.

—Acabo de ponerme en contacto con el aeropuerto municipal de Berlin. —La voz del piloto surgió de los altavoces de la cabina una vez más—. Estamos autorizados para aterrizar y comenzaremos nuestro descenso en cinco minutos.

Nadie podía notar lo mucho que Lucien sonreía por dentro.

Ochenta y cinco

Después de estar en el aire por casi dos horas exactas, el Lear Jet aterrizó en la pequeña pista del aeropuerto municipal de Berlin, en el estado de New Hampshire. Rápidamente se dirigió a un punto al final de la pista, lejos de los demás aviones pequeños, y esperó. El piloto ya había alertado a la torre de control del aeropuerto de que pilotaba un avión oficial del FBI en una misión federal y que nadie debía acercarse a la aeronave.

—¿Y ahora qué? —preguntó Hunter a Lucien aún antes de que el avión se detuviera por completo. Era la primera vez que el detective se dirigía a él desde Quantico.

—Ahora nos hacemos con un coche —respondió Lucien y puso cara de duda—. Pero esto no es el aeropuerto de Los Ángeles, Robert. No hay compañías de alquiler de coches en el vestíbulo del aeropuerto. De hecho, ni siquiera hay un vestíbulo. —Con la cabeza, hizo una seña hacia la ventanilla—. Ya lo verás. Con suerte encontraremos una máquina expendedora por ahí. —Taylor lanzó a Hunter una mirada interrogativa—. Podéis llamar a una compañía de alquiler de coches, si queréis —prosiguió—. Estoy seguro de que podréis conseguir algún número de Berlin o Milan, pero les tomará entre veinte y veinticinco minutos preparar todo y traer un coche aquí. Si no queréis quedaros esperando, os sugiero que improviséis.

—¿Improvisar? —dijo Taylor.

Lucien se encogió de hombros.

—Requisad un coche o algo así. Como en las pelis. Vosotros sois los que tenéis las placas del FBI. Estoy seguro de que la gente de por aquí quedará muy impresionada.

Taylor se quedó pensando qué hacer.

—Recordad que cada segundo cuenta para la pobre de Madeleine —añadió Lucien—, así que tomaos vuestro tiempo, todo el que queráis.

—Quédate aquí con él —dijo Hunter, que ya se dirigía a la puerta del avión—. Yo iré.

Taylor asintió con un movimiento de cabeza. En ese momento, no le apetecía dejar a Hunter a solas con Lucien.

—En marcha —dijo Hunter cuando entró de nuevo en la cabina.

—¿Ya tenemos coche? —preguntó Taylor, poniéndose de pie de un salto. Hunter había estado fuera por menos de tres minutos.

Él asintió.

—Ha sido una especie de préstamo del tío que se encarga de la torre de control.

—Es justo —dijo ella. No necesitaba más explicaciones. Taylor había desenfundado su arma y apuntaba a Lucien—. Bien, hagamos esto bien y despacio. Cuando Robert presione el botón de la jaula, las cadenas también se soltarán del suelo. Entonces podrá ponerse de pie. Lentamente, saldrá de la celda y hará un alto. ¿Ha entendido?

Lucien asintió. No se sentía impresionado.

Taylor hizo a Hunter una señal con la cabeza. Él pulsó un botón junto a la puerta de la cabina de pilotos antes de desenfundar su arma y apuntar a Lucien.

Un zumbido electrónico resonó con fuerza por toda la cabina de pasajeros. La puerta de la jaula de Lucien hizo clic y se abrió. Las cadenas de metal que lo tenían sujeto de los tobillos y las manos también se soltaron de las sujeciones del suelo y la silla.

—Levántese muy lentamente. —Lucien obedeció—. Ahora, salga de la jaula. —Obedeció otra vez—. Camine hacia nosotros y hacia la salida, muy despacio. —Lo mismo.

Taylor se apartó y se puso detrás de Lucien.

Hunter iba delante. Fue el primero en bajar los escalones.

Lucien y Taylor bajaron después.

A unos cuantos metros del avión, estaba aparcado un Jeep Grand Cherokee rojo. Hunter se acercó al coche y abrió la puerta trasera.

—Bonito coche —comentó Lucien.

—Sube —respondió Hunter.

Lucien se detuvo y miró alrededor. No había nadie. El aeropuerto municipal de Berlin no era más que una pista de asfalto construida junto a un bosque. No había vestíbulo, salas de espera ni nada por el estilo. Al este de la pista había dos hangares medianos, cada uno lo suficientemente grande para albergar un par de aviones privados. Justo al sur había unos cuantos edificios administrativos más pequeños. Eso era todo. Nada más.

Lucien miró el cielo. La noche se acercaba de prisa y, con ella, una brisa fría empezaba a correr. Mantuvo los ojos en el cielo por un rato más, buscando, escuchando.

No vio ni oyó nada.

—Sube —ordenó Hunter otra vez.

Lucien se dirigió al coche con pasos de geisha. Hunter le sostuvo la puerta. Como una dama bien educada, Lucien se sentó antes de subir las piernas. Era la forma más fácil de entrar con las manos y los pies encadenados a la cintura.

Hunter cerró la puerta e hizo una señal a Taylor para que entrara por el otro lado. Ella lo hizo. En cuanto la agente ocupó su lugar en el asiento trasero, Hunter fue al lugar del conductor.

La pistola de Taylor seguía apuntando a Lucien.

—Apoye la espalda en el respaldo del asiento —le dijo—, y el brazo, en el apoyabrazos de la puerta, todo el tiempo. —Bajó el apoyabrazos central, con lo que creó una endeble división entre Lucien y ella—. Si hace cualquier movimiento, le juro que le volaré las rodillas. ¿Eso le parece fácil de entender?

—Perfectamente simple —respondió Lucien.

Hunter arrancó el coche.

—¿A dónde vamos, entonces? —preguntó.

Lucien sonrió.

—A ningún lado, absolutamente.

Ochenta y seis

Hunter tenía razón. El director Kennedy siempre tendría un plan B para cualquier situación.

Diez minutos después de que el Lear Jet despegara con Hunter, Taylor y Lucien, una segunda aeronave se elevaba desde aeropuerto Turner Field, en Quantico. En ella volaban cinco de los mejores agentes de Kennedy, todos ellos hábiles tiradores, con larga experiencia en operaciones encubiertas. Llevaban consigo un equipo de rastreo por satélite sintonizado en la señal que provenía de los micrófonos que Hunter y Taylor llevaban disfrazados de botones. También tenían oídos en el Lear Jet, ya que los micrófonos no solo transmitían todo al director Kennedy, en la academia del FBI, sino también a este segundo avión y sus agentes.

En la sala de control de operaciones del FBI, en Quantico, Adrian Kennedy y el doctor Lambert seguían ambos aviones en la pantalla del radar. Habían escuchado también cada palabra de Hunter, Taylor y Lucien. En cuando el primer avión hubo aterrizado en el aeropuerto municipal de Berlin, Kennedy sacó el teléfono de su bolsillo.

—Director —contestó al segundo timbrazo el agente Nicholas Brody, jefe del equipo del segundo jet.

—El Pájaro Uno acaba de aterrizar —dijo Kennedy.

—Sí, lo hemos visto —contestó Brody. Ellos también seguían los movimientos del avión con sus móviles.

—Dígale al piloto que comience a volar en círculos —dijo Kennedy—. Por ningún motivo, repito, por ningún motivo entren en el espacio aéreo visible desde el aeropuerto municipal de Berlin. Lo llamaré cuando pueda darle permiso para aterrizar.

—Enterado, señor.

El agente Brody colgó el teléfono, dio las nuevas instrucciones al piloto, volvió a su asiento y aguardó.

Ochenta y siete

Hunter se encontró con los fríos ojos de Lucien en el espejo retrovisor. La sonrisa en los labios del prisionero era una mezcla de arrogancia y desafío.

—¿Qué fue eso? —preguntó Taylor, cuya paciencia estaba más que agotada.

Lucien siguió mirando el espejo retrovisor en una guerra de miradas con Hunter.

—Que no vamos a ir a ninguna parte, absolutamente —dijo una vez más, en un tono controlado y uniforme.

Hunter, con toda calma, apagó el motor.

—¿De qué hablas, Lucien?

—Me refiero exactamente a lo que dije en mi celda —dijo Lucien —. Iríamos nosotros tres, sin nadie siguiéndonos, ese era el trato. Como lo rompiste, no te llevaré a ningún sitio. Creí que todo había quedado perfectamente claro.

Hunter soltó el volante y alzó las palmas.

—¿Ves a alguien más que nosotros tres? ¿A alguien que nos esté siguiendo?

—Todavía no —respondió Lucien confiado, antes de mirar hacia arriba y hacia la derecha—. Pero probablemente están por ahí, esperando, volando en círculos. Vosotros lo sabéis. Yo lo sé.

Los ojos inquisitivos de Taylor también encontraron a Hunter en el espejo retrovisor. Ella seguía con la mirada fija en Lucien.

—No, no lo sabemos —dijo Hunter—. Y tú tampoco. Son suposiciones tuyas. ¿Así que quieres que nos quedemos aquí sentados mientras Madeleine se queda sin tiempo solo porque te has puesto suspicaz?

—Mis suposiciones son siempre muy precisas, porque están basadas en hechos, Robert —dijo Lucien.

—¿Hechos? —preguntó esta vez Taylor—. ¿Qué hechos?

La mirada de Lucien finalmente se apartó del espejo retrovisor y se dirigió a Taylor. En ese proceso, se dio cuenta de que la agente empuñaba la pistola con menos fuerza.

—Veamos, agente Taylor, nos pondremos en marcha en cuanto tú y Robert os quitéis la camisa y la arrojéis por la ventanilla. ¿Qué te parece?

—¿Qué dice? —preguntó Taylor—. La mirada ofendida que puso bien pudo haberle valido un Óscar.

—Vuestras camisas —repitió Lucien—. Quitáoslas y arrojadlas por la ventanilla.

Hunter y Taylor guardaron silencio.

—Me decepcionas, Robert —dijo Lucien—. ¿Creíste que no notaría los botones de vuestras camisas?

Un músculo se aflojó en la mandíbula de Taylor.

Lucien se dirigió a ella:

—El intento fue bueno, pero los colores no coinciden exactamente con los que traíais antes. —Con el dedo índice apuntó hacia la blusa de Taylor—. Estos son más oscuros, un par de tonos. Adivino que lo que aquí tenemos es un micrófono, un transmisor de geolocalización y, quizás, una cámara. —No hubo respuesta—. Qué decepción. Supuse que el FBI sería más cauteloso. —Lucien se encogió de hombros—. Pero, una vez más, queridos, no os avisé con tanta anticipación, ¿o sí?

Hunter recordó lo que había pensado horas antes: esto podría ser un costoso error.

—Así que —siguió Lucien— tenemos un par de soluciones: podéis quitaros la camisa y arrojarla por la ventana… —Miró a Taylor provocativamente—. Sin duda, eso será muy placentero para mí, aquí, en el asiento trasero. O bien, podéis quitaros los botones, uno por uno, y arrojarlos todos por la ventana. —Lucien seguía mirando a Taylor—. Juraría que tienes un hermoso ombligo.

—Vete a la mierda. —Taylor no pudo contenerse.

Lucien rio.

—La alternativa sería que os quedarais con vuestras camisas, con los botones intactos, pero que, simplemente, os quitarais el transmisor que, sin duda, lleváis pegado al cuerpo, en algún lugar.

Si darse cuenta siquiera, Taylor parecía una niña enfadada a quien hubieran pillado mintiendo.

—Por favor —añadió Lucien—, pensadlo, perded todo el tiempo que queráis. —Apoyó la cabeza en el reposacabezas de cuero y cerró los ojos—. Avisadme cuando os hayáis decidido.

Hunter se desabrochó el cinturón de seguridad, se inclinó un poco hacia delante y se despegó el transmisor satélite que llevaba en la región lumbar.

Sin dejar de apuntar a Lucien, Taylor hizo lo propio.

En la sala de operaciones de Quantico, el director Adrian Kennedy escuchó el sonido de algo que raspaba. Un momento después, el micrófono de Hunter se quedó en completo silencio. Dos segundos más tarde, lo mismo sucedió con el de Taylor. Los dos puntos que los representaban en la pantalla del radar se apagaron por completo.

El agente a cargo de la estación del radar tecleó rápidamente varias instrucciones en su ordenador antes de mirar a Kennedy, que estaba a su lado.

—Los hemos perdido, señor. Lo siento. No hay nada que podamos hacer desde aquí.

—Hijo de puta —susurró Kennedy entre dientes.

Dentro del Pájaro Dos, que volaba en círculos alrededor del aeropuerto municipal de Berlin, el agente Brody se pasó la mano por el pelo corto y exclamó exactamente lo mismo.

Ochenta y ocho

—Así está mucho mejor —dijo Lucien en cuanto Hunter y Taylor arrojaron el transmisor satélite por la ventanilla—. Ahora, vayamos sobre seguro, ¿os parece? Quitaos el cinturón y lanzadlo también por la ventanilla.

—Ese era el único transmisor que teníamos —dijo Taylor.

—Tomo nota —dijo Lucien con un gesto diplomático—, pero perdóname que no confíe en ti en este momento, agente Taylor. Ahora, por favor, los cinturones. —Hunter y Taylor obedecieron: arrojaron los cinturones por la ventanilla—. Ahora, vuestros bolsillos: el cambio, las tarjetas de crédito, billeteras, bolígrafos…, todo. Y también vuestros relojes.

—¿Qué hago con esto? —dijo Taylor, mientras mostraba a Lucien el llavero que ella y Hunter habían usado para entrar en la casa de Murphy.

—Será mejor que lo conserves, agente Taylor. Lo necesitaremos para entrar en ese lugar. —Hunter y Taylor dejaron caer fuera sus relojes y todo lo que tenían en los bolsillos—. No os preocupéis —dijo Lucien—. Estoy seguro de que el piloto recogerá todo en cuanto nos hayamos marchado. Nada se perderá. Y ahora, ya que hemos cogido carrerilla, hagamos lo mismo con los zapatos. Quitáoslos y dejadlos allá fuera.

—¿Los zapatos? —preguntó Taylor.

—He visto transmisores dentro de tacones, agente Taylor. Y, dado que ya abusaste de mi confianza una vez, no te daré la menor oportunidad. Pero, si quieres desperdiciar más tiempo, no pienso oponerme.

Segundos después, las botas de Hunter y los zapatos de Taylor golpearon el pavimento, a un lado del coche.

Lucien se inclinó lentamente hacia el frente y miró los dedos de los pies de Taylor.

—Tienes unos dedos muy bonitos, agente Taylor. —Asintió—. Rojo, el color de la pasión. Interesante. ¿Sabías que se estima que entre un treinta y un cuarenta por ciento de los hombres tienen alguna clase de fetichismo por los pies? Estoy seguro de que hay gente que mataría por poder tocar unos dedos tan bonitos.

En un intento de apartarse, Taylor movió los pies instintivamente hacia atrás, como tratando de ocultarlos.

Lucien rio animadamente.

—Y, por último, pero no menos importante —continuó—, vamos a deshacernos de nuestros móviles, ¿vale? Bien sabemos que tienen sistemas GPS que pueden rastrearse.

Por mucho que los hiciera enfadar, Hunter y Taylor no podían discutir. Lucien seguía teniendo todos los ases. Hicieron lo que les pidió y dejaron caer los teléfonos por la ventanilla.

Satisfecho, Lucien sonrió a Hunter por el espejo retrovisor.

—Creo que estamos listos —dijo—. Puedes arrancar el coche de nuevo, Robert.

Hunter lo hizo y, en el salpicadero, en una pantalla táctil de 8,4 pulgadas, se encendió el sistema de navegación via satelite.

—No necesitas eso —dijo Lucien—. No hay una calle con nombre ni números ni nada. Solo un camino de tierra.

—¿Y cómo llegaremos ahí?

—Te guiaré —dijo Lucien—. Lo primero que vamos a hacer es alejarnos de este aeropuerto de mierda.

Ochenta y nueve

Dentro de la sala de operaciones de la academia del FBI, en Quantico, el director Adrian Kennedy se quedó contemplando la pantalla del radar por un largo tiempo, mientras trataba de decidir qué hacer a continuación.

—Podríamos intentar rastrear la señal de sus móviles —sugirió el agente encargado del radar.

Kennedy se encogió de hombros.

—Podríamos intentarlo, pero este tío es demasiado listo. Se dio cuenta de lo de los botones solo porque eran dos tonos más oscuros que los originales. Virgen santa, ¿quién se fija en los botones de la camisa de otra persona?

—Alguien que sabe lo que le espera —dijo el doctor Lambert—. Lucien nunca creyó que el FBI simplemente se doblegaría y aceptaría sus exigencias. Sabía que intentaríamos algo, y estaba listo.

—Y a eso me refiero, exactamente —dijo Kennedy—. Si estaba listo para lo de los botones, no creo que haya la menor posibilidad de que haya permitido que Robert y la agente Taylor llevaran sus móviles. Hasta un niño de diez años sabe que los sistemas de geolocalización de los móviles son rastreables. —Miró al agente del radar—. De cualquier modo, inténtelo.

En su ordenador, el agente abrió un programa interno del FBI.

—¿Cómo se llama la agente? —preguntó.

—Courtney Taylor —respondió Kennedy—. Trabaja para la Unidad de Ciencias del Comportamiento.

Unas cuantas pulsaciones más.

—La tengo —dijo el agente. El programa que había abierto en su pantalla listaba el identificador de geolocalización de cada móvil

entregado a un agente del FBI—. Deme unos segundos. Tecleaba con ferocidad. Un momento más tarde, en la pantalla apareció la palabra «buscando», seguida de tres puntos que parpadeaban. Pocos segundos después, la pantalla anunció: «Identificador de GPS localizado».

En el radar apareció un nuevo punto.

—El teléfono está activo —dijo el agente—. Su GPS sigue transmitiendo, lo que significa que no lo han destruido y aún tiene la batería puesta. La ubicación es exactamente la misma de antes: Siguen en la pista del aeropuerto municipal de Berlin.

—O bien eso —dijo Kennedy— o les pidieron que dejaran los móviles. —Miró al doctor Lambert, quien asintió.

—Es lo que yo habría hecho.

El teléfono sonó en el bolsillo de Kennedy. Era el agente Brody, en el Pájaro Dos.

—Director —dijo Brody en cuanto Kennedy le cogió la llamada—, nuestro piloto acaba de ponerse en contacto con el piloto de Pájaro Uno. Dice que el coche con el objetivo ya partió, pero que en la pista quedaron muchas cosas: móviles, billeteras, cinturones y hasta zapatos. El objetivo no está corriendo ningún riesgo. —Kennedy acababa de recibir su respuesta—. ¿Qué nos sugiere? —preguntó Brody—. Sin oídos en el suelo, no hay localización precisa. El aterrizaje es muy arriesgado, y, aunque lo consigamos sin que el objetivo note nuestra presencia, en tierra no tendremos ninguna referencia que seguir.

—Entendido —dijo Kennedy—, y la respuesta es… que todavía no estoy seguro. Le devolveré la llamada en cuanto se me ocurra algo. —Colgó. Su cansado cerebro trabajaba a marchas forzadas para discurrir algo. Y entonces se le ocurrió una idea—: El coche —dijo—. Robert consiguió el coche del tipo que maneja la torre de control del aeropuerto. Se llama Josh. Escuchamos la conversación entera gracias al micrófono de Robert, ¿recuerdan? Josh dijo que acababa de comprar un coche, un Jeep Grand Cherokee, hace dos meses, apenas.

—Y un montón de coches nuevos —dijo el agente, cogiendo al vuelo las ideas de Kennedy—, se venden equipados con sistemas de rastreo por satélite antirrobo. Definitivamente, vale la pena intentarlo.

Kennedy asintió.

—Pónganme a Josh en el teléfono en este mismo instante.

Noventa

Nada más atravesar las puertas del aeropuerto, Hunter se encontró en la carretera East Side River.

—Dobla a la izquierda —dijo Lucien—. Luego, en la primera, a la derecha. Tenemos que atravesar el pequeño puente que conduce al pueblo de Milan. Desafortunadamente, esto no se compara con la ciudad de Italia. Aquí no hay una catedral del Duomo. De hecho, no hay nada de nada que ver aquí.

Hunter seguía las instrucciones de Lucien. Atravesaron el puente y pasaron por delante de una escuela primaria, que apareció a su derecha. Enseguida llegaron a una intersección en la parte superior de la carretera.

—Dobla a la derecha y sigue por esta carretera —ordenó Lucien.

Hunter lo hizo y, después de unos cuantos cientos de metros, pasaron varias casas, algunas pequeñas, otras un poco más grandes, pero nada exuberante.

—Bienvenidos al pueblo de Milan, en New Hampshire —dijo Lucien, señalando hacia la ventanilla con un gesto—. Aquí no hay más que paletos, campos, soledad y lugares aislados. Es un lugar estupendo para desaparecer, para volar por debajo de los radares. Aquí no hay quien te moleste, a nadie le importas. Y esa es una de las grandes maravillas de este país, que está plagado de pueblos como este. A cada estado que vayas, encontrarás decenas de Milan, Berlin, Murphy y Patealamierda. Lugares olvidados de la mano de Dios, sin más, donde muchas de las calles ni siquiera tienen nombre, donde la gente no se fija en ti.

Taylor sintió en su bolsillo el peso del llavero de Lucien y pensó una vez más en las diecisiete llaves que contenía. Cada una podría

pertenecer a un lugar anónimo, entre tantos repartidos por el país. Igual que la casa de Murphy.

Lucien la leyó como un libro.

—Te preguntas cómo llego a estos lugares, ¿no es así, agente Taylor?

—No, no me lo pregunto —contestó ella solo por contradecirlo—. En realidad, me importa un carajo.

Hunter la miró por el espejo retrovisor. La respuesta de Taylor no había provocado nada en Lucien.

—En realidad, son bastante fáciles de conseguir —explicó—. Puedes comprarlos por casi nada, porque se trata de lugares olvidados, abandonados, medio destruidos, que a nadie le interesan. Si hay un propietario, suele estar ansioso por deshacerse de esa carga, así que cualquier oferta es una oferta, por pequeña que sea. Tampoco necesitan reformas. Por el contrario, un lugar, mientras más jodido, sucio, descompuesto y pútrido, mejor. ¿Y tú sabes por qué, no, Robert?

Hunter seguía con los ojos en el camino, pero sabía exactamente por qué. El factor miedo. Pon a un secuestrado en un sitio sucio, rancio y oscuro, infestado de ratas y cucarachas, y el lugar, por sí solo, le dará un susto de muerte.

Lucien no estaba buscando una respuesta. Estaba seguro de que Hunter lo sabía. Movió la cabeza, primero de lado a lado y, después, hacia delante y hacia atrás. Trataba de liberar un poco de la tensión de su cuello.

—Esta casa en particular —continuó—, fue pura suerte, pero un gran hallazgo. Pertenecía a alguien a quien conocí en Yale. Su bisabuelo la construyó hace unos cien años. La casa pasó de generación en generación y fue reformada un par de veces, hasta que finalmente cayó en manos de mi amigo. Solo que él aborrecía todo lo relacionado con este lugar: la ubicación, las vistas, la distribución; y, según decía, el legado y la historia. Para él, esta casa estaba maldita, era un gafe. Su madre había muerto en el patio, en un accidente. Pocos años después, su padre se había colgado en la

cocina. Su abuelo también había muerto ahí. Mi amigo decía que no quería estar en esta casa nunca más; que, de hacerlo, la quemaría hasta los cimientos. Le ofrecí comprársela, pero no quiso. Solo me dio las llaves, firmó las escrituras y dijo: «Tómala, es tuya».

Pasado el primer grupo de casas, el escenario empezó a cambiar. A la derecha, a lo largo de la ribera del río, había campos bien cultivados que se extendían hasta donde llegaba la vista. A la izquierda, nada, con excepción de un bosque muy espeso.

Tres kilómetros más adelante, Hunter empezó a notar la presencia de algunos pequeños senderos de tierra que salían del camino principal, a la izquierda, y que llevaban bosque adentro. Desde el camino, no alcanzaba a ver cuán profundos eran ni a dónde conducían.

Lucien seguía mirando a Hunter por el espejo retrovisor.

—Te preguntas cuál de estos senderos te llevará a donde está Madeleine, ¿no es así, Robert?

Hunter lo miró por un instante.

Lucien le sonrió.

—Bueno, llegaremos pronto. Y, por tu bien, espero que no sea demasiado tarde.

Noventa y uno

Él seguirá presionando.

El dedo vuelve a afirmarse en el gatillo de la pistola mientras la sangre de Taylor empieza a hervir de rabia.

Lucien se da cuenta y, con toda ecuanimidad, apoya la cabeza en la ventanilla.

—Ten cuidado con ese gatillo, agente Taylor. No creo que puedas ni quieras dispararme a estas alturas. —Le guiñó un ojo—. Además, estoy seguro de que eso cabrearía muchísimo a Robert. A él le gustaría tener ese privilegio.

Sin aviso previo, los recuerdos trajeron a Hunter imágenes de Jessica en el salón de su casa, tumbada sobre un charco de sangre. Apretó el volante con tanta fuerza que los puños se le volvieron blancos.

La carretera giraba un poco a la izquierda, luego a la derecha y otra vez a la izquierda. No había intersecciones de caminos ni curvas cerradas, solo alguno que otro sendero de tierra que se apartaba del camino principal y se adentraba en lo desconocido. Mientras avanzaban, las tierras forestales, a la izquierda, parecían hacerse más tupidas. No había farolas y la oscuridad empezaba a cubrirlos como un traje mal ajustado, estrecho e incómodo. Hunter encendió las luces interiores. Por ningún motivo dejaría que Lucien pudiera aprovechar la oscuridad para ocultar sus movimientos.

—¿Falta mucho? —preguntó Taylor.

Lucien se volvió hacia su ventanilla antes de girar la cabeza y mirar por la del otro lado.

—No mucho.

La carretera doblaba otra vez a la izquierda en forma de medialuna, siguiendo el contorno del río que tenían a la derecha. Los

campos bien cultivados habían desaparecido. Ahora solo quedaba un bosque denso a ambos lados de la carretera.

—Viene un giro brusco a la izquierda, Robert, mantén los ojos bien abiertos —dijo Lucien—. No es un sendero.

Hunter disminuyó la velocidad y condujo unos ciento cincuenta metros más.

—Sip —dijo Lucien, asintiendo—, ahí es. Justo ahí delante.

Hunter dobló a la izquierda.

El camino, flanqueado ahora por un bosque más espeso, parecía extenderse hasta el infinito en la oscuridad concentrada. Desde que salieron del aeropuerto, no se habían encontrado con un solo vehículo. Cuanto más avanzaban, era cada vez más vivo el sentimiento de estar alejándose de la civilización e internándose en alguna clase de mundo crepuscular. Una cosa era cierta: Lucien sí que sabía escoger escondites aislados.

Condujeron otro kilómetro y medio antes de que el camino se convirtiera en una vereda de tierra llena de baches. Hunter puso una marcha más lenta y se preguntó si debía activar la tracción en las cuatro ruedas, por si acaso.

—Qué suerte —dijo Lucien—. Al parecer, no ha llovido últimamente. Cuando llueve, estos caminos pueden convertirse en una pesadilla de charcos y fango profundo.

Hunter redujo otro poco la velocidad y empezó a conducir el coche de un lado al otro de la vereda, en busca de los mejores suelos y tratando de evitar que el coche se sacudiera en exceso.

—Delante hay una desviación a la derecha —anunció Lucien, inclinando la cabeza para ver mejor a través del parabrisas—. Hay que tomarla, Robert.

—¿Esta? —preguntó Hunter, señalando una vereda que estaba a unos veinte metros de distancia.

—Esa es.

Hunter dobló.

Ahora sí era evidente que conducían por la tierra de nadie. La última señal de vida humana había quedado kilómetros atrás. Si una

bomba explotara exactamente donde estaban, nadie la oiría. A nadie le importaría. Nadie acudiría.

La vereda se hizo aun más irregular. Los siguientes dos kilómetros fueron una eternidad.

—Un solo giro más a la izquierda —dijo Lucien— y casi habremos llegado, pero abre bien los ojos, Robert, es un sendero diminuto y está bastante escondido.

Hunter lo vio cincuenta metros más adelante, pero estuvo a punto de pasar de largo. Era, de verdad, un atajo muy estrecho, uno imposible de detectar por alguien que no estuviera buscándolo específicamente.

Hunter viró a la izquierda. El Jeep apenas podía pasar por el sendero. Se oían los rozamientos de las ramas de los arbustos y las matas.

—Vaya —comentó Lucien—, no creo que al controlador de tráfico aéreo del aeropuerto le guste esto, pero, dado que este coche ha sido requisado por el FBI, sin duda estará asegurado por el gobierno federal.

Esta vez, Hunter ya no tenía por dónde esquivar los baches y agujeros más grandes. Menos mal que estaban en un coche completamente nuevo y la suspensión era fuerte y estable.

Tuvieron que aferrarse bien a ese convulso carril por otros ochocientos metros, hasta que el camino terminó abruptamente. Hunter puso el coche en punto muerto y miró en redondo. Lo mismo hizo Taylor. No tenían más que bosque alrededor.

—¿Nos hemos equivocado de camino? —preguntó Taylor.

—No —respondió Lucien—. Aquí es.

Taylor miró otra vez por las ventanillas. Los faros del Jeep se reflejaban en los arbustos y los árboles.

—¿Aquí es? ¿Dónde? —preguntó ella.

Lucien señaló al frente con la barbilla.

—Tendremos que caminar. No se puede llegar en el coche.

Noventa y dos

Hunter fue el primero en bajarse del Jeep. En cuanto estuvo fuera, desenfundó su pistola y abrió la puerta trasera para dejar salir a Lucien.

Taylor los siguió un poco después.

—¿Ahora qué? —preguntó ella, mirando alrededor.

—Por ahí —dijo Lucien, señalando unas cuantas ramas sueltas. Estaban apiladas unas sobre otras delante y un poco a la derecha de donde el Jeep había quedado aparcado.

—¿Vamos a adentrarnos en este bosque sin luces ni zapatos? —preguntó Taylor a Hunter, mirando los pies descalzos de ambos.

—No será mucho lo que pueda hacer con respecto a los zapados —contestó antes de meterse de nuevo en el coche y abrir la guantera. Regresó con una linterna Meglite Pro Led 2—. Pero sí que tendremos luz.

—Muy útil —dijo Taylor.

—Sabía que se estaba haciendo de noche —dijo Hunter— y daba por hecho que el escondite de Lucien no sería un lugar de fácil acceso, así que le pedí al controlador de tráfico aéreo que me consiguiera una linterna.

—Robert Hunter —dijo Lucien, asintiendo y frunciendo los labios, como si estuviera a punto de silbar—. Siempre un paso por delante. Qué pena que no hubieras previsto el problema de los zapatos.

—En marcha —ordenó Hunter.

Adoptaron la misma formación que al salir del Lear Jet. Hunter por delante, Lucien en medio y Taylor cuatro o cinco pasos por detrás, con el arma siempre apuntando a la espalda de Lucien, unos cinco centímetros por debajo del cuello.

Hunter apartó rápidamente las ramas que Lucien le señalaba, con lo que quedó a la vista un sendero muy pisado.

—Solo síguelo —dijo Lucien—. El lugar no está lejos de aquí.

A pesar de las prisas con que habían llegado, las entrañas de Hunter se llenaron de una sensación adicional de urgencia, como si algo anduviera mal, algo imposible de precisar, y no le quedara tiempo para ocuparse de ello.

—Venga —dijo.

La linterna proyectaba un haz ultrabrillante y amplio, lo que facilitaba un poco las cosas.

Empezaron a recorrer el sendero y, sorpresivamente, Lucien no intentó frenarlos con la excusa de las piernas encadenadas. No le habría servido de nada. Los guijarros, las piedras y los palos secos de bordes afilados obligaban a Hunter y a Taylor a moverse mucho más lento de lo que habrían querido.

Apenas habían cubierto unos treinta metros cuando el camino se desvió bruscamente a la derecha, punto en que, de verdad, sintieron que habían atravesado algún misterioso umbral crepuscular. De pronto, los arbustos, árboles y matorrales dieron paso a un campo llano: un claro en medio de la nada.

—Y hemos llegado —dijo Lucien con una sonrisa orgullosa.

Hunter y Taylor se detuvieron e, incrédulos, miraron a su alrededor.

—¿Y qué coño es esto?

Noventa y tres

Hunter dirigió la linterna hacia la estructura que tenían delante.

Era una casa de ladrillos rígida y cuadrada, cubierta de hiedra, con columnas románicas blancas que alguna vez debieron encuadrar una imponente entrada principal. Ahora, solo dos de las cuatro columnas originales seguían en pie, y aun estas tenían grietas de arriba abajo.

La casa había sido construida cien años antes y, desde entonces, la habían reconfigurado dos veces. De su primera encarnación como una gran casa en la colina solo quedaba un recuerdo. Añadiendo la desfiguración causada por los elementos y el total abandono y la falta de cuidados, el resultado era el caparazón que tenían enfrente: el maltrecho cascarón de un viejo hogar.

Todavía quedaban tres de las cuatro paredes exteriores, pero estaban llenas de hoyos y fracturas, como si la casa estuviera en zona de guerra en algún lugar del Oriente Próximo. La pared sur, del lado derecho, se había derrumbado hasta prácticamente quedar convertida en un montón de escombros. La mayoría de las paredes del interior también se habían venido abajo, dejando el lugar prácticamente sin divisiones y llenándolo de lo que parecían residuos de demolición. El tejado se había derrumbado casi por completo, excepto en el viejo salón, al frente de la casa, y un poco más allá, en el comedor, así como en la cocina, a la izquierda, donde seguía parcialmente en su lugar. La maleza y la vegetación silvestre habían crecido casi por todas partes, entre duelas y escombros. Todas las ventanas estaban rotas. Algunos de los marcos habían sido arrancados de las paredes por alguna clase de explosión en el interior.

—Bienvenidos a uno de mis escondites favoritos —dijo Lucien.

Taylor parpadeó sorprendida.

—¿Madeleine? —gritó, y dio un paso a la derecha. —No hubo respuesta—. ¿Madeleine? —gritó de nuevo, ahora más fuerte—. Es el FBI, ¿puedes oírme?

Nada.

—Aunque estuviera viva, no podría oírte —dijo Lucien.

Taylor se volvió a él con ojos fulminantes.

—Esto es un puto embuste. Aquí no hay nadie.

—¿Estás segura? —le preguntó Lucien.

—Mire este agujero de mierda. Esto no es un escondite. ¿Cómo puede esconder a alguien en un lugar donde no hay puertas ni paredes, donde cualquiera puede entrar o salir?

—Nadie sabe que este lugar existe; esa es la razón —dijo Hunter, que trataba de estudiar los alrededores de la casa—. Y nadie vendría a buscar nada aquí.

—Estás en lo correcto, otra vez —dijo Lucien, mirando a Taylor—. De ahí lo de «escondite».

—Mentira. —Taylor no podía ocultar la ira en la voz—. ¿Nos está diciendo que dejó a Madeleine en algún lugar de este cascarón fantasma, sin ventanas, sin puertas ni paredes, y ella nunca se fue?

La mirada de Lucien se dirigió a Taylor y, en ese preciso momento, sus ojos parecían viales oscuros llenos de veneno.

—No está en ningún lugar del interior, agente Taylor. —Hizo una pausa y se pasó la lengua por el labio inferior, como un lagarto—. Está enterrada debajo.

Noventa y cuatro

Las palabras de Lucien hicieron que el miedo reptara como un sarpullido por la piel de Taylor. Su ahora confusa mirada volvió inmediatamente a lo que quedaba de la casa, antes de dirigirse al suelo que la rodeaba.

—Bueno, no enterrada, exactamente —aclaró Lucien—. Déjame explicártelo. —Levantó ambas manos esposadas y señaló hacia el lado norte de la desfigurada estructura—. Por aquí.

A toda prisa, Hunter y la linterna apuntaron de nuevo. Lucien y Taylor lo siguieron.

—El abuelo de mi amigo —dijo Lucien cuando se pusieron en marcha—, y con lo de «amigo» me refiero a la persona de quien adquirí este lugar, era un patriota hecho y derecho, de la vieja escuela. Me contaron que pasó sus mejores años en esta casa durante la era de los Estados Unidos contra la Unión Soviética. Ya sabéis, del tipo de «que mueran los comunistas». Y de verdad que estaba adherido a esa ideología. Entonces se hablaba mucho acerca de una posible guerra atómica.

En cuanto llegaron un costado de la casa, Hunter y Taylor entendieron lo que Lucien les estaba diciendo.

En el suelo, a medio camino a lo largo de la pared norte, pudieron ver una puerta doble de sótano, muy grande, externa y de metal grueso. Las hojas de la puerta estaban cerradas con un candado de clase militar Sargent and Greenleaf, muy parecido al que encontraron en la casa de Murphy.

—El abuelo de mi amigo —continuó Lucien—, en plena paranoia y con la profunda convicción de que la guerra atómica era inevitable e inminente, reformó todo el lugar. Lo amplió y añadió al sótano original un refugio para bombas bastante grande. —Señaló con la

cabeza las puertas cerradas—, La casa puede parecer destruida por un terremoto, pero el refugio ha cumplido con creces las expectativas. —Apuntó hacia la cerradura—. La llave está en el llavero.

Taylor lo sacó de inmediato.

—¿Cuál es? —preguntó con urgencia mientras sostenía el montón de llaves.

Lucien se inclinó hacia delante y entrecerró los ojos por un momento.

—La sexta desde tu izquierda.

Taylor seleccionó la llave y fue al candado.

Hunter y Lucien se quedaron atrás y, mientras aguardaban, a Hunter lo volvió a invadir la incómoda sensación de que algo no andaba bien. Por un instante, miró a su alrededor.

—¿Qué hay en la parte de atrás de la casa? —preguntó.

Lucien estudió al detective por un momento. Enseguida, llevó la mirada hasta el extremo más alejado de la construcción.

—Un patio trasero sumamente maltratado —contestó—. También hay un estanque grande, que ahora parece, más que nada, una gran piscina de barro. ¿Quieres que te lleve a dar una vuelta? Tengo todo el tiempo del mundo.

Clic. El candado se abrió. Taylor lo desenganchó y lo puso a un lado antes de sujetar una de las asas y tirar de ella. La puerta se movió apenas.

—¿Pesa, no? —comentó Lucien con una sonrisa de satisfacción—. Como os dije, no es un sótano común y corriente, agente Taylor. Es un refugio antinuclear.

—Yo lo haré —dijo Hunter.

Taylor dio un paso atrás mientras Hunter tiraba, primero, de la puerta derecha. Después abrió la izquierda.

De inmediato, sintieron una bocanada de aire rancio y caliente. Las puertas dejaron a la vista una escalera de hormigón que llevaba mucho más profundo de lo que cualquiera habría imaginado. Eran, cuando menos, treinta o cuarenta escalones.

—¿Profundo, no es así? —dijo Lucien—. Es un refugio muy bien construido.

Hunter fue el primero en descender. Los tres bajaron tan rápido como pudieron.

En el fondo los recibió otra pesada puerta metálica con una cerradura muy sólida.

—La séptima llave —anunció Lucien—. A la derecha de la que usaste en el candado.

Taylor dio un paso adelante y abrió la cerradura. Enseguida, empujó la puerta.

El aire dentro de la oscura habitación que tenían delante estaba cargado de polvo y se sentía aun más viciado, pero había otra cosa en él, algo que tanto Hunter como Taylor pudieron reconocer, puesto que se habían visto rodeados de eso demasiadas veces.

El olor de la muerte.

Noventa y cinco

A veces, ácido; a veces, pútrido; a veces, enfermizamente dulce; a veces, amargo; a veces, nauseabundo, pero, la mayoría de las veces, es una combinación de todo eso. Nadie podría decirte cuál es el verdadero olor de la muerte. La mayoría dirá que no tiene uno bien definido, pero cualquiera que lo haya sentido tantas veces como Hunter y Taylor lo reconocería en apenas una fracción de segundo, porque, en cuanto lo hueles, ahoga tu corazón y llena tu alma de tristeza como ninguna otra cosa.

Al sentir la muerte, Hunter y Taylor se llenaron de un miedo inquietante. En sus cabezas explotó un solo pensamiento:

Habían perdido mucho tiempo. Era demasiado tarde.

Hunter iluminó la habitación con la linterna. Movió el haz por todo el lugar, casi frenéticamente.

Estaba vacío.

Ahí no había nadie.

Lucien hizo una profunda y saludable aspiración, como un hambriento que disfrutara la fragancia de la comida recién preparada.

—Vaya, echaba de menos este aroma.

—¿Madeleine? —gritó Taylor hacia el fondo de la habitación, siguiendo con la cabeza el haz de la linterna—. ¿Madeleine?

—Sería muy estúpido de mi parte tener a Madeleine encerrada en la primera habitación que uno encuentra al entrar en el refugio, ¿no es así? —Una sonrisa críptica adornó los labios de Lucien.

—¿Dónde está? —preguntó Taylor.

—Hay un interruptor de luz en la pared, a la derecha de la puerta —les dijo Lucien.

Hunter fue a él.

En el centro del techo, una débil bombilla amarillenta parpadeó un par de veces, como si dudara de si debía encender o no. Finalmente funcionó en medio de un siseo electrónico muy molesto que resonó por toda la habitación.

Se encontraron en un espacio casi vacío, un cuadrado de siete metros por lado. Dos de las gruesas paredes de hormigón sólido estaban adornadas con unas cuantas estanterías hechas a mano, todas cargadas con libros cubiertos por una gruesa capa de polvo. En la pared de la izquierda, con respecto al lugar donde se encontraban, justo a la mitad, había una única puerta de acero. Tenía el aspecto del bronce veteado, como si quisiera atraer la atención. Contra la pared, directamente frente a ellos, había una consola de escritorio que debía tener, cuando menos, unos cincuenta o sesenta años, llena de botones, interruptores, palancas y medidores de diseños antiguos. Una pantalla de ordenador apagada colgaba de la pared, justo encima de la consola. Esta era, definitivamente, la sala de control del refugio.

El suelo era de simple hormigón pulido. Por el techo, en todas direcciones, se cruzaban, hasta desaparecer por las paredes, una plétora de tubos metálicos y de PVC de diversos diámetros. Un par de cajas de cartón medianas y algunas de madera estaban apiladas en una de las esquinas.

Eran suministros, aparentemente.

Los ojos de Hunter comenzaron a explorar la habitación. «¿Cuántas víctimas habrá torturado y asesinado Lucien después de haberlas encerrado en este agujero infernal?», pensó.

—Madeleine está detrás de esa puerta —dijo Lucien—. Os sugiero que os apresuréis.

—¿Cuál es la llave? —preguntó Taylor, que de nuevo sostenía el llavero a la vista de Lucien.

—La penúltima a tu derecha.

Taylor enfundó su pistola y avanzó decidida hacia la puerta que parecía de bronce. Lucien y Hunter la siguieron y la formación se invirtió: Hunter a la retaguardia, tres pasos detrás del prisionero.

Taylor introdujo la llave en la cerradura y la giró hacia la izquierda. Con dos fuertes chasquidos, la cerradura dio una vuelta completa, y después, dos más.

Mientras la detective giraba el picaporte y comenzaba a empujar la puerta para abrirla, el corazón empezó a retumbarle en el pecho.

Los instintos de policía, la hipersensibilidad, el entrenamiento y la experiencia, la habilidad psíquica… Lo que sea que uno tenga en este tipo de situaciones lo sintieron Hunter y Taylor al mismo tiempo: otra vida, otra presencia. Como si el desbloquear la puerta hubiera sido la señal para que sus intuiciones de policía entraran en acción.

Un nuevo e idéntico pensamiento pasó por la mente de ambos: quizás no era demasiado tarde. Aún quedaba esperanza.

Pero esa esperanza se desvaneció pronto, porque la nueva vida, la presencia que habían sentido, no estaba delante de ellos, sino detrás.

Noventa y seis

Clic.

Sintieron la nueva presencia, pero, antes de que Hunter o Taylor pudieran volverse, escucharon el sonido de una bala encajar en la recámara de una pistola semiautomática de nueve milímetros.

—Si alguno de vosotros, hijos de las mil putas, se mueve, le volaré los malditos sesos, ¿entendido? —La voz que provenía del extremo opuesto de la habitación era aguda, firme y joven—. Ahora levanten esas malditas manos por encima de la cabeza.

Hunter trataba de identificar la dirección específica de donde provenía. Estaba seguro de que el sonido de la bala al amartillar, junto con las primeras palabras, había llegado de la dirección general donde estaban las cajas apiladas. Ese había sido, probablemente, el escondite del perpetrador, pero, detrás de esas cajas apenas había espacio como para esconder a un enano. La siguiente frase, en cambio, había llegado de una dirección totalmente distinta, lo que quería decir que el tipo estaba en movimiento. Sin embargo, la resonancia de la habitación, sumada al incesante siseo de la bombilla, hacía que la tarea de ubicar al pistolero fuera casi imposible.

Hunter estaba bastante seguro de poder girar y disparar antes de que el tipo se diera cuenta de lo que estaba pasando, pero eso solo hubiera sido posible sabiendo el lugar preciso hacia donde apuntar. Adivinar no serviría de nada. Si fallaba, era hombre muerto. Decidió no tomar riesgos.

—¿Me habéis oído, cabrones de mierda, o qué? —dijo de nuevo la voz juvenil, pero, esta vez, con un tono mucho más molesto—. Las manos sobre la cabeza.

Hunter y Taylor finalmente levantaron las manos.

Lucien se volvió y sonrió triunfante a Hunter, que pasaba a su lado.

—¿Lo he hecho bien, o no? —preguntó la voz del joven—. He seguido las instrucciones tal como me has enseñado.

—Lo has hecho estupendamente. —Hunter y Taylor escucharon a Lucien tranquilizar a quienquiera que se hubiera unido a él en esa habitación—. Vale —dijo Lucien, dirigiéndose ahora a los detectives —. Ahora es cuando os pido que pongáis vuestras armas en el suelo y, sin volveros, las pateéis hacia atrás, hacia mí, uno a la vez. Robert, tú primero. Con cuidado. Y déjame decirte que este amigo mío tiene un gatillo muy inquieto. Y nunca falla.

Unos cuantos segundos de vacilación.

—¿A qué coño estás esperando, grandote? —dijo la voz joven—. Venga. Pon tu pistola en el suelo y patéala hacia atrás antes de que te haga un agujero en la nuca.

Hunter se maldecía a sí mismo, porque aquella vocecilla en su cabeza le había estado diciendo que las cosas no iban del todo bien desde que llegaron a la casa abandonada. Sin embargo, en la prisa por salvar a Madeleine Reed, había soslayado sus instintos y entrado en ese refugio antinuclear sin comprobar adecuadamente la sala de control.

—Hazlo, Robert —dijo Lucien—. De verdad que hará que tu cerebro salpique todas las paredes.

—Por supuesto que lo haré salpicar, me cago en tus muertos. ¿Crees que esto es un juego, grandote?

La voz se oía más cerca. Hunter estaba casi seguro de que tenía al tipo un poco a la derecha. Pero, en ese momento, sostenía la pistola por encima de la cabeza, mientras que el chico estaba detrás, apuntándole directamente al cráneo. La ventaja estaba ahora del otro lado. Hunter no tenía escapatoria.

—Vale —dijo.

—Con cuidado —ordenó Lucien—. Ponte de cuclillas, coloca la pistola en el suelo y vuelve a enderezarte antes de patearla hacia mí.

Hunter hizo lo que le dijo.

—Es tu turno, agente Taylor —dijo Lucien.

Taylor no se movió.

—Puta, ¿qué no oíste? —gritó la voz joven con furia desbordada.

Lucien levantó las manos hacia su cómplice en señal de que le diera un minuto.

—Conozco bien muchas de las normas de campo del protocolo del FBI, agente Taylor —dijo con una voz firme y sin tono amenazante—. También estoy al corriente de que algunas de esas reglas no tienen excepciones, supuestamente. En lo alto de esa lista está la norma que ordena al agente del FBI jamás entregar su arma a un sospechoso o a un agresor en una situación donde haya rehenes. —Taylor apretó los dientes de frustración—. No cometas un error, agente Taylor, esta no es una típica situación de secuestro. Esta es de vida o muerte… Para ti y para Robert, quiero decir. Si no arrojas tu arma hacia mí, te mueres. No es una amenaza, es una certeza. Tienes que decidirte y hacerlo rápidamente.

—A la mierda todas las putas explicaciones, Lucien —habló la voz joven—. Matemos a estos dos cabrones y acabemos con esto.

El nuevo timbre de voz revelaba a Hunter que el chico estaba justo en el límite. No se necesitaría mucho para que lo superara.

—Es tu turno, agente Taylor —dijo Lucien—. Te quedan cinco segundos… cuatro…

La mirada de Hunter estaba fija en el cuerpo tenso de Taylor.

—No cometas una tontería, Courtney —dijo por lo bajo.

—… tres… dos…

Hunter estaba listo para moverse.

—Vale —dijo Taylor—. Hunter exhaló.

Taylor colocó lentamente la pistola en el suelo antes de patearla hacia Lucien.

—Ahora, por favor, volveos —dijo Lucien.

Lo hicieron.

De pie, junto a Lucien, con una pistola semiautomática Hecker & Koch USP9, estaba un hombre enjuto y pequeño, con la

constitución de un jockey profesional, que no podía tener más de veinticinco años. Su sonrisa torcida parecía desviarse en la misma dirección en que se le encorvaba un hombro, lo que le daba un aspecto sesgado y, de algún modo, amenazante. Tenía la cabeza completamente rapada. Sus ojos azules brillaban con una intensidad inquietante. Por el lado izquierdo de su barbilla corría una gran cicatriz mal curada que le llegaba hasta el oído derecho, a través de la mejilla de ese lado. Incluso a la distancia, Hunter podía notar que esa herida se la habían hecho con un cuchillo mal afilado o un grueso pedazo de vidrio.

—¿Recordáis que os dije que, si quería, no me sería difícil encontrar un aprendiz? —dijo Lucien con una sonrisa ladeada—. Bueno, pues quise, y, tal como os dije, no fue nada difícil. Así que dejadme presentaros a Espectro. —Señaló a su derecha, al hombre de la cabeza afeitada—. Lo he llamado Espectro porque se mueve como un fantasma, tan ligero y silencioso que nunca lo oyes venir. Y, gracias a su tamaño y a su increíble flexibilidad, puede ocultarse en lugares que ni os imagináis. —Lucien dirigió la mirada hacia las cajas de cartón—. Sé que es difícil de creer, pero, de hecho, estaba dentro de una de esas.

Espectro tenía un diente astillado. Cada pocos segundos se pasaba nervioso la lengua por el filo roto. Eso lo hacía parecer muy intranquilo, como a punto de perder el control.

—Me gusta —dijo Espectro, mirando a Taylor como si estuviera desnuda—. Y los dedos de sus pies son muy bonitos. Me eeeencaaaaantaaaan. Matemos al grandote y quedémonos con ella. Podríamos divertirnos.

Taylor no apartó los ojos de los de Espectro: la cólera de su mirada en colisión con el deseo en la de él.

—Ahora debo pedirte las llaves de estas cadenas, agente Taylor —dijo Lucien alzando las manos—. Estoy un poco cansado de ellas.

Taylor dudó.

—Grandísima puta, ¿estás sorda? —escupió Espectro—. Las llaves. Ahora mismo.

Taylor no se movió.

Espectro avanzó un paso y levantó la pistola con determinación. El brillo en sus ojos parecía haberse intensificado.

—Esto no es un puto juego, zorra. Si te quieres morir, por mí, fetén.

—No —dijo Hunter. Dio un paso a su derecha y se interpuso entre Taylor y Espectro.

Había lidiado con suficientes psicópatas como para reconocer sus miradas sin emociones, la tensión y la furia con que se movían. Espectro tenía todo eso y un poco más. No podía ir más en serio. Mataría a Taylor de un tiro ahí mismo y se olvidaría del asunto un segundo después.

—Espera —dijo Hunter, antes de volverse hacia Taylor—. Dale las llaves, Courtney.

Taylor miró hacia atrás, a su compañero, por un momento. Él era consciente de que le estaba pidiendo romper otra de las reglas fundamentales del FBI, pero ella, en la mirada de Hunter, encontró la certeza de que, si no lo hacía, moriría en un par de segundos.

Finalmente, sacó las llaves de la funda sobaquera, las dejó caer al suelo y las pateó hacia Lucien.

Él las recogió y rápidamente abrió las cerraduras de las cadenas que lo ataban.

—Esto está mucho mejor —dijo, frotándose las muñecas antes de dirigirse a Espectro—. ¿Hiciste todo según nuestros planes?

Espectro asintió. Su atención seguía fija en Taylor.

Lucien recogió del suelo la pistola de la detective, una Springfield Professional modelo 0,45.

—No quiero que piensen que os he estado mintiendo todo este tiempo —dijo—, porque no es así. ¿Qué tal si abres esa puerta, agente Taylor —señaló la de bronce aparente—, y miras lo que hay más allá?

Taylor aguantó la mirada de Lucien por un rato antes de girar y empujar la puerta hasta abrirla. En el techo del pasillo que tenía delante, dos tubos fluorescentes muy débiles parpadearon y sisearon

como si estuvieran a punto de estallar. La luz pareció viajar a lo largo del pasillo en cámara lenta, y, cuando finalmente iluminó el fondo, el corazón de Taylor estuvo a punto de detenerse.

Noventa y siete

Hunter también giró para mirar lo que había del otro lado de la puerta.

El pasillo era largo y estrecho. Las paredes estaban hechas de hormigón sólido, al igual que las de la sala de control del refugio. Había varias puertas a ambos lados del pasillo y una directamente al fondo. Estaban pintadas del mismo color bronce veteado que la que Taylor acababa de abrir. Todas estaban cerradas, con excepción de la del fondo.

La luz que se propagaba de los tubos fluorescentes no era lo suficientemente intensa como para llegar bien hasta la última habitación, así que no podían ver más que una silueta nebulosa; aun así, Hunter y Taylor no tuvieron ninguna dificultad para identificar el cuerpo de una mujer desnuda. Estaba sentada en una silla, con la cabeza echada hacia delante de una forma muy poco natural. Al parecer, tenía las manos atadas a la espalda. No parecía moverse.

Taylor sintió en la boca del estómago un escalofrío nauseabundo.

—Espectro —dijo Lucien—, las luces. —Señaló con la cabeza la mesa de control.

Sin dejar de vigilar a Hunter y a Taylor, Espectro dio un par de pasos a la derecha y pulsó un interruptor en la anticuada consola de control.

Dentro de la habitación del fondo del pasillo, a otra débil bombilla le costó algunos segundos de parpadeos encenderse por fin. Bañó la habitación con un resplandor pálido y amarillento. En ese instante se tensaron todos y cada uno de los músculos de Hunter.

Madeleine Reed no estaba muerta. Por el contrario, estaba bastante viva, pero, comparada con la fotografía que habían visto pocas horas antes en el despacho del director Kennedy, no era ni la

sombra de la mujer que había sido. Su peso se había desplomado drásticamente. Su tersa piel parecía haber envejecido cuarenta años en unos cuantos meses y ahora se pegaba a los huesos como la de un paciente terminal con cáncer. Sus ojeras eran tan intensas que parecían hematomas quirúrgicos. Los ojos mismos daban la impresión de haberse hundido un poco en el cráneo, aunque no lo suficiente para darle el aspecto de un cadáver. Tenía los labios secos, con cortes, y el cuerpo muy débil, extremadamente frágil.

Al encenderse las luces dentro de la habitación, Madeleine parpadeó varias veces desesperadamente, en lo que sus tristes y confundidos ojos luchaban contra la luz después de quién sabe cuántas horas de oscuridad. Le llevó un rato enfocar, y, cuando finalmente lo consiguió, su agotado cerebro tuvo que librar una batalla para entender las imágenes que tenía delante. Levantó la cabeza con lentitud y su rostro pasó de la perplejidad a la esperanza, y luego a la súplica, para establecerse finalmente en la desesperación. Los labios se movieron, pero, si alguna palabra quiso salir de ellos, el sonido no fue lo suficientemente fuerte para alcanzar a nadie al otro lado del pasillo.

Con la habitación bajo su propia luz, Hunter y Taylor, por fin, pudieron contemplar toda la escena.

Madeleine estaba desnuda, efectivamente, con las manos firmemente amarradas entre sí tras el respaldo de la silla. Tenía los pies atados a las patas del mueble.

En cuanto sus ojos registraron la presencia de gente al otro lado del pasillo, empezó a temblar. Respiraba en jadeos cortos, como si en la habitación no hubiera suficiente oxígeno.

—Madeleine —dijo Hunter, después de leer en la chica las primeras señales de un pánico agudo. Sabía que había sido sometida a un condicionamiento. La habían torturado y aterrado por tanto tiempo que su respuesta psicológica inmediata, al ver a cualquiera en ese agujero infernal, llenaría su cuerpo de un miedo terrorífico. En ese momento, para ella, cualquier persona significaba una amenaza, porque todos los que había conocido ahí abajo la habían

torturado—. Escucha, cariño. —La voz de Hunter era tranquila y estaba llena de calidez, toda la que el detective pudo acopiar—. Me llamo Robert Hunter y estoy con el FBI. Hemos venido a ayudarte. Tranquilízate y te sacaremos de aquí, ¿vale?

Hunter se sentía inútil al pronunciar esas palabras. Quería acercarse a Madeleine, liberarle las manos y los pies, sacarla de ese refugio antiaéreo y asegurarle que estaba a salvo, que la pesadilla había terminado y que nadie más volvería a hacerle daño. Pero no podía. No tenía más remedio que lanzarle palabras vacías de un lado al otro del pasillo, con la esperanza de que eso fuera suficiente para evitar que Madeleine perdiera el control.

Los labios de la joven volvieron a moverse. De nuevo, el sonido de sus palabras no fue lo suficientemente fuerte para llegar a los oídos de nadie en la sala de control. Pero Hunter no tuvo ninguna dificultar para leerle los labios: «Por favor, ayúdenme».

Echó un rápido vistazo a Espectro. Estaba a un lado de la consola, sujetando el arma con firmeza y perforando con la mirada la nuca de Taylor. Lucien estaba parado a su izquierda, a un paso, pero su atención parecía estar en todas partes. Nada podía escapársele. Si Hunter intentara algo, moriría.

Lucien hizo una seña con la cabeza a Espectro, quien pulsó otro interruptor en la consola. La puerta de la habitación donde estaba Madeleine se cerró de golpe, transmitiendo aún más pavor, como bolas de nieve, a cada molécula de su cuerpo.

En un movimiento reflejo, Taylor se volvió hacia Lucien y Espectro.

—No, por favor, no.

La brusquedad del movimiento cogió a Espectro por sorpresa hasta el punto de casi hacerle perder el control. Sujetó el arma con más fuerza y apretó un poco el gatillo de la pistola.

—Será mejor que te quedes donde estás, zorra.

—Por favor —dijo Taylor, subiendo las manos en un gesto de rendición—. Que le cierren la puerta hará que se aterre aún más.

Lucien asintió despreocupado.

—Sí, lo sé.

Taylor irradiaba de ira.

—Hijo de puta.

—Déjala ir, Lucien —dijo Hunter—. Deja que Madeleine se marche. Ya no te hace falta. No necesitas matarla. No significa nada para ti. Yo me quedo, déjala ir. Deja que Courtney se lleve a Madeleine lejos de aquí. Yo me quedo.

—Maldito gilipollas —dijo Espectro. Su arma seguía apuntando a Taylor—. La realidad es esta, grandote: a ti ya te tenemos. Tú y la puta, dentro de la habitación, y la zorra bonita de los dedos de los pies bonitos, aquí. —Lanzó un beso a Taylor antes de frotarse los genitales—. Muy pronto serás mía, perra. Y te haré gritar. Puedes apostarlo.

Taylor perdió el control por completo.

—Vete a la mierda, pollita de lápiz.

—No —dijo, con tanta rabia que casi le brotaba por la boca en forma de baba—. Vete a la mierda tú, puta estúpida.

Apretó el gatillo.

Noventa y ocho

Academia del FBI en Quantico (Virginia).
Cuarenta y cinco minutos antes.

El FBI no tardó en ponerse en contacto con Joshua Foster, el controlador de tráfico aéreo del aeropuerto municipal de Berlin. La llamada fue transferida inmediatamente al director Kennedy, en la sala de operaciones.

—Señor Foster —dijo Kennedy tras activar el altavoz del teléfono —. Soy Adrian Kennedy, director del Centro Nacional del FBI para el Estudio de los Crímenes Violentos y la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI. Tengo entendido que usted estuvo en contacto con uno de nuestros agentes. Se trata de Robert Hunter. Usted le entregó las llaves de su Jeep.

—Mmm, sí, es correcto. —Comprensiblemente, había un dejo de nerviosismo en la voz de Joshua Foster.

—Vale, señor Foster. Por favor, escuche con mucho cuidado —dijo Kennedy—. Esto es muy importante. Por lo que me han dicho, su coche es nuevo.

—Sí, vaya, me lo entregaron hace un par de meses.

—Estupendo. Ahora, ¿su coche venía equipado con un transpondedor, un localizador GPS, en caso de robo?

—Sí, así es, de hecho. —La cara de Kennedy se iluminó—, pero no tengo conmigo el código del transpondedor —dijo Foster, anticipándose a la siguiente pregunta de Kennedy—. Está en casa.

—No hace falta —intervino el agente a cargo de la estación del radar—. Lo único que necesitamos es la matrícula. Yo puedo encontrar el código desde aquí.

—Ah, vale. —Foster les dictó la matrícula de su Jeep.

—Muchas gracias, señor Foster —dijo Kennedy—. Ha sido de gran ayuda.

—¿Puedo preguntar…? —Foster intentó continuar la conversación, pero Kennedy ya había colgado.

—¿Cuánto tiempo te llevará encontrar ese código de localización? —preguntó.

—No mucho —respondió el agente, que ya tecleaba algo es su ordenador.

Mientras Kennedy esperaba, el móvil volvió a sonar en su bolsillo. Era el agente especial Moyer, a quien habían puesto a cargo de la expedición enviada al lago Saltonstall, en New Haven. Su misión era buscar los restos de Karen Simpson junto con los de otras cuatro víctimas.

—Director —dijo el agente con voz firme, aunque un poco apagada, en señal de respeto—. Señor, la información es ciento por ciento legítima. Hasta ahora, hemos exhumado los restos de cinco cuerpos, exactamente. —Hubo una pausa incómoda—. ¿Quiere que sigamos excavando? El área es bastante amplia y, si este era el cementerio preferido del asesino, ¿quién sabe si habrá más cadáveres?

—No, no será necesario —respondió Kennedy—, no encontrarán otros. —No tenía la menor duda de que Lucien había dicho la verdad —. Los que ya encontraron, prepárelos para su transporte, nada más. Los necesitamos aquí, en Quantico, lo más pronto posible.

—Entendido, señor.

—Buen trabajo, agente Moyer —dijo Kennedy antes de colgar.

—Tengo el código del transpondedor —anunció el agente a cargo del radar mientras tecleaba más instrucciones en su ordenador.

Todos los ojos se pegaron a la pantalla.

—Rastreando…

Los segundos se sintieron como minutos. Finalmente, el mapa en la pantalla del agente se reubicó. Mostraba la ubicación de un brillante punto parpadeante.

—Tenemos la localización del Jeep —dijo el agente emocionado. Una corta pausa—. Y no parece que se esté moviendo.

—Sí, puedo verlo —dijo Kennedy, frunciendo el ceño hacia la pantalla—. Pero ¿dónde diablos están, exactamente?

—Justo en medio de la nada, por lo que parece —comentó el doctor Lambert.

Según el mapa, el Jeep estaba aparcado al final de un camino de tierra sin nombre, muy dentro de un espeso bosque, a varios kilómetros del aeropuerto municipal de Berlin.

—Necesitamos una imagen por satélite del área, en lugar del mapa —dijo Kennedy.

—Deme un segundo —respondió el agente, y de inmediato empezó a teclear otra vez.

A los dos segundos, el mapa de la pantalla fue sustituido con una imagen via satélite del área.

Por un momento, todos fruncieron el ceño ante la imagen.

—¿Qué es esto? —preguntó Kennedy, señalando lo que parecía ser una construcción no muy lejos de donde estaba aparcado el Jeep.

El agente hizo un acercamiento y ajustó la resolución.

—Parece una vieja casa abandonada o un edificio de algún tipo —contestó—. O, por lo menos, lo que queda de él.

—Esa es —dijo Kennedy—. Ahí están. Ahí es donde Lucien tiene escondida a su víctima. —Sacó el móvil y llamó al agente Brody, que estaba en el Pájaro Dos. Tenían que aterrizar y dirigirse a esa casa. ¡Ahora!

Noventa y nueve

Hunter lo había visto antes de que sucediera.

Había visto algo estallar dentro de los fríos ojos de Espectro, como si estuvieran inyectados de una sobredosis de cólera y maldad puras. En ese instante, supo que todos los límites del sujeto habían sido rebasados. Pero, si bien pudo preverlo, esta vez no fue capaz de moverse lo suficientemente rápido. No pudo interponerse entre Taylor y Espectro. El chico tardó una fracción de segundo en reaccionar y apretar el gatillo.

Cuando el martillo golpeó el percutor de la pistola de Espectro, fue como si se hubiera activado un interruptor de cámara lenta en la vida real de Hunter. Prácticamente vio la bala salir del cañón, viajar por el aire y pasar zumbando a la derecha de su cara, fallando por apenas unos milímetros. En un acto reflejo, giró hacia Taylor, pero no era necesario. A esa distancia, ni un novato habría fallado, y en los ojos de Espectro había visto que no se trataba de un principiante. Un milisegundo después del disparo, sintió el calor de la sangre y la materia gris salpicando en su nuca y en un costado de la cara. La cabeza de Taylor había explotado por el impacto de la bala de fragmentación.

Dentro de la sala, el aire se llenó del olor a cordita.

Hunter todavía pudo moverse lo suficientemente rápido para ver el cuerpo de Taylor salir disparado de espaldas, contra la puerta veteada, antes de caer al suelo. Detrás de ella, la pared se pintó instantáneamente de un rojo carmesí manchado de carne, sesos y cabello rubio. La bala le había dado casi exactamente entre los ojos. Dada la altura diminuta del pistolero y su posición con respecto a Taylor, la bala había viajado en una dirección ligeramente de abajo arriba y de izquierda a derecha. El daño era alucinante. La mayoría

de la parte superior derecha del cráneo había desaparecido, arrancada por el efecto devastador de la bala de defensa civil, un proyectil diseñado especialmente para formar un hongo (como si se volviera del revés) y desintegrarse en el impacto, lanzando trozos diminutos en todas direcciones.

Taylor no tuvo la menor oportunidad.

Hunter se volvió de inmediato a Espectro, cuya arma le apuntaba ahora al rostro.

—Haz cualquier movimiento, gorila. Venga, muévete, y tus sesos irán a dar a ese cadáver putrefacto.

Hunter sentía la furia endurecer cada fibra de su cuerpo. Tuvo que echar mano de toda su fuerza de voluntad para no arremeter contra Espectro. En lugar de eso, se quedó donde estaba, respirando con dificultad, con las manos temblorosas, aunque no de miedo.

—Sí, eso pensé —dijo Espectro—. No eres tan rudo, ¿verdad?

—¿¡Qué cojones fue eso!? —gritó Lucien. Parecía aun más sorprendido que Hunter. ¿Por qué coño la mataste, Espectro?

El chico seguía apuntando a Hunter.

—Porque la zorra me estaba desquiciando —respondió en una voz seria, aunque despreocupada—. Sabes que detesto que me hablen así.

Lucien retrocedió un poco y se pasó la mano por la frente.

—Esa puta malhablada se lo merecía. —Espectro se encogió de hombros, como si hubiera lanzado un dardo, simplemente—. ¿Y qué importa, de todos modos? Los dos iban a morir, ¿o no? Han visto nuestros rostros, Lucien. Tú y yo sabíamos que jamás saldrían vivos de aquí. Y toda esta cháchara de mierda me estaba cabreando, así que solo aceleré las cosas con ella. —Asintió hacia Hunter—. ¿Y sabes qué? A este estoy a punto de hacerle lo mismo.

La cara de Espectro ardía de deseos sádicos, y Hunter vio que los ojos del chico se inundaban una vez más con la misma determinación que hacía unos segundos.

No quedaba tiempo para reaccionar. Otro apretón al gatillo.

Al igual que antes, la bala encontró su objetivo con una precisión asombrosa.

Cien

En el cielo, sobre la ciudad de Milan (New Hampshire).
Cuarenta minutos antes.

Dentro de Pájaro Dos, el agente Brody y su equipo empezaban a perder las esperanzas.

Llevaban varios minutos volando en círculos por el perímetro exterior del aeropuerto municipal de Berlin. El piloto ya le había dicho a Brody que necesitaban un plan, y que lo necesitaban de inmediato. El avión tenía combustible para otros treinta o treinta y cinco minutos de vuelo, pero, si no iban a aterrizar en Berlin, tendrían que hacerlo en algún otro lugar y repostar antes de volver hacia Quantico. Eso significaba dar la vuelta y volar a otro aeropuerto.

El más cercano era el municipal de Gorham, a unos cinco o diez minutos al sur, dependiendo del viento. Como medida de precaución, el piloto siempre guardaba diez minutos de tiempo de vuelo por si había tráfico de aterrizaje o cualquier otra circunstancia imprevista. Eso los dejaba con otros diez minutos —quince, a lo sumo—, para seguir dando vueltas. Después, el piloto tendría que dar la vuelta al avión para dirigirse a Gorham.

Brody tenía el móvil delante, sobre la mesa. Contemplaba como hipnotizado la pantalla negra. Cuando consultó su reloj, ya habían pasado otros siete minutos. Tres más y la operación habría terminado.

Justo cuando cogió el teléfono, este sonó.

Ciento uno

No era la primera ocasión en que Hunter se enfrentaba directamente al cañón de una pistola. Tampoco era la primera vez que se encontraba en una situación de vida o muerte, pero Espectro estaba demasiado lejos como para llegar a él a tiempo, aunque demasiado cerca como para que el detective pudiera esquivar una de sus balas.

Esta vez, no había escapatoria.

En esa fracción de segundo, antes de que Espectro apretara el gatillo, Hunter solo pudo pensar en cuánto sentía no haber sido capaz de proteger a Taylor, de no haber podido cumplir aquella promesa que le había hecho a Jessica hacía todos esos años, mientras sostenía en los brazos su cuerpo mutilado.

A pesar de lo que se avecinaba, Hunter no cerró los ojos. Ni siquiera parpadeó. No le daría esa satisfacción a Espectro. Su mirada permaneció en el rostro de su enemigo. Y, por esa razón, pudo ver cómo le explotaba la cabeza.

Fue un disparo perfecto. Dio en la sien izquierda de Espectro. Inmediatamente, la punta hueca del proyectil se llenó de fluidos y tejidos. La bala adquirió la forma de un hongo mientras viajaba a través de la pared del cráneo y el cerebro de Espectro, destrozando salvajemente todo a su paso.

El efecto hongo de una bala hueca reduce considerablemente la velocidad del proyectil y, en la mayoría de los casos, no hay orificio de salida. La bala suele quedarse alojada en el blanco. Pero, una vez más, a tan corta distancia, la potencia de un calibre 0,45 era más que suficiente para impulsar el proyectil más allá de la cabeza afeitada de Espectro.

Cuando eso ocurre, la herida de salida de una bala de defensa civil calibre 0,45 con forma de hongo es impresionante. En el caso

de Espectro, era del tamaño de un pomelo. La mitad del costado derecho de su cara, desde la oreja hasta la parte superior de la cabeza, había eclosionado como un gran huevo del que surgiera un extraterrestre. El hueso, la sangre, los sesos y la piel salpicaron la pared y la consola, a la derecha, cubriéndolo todo con una sustancia viscosa y pegajosa.

El estampido terriblemente fuerte del disparo hizo que Hunter se estremeciera, pero el detective seguía con los ojos abiertos. Vio cómo la ira, la determinación y la maldad se disipaban en los ojos de Espectro antes de que la fuerza del impacto lo levantara en vilo. El chico fue a estrellarse contra la consola de control y cayó al suelo como un saco de harina vacío. De inmediato se formó un charco de sangre en torno a su cabeza.

La pistola también golpeó la consola, pero se deslizó hasta el otro lado de la sala y terminó en algún lugar, entre las cajas de cartón.

El corazón de Hunter corría como un coche de *drag racing*. La adrenalina fluía por todas sus venas y lo hacía temblar. Finalmente, su mirada se dirigió a Lucien. Aún podía ver la fina columna de humo del disparo, pero, otra vez, antes de que pudiera reaccionar, Lucien ya lo tenía en la mira de la pistola de Taylor.

—Quédate donde estás, Robert. De verdad, no quisiera, pero, si fuera necesario, te metería una bala directamente en el corazón. Y sabes que lo digo en serio. —Hunter se lo quedó mirando, incapaz de ocultar la sorpresa por lo que Lucien acababa de hacer—. De todos modos, nunca me cayó bien —explicó Lucien con su habitual naturalidad—. No era más que un chico sádico y estúpido sin nada que hacer en la vida. Cuando era menor, lo traumatizaron y, a causa de eso, le encantaba torturar y asesinar gente. Solo por diversión. —Viniendo de Lucien, a Hunter le pareció que el comentario rebosaba riqueza.

»Y, simplemente, ya había excedido su vida útil —continuó Lucien, sin un atisbo de remordimiento ni compasión en el tono—. Igual que todos los anteriores. Todos terminan así, en algún

momento. Simplemente me consigo un ayudantito nuevo. —Hunter no dejaba de mirar la pistola de Lucien.

»Y créeme, si te apetece, pero no tenía ninguna intención de matar a la agente Taylor, a menos que fuera absolutamente necesario. Pero, desafortunadamente, tocó un tema muy delicado, tratándose de Espectro. ¿Sabes?, el chico provenía de una familia muy disfuncional. Sus padres abusaban de él física y psicológicamente en formas que, incluso para mí, son difíciles de imaginar. Lo forzaban a andar desnudo por la casa, todo el tiempo, y se burlaban de él sin parar, especialmente sobre su virilidad. Lo llamaban con apodos despectivos. ¿Quieres adivinar uno de esos motes?».

Hunter aspiró.

—Pollalápiz.

Lucien movió la cabeza de arriba abajo.

—Ese era uno. Mala suerte que se lo soltara la agente Taylor.

Para una persona profundamente traumatizada y perturbada, una sola palabra, un sonido, un color, una imagen u olor…, una multitud de cosas simples pueden reabrir fácilmente una herida terriblemente dolorosa. Por lo común, la reacción de la persona es difícil de predecir, pero, tratándose de un tipo iracundo, la reacción casi siempre viene acompañada de violencia. En el caso de un psicópata como Espectro, esa repuesta violenta suele ser fatal.

—Cuando Espectro tenía diecisiete años —añadió Lucien—, se hartó, finalmente. Ató a su padre a la cama, lo castró y lo dejó desangrarse hasta morir. Después, con un bate de béisbol, golpeó la cabeza de su madre hasta convertirla en una pasta. Estaba demasiado dañado. Yo sabía que, de cualquier modo, tendría que deshacerme de él.

A pesar del caos sangriento en la sala de control, Hunter se obligó a pensar con la mayor claridad posible. Su principal preocupación volvió a él. Giró la cabeza hacia el pasillo que tenía detrás. Sus ojos vislumbraron el cuerpo de Taylor en el suelo y el corazón se le hundió otra vez. Se volvió a Lucien.

—Deja que Madeleine se vaya, Lucien —dijo una vez más—. Por favor. Si quieres otra víctima, aquí me tienes. Ella ya no significa nada para ti.

—Es cierto, y esa es, exactamente, la razón por la que debo matarla, Robert —dijo Lucien—. Porque no significa nada para mí. Ahora bien, tú fuiste mi mejor amigo. Tenemos una historia compartida. ¿Por qué habría de matarte a ti en lugar de a ella?

—Porque ya me arrebataste media vida cuando me quitaste a Jessica —replicó Hunter—. Y sé que no te gusta dejar las cosas a medias.

Aunque Hunter se esmeraba en ocultarlas, Lucien reconoció verdaderas emociones en su voz.

—Así que esta es tu oportunidad, Lucien —continuó Hunter—. Déjala ir y termina lo que empezaste conmigo, porque, si no, seré yo quien te mate.

A pesar de la seriedad de sus palabras, Hunter hablaba como si estuviera dentro de una biblioteca: con voz tranquila y firme.

—Vale —dijo Lucien, y se acercó a la consola cubierta de sangre, aunque sin dejar de apuntar al corazón de Hunter—. Veamos si eres un hombre de palabra, Robert. —Accionó un interruptor y la puerta al final del pasillo volvió a abrirse.

Hunter giró para dirigirse al pasillo.

Madeleine alzó la mirada de inmediato. Parecía aun más petrificada que antes.

Hunter sabía que la chica había oído ambos disparos. Sin duda, las detonaciones la habrían puesto a imaginarse que allá fuera estaba ocurriendo lo peor y que ahora era su turno.

Parecía estar casi hiperventilando. En ese momento, nada en el mundo detendría sus temblores.

Lucien agitó el arma y apuntó hacia el pasillo.

—Reunámonos con ella, ¿vale? Te tengo una última sorpresa.

Ciento dos

Hunter tuvo que pasar por encima del cadáver de Taylor para llegar al pasillo.

Lucien lo siguió, aunque a una distancia razonable. Hunter no podía atacarlo. No habría podido hacerlo sin que Lucien le disparara, por lo menos, dos veces.

Cuando empezó a recorrer el pasillo, los ojos de Madeleine se encontraron con los suyos. En ellos, el detective no vio otra cosa que el terror más genuino.

—Por favor, ayúdeme.

Esta vez, por fin pudo oírla. La débil y temblorosa voz se ahogaba en el pánico.

—Madeleine, por favor, solo tranquilízate —dijo Hunter con la voz más convincente—. Todo saldrá bien.

La mirada de la chica viajó más allá de Hunter y se encontró con Lucien, y fue como si el monstruo de sus peores pesadillas infantiles se hubiera materializado enfrente de ella. Su miedo creció como un huracán. Empezó a gritar y a sacudir su frágil cuerpo en la silla.

—Madeleine —dijo Hunter otra vez—. Mírame. —Ella no lo hizo—. Mírame, Madeleine —repitió, esta vez con más firmeza. Los ojos de la mujer volvieron a Hunter—. Eso es, muy bien. No dejes de mirarme y trata de tranquilizarte. Te sacaré de aquí. —Se despreciaba a sí mismo por mentir, pero, en la situación en que se encontraba, no podía hacer mucho más.

Ella aún parecía terriblemente asustada, pero algo en el tono de Hunter pareció funcionar. Madeleine lo miró directamente y dejó de gritar.

—Entra, gira a la izquierda, da cinco pasos y arrodíllate, Robert —dijo Lucien al llegar a la puerta.

Hunter obedeció.

La habitación estaba completamente vacía, excepto por la silla de Madeleine y un pequeño módulo de dos cajones en la esquina contraria a donde Hunter estaba arrodillado. Había un ligero olor a orina y vómito que se oponía al más fuerte del desinfectante, justo al lado de la puerta. Una limpieza muy descuidada tras una enfermedad violenta.

Lucien entró en la habitación, giró a la derecha y se acercó al módulo. Abrió el cajón superior y buscó algo.

Los ojos de Madeleine se desviaron vacilantes hacia él.

—Mírame a mí, Madeleine —volvió a decirle Hunter—. No te preocupes por él. Mantén tus ojos en mí. Bien, así.

Ella volvía a mirar a Hunter.

—Qué bueno eres con los rehenes, Robert —dijo Lucien, y se situó a la izquierda de la silla de Madeleine. Finalmente, Hunter pudo ver lo que Lucien había sacado del cajón: un cuchillo de acero inoxidable de unos trece centímetros de largo—. ¿Sabes?, detesto las pistolas. —Con un rápido movimiento de la mano, soltó el botón del cargador de la Springfield Professional 0,45 de Taylor. El cargador fue a dar al suelo y Lucien lo pateó hacia atrás, hasta el otro lado de la habitación, con respecto a donde estaba Hunter. En otro movimiento muy rápido de las dos manos, tiró de la corredera, lo que hizo saltar la bala que estaba en la recámara.

Hunter lo miraba atentamente. Por fin empezaba a ver alguna oportunidad.

Lucien apartó el arma y, con el dedo, presionó el tapón del muelle recuperador. En un instante, ya había desarmado la pistola y arrojado todas las partes al suelo.

Hunter exhaló. Sus músculos ya estaban en tensión, mientras se preguntaba si sería lo suficientemente rápido para llegar hasta Lucien.

—Ni se te ocurra, Robert —dijo Lucien, que avanzó un paso y se situó ligeramente detrás de la silla de Madeleine. El cuchillo, que ahora tenía en la mano izquierda, fue a dar al cuello de la mujer. Él

la cogió del pelo con la mano derecha y le dio un tirón hacia atrás. Podía notar que Hunter moría por lanzarse contra él—. Mueve un solo músculo y le abro el cuello.

Madeleine sintió en la piel la hoja fría del cuchillo y su corazón estuvo a punto de detenerse. Estaba tan petrificada que ni siquiera fue capaz de gritar.

Hunter se quedó quieto.

—Sé que me desprecias, viejo amigo —dijo Lucien, sonriendo apenas, casi como pidiendo perdón—, y no te culpo. Sin conocer el genuino propósito que hay detrás de todo lo que he hecho, cualquiera me despreciaría. Para todos, soy tan solo un psicópata asesino y sádico que ha estado torturando y matando gente por veinticinco años, ¿no es así? Pero, para ti, soy mucho más que eso. Soy la persona a quien has estado persiguiendo durante veinte años. La persona que mutiló salvajemente a la única mujer que has amado; la mujer con quien te ibas a casar; la mujer que te daría una familia. —Hunter sintió que la ira y la furia que llevaba dentro volvían a cobrar fuerza.

»Pero soy mucho más que eso —dijo Lucien—. Ya lo entenderás. Os estoy dejando un regalo, a ti y al FBI. —Movió la cabeza hacia el pasillo—. No tendrás ninguna dificultad para encontrarlo. Pero eso será después, porque, en este momento, voy a darte la oportunidad de cumplir la promesa que te hiciste a ti mismo y a Jessica hace tantos años, Robert.

»Y no tendrás otra oportunidad, porque, si no me matas ahora mismo, no volverás a verme. No en esta vida. —El corazón de Hunter cambió de marcha.

»El problema es —continuó Lucien— el dilema moral que está a punto de estallar dentro de tu cabeza y de sumergir tu consciencia en una tormentosa batalla mental, viejo amigo. —La mirada de Lucien se dirigió a Madeleine por un momento antes de volver a Hunter—. Permíteme que, con una simple pregunta, te aclare lo que te quiero decir. —Hizo una pausa y sus ojos prácticamente perforaron los de Hunter—. La pregunta es: si vienes contra mí en

este momento, ¿cómo lograrás contener la hemorragia y llevarla a un hospital antes de que se desangre?

En un movimiento superrápido, Lucien llevó el cuchillo del cuello al cuerpo de Madeleine. La apuñaló en la parte superior izquierda del abdomen, justo debajo de la caja torácica. La hoja penetró hasta el mango.

Con la conmoción, los ojos de Hunter se abrieron de par en par.

—No —gritó, mientras saltaba hacia delante, pero Lucien estaba preparado. Antes de que Hunter pudiera ponerse de pie, Lucien, con la suela de la bota, le dio una patada en medio del pecho. El potente impacto hizo que un sinuoso Hunter cayera de espaldas. Lucien sacó el cuchillo del cuerpo de Madeleine, dejando abierta una herida que empezaría a sangrar profusamente.

—Cumple la promesa que le hiciste a Jessica o salva a Madeleine, Robert —dijo Lucien mientras se dirigía a la puerta—. No podrás hacer ambas cosas. Elige ahora, viejo amigo. —Desapareció por el pasillo.

Ciento tres

A Hunter le costó un par de segundos poder respirar de nuevo. Cuando lo logró, sus pulmones y su pecho ardían como si hubiera inhalado carbón ardiente. En un acto reflejo, se llevó la mano al pecho, y los ojos, a la puerta. Sus calcetines se revolvían por el suelo, en busca de alguna forma de agarre, mientras él luchaba por ponerse en pie.

Cuando finalmente lo consiguió, su instinto primario se puso en marcha y lo llevó hacia la puerta. No podía dejar que el enemigo escapara. Sabía que Lucien hablaba en serio: si Hunter no lo mataba ahora mismo, nunca tendría otra oportunidad. Seguramente, Lucien había planeado su escape hasta el último detalle. El FBI había tardado veinticinco años en atraparlo por primera vez. ¿Cómo saber si lo lograrían de nuevo?

Hunter había dado solo tres pasos en dirección al pasillo cuando sus ojos captaron a Madeleine. La sangre salía a borbotones por la herida abierta. Su cabeza había caído de nuevo hacia delante. Tenía los párpados casi cerrados. La vida se le escapaba rápidamente.

El detective tenía buenos conocimientos de anatomía. La herida estaba en la parte superior izquierda del abdomen de Madeleine, justo por debajo de la caja torácica. El cuchillo que Lucien había usado tenía unos trece centímetros de largo y había entrado por completo. A juzgar por la cantidad de sangre que brotaba, había perforado un órgano vascular.

Izquierda y arriba, pensó Hunter. La hoja había perforado el bazo.

También notó que Lucien había girado la hoja mientras sacaba el cuchillo, provocando una mayor ruptura del órgano y de todo el canal de la herida. Si no contenía la hemorragia de inmediato, a

Madeleine le quedarían de tres a cinco minutos, antes de morir por desangramiento. Y, aunque lograra contener la hemorragia, contra el derrame interno no había nada que hacer. Tenía que llevarla rápidamente a un hospital y ponerla en un quirófano.

Hunter parpadeó. Sus prioridades estaban en conflicto, tal como Lucien había predicho.

Lucien se estaba escapando.

No volverás a verme nunca más. No en esta vida.

Hunter parpadeó otra vez. Ahora, la lucha mental de la que Lucien había hablado se libraba en toda su cabeza.

Cumple la promesa que le hiciste a Jessica o salva a Madeleine, no puedes hacer ambas cosas. Decídete, viejo amigo.

Un nuevo parpadeo y corrió hacia Madeleine.

De inmediato se arrodilló a su lado, se arrancó la camisa, la hizo un ovillo y, con la mano izquierda, la colocó sobre la herida, aplicando la presión justa. De inmediato, la camisa se empapó de sangre.

—Mírame, Madeleine —dijo, mientras estiraba el brazo derecho, tratando de alcanzar el cuchillo que Lucien había dejado caer—. Mírame —repitió.

Ella no lo hizo.

Estíííírateeee un poco máááás… Lo tengo.

—Madeleine, mírame.

Ella lo intentó, pero sus párpados empezaron a agitarse.

—No, no, no, quédate conmigo, cariño. No cierres los ojos. Sé que estás cansada, pero necesito que te quedes conmigo, ¿vale? Voy a sacarte de aquí.

Hunter echó un rápido vistazo detrás de la silla. Las manos de la mujer estaban atadas entre sí con una brida de plástico, al igual que los pies, a las patas de la silla. Sin dejar de aplicar, con la mano izquierda, suficiente presión en la herida, se inclinó hacia la derecha y cortó las bridas de atrás.

Las manos de Madeleine cayeron sueltas a los costados, como las de una muñeca de trapo.

Con gran rapidez, Hunter cortó los cables de los pies.

—Madeleine. —Soltó el cuchillo y se acercó a su cara. Tomándola de la barbilla, sacudió suavemente su cabeza de lado a lado—. No te vayas, cariño. Quédate conmigo. —Los ojos somnolientos de Madeleine se encontraron con su rostro.

»Así, no dejes de mirarme a los ojos. —Le cogió la mano izquierda y se la puso en la camisa, sobre la herida—. Necesito que te aferres a esto y lo presiones contra tu cuerpo lo más fuerte que puedas, ¿has entendido, cariño? —Le cogió ahora la derecha y se la puso sobre la otra, obligándola a presionar la herida con ambas manos.

Madeleine no respondió.

—Agarra bien esto y aprieta tan fuerte como puedas, ¿vale?

Ella lo intentó, pero estaba demasiado débil como para presionar lo suficiente y contener la hemorragia. Hunter tenía que hacerlo él mismo, pero también debía sacarla de ese refugio antiaéreo, subirla al Jeep que estaba allá fuera (aún tenía las llaves en el bolsillo) y llevarla a un hospital. Le quedaba un segundo o algo así para convertirse en un pulpo; si no, la tarea que tenía por delante sería sumamente difícil.

Puso su mano izquierda sobre las de Madeleine para ayudarla a presionar la herida.

Piensa, Robert, piensa, se decía a sí mismo, y pasaba la mirada por toda la habitación. Ahí no había absolutamente nada que pudiera usar.

Pensó en correr de regreso a la sala de control del refugio y buscar por ahí una cinta o una cuerda de algún tipo, algo para atar alrededor del cuerpo de la mujer y mantener la camisa en su sitio, pero eso le llevaría demasiado tiempo, y el tiempo era, justamente, lo que no tenía.

Piensa, Robert, piensa. Seguía mirando por toda la habitación.

Fue entonces cuando los procesos de su pensamiento fueron de la a a la z en una fracción de segundo: Espectro.

Espectro era pequeño y de cintura muy estrecha, pero Madeleine había perdido tanto peso que, con toda seguridad, incluso el cinturón de ese sujeto podría rodearle el torso.

—Maddy, sujeta esta camisa lo más fuerte que puedas. Regreso en seguida. —Madeleine lo vio con ojos adormilados—. Aguanta, cariño —repitió él—. Regreso de inmediato.

Hunter le soltó las manos. De inmediato, por la herida empezó a brotar más sangre. Madeleine simplemente no tenía bastante fuerza para seguir aplicando la presión necesaria. El detective debía moverse con mucha rapidez.

Se puso en pie y se lanzó corriendo por el pasillo como un velocista olímpico. Llegó a la sala de control y al cuerpo de Espectro en tres segundos.

El tipo usaba un cinturón barato hecho de cuero negro, de perfil cuadrado convencional y hebilla de púa. Hunter lo desabrochó y se lo sacó de la cintura con mucha firmeza, de un solo tirón. En un abrir y cerrar de ojos, ya corría de vuelta por el pasillo. Para cuando llegó otra vez con Madeleine, había perdido solo nueve segundos.

Las manos de Madeleine prácticamente habían soltado la camisa.

—Aquí estoy, Maddy, aquí estoy —dijo. Cogió la camisa con la mano izquierda y volvió a aplicar suficiente presión hasta contener parcialmente la hemorragia.

Con la mano derecha, Hunter separó la espalda de Madeleine del respaldo de la silla. Usó el cinturón de Espectro para envolverla a la altura del busto, por encima de la camisa empapada de sangre.

—Esto lo vas a sentir un poco apretado, ¿vale? —dijo, y la fajó de un fuerte tirón.

Madeleine tosió varias veces. No había sangre en su boca. Buena señal.

Un ajuste perfecto: el cinturón se cerró en el primer agujero.

—Vale, cariño. Voy a cargarte y nos largaremos de este infierno, ¿vale? Voy a llevarte al hospital. No te me vayas. Sé que estás cansada, pero no te duermas, ¿de acuerdo? Mantén los ojos abiertos. ¿Lista? Aquí vamos.

La levantó de la silla con ambos brazos y se puso de pie. El torniquete del cinturón no se movió de su lugar. Madeleine volvió a toser. No había sangre.

Hunter la sacó de la habitación y se la llevó corriendo por el pasillo tan rápido como pudo.

Ciento cuatro

Fuera, la oscuridad era casi total, pero, viniendo de lo que fácilmente podría considerarse el sótano de Satanás, respirar el aire fresco de la noche era como un toque de Dios.

—Madeleine, sigue conmigo. No cierres los ojos —dijo Hunter tras detenerse en lo alto de la larga escalera. En realidad, no alcanzaba a notar si la mujer tenía los ojos abiertos, pero sabía que debía seguir hablándole. No podía permitir que se durmiera.

Aún llevaba la Meglite en el bolsillo, así que se acomodó en los escalones, puso la pierna izquierda dos peldaños por arriba de la derecha y buscó torpemente la linterna con la mano izquierda. La agarró. La encendió.

Madeleine seguía luchando con sus párpados.

—Vas muy bien, cariño. Quédate despierta.

El sentido de orientación de Hunter seguía siendo tan agudo como cuando llegó. Recordaba que se habían acercado a la entrada del sótano por la izquierda, así que giró y comenzó a moverse rápidamente en esa dirección.

Los escombros, las piedras y los palos se le clavaban en las plantas de los pies, pero apretó los dientes y bloqueó el dolor lo mejor que pudo.

—Muy bien, Madeleine. Llegaremos al coche en un minuto, ¿vale? —Ella no contestó. Su cabeza había caído sobre el hombro de Hunter—. No, no, no… Anda, nada de dormirse. Dime cómo te llamas, cariño. ¿Cuál es tu nombre completo?

—¿Eh?

—Tu nombre. Dime tu nombre y tu apellido, bonita. —Hunter intentaba poner a prueba el nivel de consciencia de la chica.

—Maddy —contestó ella.

Los suspiros se debilitaban. A pesar del torniquete, la sangre cubría ahora los brazos del detective y la mitad inferior de su tronco. Ya empezaba a empaparle la parte superior de los pantalones. Y, como Hunter corría, la sangre también salpicaba su pecho y su cara.

—Fetén. Eso está estupendo. ¿Maddy es una abreviación de algo?

—¿Eh?

—Maddy es una abreviación de otro nombre, ¿no es así?

—Madeleine.

—Vaya, qué nombre más bonito. ¿Y cómo te apellidas? —No hubo respuesta—. Maddy, despierta. No te me vayas, bonita. ¿Cómo te apellidas? Dime tu apellido.

Nada. Hunter la estaba perdiendo.

Apartó los ojos del camino para mirar su rostro. En ese momento, sintió que algo le cortaba el pie izquierdo. El dolor ascendió por su pierna como un cohete y lo hizo tropezar torpemente, perder el equilibrio y casi caer al suelo. La sacudida y el traspié hicieron que Madeleine se despertara. Sus ojos aletearon como mariposas hasta abrirse y, entonces, lo miró.

A pesar del dolor, Hunter sonrió.

—Ya casi llegamos. Mantén los ojos abiertos, ¿vale?

La carrera de Hunter se había convertido en una cojera desesperada. Su pie izquierdo gritaba de dolor cada vez que tocaba el suelo.

Por fin, llegaron al frente de la casa.

—FBI, deténgase donde está o lo derribaremos.

El grito provenía de la izquierda de Hunter. Giró la cabeza en esa dirección, pero una luz lo encandiló de inmediato. No pudo ver quién daba la orden.

Se detuvo bruscamente.

Un segundo después, otras cuatro luces surgieron de la oscuridad. A la izquierda, una, y a la derecha, otras dos. La cuarta apareció directamente delante de él. Juntas, todas las luces daban al detective suficiente luz para ver a qué se enfrentaba. Estaba

rodeado de agentes del FBI. Todos apuntaban sus armas contra él. Sin duda, este era el equipo de refuerzo de Kennedy.

—Deje a la mujer en el suelo y retroceda tres pasos, poco a poco —gritó la misma persona que le había dado órdenes un momento antes.

—Estoy con el FBI —respondió Hunter a gritos, con un toque de enfado que eclipsaba cualquier alivio en su voz—. Me llamo Robert Hunter. He tenido que dejar mis credenciales en la pista de aterrizaje del aeropuerto municipal de Berlin. Pueden cotejarlo con el director Adrian Kennedy, si quieren, pero háganlo en su tiempo libre, porque esta mujer necesita asistencia médica inmediata.

El agente Brody, que era quien había dado las órdenes, se acercó un paso y miró a Hunter con los ojos entornados. A su memoria le llevó un par de segundos comparar el rostro ensangrentado de Hunter con la fotografía que el director Kennedy le había enviado por correo electrónico.

—Atrás, es de los nuestros —ordenó Brody a su equipo mientras se acercaba a Hunter con urgencia—. Eran dos, supuestamente —le dijo al llegar—. ¿Y la agente Taylor?

Hunter hizo un sutil movimiento de cabeza que reveló a Brody todo lo que necesitaba saber.

Otros dos agentes se les unieron. La pareja restante se mantuvo a la distancia. Con las linternas, seguían revisando el perímetro, armas en ristre.

—¿Y el prisionero? —preguntó Brody mientras empezaban a caminar otra vez hacia donde estaba aparcado el Jeep.

—Ha huido —contestó Hunter—. ¿Dónde está vuestro coche?

—Detrás del Jeep que requisasteis del controlador de tráfico aéreo.

—¿Cuándo llegasteis? —preguntó Hunter.

—Hace un minuto. Avanzábamos hacia la casa cuando saliste.

—¿Y no os cruzasteis con Lucien?

Llegaron a los coches. El equipo de Brody tenía un todoterreno de la General Motors Company.

—No.

Uno de los agentes abrió la puerta trasera. El otro ayudó a Hunter a acostar a Madeleine en el asiento. Con mucha delicadeza, el detective le apartó el pelo de la frente.

—Madeleine, mantente despierta, ¿vale? Ya casi hemos llegado. —La mujer parpadeó con cansancio.

Hunter miró al agente que llevaba en las manos las llaves del coche.

—Hay que llevarla al hospital de inmediato.

El agente ya estaba metiéndose de un salto en el asiento del conductor.

—Yo la llevaré.

Hunter se volvió al segundo agente.

—Ve con ella en el asiento trasero. No dejes que se duerma. Informa al equipo médico que fue apuñalada en la parte superior izquierda del abdomen y que el cuchillo llegó a una profundidad de unos trece centímetros. La hoja alcanzó el bazo. Al extraer el arma, el atacante la retorció en sentido contrario a las agujas del reloj.

El agente asintió y saltó dentro del coche.

Los labios de Madeleine se movieron.

—¿Qué pasa, cariño? —le preguntó Hunter. Se agachó. Puso la oreja derecha a un par de centímetros de los labios de la chica.

—Por favor, no te vayas. —Su voz era apenas audible. Estaba entrando en estado de *shock*.

—No me iré, te lo prometo. Estas personas te llevarán a un hospital para que recibas tratamiento, ¿vale? Yo iré detrás. No voy a abandonarte. Primero, voy a ir a buscar al hijo de puta que te hizo esto.

Hunter cerró la puerta y miró al conductor.

—Marchaos, ya.

Ciento cinco

Mientras el coche se alejaba, Hunter fue a hablar con el agente Brody.

—¿Viniste por este camino y no te cruzaste con Lucien? —le preguntó otra vez.

—No —confirmó Brody. La mirada de Hunter recorrió la bosque que los rodeaba—. Hay otra manera de llegar a la casa —dijo. Hunter se lo quedó mirando—. Lo notarías si miraras una imagen por satélite o un mapa —explicó—. Este va por el camino largo. Te lleva a la parte trasera de la casa.

Hunter, al ver a Espectro, ya se sospechaba que había otra ruta para llegar a la casa, porque el tipo tendría que haber conducido. No había manera de llegar caminando.

—Vayamos —dijo Hunter.

Se movieron rápidamente en dirección a la casa. Los otros dos agentes, al verlos, se les unieron de inmediato. Pasaron las escaleras que conducían al sótano de Satanás y siguieron a la parte trasera de la finca.

El patio de atrás estaba tan derruido como el propio edificio. Lucien había dicho la verdad. Vieron un pequeño estanque, o bien, algo que fue un estanque alguna vez. Ahora no quedaba más que un feo depósito de barro. Se encontraron con un amplio camino de hormigón, roto en su mayoría, lleno de baches. Aparcado del lado derecho del sendero de tierra que se alejaba de la casa, había un Ford Bronco de quince años. Los cuatro desenfundaron sus pistolas y se acercaron al coche lenta y cuidadosamente. Estaba vacío. Sin duda, era el coche de Espectro.

Ahora tocó a Brody el turno de estudiar el bosque que rodeaba la casa.

—¿Crees que se habrá ido a pie? —preguntó—, ¿caminando a través del bosque?

Hunter fue al camino de tierra, se arrodilló y, con la linterna, inspeccionó el suelo.

—No —respondió unos segundos después—. Tiene un ciclomotor. —Señaló las huellas de neumático que acababa de encontrar.

—¿Qué ventaja tendrá sobre nosotros? —preguntó Brody.

—Cinco a seis minutos, como máximo.

Brody sacó el móvil.

—Entonces, no estará muy lejos. Llamaré al director Kennedy. Él podrá hacer que se monten controles por todo este perímetro.

Hunter cerró los ojos y, de nuevo, se maldijo a sí mismo por no haberlo visto venir. No dijo nada al agente Brody, pero sabía que las controles no funcionarían. No en este lugar olvidado de Dios, no con un tiempo tan escaso como el que tenían.

Un control perimetral hermético requiere mucha mano de obra y un montón de vehículos, algo que —Hunter estaba seguro— los pueblos de Berlin y Milan, en New Hampshire, no tenían. Se habría sorprendido de que los dos departamentos de policía juntos pudieran reunir ocho hombres y cuatro coches. Kennedy tendría que solicitar la ayuda de las comisarías de otras ciudades. La oficina de campo del FBI más cercana estaba a todo un estado de distancia. Para cuando Kennedy lograra reunir, por fin, a toda la gente que necesitaba para cerrar las carreteras y senderos, con tal de poner contenciones por toda el área, Lucien, sin duda, ya estaría fuera de las fronteras del estado.

Hunter sabía que nada de esto era coincidencia. Todo había sido planeado. Lucien no dejaba absolutamente nada al azar.

Ciento seis

Cuatro horas después.

El refugio antiaéreo estaba repleto de trabajadores del FBI. Los cuerpos de Courtney Taylor y Espectro habían sido puestos en bolsas para cadáveres y llevados al aeropuerto, desde donde volarían a Quantico para que los examinara el jefe de los servicios forenses.

Los agentes del equipo de Brody habían llegado al hospital del Valle de Androscoggin, en Berlin, en un tiempo récord. Madeleine Reed seguía en el quirófano, pero los médicos habían dicho a ambos agentes que, dada las precarias condiciones de su cuerpo, tan desnutrido y parcialmente deshidratado, sus probabilidades de sobrevivir no eran las mejores. Sin embargo, mientras hubiera alguna posibilidad, tendrían esperanzas.

Hunter y el director Adrian Kennedy estaban en la sala de control del refugio. El detective había puesto al director al corriente de todo lo sucedido desde que perdieron la comunicación por satélite en el aeropuerto.

Kennedy lo había escuchado con una expresión sombría y sin interrumpirlo. Cuando Hunter le explicó que la agente Taylor había sido asesinada a quemarropa y las razones por las que la habían ejecutado, Kennedy apretó los ojos y dejó caer la barbilla hasta el pecho. Hunter lo vio realmente temblar de rabia.

—¿Cómo pudo suceder esto, Robert? —preguntó el director cuando Hunter hubo terminado—. ¿Cómo es posible que este sujeto, el tal Espectro, estuviera aquí esperándoos? No estuvo aquí todo este tiempo, ¿o sí?

—Probablemente no —contestó Hunter.

—Entonces, ¿cómo es posible que os estuviera esperando? ¿Cómo pudo saber exactamente cuándo vendríais?

—No lo sabía.

Kennedy puso cara de fastidio.

—¿A qué te refieres, Robert?

Hunter lo había estado pensando por un rato.

—El FBI tiene ciertos procedimientos secretos que solo se ponen en marcha cuando se dice una palabra clave o se teclea cierto código o algo así, ¿no?

Kennedy asintió e hizo una breve pausa.

—¿Me estás diciendo que Lucien tenía un procedimiento latente? ¿Una estrategia previamente planificada por si lo capturaban?

Hunter afirmó con un gesto de la cabeza.

—Sin duda. Por alguna razón, Lucien se las ha arreglado para torturar y matar a toda esa gente, durante tantos años, sin que nadie sospeche ni una maldita cosa, Adrian, ni siquiera la gente cercana a él. Y esa razón es que está extraordinariamente bien preparado. Es metódico, meticuloso, disciplinado y muy bien organizado. Lo que aconteció aquí estaba planeado desde hace mucho tiempo.

Mientras reflexionaba sobre las palabras de Hunter, Kennedy dejó que sus ojos recorrieran de nuevo toda la habitación. Se detuvieron en el charco de sangre junto a la puerta del pasillo: la sangre de la agente Taylor. La tristeza y la cólera chocaron dentro de esos ojos.

—Estoy seguro de que Lucien dijo la verdad acerca de que le había dejado a Madeleine suficiente comida y agua para unos cuantos días —continuó Hunter—. Pero una simple contraseña o señal habría puesto todo este plan en marcha. Si Lucien no aparecía aquí en cierto momento, Espectro tendría que hacer el viaje desde donde quiera que estuviera para mantenerla con vida. Es obvio que llegó con tiempo de sobra, porque se las arregló para alimentarla y rehidratarla lo suficiente. Sabía que, unos cuantos días después de activada la señal secreta, Lucien obligaría a venir aquí a quienquiera que lo estuviera custodiando.

Kennedy permaneció en silencio, triturando con la mente esa información.

—Espectro no era su primer «aprendiz» —añadió Hunter—. Eso me dijo Lucien. —Kennedy lo miró intrigado.

»Lucien dijo que Espectro había rebasado su vida útil, como los anteriores, y que a todos les había pasado lo mismo en un momento dado, así que, simplemente, cada vez ha buscado un nuevo ayudante. —Una pausa pensativa de Kennedy.

»Estoy seguro de que la única razón por la que Lucien buscaba aprendices era para que un plan como este funcionara si llegaba a necesitarlo. Probablemente los localizaba, les enseñaba los procedimientos, los conservaba por un tiempo y luego se deshacía de ellos para encontrar uno nuevo. Y el proceso volvía a empezar».

—Porque, a la larga, se convertían en una carga —dijo Kennedy —, en un riesgo innecesario.

Hunter asintió.

Kennedy no parecía muy convencido.

—Pero, para poner en marcha el procedimiento, Lucien tenía que haber enviado la contraseña o la señal a este sujeto, a Espectro. ¿Cómo lo hizo? ¿Lo llamó por teléfono? —Movió la cabeza de un lado al otro—. Lucien no tuvo acceso al teléfono. No se le permitió hacer llamadas telefónicas. Todo el tiempo estuvo incomunicado.

—Desde que estuvo en manos del FBI, querrás decir —replicó Hunter—. Pero lo arrestó el sheriff de Wheatland, en Wyoming. ¿Habrá llamado entonces?

Otra pausa. Entonces, Kennedy cerró los ojos por un segundo, como si le dolieran.

—Hijo de puta —susurró. Acababa de recordar que en el informe decía que al detenido se le había permitido hacer una sola llamada telefónica. Nadie le cogió el teléfono. La clave era un número telefónico: una línea muerta que, supuestamente, no debería sonar nunca, a menos que… Esa era la señal.

»¿Cómo se metió aquí el tal Espectro? —preguntó Kennedy—. Dijiste que la puerta de este hoyo infernal tenía los candados por

fuera».

—Por el pasillo, la última habitación de la derecha —respondió Hunter—. Dentro hay una puerta que lleva a otro pasaje y, de ahí, a la parte trasera de la casa. Espectro entró por ahí. La primera habitación a la izquierda —dijo Hunter, señalando el pasillo— es una sala de observación con dos monitores de ordenador. Allá fuera, Lucien había ocultado ocho cámaras de circuito cerrado equipadas con sensores de movimiento. En cuanto algo se movía dentro del radio de alcance de las cámaras, una luz roja se activaba en todo el refugio. —Hunter señaló una bombilla roja en la pared detrás de Kennedy—. Una de las cámaras está colocada en un árbol, donde termina el sendero que conduce al frente de la casa.

—Donde aparcasteis el Jeep —dijo Kennedy.

—Así es. Eso le habría dado a Espectro tiempo más que suficiente para sacar a Madeleine de su celda, la última habitación a la izquierda, atarla a la silla y venir a esconderse dentro de esa caja.

Kennedy se giró y miró las cajas de cartón apiladas en un rincón oscuro.

—¿Se escondió ahí?

Hunter asintió.

—Era de complexión muy pequeña, y, por lo que nos dijo Lucien, tenía la flexibilidad de un contorsionista. —Una pausa incómoda—. Todo esto estaba ensayado, Adrian. Caímos en una trampa. Lamento muchísimo no haberlo visto venir.

—Una trampa muy bien preparada —dijo Kennedy—. Lucien os puso a ti y a la agente Taylor bajo una presión de tiempo increíble en vuestro intento por salvar la vida de una rehén. A ti te puso bajo un peor apremio mental al revelar, minutos antes de obligarte a venir aquí, que fue él quien asesinó a tu prometida. La puerta estaba asegurada por fuera y todos creíamos que Lucien trabajaba solo. No había ninguna razón por la que tú o la agente Taylor sospecharais que había alguien esperándoos.

—De todos modos, debí haber comprobado la habitación como era debido —dijo Hunter—. Estoy terriblemente apenado por lo que

le sucedió a Courtney.

Nadie dijo nada por alrededor de un minuto.

—No va a dejar de asesinar —dijo Kennedy por fin—. Ambos lo sabemos. Cuando lo vuelva a hacer, seguiremos su rastro hasta cazarlo.

—No, no lo haremos —dijo Hunter.

Kennedy lo fulminó con la mirada.

—Ha estado matando durante veinticinco años sin que nadie se entere, Adrian. No tiene vínculos. Lucien no sigue ninguna pauta. No tiene *modus operandi*. Experimenta. Mata indiscriminadamente: viejos, jóvenes, hombres, mujeres, rubias, morenas, estadounidenses, extranjeras. Nada le importa, con excepción de la experiencia. Podría matar a alguien más hoy mismo, si es que no lo ha hecho. Podríamos encontrar el cuerpo y analizar la escena del crimen y, de todos modos, no seríamos capaces de decir con certeza si el asesino ha sido Lucien.

—¿Así que crees que lo que te ha dicho es verdad? —preguntó Kennedy—, ¿que nunca más volverás a verlo?

Hunter asintió.

—A menos que seamos más astutos que él.

—¿Y cómo se supone que lo haremos?

—Quizás encontremos algo en esos libros.

La mirada de Kennedy se dirigió a las estanterías, donde estaban los libros cubiertos de polvo.

—Esos son los cuadernos que has estado buscando —le explicó Hunter—. Lucien me dijo que nos estaba dejando un regalo. Bueno, pues este es. Son, en total, cincuenta y tres libros. Todos tienen entre doscientas cincuenta y trescientas páginas.

Kennedy se acercó a una de las estanterías. Al azar, sacó un cuaderno y lo abrió. Las páginas estaban escritas a mano. No había fechas ni se hacía referencia al tiempo de ninguna forma. Algunos grupos de páginas estaban separados por una sola hoja en blanco, como para aislar los capítulos sin necesidad de recurrir a números ni títulos.

—No sé exactamente qué encontraremos en ellos hasta que los revisemos a fondo —dijo Hunter—, pero se me ha ocurrido una idea.

—Te escucho.

He hojeado un par de ellos antes de que llegaras. A juzgar por lo que he leído, estos libros no solo contienen las emociones de Lucien, su estado de ánimo, cómo se ha sentido durante la preparación de un asesinato y sus secuelas, los diferentes modos de actuar y tal, sino también cada cosa que ha hecho, todas las personas a quienes ha conocido y cada lugar donde ha estado desde que empezó con su enciclopedia asesina, incluyendo escondites como este; lugares de los que nadie sabe nada.

Kennedy lo cogió al vuelo.

—Y, ahora mismo, Lucien necesita un lugar a donde ir. Un escondite. Probablemente, la casa de Murphy y este refugio antiaéreo no son los únicos escondites, zulos o casas de tortura que tiene bajo la manga.

—Exactamente.

Kennedy lo pensó por un instante.

—El problema es que, si tienes razón, Lucien ya podría estar a medio camino, y estoy seguro de que no usará el mismo escondite por mucho tiempo. Se organizará con rapidez y, probablemente, terminará por desaparecer.

Hunter no dijo nada.

Kennedy miró de nuevo las estanterías. Cincuenta y tres libros, trescientas páginas en cada uno. Hunter podía percibir las dudas en sus ojos.

—¿Cómo de rápido podrías organizar un equipo de los lectores más rápidos que puedan encontrarse, Adrian? —preguntó—. Gente que pueda hojear las páginas rápidamente, buscando algo específico. En este caso, una ubicación.

Kennedy consultó su reloj. —Si me pongo a ello de inmediato, para cuando llegue a Quantico con estos cuadernos, tendré un equipo esperándome.

—Así que, si somos lo bastante rápidos, tendremos nuestra lista mañana por la mañana —dijo Hunter.

—Entonces atacaremos todos los lugares al mismo tiempo —aceptó Kennedy.

—Sé que es una posibilidad remota —dijo Hunter—, pero, con Lucien, necesitamos aprovechar cualquier oportunidad, porque no nos dará muchas. —Fue a la estantería y sacó ocho cuadernos al azar.

—¿Qué haces? —preguntó Kennedy—. No encontrarás un lector más rápido que yo. —Kennedy sabía que eso era cierto—. Revisaré estos. Haz que tu gente revise los demás. Tendrás mi lista en unas cuantas horas. —Hunter se dirigió a la salida.

—¿A dónde vas?

—Al hospital. Le prometí a Madeleine que estaría ahí.

Kennedy sabía que los motivos de Hunter para revisar esos cuadernos no se limitaban a escribir una lista de lugares. De haber podido, se los habría llevado todos.

—Robert —lo llamó Kennedy.

Hunter se detuvo.

—Encontrar los pasajes de Jessica en esos cuadernos no atenuará la pena. Y lo sabes. Al contrario, alimentará la rabia y el dolor.

Hunter estudió a Kennedy por un breve momento.

—Como te he dicho, Adrian, tendrás mi lista en unas cuantas horas. —Se dirigió a las escaleras para alejarse de ese sótano infernal.

Ciento siete

Cuando Hunter llegó al hospital, los médicos acababan de operar a Madeleine Reed. Le dijeron que había perdido mucha sangre. De haber llegado uno o dos minutos más tarde, nada habrían podido hacer por ella. Pero quienquiera que hubiera contenido la sangre con el torniquete de cinturón había hecho un trabajo suficientemente bueno. De otra suerte, habría muerto desangrada cinco minutos antes de que los agentes llegaran a la unidad de emergencias.

También le contaron que la operación había salido tan bien como se podía esperar. Habían conseguido detener el derrame y suturar el bazo antes de que fallara, pero las fuerzas de Madeleine ya estaban en el mínimo antes de la intervención. Ahora, lo único que cabía esperar era que, de algún modo, el débil cuerpo de la mujer encontrara fuerzas para despertar y respirar por sí mismo; que su voluntad de vivir fuera lo suficientemente fuerte. Las próximas horas serían absolutamente críticas. Por el momento, las máquinas la mantenían viva.

Hunter se sentó en un sillón, pegado a una esquina, a poca distancia de la cama de Madeleine. Ella estaba acostada y quieta bajo una colcha delgada. De su boca, nariz y brazos salían tubos de diferentes tamaños que la conectaban con dos máquinas, una a cada lado de la cama. Con todo y la colcha, Hunter podía ver que tenía el abdomen muy vendado. El monitor cardíaco, a la derecha de la cama, emitía un pitido constante y dibujaba una línea hipnótica en su oscura pantalla. Mientras esa línea subiera y bajara, habría esperanzas.

Antes de sentarse, contempló el rostro de Madeleine por un largo rato. Parecía estar en paz y, por primera vez en Dios sabe cuánto tiempo, no estaba asustada.

Sus padres habían sido notificados media hora antes. Estaban de camino, desde Misuri.

—Sé que eres fuerte, Maddy —le susurró Hunter—, y sé que podrás salir adelante. Esta vez, Lucien no ganará. No dejes que gane. Sé que saldrás de aquí caminando.

Hunter llevaba toda la noche revisando los cuadernos de Lucien. Eran las 4:18 y ya había hojeado seis de los ocho libros que traía consigo. Hasta el momento, en su lista tenía tres diferentes ubicaciones que Lucien había usado como cámaras de tortura. Cada una en un estado diferente.

No se había topado con ninguna mención de Jessica ni de lo que había sucedido aquella fatídica noche de hacía veinte años, en Los Ángeles. A decir verdad, no sabía si eso lo aliviaba o lo enfurecía. No estaba seguro de qué podría sentir al encontrar las páginas que describían los acontecimientos de aquella noche.

Pasó las páginas durante otros veinte minutos, hasta que algo lo hizo detenerse. No era nada que tuviera a la vista, sino algo que sus ojos habían captado un par de páginas atrás. Procesarlo le había exigido a su cansado cerebro un par de segundos más de lo necesario. Rápidamente regresó a esa página y volvió a leer el pasaje.

¿Ya había oído eso?

Por unos cuantos minutos, Hunter se devanó los sesos tratando de encontrarlo.

Y entonces, finalmente llegó.

Ciento ocho

Salió rápidamente de la habitación de Madeleine y encontró un baño al fondo de un largo y desolado pasillo. Una vez dentro del baño, sacó su móvil y marcó el teléfono de Kennedy. Sabía que estaría despierto.

Kennedy contestó al segundo timbrazo.

—¿Ya leíste los ocho cuadernos?

—Ya casi —contestó Hunter—. Me queda uno. ¿Cómo va tu equipo?

Cada uno ha leído cuatro —le explicó Kennedy—, pero tengo a nueve en ello. Cinco cuadernos cada uno. A este ritmo, deberíamos tener la lista al amanecer.

—Eso será estupendo —dijo Hunter—, pero tendrás que pedirles que vuelvan a empezar todo, otra vez. Necesitan buscar algo más que las ubicaciones, hacer una nueva lista.

Casi pudo oír a Kennedy fruncir el ceño.

—¿Qué? ¿De qué hablas, Robert? ¿Qué más? ¿Qué otra lista?

Hunter se lo dijo rápidamente.

—¿Por qué?

Le explicó las razones y, ahora, prácticamente podía oír los pensamientos de Kennedy.

Una larga pausa.

—Que me parta un rayo —dijo Kennedy en un exabrupto—. ¿Crees que…?

—Es otra posibilidad —respondió Hunter—. Y estuvimos de acuerdo en explorarlas todas.

—Absolutamente. —Otra pausa pensativa—. Si tienes razón, Robert, podríamos tener algún resultado. El problema es que ese resultado podría llegar mañana, la semana que viene, dentro de un

mes o en cualquier momento de los próximos veinte o treinta años. No podemos saberlo.

—Con tal de ponerle las manos encima a Lucien, estoy dispuesto a esperar.

—Vale —accedió Kennedy—. Pero el equipo está a punto de terminar con la lista de las ubicaciones y sabes que no podemos perder el tiempo con eso. Saquemos primero esta lista y les diré que vuelvan a empezar.

—De acuerdo. Mi parte la tendrás durante la próxima hora. —Hunter colgó y volvió al cuarto de Madeleine.

Terminó de hojear el último cuaderno en treinta y un minutos. No había más lugares. Su lista contenía tres. Se las envió a Kennedy en un mensaje de texto, regresó al primer cuaderno y empezó otra vez.

Cuando Kennedy lo llamó a las 11:22 de la mañana, los ojos de Hunter estaban rojos como fresas debido al cansancio y a la fatiga por la lectura.

—Pensé que querrías saber esto —dijo—. Tenemos quince localizaciones en total a lo largo de quince estados. El FBI y los SWAT se están preparando mientras charlamos. Deberían estar listos para coordinar una ofensiva pesada en una hora u hora y media.

—Suena bien —dijo Hunter.

—¿Cómo vas con esa segunda lista?

—Casi he terminado. Dame otra media hora. ¿Cómo va tu equipo?

—Exhaustos y sobrecargados de trabajo. Están viviendo de café negro y fuerte. La gente de aquí ya los llama El Escuadrón de los Ojos Rojos.

—Sí, me identifico plenamente.

—Ellos también deberían terminar en la próxima hora. ¿Cómo está Madeleine?

—Sigue sin responder.

—Me apena mucho escuchar eso.

—Saldrá de esta —dijo Hunter—. Es una mujer fuerte.

Kennedy tuvo que admirar la confianza que había en la voz de Hunter.

—Cuando tengas la lista, ya sabes lo que tienes que hacer, ¿verdad, Adrian?

—Sí, por supuesto.

Colgaron.

De vuelta en la habitación de Madeleine, Hunter tardó otros veinticuatro minutos en completar su nueva lista. Esta vez, tenía cuatro datos. Se los envió a Kennedy y recibió una respuesta a los cinco segundos:

> Empezaremos con el procedimiento en cuanto tenga la lista completa. En las ubicaciones, las redadas comenzarán en T-53 minutos. Te mantendré informado.

Ciento nueve

Hunter recibió el siguiente mensaje de texto de Kennedy a los cincuenta y tres minutos, exactamente.

> Redadas de las ubicaciones en marcha. Te mantendré informado. Segunda lista completa. Todos los procedimientos empezados.

A Hunter no le quedaba otra cosa que hacer que sentarse a esperar. Por un instante, se dio un masaje en la nuca. El agotamiento había desgastado lentamente su cerebro, articulaciones y músculos. En cada movimiento, podía sentir los tendones estirándose por todo el cuerpo, como si estuvieran a punto de romperse. Cerró los ojos por un instante. Lo siguiente que sintió fueron las vibraciones del móvil en el bolsillo del pecho.

Se había quedado dormido durante ochenta y cuatro minutos. Segundos, para él. Rápidamente salió de la habitación y cogió la llamada de Kennedy.

—No hemos logrado nada, Robert —dijo Kennedy—. Lucien no estaba en ninguna de las ubicaciones. —Se oía derrotado, como con todas las esperanzas perdidas—. Y no parece haber estado en ninguna de ellas por semanas. A juzgar por las fotografías que he recibido de los equipos, algunos de esos lugares han sido paraísos de la tortura, mataderos. No creerás la parafernalia de tortura que se han encontrado en ellos.

Hunter estaba seguro de que sí lo creería.

—Nuestros equipos forenses tardarán semanas, meses, tal vez, en revisar todo lo que hay en esos quince lugares, y, aun así, es probable que no nos den ninguna pista sobre el paradero de Lucien. Yo diría que esos cuadernos son nuestra mejor opción si queremos encontrar alguna cosa…, si es que hay algo que encontrar. Pero

tendrán que ser leídos y examinados hasta el último detalle, y eso también nos llevará mucho tiempo. —Sin darse cuenta, Kennedy soltó un suspiro de abatimiento. No tenía ninguna duda de que, para cuando hubieran terminado de analizar todo lo que Lucien había dejado atrás, el asesino ya estaría muy lejos, se habría esfumado para siempre. Tal como Lucien había dicho, no lo volverían a ver nunca más.

Ciento diez

Hunter se detuvo repentinamente al entrar de nuevo en la habitación de Madeleine. Se le erizaron todos los pelos de la nuca. La mujer seguía tumbada e inmóvil, pero con los ojos abiertos; o semiabiertos, pues sus párpados seguían luchando contra su propio peso.

Hunter corrió al lado de su cama.

—¿Madeleine? —Ella parpadeó confundida. Hunter le tocó la mano con delicadeza—. Madeleine, ¿te acuerdas de mí? —Ella parpadeó una vez más, y luego sus ojos finalmente encontraron la cara de Hunter. No dijo nada, pero sus labios se extendieron en una leve, aunque muy sincera sonrisa. Él se la devolvió—. Sabía que ganarías —susurró—. Iré a buscar un médico. Vengo enseguida.

En la mano, ella le dio el más leve de los apretones.

Hunter salió de la habitación y, en menos de un minuto, ya estaba de regreso con un interno bajito y regordete que caminaba como si cargar su propio cuerpo fuera una diaria penitencia. Mientras el médico se acercaba a la cama de Madeleine, Hunter sintió que el móvil vibraba otra vez en su pecho. Se excusó y salió de la habitación rápidamente.

—Robert —dijo Kennedy en cuanto Hunter le cogió la llamada—. La segunda lista, esta idea que se te ocurrió.

—Sí, ¿qué pasa?

—No lo vas a creer.

Ciento once

Siete horas después.
Aeropuerto John F. Kennedy (Nueva York).

—¿Le gustaría beber algo mientras esperamos que embarquen el resto de los pasajeros, señor Tailor-Cotton? —preguntó la joven azafata con una brillante sonrisa. Llevaba el cabello rubio recogido y peinado en un moño impecable. El maquillaje cuidadosamente aplicado acentuaba a la perfección sus rasgos faciales—. ¿Champán, quizás, o un cóctel? —le ofreció.

El champán y los cócteles eran algunas de las muchas ventajas de volar en primera clase.

Los ojos del pasajero se apartaron de la ventanilla y se encontraron con el bello rostro. En la blusa de la azafata, la placa decía «Kate». Él le devolvió la sonrisa.

—El champán me vendrá perfectamente. —La voz del hombre era apacible, con un suave acento canadiense. En sus ojos verdes había una mirada intensa, pero llena de conocimiento.

La azafata no dejó de sonreír. El señor Tailor-Cotton le parecía misteriosamente encantador, y eso le gustaba.

—Excelente elección —dijo como respuesta. Vuelvo enseguida con su copa.

—Disculpe, Kate. —La llamó cuando ella empezaba a alejarse—. ¿Cuánto falta para el despegue?

—Esta noche tenemos un vuelo completo —contestó—, y apenas hemos empezado a embarcar las otras clases. Si nadie se retrasa, estaremos rodando hacia la pista en no más de veinte o treinta minutos.

—Vaya, estupendo. Muchas gracias.

—Pero, si hay algo que pueda hacer para que esta corta espera sea más cómoda para usted, dígamelo. —En su sonrisa había ahora un destello de coqueteo.

El señor Tailor-Cotton asintió, también con una sonrisa galante.

—Lo tomaré en cuenta.

Su mirada la siguió a lo largo del pasillo. Cuando la azafata desapareció tras la cortina divisoria, la atención del hombre volvió a la ventanilla. Nunca había estado en Brasil, pero había oído grandes cosas de ese país y, de verdad, tenía mucha ilusión de pasar un tiempo ahí. Sería un cambio fantástico.

—He oído decir que las playas de Brasil son simplemente espectaculares —dijo, inclinándose un poco hacia delante, el pasajero que estaba sentado directamente detrás del señor Tailor-Cotton—. Nunca he estado ahí, pero he oído que son como el paraíso en la tierra.

Por una fracción de segundo, el corazón del señor Tailor-Cotton estuvo a punto de paralizarse. El hombre sonrió entonces a su propio reflejo, que le devolvía la mirada desde la ventanilla del avión. Habría reconocido esa voz en cualquier parte.

El pasajero que estaba detrás se levantó, avanzó y se sentó despreocupadamente en el reposabrazos del asiento individual, al otro lado del pasillo.

—Hola, Robert —dijo el señor Tailor-Cotton, girando la cabeza hacia Hunter.

—Hola, Lucien —repitió el detective con calma.

—Te ves terriblemente mal —comentó Lucien.

—Lo sé —admitió Hunter—. Tú, en cambio, has hecho un trabajo asombroso con tu aspecto. Otro color de pelo, lentes de contacto, te has quitado la barba. Hasta la cicatriz ha desaparecido. Y todo en unas cuantas horas.

Lucien pareció aceptar eso como un cumplido.

—Se pueden lograr maravillas con el maquillaje y unas sencillas prótesis, si sabes lo que estás haciendo.

—Y dominas ese acento canadiense a la perfección —admitió Hunter—. ¿Es de Nueva Escocia, no?

Lucien sonrió.

—Sigues teniendo un oído estupendo, Robert. Sí, así es. Halifax. Pero tengo una colección de acentos que he aprendido a dominar. ¿Quieres escuchar algunos?

Esa última frase la dijo con un perfecto acento del Medio Oeste. De Minnesota, para ser exactos.

—No solo ahora —respondió Hunter.

Lucien se miró las uñas despreocupadamente.

—¿Cómo está Madeleine?

—Viva. Se recuperará del todo.

Lucien volvió a mirar a Hunter.

—Quieres decir físicamente, ¿no? Porque, mentalmente, es probable que haya quedado jodida para siempre.

La mirada de Hunter se volvió aún más dura. Sabía que Lucien tenía razón, otra vez. El trauma que Madeleine había experimentado se quedaría con ella por el resto de su vida. Las verdaderas consecuencias no se conocerían por muchos años. Tampoco los efectos psicológicos duraderos.

Hubo una pausa, un largo silencio.

—¿Cómo me encontraste? —preguntó finalmente Lucien.

—Tus cuadernos —explicó Hunter—. El proyecto de tu vida. Tu «regalo», según has dicho. O, mejor dicho, tu enciclopedia. —Lucien lo miró con curiosidad—. Sí —dijo Hunter—, todavía recuerdo ese día en Stanford, cuando me hablaste de la idea.

Lucien sonrió.

—Creíste que era una idea descabellada.

—Y sigo creyéndolo.

—Pues, bien, esa idea loca se hizo realidad, Robert. Y la información que está en esos cuadernos cambiará para siempre la forma en que el FBI, el Centro Nacional para el Estudio de los Crímenes Violentos, la Unidad de Análisis del Comportamiento y todas las demás agencias policíacas de este país, y del mundo, tal

vez, observarán a los criminales violentos y sádicos reincidentes. Os hará entender cosas que, hasta el momento, nadie había entendido y que, de otra suerte, el mundo jamás comprendería: pensamientos íntimos que nunca habían sido explicados. Cosas que mejorarán exponencialmente vuestras posibilidades de capturar a este tipo de delincuentes. Ese es mi regalo para vosotros y este jodido mundo. Mi trabajo y esos cuadernos serán estudiados y usados como referencia por las próximas generaciones. —Se encogió de hombros —. Así que ¿qué importa si me he cargado algunas vidas en nombre de la investigación? El conocimiento tiene su precio, Robert. Algunas veces cuesta mucho.

Hunter no se sintió sorprendido por el autobombo de Lucien. Lo pasó por alto y se puso a explicarle por qué los cuadernos lo habían llevado hasta él.

—Fuiste muy amable al escribir en esos libros absolutamente todo lo relacionado con tus experimentos: lugares, métodos, nombres de víctimas y mucho más. Pasé la noche leyendo algo de eso.

—¿Leíste cincuenta y tres cuadernos en una noche?

—No, pero me las arreglé para hojear ocho. Y ahí tuve la suerte que tú no has tenido. —La expresión de Lucien era de interés—. Mientras revisaba uno, me topé con el nombre de una de tus víctimas. Yo sabía que lo había oído en algún lugar: Liam Shaw. —Los ojos de Lucien se congelaron—. Me costó algo de tiempo, pero finalmente lo recordé. Bajo ese nombre te detuvieron por primera vez, en Wyoming. —Lucien no dijo nada.

»Fuiste muy bondadoso al describir a todas tus víctimas —continuó Hunter—, y fue ahí cuando me di cuenta de que Liam Shaw compartía contigo varias características físicas: estatura, complexión, tipo de piel y algunos rasgos de la cara, incluyendo la forma de los ojos, nariz y boca. También teníais más o menos la misma edad. —Lucien seguía sin hablar.

»Ahí fue cuando recordé, además, algo que habías dicho en una de nuestras entrevistas. Le dijiste a Courtney que no había que darle

mérito al FBI por haberte pillado. No estaban investigando ninguno de tus asesinatos ni ninguno de los alias que utilizaste. —Lucien se acomodó en su asiento.

»Pues bien, eso me dio qué pensar, así que volví atrás y revisé todas las víctimas masculinas que describías en tus libros. No eran muchas, pero todas compartían contigo las mismas características físicas. —Lucien se rascó la barbilla y Hunter se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

»Y por eso los elegiste. No para que formaran parte de tu enciclopedia de la tortura y la muerte, sino porque estabas creando una lista de las identidades que podrías robarte a la primera de cambio. —La mirada de Lucien volvió a la ventanilla y a la oscuridad exterior.

»Algunas de tus víctimas masculinas eran prostitutos —prosiguió Hunter—; otras eran personas que no habían tenido suerte, pero todas compartían un rasgo importante: eran almas solitarias. Eran personas incomprendidas y, posiblemente, desechadas por sus familias y amigos. Gente que había dejado todo atrás para comenzar una nueva vida en otra ciudad. Personas que no tenían vínculos; aquellas a quienes nunca denuncian como desaparecidas. Olvidados. Aquellos a quienes nunca nadie echa de menos».

—Siempre han sido las mejores víctimas —dijo Lucien, aún sin que su voz reflejara preocupaciones.

—Y, debido a su natural parecido físico contigo, nunca se te dificultó ocupar su lugar: un poco de maquillaje, tinte en el pelo, quizás unos lentes de contacto, un nuevo acento y… adiós, Lucien Folter, bienvenida la nueva identidad. En este caso, Anthony Tailor-Cotton, de la ciudad canadiense de Halifax.

Finalmente, Lucien reaccionó.

—Así que tú y el FBI pasaron la noche revisando esos cuadernos, buscando cada víctima masculina que pudieran encontrar.

Hunter asintió.

—Se emitió una orden nacional de búsqueda para cada uno de los nombres de la lista que pudimos integrar. Pero debo admitir que

nuestras esperanzas eran muy muy endebles. Esperábamos que, a lo sumo, con mucha suerte, dentro de algunos años, en algún lado, uno de esos nombres surgiera en una transacción con tarjeta de crédito. Simplemente, una pista olfativa acerca de dónde podrías estar. Ahora bien, no te podrás imaginar nuestra sorpresa cuando, un par de horas después, tuvimos noticias de que Anthony Tailor-Cotton, titular de un pasaporte canadiense, de aspecto igual a una de las víctimas que describiste en tus cuadernos, había comprado un billete para volar esta noche a Brasil.

—Supongo que debería haber tomado un vuelo más temprano —comentó Lucien.

A Hunter no le costó ningún trabajo entender la lógica de Lucien. En principio, tenía dos opciones: una era quedarse en los Estados Unidos y pasar inadvertido por un tiempo…, por un largo tiempo. Y, entretanto, probablemente tendría que vivir bajo el manto de un disfraz. Su nombre se pondría en la lista de los diez más buscados por el FBI, su fotografía estaría en circulación por todos los departamentos de policía y comisarías del país. Lucien Folter había dejado de ser un asesino desconocido y fantasmal.

La opción número dos era desaparecer rápidamente; de preferencia, fuera de los Estados Unidos. Hunter sabía que Lucien no subestimaba al FBI. Y Lucien sabía que su enciclopedia sería inspeccionada hasta el último detalle, porque eso era, exactamente, lo que él había querido. Contaba con que el FBI vincularía el nombre de una de sus víctimas con el que usaba cuando fue detenido y que, entonces, harían la conexión física entre él y todas sus víctimas masculinas. Así que, si desaparecía rápidamente fuera de los Estados Unidos, todas esas conexiones dejarían de ser útiles, porque, de todos modos, el FBI sería incapaz de ponerle las manos encima. Lo que nunca imaginó es que la dependencia se las arreglaría para hacer todas esas conexiones en cuestión de horas.

—Tenías que haberlo hecho, probablemente —dijo Hunter—. Como te dije, esta vez, la suerte la tuve yo, y no tú, porque sucede que el nombre Liam Shaw apareció por casualidad en uno de los

ocho cuadernos que yo me llevé. De no haberme topado con él, el FBI probablemente habría tardado meses en atar los cabos y, para ese entonces, tú ya estarías muy lejos.

Los ojos de Hunter se apartaron por fin de los de Lucien y se dirigieron a la cortina divisoria, al frente del avión. De pronto, la cortina se descorrió y el director Adrian Kennedy, junto con cuatro agentes del FBI, empezó a avanzar hacia Hunter. En el extremo opuesto del pasillo aparecieron cuatro SWAT de la policía de Nueva York, bien armados, que también se dirigían hacia ellos.

Por primera vez, Lucien se mostró verdaderamente sorprendido.

—¿Me vas a entregar al FBI? —Hunter no dijo nada—. Qué decepción, Robert. Pensé que eras un hombre de palabra. Pensé que te habías prometido no solo a ti mismo, sino también a la memoria de tu prometida asesinada, que encontrarías a quien te la había arrebatado con tanta violencia y lo matarías. Es lo que has estado buscando por veinte años, ¿no es así?, ¿vengar la muerte de Jessica? Pues bien, aquí estoy, viejo amigo. Lo único que tienes que hacer es meterme una bala en la cabeza y tus largos veinte años de búsqueda habrán terminado. Podrás enorgullecerte de ti mismo, Robert. Aquí estoy, soy el blanco perfecto. Te prometo que no responderé. Será un tiro fácil.

Hunter pasó el peso de un pie al otro.

Kennedy y todos los demás estaban cada vez más cerca.

—Creí que habías dicho que, por encima de todas las cosas, Jessica merecía justicia. ¿Me estás diciendo que traicionarás esa promesa, Robert? ¿Vas a traicionar la memoria de la única persona que has amado?, ¿la mujer a quien querías por esposa?, ¿la mujer que llevaba a tu hijo en el vientre?

Hunter se quedó paralizado.

Lucien vio el dolor en su rostro. Presionó.

—Sí, sabía que estaba embarazada. Me lo dijo mientras me suplicaba que no la matara; pero lo hice, de todos modos. ¿Y sabías que tu nombre fue la última palabra que salió de sus labios antes de que la degollara?, ¿antes de asesinarlos, a ella y a tu hijo?

Hunter vio todo rojo cuando su sangre empezó a hervir. Dentro de su cabeza, los pensamientos habían dejado de tener sentido. Sus acciones ya no eran guidas por la sensatez ni la lógica, sino por pura rabia. La mano le temblaba de una ira devastadora cuando se la llevó a la funda de la pistola.

Kennedy alcanzó a notar la mirada de Hunter, pero todavía estaba a varios pasos de distancia.

—¡Robert, no lo hagas! —gritó desde el pasillo. Era lo único que podía hacer.

Demasiado tarde.

Ciento doce

Hunter había actuado tan rápido, que su mano fue a la funda de la pistola y de vuelta a Lucien en una fracción de segundo.

El asesino dio un respingo.

Hunter vio que el cuerpo de Lucien se ponía rígido, pero no de miedo, sino de expectación, de satisfacción por haberlo conseguido. Pero esa satisfacción le duró poco.

Hunter dejó caer unas esposas en el regazo de Lucien.

Este alzó la mirada hacia él, confundido. El detective no tenía ningún arma en la mano.

—Tienes razón —dijo Hunter—. Jessica merece justicia. Sus padres merecen justicia. Mi hijo no nacido merece justicia. Y yo merezco justicia por lo que has hecho. Nada me gustaría más que meterte una bala en la cabeza ahora mismo, aquí mismo. Pero no somos los únicos que merecemos justicia por lo que has hecho, Lucien: los padres, las familias y los amigos de cada una de las víctimas que has torturado y asesinado por tantos años también la merecen. Tienen derecho a saber qué sucedió en realidad con quienes simplemente desaparecieron, según ellos creen, todavía esperanzados. Tienen derecho a saber dónde se encuentran los restos de sus seres amados. Tienen derecho a darles una sepultura apropiada, según sus creencias. Y, sobre todo, tienen derecho a saber que el monstruo que mató a sus seres amados no volverá a matar nunca más.

Hunter miró a Kennedy, quien ahora estaba a poco más de medio metro de él, y, después, de vuelta a Lucien.

—Por estas razones, sí, romperé la promesa que me hice a mí mismo y a Jessica. Y esta vez no habrá más entrevistas, no más charlas, Lucien. Ya no tienes ningún poder de negociación, porque

tenemos tus libros. Y todo lo que necesitamos saber está en esas páginas, incluyendo los lugares donde han quedado los restos de tus víctimas. Aquí es donde, en realidad, todo termina para ti.

Hunter hizo una señal de asentimiento a los SWAT que tenía a su izquierda.

—Podéis llevároslo.

Ciento trece

A pesar del insomnio y del carnaval de pensamientos que danzaban dentro de su cabeza, Hunter estaba tan exausto que, finalmente, alcanzó a dormir cuatro horas.

Después de la detención de Lucien, había volado de regreso a Quantico. Tal como Kennedy le había dicho, seguía «a préstamo» en el FBI, oficialmente. Por lo tanto, tenía que llenar su último informe, cosa que había hecho la noche anterior.

Se despertó antes del amanecer. Kennedy había hecho arreglos para que esa mañana, muy temprano, un jet lo llevara de vuelta a Los Ángeles, y Hunter no veía la hora de estar allá. En su mente, todo se sentía demasiado surreal. Hacía unos cuantos días, supuestamente, estaba a punto de abordar un avión a Hawái en las que serían sus primeras vacaciones después de mucho tiempo. Ya ni siquiera podía recordar la última vez que tuvo unas. En vez de eso, lo habían trasladado de urgencia a la Unidad de Análisis del Comportamiento del FBI, en Quantico, para sumergirlo en algo que solo podía describirse como una pesadilla infernal. Tantas cosas habían sucedido en tan poco tiempo que su cabeza, al parecer, jamás dejaría de dar vueltas.

Estaba listo para partir. Sus escasas pertenencias ya estaban en la mochila, así que no le quedaba nada más por hacer que aguardar a que un conductor viniera a recogerlo. Fue a la ventana que estaba junto a la pared este y dejó su taza de café en el alféizar. Fuera, aún bajo el cobijo de la noche, varios reclutas del FBI ya habían empezado sus extenuantes rutinas de ejercicio y carreras.

Alzó la vista al cielo lleno de estrellas mientras sacaba la billetera. De ella extrajo una fotografía de hacía veinte años. Los colores se

habían desvanecido parcialmente, pero, fuera de eso, la imagen seguía en condiciones bastante buenas.

Él mismo había tomado esa foto un día antes de comprometerse con Jessica. Estaban de pie en el muelle de Santa Mónica, sonriendo a la cámara, con los ojos destelleando una inmensa felicidad. Hunter nunca había vuelto a ver una sonrisa más bonita ni unos ojos que pudieran cautivarlo de tal manera.

Mientras miraba la imagen, susurró unas cuantas palabras en secreto. Después, la metió de nuevo en su billetera.

Todavía la echaba de menos. Todos los días.

Agradecimientos

Es un hecho bien conocido que escribir se considera una ocupación solitaria, pero he descubierto que, aunque esté escrita por un solo individuo, una novela nunca es el logro de uno solo.

Mi más sincero agradecimiento a toda la gente increíble de Simon & Schuster UK y a mi editora, Jo Dickinson, cuyos fantásticos aportes y valiosas sugerencias hicieron que la historia y los personajes de este thriller cobraran vida. También a mi corrector, Ian Allen, por su increíble trabajo y atención al detalle en todo el manuscrito.

Las palabras no pueden expresar lo agradecido que estoy con el agente más apasionado y extraordinario que cualquier autor podría desear: Darley Anderson.

Al fantástico equipo de gente extremadamente trabajadora de la agencia literaria Darley Anderson, le debo mi eterna gratitud.

Gracias también a todos los lectores y a todos los que me han apoyado tan fantásticamente a mí y a mis novelas desde el principio. Sin vuestro apoyo no estaría escribiendo.



Chris Carter nació en Brasil en una familia de origen italiano. Estudió Psicología y Comportamiento Criminal en la Universidad de Michigan. Como miembro del equipo de Psicología Criminal del fiscal de distrito del estado de Michigan, entrevistó a muchos criminales y estudió sus casos, incluyendo asesinos en serie y homicidas múltiples con condenas a cadena perpetua.

Después de abandonar la ciudad de Los Ángeles a principios de la década de 1990, Chris vivió muchos años como guitarrista de diversas bandas de rock antes de dejar el negocio de la música para dedicarse a escribir a tiempo completo. Actualmente vive en Londres y se encuentra en el Top Ten del Sunday Times de los autores más vendidos.

Visite chriscarterbooks.com o encuéntrelo en Facebook.